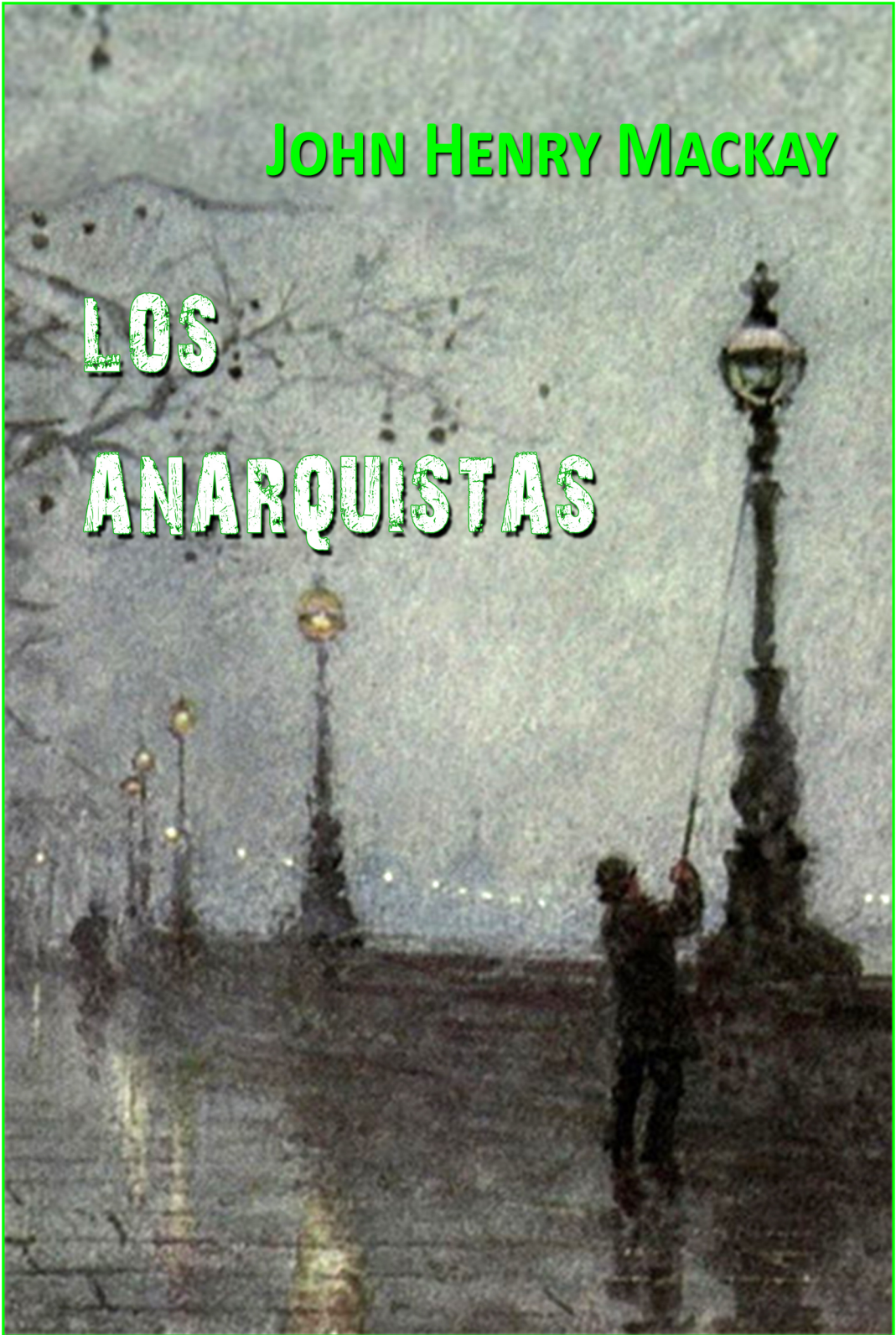


**JOHN HENRY MACKAY**

**LOS  
ANARQUISTAS**



El poeta-anarquista alemán John Henry Mackay (1864-1933) escribió este relato ficticio apenas disimulado de su estancia en Londres en 1887.

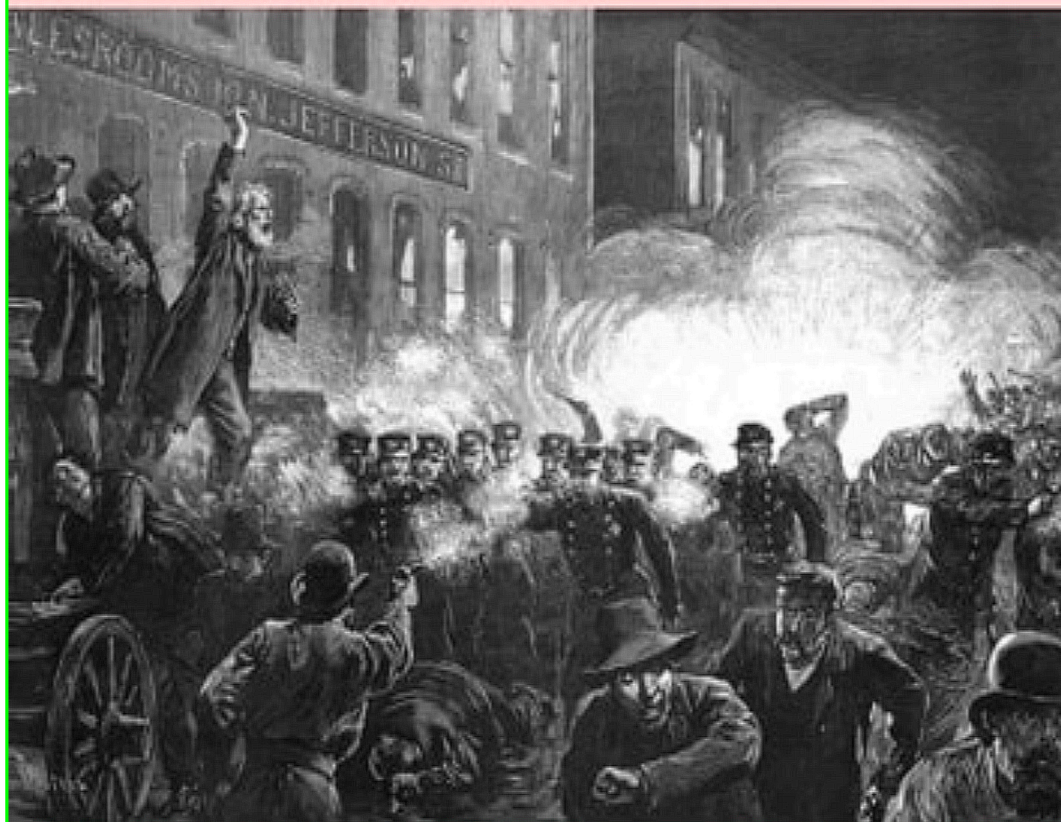
Un viaje de transformación del martirio revolucionario al radicalismo, el libro sigue a Carrard Auban, un francés agitador convertido al anarquismo, a finales del siglo XIX en París, Chicago y Londres.

*LOS ANARQUISTAS es uno de los pocos libros que tienen derecho a vivir... Ningún libro de esta generación lo iguala en cuanto a conocimientos sobre la vida y las costumbres, fuerza dramática, incisividad de las frases y lógica fría y despiadada.*

*New York Morning Herald,*  
citado en *Liberty*, 5 de diciembre de 1891.

John Henry Mackay  
**Die Anarchisten**

Kulturgemälde aus dem Ende  
des 19. Jahrhunderts



**HOFENBERG DIGITAL**

John Henry Mackay

**LOS ANARQUISTAS**

Una imagen de la civilización a fines del siglo XIX

Año de publicación: 1891

Recuperado el 26 de julio de 2009 de

[http://dwardmac.pitzer.edu/Anarchist\\_Archives/macan/macan.html](http://dwardmac.pitzer.edu/Anarchist_Archives/macan/macan.html)

Traducido del alemán al inglés por George Schumm;

Benj. R. Tucker, Editor: Boston, Massachusetts.

Traducción al castellano y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# CONTENIDO

PREFACIO DEL TRADUCTOR

INTRODUCCIÓN

I: EN EL CORAZÓN DEL MUNDO—METRÓPOLIS

II: LA HORA UNDÉCIMA

III. LOS DESEMPLEADOS

IV. CARRARD AUBAN

V. LOS CAMPEONES DE LA LIBERTAD

VI. EL IMPERIO DEL HAMBRE

VII. LA TRAGEDIA DE CHICAGO

VIII. LA PROPAGANDA DEL COMUNISMO

IX. TRAFALGAR SQUARE

X. ANARQUÍA

APÉNDICE: John Henry Mackay. Un estudio literario

## **PREFACIO DEL TRADUCTOR**

Una gran parte del mérito que pueda tener esta traducción se debe a la señorita Sarah E. Holmes, quien amablemente me brindó su ayuda, que deseo agradecer aquí. Mi agradecimiento también se debe al Sr. Tucker por sus valiosas sugerencias.

SG



## INTRODUCCIÓN

La obra de arte debe hablar por el artista que la creó; el trabajo del estudio reflexivo que se sitúa detrás de él, le permite decir lo que le impulsó a dar voz a su pensamiento.

El tema del trabajo recién terminado requiere que lo acompañe con algunas palabras.

\* \* \*

En primer lugar, que aquel que no me conozca y que, tal vez, en las páginas siguientes, busque revelaciones tan sensacionales como las que vemos en esas especulaciones mendaces sobre la credulidad del público de las que éste deriva su único conocimiento del movimiento anarquista, no se tome la molestia de leer más allá de la primera página.

En ningún otro campo de la vida social existe hoy una confusión más lamentable, una superficialidad más ingenua, una ignorancia más portentosa que en el del anarquismo. La



pronunciación misma de la palabra es como el florecimiento de un trapo rojo; con ira ciega, la mayoría se lanzará contra él sin tomarse el tiempo para un examen y una consideración serenos. Como también harán trizas esta obra sin haberla comprendido, no me herirán sus golpes.

\* \* \*

Londres y los acontecimientos del otoño de 1887 me han servido de fondo para mi cuadro.

Cuando a principios del año siguiente regresé una vez más a la escena durante unas semanas, principalmente para completar mis estudios en el East End, no soñé que el mismo barrio que había seleccionado para una descripción más detallada, pronto estaría en manos de todas las bocas como consecuencia de los asesinatos de "Jack el Destripador".

No terminé el capítulo sobre Chicago sin antes examinar el gran libro ilustrado para niños adultos con el que el capitán de policía, Michael Schaack, ha intentado desde entonces justificar el infame asesinato cometido por su gobierno: "Anarchy and Anarchists" (Anarquía y anarquistas) (Chicago, 1889). No es más que un documento, no sin importancia, de estúpida brutalidad y vanidad desmesurada.

Los nombres de personas vivas han sido omitidos por mí en todos los casos con intención deliberada; sin embargo, el

iniciado reconocerá casi siempre sin dificultad los rasgos que me han servido de modelo.

\* \* \*

Ha transcurrido un espacio de tres años entre la redacción del primer capítulo y el último. Las dudas siempre nuevas me obligaron una y otra vez, a menudo durante un largo período, a interrumpir el trabajo. Tal vez lo comencé demasiado pronto. No lo terminé demasiado tarde.

No todas las fases de la cuestión podrían tratarse exhaustivamente; en su mayor parte no pude ofrecer más que las conclusiones de cadenas de razonamiento, a menudo muy largas. La total incompatibilidad de la Weltanschauung anarquista y la comunista<sup>1</sup>, la inutilidad y la nocividad de recurrir a tácticas violentas, así como la imposibilidad de cualquier “solución de la cuestión social” por parte del Estado, al menos espero haber logrado demostrarla.

\* \* \*

El siglo XIX ha dado a luz a la idea de la Anarquía. En su cuarta década se trazó la línea divisoria entre el viejo mundo de la esclavitud y el nuevo mundo de la libertad. Porque fue

---

1 Weltanschauung: visión del mundo. Mackay era un anarquista individualista, por ello habla de incompatibilidad de anarquismo y comunismo.

en esta década, cuando P–J Proudhon inició la obra titánica de su vida con “Qu'est–ce que la propriété?”<sup>2</sup> (1840), y que Max Stirner escribió su obra inmortal: “Der Einzige und sein Eigentum”<sup>3</sup> (1845).

Era posible que esta idea quedara enterrada bajo el polvo de una recaída temporal de la civilización. Pero es imperecedera. E incluso ahora está otra vez despierta.

Desde hace más de siete años mi amigo Benjamin Tucker de Boston ha estado luchando por la Anarquía en el nuevo mundo con el arma invencible de su “Libertad”. A menudo, en las horas solitarias de mis luchas, he fijado mi mirada en la luz brillante que desde allí comienza a iluminar la noche.

\* \* \*

Cuando hace tres años entregué al público los poemas de mi “Sturm”, fui aclamado por voces amigas como el “primer poeta de la Anarquía”.

Estoy orgulloso de este nombre.

Pero he llegado a la convicción de que lo que se necesita hoy no es tanto despertar el entusiasmo por la libertad como convencer a la gente de la absoluta necesidad de la

---

<sup>2</sup> ¿Qué es la propiedad? [Nota del traductor al castellano]

<sup>3</sup> El único y su propiedad. [N. t. c.]

independencia económica, sin la cual, la anarquía, seguirá siendo eternamente el sueño insustancial de los visionarios.

En estos días de creciente reacción, que culminarán con la victoria del Socialismo de Estado, se me ha hecho imperativo el llamado a ser también aquí el primer paladín de la idea anarquista. Espero no haber roto todavía mi última lanza por la libertad.

John Henry Mackay

Roma, en la primavera de 1891.

## I: EN EL CORAZÓN DEL MUNDO—METRÓPOLIS

Una fría y húmeda tarde de octubre empezaba a caer sobre Londres. Era el octubre del mismo año en que, menos de cinco meses antes, se habían inaugurado aquellas ridículas celebraciones que dieron al año 1887 el nombre de “Año Jubilar”, celebraciones del cincuentenario del gobierno de una mujer que se remite a sí misma para ser llamada "Reina de Gran Bretaña e Irlanda, y Emperatriz de la India". Esa noche, la última de la semana, un hombre que venía de la estación de Waterloo se dirigía al puente ferroviario de Charing Cross por calles laberínticas, estrechas y casi desiertas. Cuando, como si estuviera fatigado por una larga caminata, hubo subido lentamente los escalones de madera que conducen a la estrecha acera para peatones que corre junto a las vías del puente, y había llegado hasta la mitad del río, entró en uno de los huecos redondos frente al agua y permaneció de pie allí por un corto tiempo, mientras

permitía que la multitud detrás de él siguiera adelante. Más por costumbre que por auténtica fatiga, se detuvo y miró hacia el río. Como rara vez había estado al “otro lado del Támesis”, a pesar de su estancia de tres años en Londres, nunca dejó de disfrutar, al cruzar uno de los puentes, de la magnífica vista que Londres ofrece desde ellos.

Todavía había luz suficiente para que reconociera, hasta el puente de Waterloo a su derecha, las masas oscuras de almacenes, y en el espejo del Támesis a sus pies, las filas de barcos de carga y balsas de barriga ancha acoplados entre sí, aunque ya las luces de la tarde brillaban por todas partes en el caos oscuro y bostezante de esta inmensa ciudad. Las dos hileras de faroles del puente de Waterloo se extendían como líneas paralelas, y cada uno de los faroles arrojaba su luz intensa y resplandeciente, profunda y larga, a la marea oscura y temblorosa, mientras que, a la izquierda, en un ascenso en forma de terraza, las innumerables pequeñas llamas que iluminan los Embankments, y el Strand con sus alrededores, cada noche, comenzaban a destellar. El observador silencioso que estaba allí vio allá en el puente las luces fugaces de los coches; a sus espaldas oía los trenes de la carretera del Sudeste retumbando y rugiendo mientras entraban y salían enloquecidos de la estación de Charing Cross; vio debajo de él las perezosas olas del Támesis, con un chapoteo casi inaudible, lamiendo contra las masas oscuras, negras y viscosas que se adentraban en las profundidades; y al dar la vuelta para seguir adelante, la

gigantesca estación de Charing Cross, ese centro de una vida incesante de noche y de día, se abrió ante él, inundada por el resplandor blanco de la luz eléctrica...

Pensó en París, su ciudad natal, mientras pasaba lentamente. ¡Qué diferencia entre los amplios, llanos y claros terraplenes del Sena y estas masas rígidas y salientes, en las que ni siquiera el sol podía producir un rayo de alegría!

Anhelaba volver a la ciudad de su juventud. Pero había aprendido a amar Londres con el amor apasionado y celoso de la obstinación.

Porque uno ama Londres o lo odia...

Nuevamente el vagabundo se detuvo. La gigantesca estación estaba tan brillantemente iluminada que podía ver claramente el reloj al final. Las manecillas estaban entre la séptima y la octava hora. El bullicio en la acera parecía haber aumentado, como si una ola humana se lavara de un lado a otro. Parecía como si el vacilante holgazán no pudiera apartarse. Por un momento observó el juego incesante de las señales en la entrada de la estación; luego, a través de las vías y a través de la confusión de postes de hierro y vagones, trató de llegar a la Abadía de Westminster con el ojo; pero no pudo reconocer nada excepto la esfera reluciente del campanario de la Casa del Parlamento y los oscuros contornos de gigantesca masas de piedra que se



elevaban más allá. Y esparcidas, en todas direcciones, las miles y miles de luces...

De nuevo se volvió hacia el lugar abierto donde había estado antes. Bajo sus pies, los trenes del Ferrocarril Metropolitano rodaban con un ruido sordo y retumbante; toda la extensión del Victoria Embankment estaba debajo de él, medio iluminada hasta el puente de Waterloo. Rígida y severa, la Aguja de Cleopatra se elevaba en el aire.

Desde abajo llegaban a los oídos del hombre las risas y los cantos de los mozos y las muchachas que acaparan todas las noches los bancos de los Embankments. “No me olvides, no me olvides”, era el estribillo. Sus voces sonaban duras. y estridentes. “No me olvides”: uno podía escucharlo en todas partes en Londres durante el Año del Jubileo. Era la canción del día.

Si alguien hubiera observado los rasgos del hombre que en ese momento estaba inclinado sobre el borde del puente, no habría dejado de captar una extraña expresión de severidad que de repente se apoderó de ellos. El peatón ya no escuchó nada del ruido ahora reprimido, ahora apagado y la trivial canción. De nuevo un pensamiento se había apoderado de él al ver los poderosos muelles a sus pies; ¿Cuántas vidas humanas podrían yacer aplastadas bajo estas canteras de granito blanco, apiladas unas sobre otras tan sólidas e invencibles? Y volvió a pensar en ese trabajo

silencioso, sin recompensa, olvidado, que había creado toda la magnificencia a su alrededor.

El sudor y la sangre son lavados, y el hombre individual, sobre los cadáveres de millones de innominados, olvidados, se levanta vivo y admirado...

Como aguijoneado por este pensamiento, Carrard Auban siguió adelante. Dejando atrás los arcos de piedra al final del puente, los restos del antiguo puente colgante de Hungerford, miró hacia abajo y caminó más rápido. Nuevamente, como siempre, revivió en los pensamientos a los que también habían dedicado la juventud de su vida, y nuevamente quedó impresionado por la grandeza sin límites de este movimiento que la segunda mitad del siglo XIX ha llamado "social": llevar la luz donde aún prevalecen las tinieblas, entre las masas trabajadoras y oprimidas cuyos sufrimientos y muerte lenta dan vida a "los otros"....

Pero cuando Auban hubo descendido los escalones del puente y se encontró en Villiers Street, esa notable callejuela que va desde Strand hasta pasar la estación de la ciudad de Charing Cross, volvió a quedar fascinado por la bulliciosa vida que lo rodeaba. Pasaba incesantemente a su lado: éste quería tomar el tren que acababa de descargar a los que se dirigían a toda prisa hacia el Strand, asistentes tardíos al teatro que tal vez habían vuelto a calcular mal las distancias de Londres; aquí una prostituta hablaba a un señor con sombrero de copa, a quien ella había atraído con

una palabra y una mirada de sus ojos cansados, para ponerse de acuerdo con él sobre el “precio”; y allí una multitud de pilluelos hambrientos de la calle empujaban sus caras sucias contra los cristales de una gofrera italiana, siguiendo con avidez cada movimiento del incansable trabajador. Auban lo vio todo: prestó la misma atención de un ojo experto al niño de diez años que buscaba mendigar un centavo a los transeúntes haciendo girar ruedas ante ellos sobre el pavimento húmedo, y a los rasgos envilecidos del tipo que, cuando se detuvo, instantáneamente se entrometió en él y trató de convencerlo de que comprara el último número de "Matrimonial News" –"indispensable para todos los que deseaban casarse"–, pero que inmediatamente se volvió hacia el siguiente hombre cuando descubrió que no obtenía respuesta.

Auban pasó lentamente. Conocía demasiado bien esta vida para sentirse confundido y estupefacto por ella; y, sin embargo, se apoderó de él y lo interesó siempre de nuevo con todo su poder. Había dedicado horas y días a su estudio durante estos años, y siempre y en todas partes la encontraba nueva e interesante. Y cuanto más aprendía a conocer sus corrientes, sus profundidades y sus bajíos, más admiraba esta ciudad incomparable. Desde hacía algún tiempo este afecto, que era más que un apego y menos que amor, se había ido convirtiendo en algo apasionadamente excitado. Londres le había mostrado demasiado, mucho más que al habitante y al visitante; y ahora deseaba verlo todo.

Y así, la inquietud de este deseo lo había llevado en la tarde de este día al otro lado del Támesis, para largos vagabundeos por Kennington y Lambeth, esos barrios de una miseria espantosa, para permitirle regresar fatigado y al mismo tiempo, desanimado y amargado, y mostrarle ahora en el Strand el reflejo así como el reverso de esa vida.

Ahora estaba de pie en la entrada del túnel oscuro y desolado que pasa por debajo de Charing Cross y conduce a Northumberland Avenue. Los sonidos estridentes y vibrantes de un banjo golpearon su oído; se había reunido un grupo de transeúntes: en medio de ellos tocaba su instrumento un niño con un harapiento disfraz de caricatura y con la cara ennegrecida –¿quién no ha visto las extrañas formas de estos “negros comediantes” ejecutando sus ruidosos cantos–bailes en los rincones de las calles de Londres?–, mientras una muchacha bailaba al son del mismo con esa indiferencia mecánica que parece no conocer el cansancio. Abriéndose paso a la fuerza, Auban echó también una mirada al rostro de este niño: indiferencia y al mismo tiempo cierta impaciencia yacía en él.

“¡Pobres, mantienen a toda su familia!”, murmuró. Al minuto siguiente la multitud se había dispersado, y la pequeña pareja se abrió paso a la fuerza hasta la siguiente esquina de la calle, para comenzar allí de nuevo a tocar y bailar, hasta que el policía, odiado y temido, los ahuyentó.

Auban atravesó el túnel cuyo suelo de piedra estaba cubierto de suciedad y de cuyos rincones se elevaba una atmósfera corrupta. Estaba casi desierto; sólo que de vez en cuando alguna forma irreconocible se deslizaba a lo largo de las paredes y pasaba junto a él. Pero Auban sabía que, en los días y noches húmedos y fríos, tanto aquí como en cientos de otros pasadizos, filas enteras de desafortunados yacían alrededor, apretujados unos contra otros y contra las frías paredes, y siempre esperando ser expulsados por la noche al momento siguiente por el “brazo fuerte de la ley”: montones de inmundicias y harapos, arruinados por el hambre y la suciedad, los “parias de la sociedad”, criaturas en verdad desprovistas de voluntad... Y mientras subía los escalones del final del tenebroso pasaje, una escena que había presenciado en este mismo lugar un año antes, apareció repentinamente ante él con tan terrible claridad que involuntariamente se detuvo y miró a su alrededor como si tuviera que repetirse momentáneamente ante sus ojos.

Era una tarde húmeda y fría, hacia la medianoche, la ciudad estaba envuelta por la niebla y el humo como por un velo impenetrable. Había venido aquí para dar a algunos de los desamparados los pocos cobres que necesitan para pasar la noche en una casa de huéspedes, en lugar del frío gélido del aire libre. Cuando hubo descendido estos escalones –el túnel estaba abarrotado de gente que, después de haber pasado por todas las etapas de la miseria,

había llegado a la última–, vio surgir ante él un rostro que nunca había olvidado: los rasgos de una mujer, espantosamente desfigurada por la lepra y las llagas sanguinolentas, que, con un niño en el pecho, arrastraba, en lugar de llevar, de la mano a una niña de unos catorce años, mientras un tercer niño, un varón, se aferraba a ella al vestido.

–Sólo dos chelines, caballero; ¡Solo dos chelines!

Se detuvo para interrogarla.

–Sólo dos chelines; todavía es muy joven, pero hará lo que tú quieras”, y con eso acercó a la niña, que se dio la vuelta, temblando y llorando.

Un escalofrío lo recorrió. Pero la voz suplicante y lastimera de la mujer continuaba.

–Por favor, llévala contigo. Si no lo hace, tendremos que dormir al aire libre, sólo dos chelines, caballero, sólo dos chelines; ¡Solo mira lo bonita que es!” Y de nuevo atrajo a la niña hacia ella.

Auban sintió que el terror se apoderaba de él. Aturdido e incapaz de pronunciar una palabra, se dio la vuelta para seguir adelante.

Pero aún no había dado un paso, cuando de pronto la mujer se arrojó chillando al suelo ante él, soltó a la niña y se aferró a él.

–“¡No te vayas! ¡No te vayas!” ella gritó con espantosa desesperación. “Si no lo haces, moriremos de hambre, ¡llévala contigo! nadie más vendrá aquí esta noche, y en Strand no se nos permite hacerlo, por favor, ¡hazlo, por favor!”

Pero cuando, sin proponérselo, miró a su alrededor, la mujer que yacía frente a él se levantó de repente.

–“¡No llames a un policía! ¡No, no llames a un policía!” gritó rápidamente, con miedo. Luego, cuando ella se levantó, Auban recuperó la compostura. Sin una palabra, metió la mano en el bolsillo y le dio un puñado de dinero.

La mujer lanzó un grito de alegría. Nuevamente tomó a la niña por el brazo y la colocó frente a él.

–“Ella irá con usted, caballero, hará lo que quiera”, agregó en un susurro. Auban dio media vuelta y se apresuró lo más rápido posible a través de las filas de personas dormidas y borrachas hacia la salida: nadie había prestado atención a la escena.

Cuando llegó al Strand, sintió con qué violencia le latía el corazón y cómo le temblaban las manos.



Una semana después vino tarde tras tarde a buscar en el túnel de Charing Cross y sus alrededores a la mujer y sus hijos, sin poder encontrarlos de nuevo. Había algo en los ojos de la chica que lo inquietaba. Pero el tiempo había sido demasiado corto para que él pudiera discernir lo que ocultaba este abismo de miedo y de miseria.

Al final, se absorbió tanto en pensar en la inmensa miseria que se le presentaba a diario que se olvidó de esta única escena, y todos los días volvía a ver en las calles a los niños de la pobreza, niños de trece y catorce años, ofreciéndose, y él no podía ayudar.

¿Quién era más digno de lástima, la madre o los niños? ¡Cuán grande debe ser la miseria, cuán espantosa la desesperación, cuán atroz el hambre, que a ambos impulsaba! Pero la mujer burguesa habla con desprecio del “monstruo de madre” y del “niño degradado”, que bajo el peso de la misma miseria recorrería exactamente el mismo camino.

¡Lástima! ¡La más miserable de todas nuestras mentiras! Esta época sólo conoce la injusticia. Ser pobre es hoy el mayor crimen. Muy bien. Cuanto más pronto debe llegar la percepción de que nuestra única liberación consiste en omitir este crimen.

“¡Los locos!” –murmuró Auban– ¡los locos! No ven adónde nos han llevado la piedad y el amor. Sus ojos estaban

oscurecidos, como por el recuerdo de las luchas que esta percepción le había causado.

Con qué claridad, al atravesar el túnel esta noche, recordó la voz lastimera y desesperada de la mujer y su urgente: "¡Hazlo! ¡hazlo!" Y de nuevo de la lúgubre oscuridad surgieron los ojos tímidos y enfermizos del niño.

Dio media vuelta y pasó de nuevo por el túnel. Pero antes de partir hacia Strand, se metió en una de las calles laterales que bajan hacia el Támesis. Las conocía todas: estas calles, estos rincones, estas entradas y callejones: aquí estaba la parte trasera gris de un teatro cuyo frente inundaba el Strand de luz; y aquella estrecha casa de tres pisos con ventanas falsas era uno de esos notorios centros turísticos cuyas paredes internas son testigos nocturnas de escenas de depravación tales como ni siquiera la fantasía más degradada se atreve a imaginarse por completo. Aquí vivía todavía la miseria y, en aquella calle tranquila de al lado, la comodidad, y así ambas se alternaban hasta la pequeña iglesia de Saboya en medio de sus árboles desnudos, y hasta los aristocráticos y exclusivos edificios del Temple con sus espléndidos jardines...

Auban lo sabía todo; incluso el amplio pasaje abovedado, eternamente desierto, que conduce por debajo de las calles a los Embankments, y desde cuya abandonada y misteriosa quietud la vida del Strand suena como el distante y moribundo torrente y el rugido de una siempre última y

siempre primera ola sobre una orilla arenosa de un desierto desolado... El frío se hizo más penetrante a medida que pasaba la hora, y se filtraba en la brumosa humedad de Londres. Auban se estaba cansando y decidió irse a casa. Se volvió hacia el Strand.

¡El "Strand"! Conectando el West End y la ciudad, se extendía ante él, iluminado por las innumerables luces de sus tiendas, llena de la avalancha de una marea humana nunca estancada e incesante; dos arroyos separados, uno que sube hasta St. Paul's y el otro hasta Charing Cross. Entre ambos, la ensordecedora confusión de un tráfico ininterrumpido de vehículos; uno tras otro, autobuses, torpes, cubiertos de anuncios chillones, llenos de gente; cabriolés ligeros, que corren fácilmente sobre dos ruedas; estruendosos vagones de mercancías; vagones de correo rojos y cerrados del Royal Mail; vehículos de cuatro ruedas fuertes y anchos; y serpenteando a través de todos estos, apenas reconocibles en la masa oscura, veloces bicicletas deslizándose.

El East End es trabajo y pobreza, encadenados por la maldición de nuestro tiempo: la servidumbre. La Ciudad es el usurero que vende el trabajo y se embolsa la ganancia; el West End es el holgazán aristocrático que lo consume. The Strand es una de las arterias más hinchadas por donde discurre la sangre convertida en dinero; es el rival de Oxford Street y lucha para no ser conquistado por él. Es el corazón

de Londres. Lleva un nombre que el mundo conoce. Es una de las pocas calles donde ves gente de todos los sectores de la ciudad; el pobre lleva allí sus harapos, y el rico su seda. Si prestas tu oído, puedes oír los idiomas de todo el mundo; los restaurantes tienen propietarios italianos, cuyos camareros hablan francés contigo; más de la mitad de las prostitutas son alemanas, que mueren aquí o ahorran lo suficiente para volver a su patria y allí se vuelven “respetables”.

A lo largo del Strand se encuentran los inmensos edificios de los tribunales, y uno se queda perplejo al saber si se trata de actores o de lunáticos a los que uno ve pasar bajo los elevados arcos: los jueces con sus largas capas y sus pelucas empolvadas con las pulcramente ridículas señales, respetables insignias de una farsa vergonzosa que todo hombre sensato en su corazón desprecia y aborrece, y en la que todos toman parte si son llamados; y en su fría Somerset House the Strand reúne un número desconcertante de magistrados de cuya existencia nunca has oído en tu vida hasta que los escuchas mencionar; y Strand tiene teatros, más teatros que cualquier otra calle del mundo.

Es así el primer paseo del forastero que llega a la estación de Charing Cross, y al que decepcionan sus edificios en su mayoría estrechos y abarrotados; así será la última cuando salga de Londres, aquella a la que dará su última hora.

Auban desapareció en el mar de humanidad. Ahora, cuando pasaba junto al Adelphi y la luz eléctrica, que eclipsaba con creces los propulsores de gas, llenaba la calle con su resplandor blanco claro, se podía ver que cojeaba un poco. Apenas se notaba cuando caminaba rápido; pero cuando paseaba lentamente, arrastraba ligeramente el pie izquierdo y se apoyaba más en su bastón.

En la estación de Charing Cross la multitud se había bloqueado. Durante unos instantes, Auban se detuvo cerca de una de las puertas. La puerta más cercana a Villiers Street, que hace unos minutos había cruzado más abajo, estaba asediada por floristas, algunas de las cuales se escondían detrás de sus cestas medio vacías, frías y desgastadas, y otras intentaban persuadir a los transeúntes de comprar sus pobres flores, con su incesante "¡Un penique el ramo!" Un policía empujó brutalmente a una de ellas hacia atrás; ella se había atrevido a dar un paso en la acera, y no les permitían ir ni una pulgada más allá de los límites de la calle lateral. Los gritos estridentes de los repartidores de periódicos que querían deshacerse de sus últimas ediciones especiales, para poder ver a Charlie Coborn –el "inimitable"– con sus "Two Lovely Black Eyes" (Dos hermosos ojos negros), en "Gatti's Hungerford Palace", habrían sido insoportables, si no hubieran sido ahogados por los gritos roncros de los conductores de ómnibus y el estruendo y repiqueteo de las ruedas sobre las piedras de la

entrada de Charing Cross, que el West Ender, acostumbrado al asfalto y los pavimentos de madera, casi ha olvidado.

Con la confianza que sólo puede dar una larga familiaridad con la vida callejera de una gran ciudad, Auban aprovechó el segundo en el que las filas de carros ofrecían un paso a través de la calle; y mientras en el siguiente las mareas se cerraban detrás de él, pasó la Iglesia de San Martín, echó una mirada a Trafalgar Square que reposaba con la quietud de una tumba, atravesó la estrecha y oscura Green Street sin prestar atención al taxista, que desde su palco le gritaba con voz ahogada que tenía “algo que decir” –algo sobre “una señorita”– y se encontró tres minutos después en los vestíbulos iluminados del “Alhambra”, a donde los frequentadores llegados con retraso, no permitirían que los rechazaran, ya que todavía esperaban asegurarse un lugar para estar de pie en la casa abarrotada. Auban siguió adelante con indiferencia, sin mirar las brillantes fotografías de las voluptuosas bailarinas de ballet con muestras publicitarias del nuevo ballet monstruoso “Argelia”, al que acudía la mitad de Londres.

El jardín en medio de Leicester Square estaba envuelto en la oscuridad. Desde las rejas, la estatua de Shakespeare ya no era reconocible. “No hay oscuridad sino ignorancia”, estaba grabado allí. ¿Quién lo leía?

El extremo norte de la plaza era escenario de una vida bulliciosa. Auban tuvo que abrirse paso entre multitudes de

prostitutas francesas, cuyas carcajadas, gritos y regaños ahogaron todo. Sus vestidos chillones y vulgares, sus ofertas desvergonzadas, sus interminables ruegos: “Chéri, chéri”, con los que se acercaban y seguían a todos los transeúntes, le recordaban las horas de la medianoche en los bulevares exteriores de París.

En todas partes esta época parecía mostrarle el lado más desfigurado de su rostro.

Delante de él caminaban dos jóvenes inglesas. Apenas tenían más de dieciséis años. Su cabello rubio despeinado, mojado por la humedad del ambiente, colgaba muy por encima de sus hombros. Cuando se dieron la vuelta, una mirada a sus facciones pálidas y cansadas le dijo que habían estado recorriendo así durante mucho tiempo, siempre la misma corta distancia, noche tras noche. En una esquina de una calle, una mujer alemana con el dialecto de Colonia y una voz que sonaba lejana (todos los alemanes gritan en Londres) le decía a otra que no había comido nada caliente durante tres días y nada en absoluto durante uno: el negocio empeoraba cada vez más. En la manzana siguiente se estaba reuniendo una multitud, dentro de la cual fue empujado Auban, de modo que tuvo que presenciar la escena que tuvo lugar: una anciana que vendía cajas de fósforos se había peleado con una de las mujeres. Se gritaron una a la otra. “Ahí”, gritó la anciana, y escupió en la cara de la otra delante de ella, pero en el mismo instante, ésta le devolvió la



indignidad. Por un momento ambas se quedaron mudas de ira. La vieja, temblando, metió las cajas en la bolsa. Luego, en medio del aplauso salvaje de los espectadores, se clavaron las uñas en los ojos y, revolcándose, rodaron por el suelo, hasta que uno de los espectadores las separó; Después de lo cual recogieron sus cosas, una su paraguas roto, la otra su sombrero andrajoso, y la multitud se dispersó riendo en todas direcciones.

Auban siguió adelante, hacia Piccadilly Circus. Esta escena, una entre innumerables, ¿qué era sino una nueva prueba de que el método de mantener al pueblo en la brutalidad, para hablar de “mafia” y degeneración, seguía teniendo mucho éxito?

Los teatros de variedades y los combates de boxeo ocupan las pocas horas libres de las clases más pobres de Inglaterra; los domingos oraciones y sermones: excelente medio contra “el mal más peligroso de la época”, el despertar del pueblo a la independencia intelectual.

Involuntariamente, Auban golpeó el suelo con su bastón, que sostenía con firmeza.

La plaza de la que acababa de salir, Piccadilly y Regent Street, son noche tras noche los mercados de carne viva más concurridos y frecuentados de Londres. Aquí la miseria de la metrópoli, asistida por los estados “civilizados” del Continente, arroja una oferta que supera incluso a una

demanda insaciable. Desde el comienzo del crepúsculo hasta el amanecer del nuevo día la prostitución cimbra la vida de estos centros de tránsito, y parece constituir el eje en torno al cual todo gira exclusivamente.

Cuán maravillosamente conveniente es que los líderes de la vida pública arreglen las cosas por sí mismos, reflexionó Auban. Si su razón se presenta ante la puerta de un granero, y no pueden ir más lejos, inmediatamente dicen: un mal necesario. Pobreza –un mal necesario; prostitución, un mal necesario. ¡Y sin embargo no hay mal menos necesario ni mayor que ellos mismos! Son ellos quienes ordenarían todas las cosas, y quienes pondrían todas las cosas en el mayor desorden; quien guiarían todas las cosas, y quien desviarían todas las cosas de sus caminos naturales; quienes harían avanzar todas las cosas, y quienes obstaculizarían todo progreso... Tienen grandes libros escritos, siempre ha sido así, y siempre deberá permanecer así; y, sin embargo, para hacer algo, al menos en apariencia, se dedican a la “reforma”. Y cuanto más se reforman, peor se ponen las cosas. Lo ven, pero no quieren verlo; lo saben, pero no se atreven a saberlo. ¿Por qué? Porque entonces, ellos se volverían inútiles, y hoy en día todo el mundo debe hacerse útil. Una vida de mera comodidad material ya no será suficiente. “¡Engañadores engañados. Desde el primero hasta el último!” dijo Auban, riendo; y su risa era ahora casi sin amargura.

Pero este hombre que sabía que nunca ha habido justicia en ninguna parte de esta Tierra, y que despreciaba la creencia en la justicia celestial como la mentira consciente de los sacerdotes contratados, o la temía como la devoción inconsciente e irreflexiva a esta mentira, sentía, cada vez que colocaba su mano en la llaga supurante de la prostitución, con un escalofrío, que aquí había un camino a lo largo del cual una justicia tardía circulaba lenta, inexpresablemente lenta, arrastrándose de los que sufren a los vivos.

¿Qué son las personas para los ricos, aquellos que “no deben ser tratados demasiado bien”, para que no se vuelvan autoritarias? ¿Seres humanos con los mismos derechos a la vida y los mismos deseos que ellos mismos? ¡Sueños absurdos! Solo máquinas de trabajo que deben ser atendidas para que puedan seguir haciendo su trabajo. Y el verso de una canción inglesa pasó por la mente de Auban:

*Nuestros hijos son de día siervos del rico,  
y nuestras hijas sus esclavas de noche.*

Sus hijos, son lo suficientemente buenos para el trabajo. Pero a distancia, a distancia. ¿Una presión de la mano que trabaja para ellos? El trabajo es su deber. Y estas manos están tan sucias, por el trabajo de un día interminable.

Sus hijas, lo suficientemente buenas como para servir como conductos para la corriente turbulenta de sus deseos

que, de lo contrario, se desbordarían sobre las almas inmaculadas y puras de sus propias madres e hijas. ¡Sus hijas de noche! ¿Qué no compraré el dinero del hambre y de la desesperación?

Pero aquí, ¡solo aquí!, la así sacrificada atrae a sus asesinos al torbellino de su ruina.

Toda nuestra vida sexual –aquí salvajemente desenfrenada, allí comprimida en la relación antinatural del matrimonio– está siendo cubierta, como por una nube oscura y amenazante, por una legión de terribles enfermedades, ante cuya mención todos palidecen, porque nadie está seguro contra ellas. Y así como han corrompido una porción incalculable de la juventud de nuestro tiempo, ya se erigen como el cumplimiento de una maldición no pronunciada sobre una generación que aún duerme.

Auban se vio obligado a mirar hacia arriba. Una multitud de jóvenes de la *jeunesse dorée* (juventud dorada), salía tambaleándose del Pabellón de Londres, cuyas antorchas de gas esparcían sus rayos de luz sobre Piccadilly Circus. Su único empleo estaba claramente escrito en sus rostros aburridos y brutalmente libertinos: deporte, mujeres y caballos. Por supuesto, iban de gala; pero los sombreros de copa estaban aplastados y las camisas, arrugadas y manchadas de whisky y cenizas de puros, contrastaban notablemente con sus levitas negras. Con groseras risas y comentarios cínicos, algunos de ellos rodearon a algunos de

los *demi-monde*, mientras que los otros pidieron cabriolés, que rápidamente se acercaron; las mujeres que protestaban ruidosamente fueron forzadas a entrar, y el canto de los borrachos se apagó entre el traqueteo de los coches que partían.

Auban inspeccionó el lugar. Allí, ante él, en Piccadilly, se extendía un mundo de riqueza y comodidad: el mundo de los palacios aristocráticos y los grandes clubes, de las tiendas lujosas y del arte de moda, toda la vida harta y extravagante del “gran mundo”... la falsa vida de la pretensión.

El relámpago de la revolución venidera debe caer primero aquí. No puede ser de otra manera...

Cuando Auban cruzaba la calle, lo atrajo la forma andrajosa de un anciano que, siempre que el tráfico de los carros lo permitía, limpiaba la calle de las huellas dejadas por los carros y los caballos, y, cuando su escoba había hecho el trabajo, modestamente esperaba la consideración de aquellos cuyos pies había protegido contra el contacto con la inmundicia; y Auban sintió curiosidad por ver cuántos se darían cuenta del servicio. Durante unos cinco minutos se apoyó en el poste de la linterna frente a la entrada arqueada del restaurante Spires and Pond's en el Criterion y observó el trabajo incansable del anciano. Durante esos cinco minutos unas trescientas personas cruzaron la calle recién limpiada. Anciano al que nadie vio.

–"¿No estás haciendo un buen negocio?" preguntó, mientras se acercaba a él.

El anciano metió la mano en el bolsillo de su harapiento abrigo y sacó cuatro monedas de cobre.

–"Esto es todo en tres horas".

–Eso no es suficiente para el alojamiento de esta noche –dijo Auban, y le dio seis peniques.

Y el anciano lo siguió con la mirada, mientras cruzaba lentamente el lugar con pasos difíciles.

Detrás de Auban desaparecieron las luces del lugar, las casas de colores claros y de construcción similar de la plaza de Regent Street; y mientras las distancias detrás de él se reducían y el rugido se desvanecía, él caminó con confianza más y más adentro de la red oscura y misteriosa de las calles del Soho...

A la misma hora, no lejos de las nueve, venía del este, en dirección a Drury Lane, hacia Wardour Street, con la prisa vacilante que demuestra que uno está en un barrio extraño y desconocido y, sin embargo, desearía llegar a un lugar definido, un hombre de unos cuarenta años, con el traje nada llamativo de un trabajador, que se diferencia del ciudadano de Londres sólo por su sencillez. Cuando se detuvo –convencido de que difícilmente satisfaría su

impaciencia yendo en la dirección en la que se dirigía— y preguntó a uno de los jóvenes congregados frente a una de las innumerables tabernas su camino, se vio por sus esfuerzos vanos para hacerse entender que, el solicitante era un extranjero.

Sin embargo, parecía haber entendido las explicaciones, porque tomó una ruta completamente diferente de la que había estado siguiendo. Se volvió hacia el norte. Después de haber atravesado dos o tres calles igualmente oscuras, sucias y similares en todos los aspectos, se encontró de repente en medio del tumulto de uno de esos mercados donde los sábados por la tarde la población de los barrios más pobres sule sus necesidades para los días siguientes con los salarios de la semana pasada. Los costados de la calle estaban ocupados por dos hileras interminables de carros muy apretados con mesas y puestos, cargados pesadamente con cada una de las mil necesidades de la vida diaria, y entre ellos, así como en las estrechas aceras junto a las tiendas abiertas y sobrecargadas, una masa turbulenta y regateadora empujaba, y cuyos gritos y ruidos sólo eran superados por la estridente confusión de las voces de los vendedores alabando sus mercancías. La calle en toda su longitud estaba bañada en un brillo deslumbrante por el resplandor parpadeante de innumerables llamas de petróleo. Un brillo como la luz del día nunca llegó aquí; el aire húmedo estaba lleno de un humo espeso y humeante; el suelo cubierto de basura de todo tipo dificultaba aún más



el caminar sobre el pavimento irregular y resbaladizo de piedra.

El trabajador que había preguntado acerca de su camino se enredó en la multitud y estaba tratando de liberarse lo más rápidamente posible. Apenas echó un vistazo a los tesoros almacenados alrededor, a los puestos con los enormes, crudos y ensangrentados trozos de carne; a los carros muy cargados con verduras de todo tipo; a las mesas repletas de hierros viejos y ropa; a las largas hileras de calzado atado que colgaba estirado sobre él al otro lado de la calle; a toda la impenetrable mezcla del comercio minorista que aquí lo rodeaba con su ruido y violencia. Cuando, acompañado por las maldiciones de la multitud, un carro se abrió paso temerariamente entre el gentío, aprovechó la oportunidad para seguirlo y así llegó antes de lo esperado a la esquina de la siguiente calle transversal, donde las cosas volvieron a tomar su rumbo. Replanteó su curso y apreció la posibilidad de quedarse quieto por un momento.

Luego, cuando miró a su alrededor, de repente vio a Auban al otro lado de la calle. Sorprendido de ver a su amigo tan inesperadamente en este lugar, no se apresuró a llegar a él de inmediato; y luego, cuando ya había cruzado la mitad de la calle, se volvió hacia la multitud, impulsado por el pensamiento: ¿Qué está haciendo él aquí? Al minuto siguiente lo miró atentamente.

Auban estaba de pie en medio de una fila de hombres medio borrachos que sitiaban la entrada de una taberna, con la esperanza de ser invitados por uno de sus conocidos: "¡Toma una copa!" Estaba allí de pie, un poco inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en el bastón que sostenía entre las rodillas y mirando fijamente a la multitud que pasaba, como si esperara ver emerger un rostro familiar. Sus facciones eran severas; alrededor de la boca había una línea afilada, y sus ojos hundidos tenían una mirada fija y sombría. Sus mejillas bien afeitadas eran delgadas, y la nariz afilada daba a los rasgos de su rostro estrecho y fino la expresión de una gran fuerza de voluntad. Una capa oscura y suelta cayó descuidadamente sobre la forma excepcionalmente alta y de hombros estrechos; y cuando el otro en la esquina de la calle opuesta lo vio así de pie, se dio cuenta por primera vez de que en años no lo había visto de otra manera que con esta misma prenda holgada del mismo corte cómodo y del mismo color oscuro. Tan simple y sin embargo tan llamativa había sido su apariencia externa cuando... ¿cuánto tiempo atrás? ¿Seis o siete años ya?, lo conoció en París, y tal como entonces, con las mismas facciones regulares, afiladas y sombrías que a lo sumo se habían vuelto un poco más pálidas y grises, allí estaba hoy, despreocupado y ocupado, en contemplación ensimismada en medio del bullicio febril y sin la alegría del sábado por la noche del Soho.

Ahora venía hacia él, mirando fijamente al frente. Pero él no lo vio y estuvo a punto de pasar a su lado.

–“¡Auban!” exclamó el otro.

La persona a la que se dirigió no se sobresaltó, pero se volvió lentamente hacia un lado y miró con una mirada vacía y ausente el rostro del hablante, hasta que el otro lo agarró por el brazo.

–“¡Auban!”

"¿Otto?" preguntó él entonces, pero sin sorpresa. Y luego casi en un susurro, y con los tonos roncos, todavía medio avergonzados por el miedo, de uno que se despierta y cuenta su mal sueño, en voz baja, para no revivirlo: “Estaba pensando en otra cosa; de la miseria, qué grande es, qué enorme, y qué despacio llega la luz, qué despacio”.

El otro lo miró sorprendido. Pero ya Auban, repentinamente despierto, se echó a reír y con su habitual voz confiada preguntó:

–“Pero, ¿cómo diablos vienes de tu East End al Soho?”

–Me he extraviado. ¿Dónde está la calle Oxford? Ahí, ¿no es así?

Pero Auban lo tomó sonriente por el hombro y lo hizo girar.

–Aquí no. Escuche: ante nosotros se encuentra el norte de la ciudad, toda la longitud de Oxford Street; detrás de nosotros, el Strand, que tú conoces; allí, ¿de dónde viniste,

viniste del este?, es Drury Lane y los antiguos Seven Dials, de los que seguramente ya habrás oído hablar. Seven Dials, el antiguo infierno de la pobreza; ahora 'civilizado'. ¿Aún no has visto la famosa Calle de los Birddealers? Mire –prosiguió, sin esperar respuesta, e hizo un gesto con la mano hacia el este–, en esas calles hasta Lincoln's Inn Fields, se acuartela gran parte de la miseria del West End. ¿Qué crees que no darían si pudieran barrerlo y empujarlo hacia el este? ¿De qué sirve que construyan calles anchas, como hizo Haussmann, el prefecto del Sena, en París, para así hacer frente más fácilmente a las revoluciones? Sólo se amontona más sobre sí mismo. No hay un sábado por la noche que no pase por este barrio entre Regent Street y Lincoln's Inn, entre Strand y Oxford Street; es un imperio en sí mismo, y encuentro tanto para ver aquí como en el East End. ¿Es la primera vez que estás aquí?

–“Sí, si no me equivoco. ¿Acaso el Club no se reunía aquí anteriormente?”

–“Sí. Pero más cerca de Oxford Street. Sin embargo, muchos alemanes viven aquí, en las mejores calles cerca de Regent Street”.

–“¿Dónde es peor la miseria?”

–“¿Peor?” Auban reflexionó un momento. –“Si entras desde Drury Lane, los Courts of Wild Street; luego el terrible revoltijo de casas casi en ruinas cerca de la Vieja Tienda de

Curiosidades que Dickens ha descrito, con los callejones cubiertos de tierra; en general, a lo largo de las calles laterales de Drury Lane, especialmente en el norte a lo largo de Queen Streets; y más allá, sobre todo, los antiguos Diales, son el infierno de los infiernos.”

–“¿Conoces todas las calles aquí?”

–"Todo."

–“Pero no puedes ver mucho en ellas. Las tragedias de la pobreza se representan detrás de los muros”.

–“Pero aún el último acto, ¡cuán a menudo!, sucede en la calle."

Habían caminado lentamente. Auban había puesto su brazo en el del otro y se apoyaba cansinamente en él. A pesar de esto, cojeaba más que antes.

–“¿Y adónde vas, Otto?” preguntó.

–"Al club. ¿No vendrás?"

–"Estoy un poco cansado. Pasé toda la tarde allá. Entonces, como se le ocurrió que el otro podía ver en estas palabras sólo un pretexto para declinar, añadió más rápidamente: –“Pero iré contigo; es una buena oportunidad; no debería llegar allí tan pronto de nuevo. ¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos!”

–"Sí; ¡Son casi tres semanas!".

–"Empiezo cada vez más a vivir para mí mismo. Tú lo sabes. ¿Qué puedo hacer en los clubes? Esos largos discursos, siempre sobre el mismo tema: ¿para qué sirven? Todo eso solo es aburrido.

Vio muy bien cuán desagradables eran sus palabras para el otro y cómo, sin embargo, trató de aceptar la justicia de su comentario.

–"Todavía estoy en casa todos los domingos por la tarde después de las cinco, como solía estar. ¿Por qué no vienes?"

–"Porque en tu casa se reúnen todo tipo de personas, burgueses, socialdemócratas, literatos e individualistas".

Auban se echó a reír. –"Tanto mejor. Las discusiones sólo pueden ganar de ese modo. Pero los individualistas son los peores de todos, ¿no es así, Otto?"

Su rostro cambió por completo. Justo antes sombrío y reservado, ahora mostraba una amable expresión de amistad y simpatía.

Pero el otro, al que se habían dirigido como Otto, y cuyo nombre era Trupp, pareció afectado sólo desagradablemente por ello, y mencionó un nombre que, aunque no quitó la calma de la frente de Auban, hizo que la sonrisa se desvaneciera de sus labios.

–"¡Quince años! ¡Y por nada! dijo el trabajador, colérico e indignado.

–"Pero, ¿por qué fue tan descuidadamente a la trampa de sus enemigos? Debe haberlos conocido.

–"¡Fue traicionado!"

"¿Por qué confió en los demás?" preguntó Auban de nuevo. "Desde el principio se pierde todo aquel que edifica sobre los demás. Él también sabía esto. ¡Fue un sacrificio inútil!"

"Me temo que no tienes idea de la grandeza de este sacrificio y su devoción", dijo Trupp, enojado.

"Querido Otto, sabes muy bien que me falta por completo el sentimiento de apreciación de todos los llamados sacrificios. ¿De qué ha servido la derrota del compañero, el mejor, el más honesto, tal vez, de todos? ¡Dime!"

"Ha hecho la lucha más amarga. Ha sacado a algunos de su letargo; otros –nosotros– se han llenado de nuevos odios. Sus ojos relampaguearon, mientras Auban sentía cómo el brazo que sostenía temblaba de ira convulsiva. ¡Ha renovado en nosotros el juramento de reclamar el día del ajuste de cuentas una expiación centuplicada por cada víctima!

"¿Y luego?"

"Entonces, cuando este orden maldito haya sido arrasado, sobre sus ruinas se levantará la sociedad libre".

Auban volvió a mirar al conversador violento, con la mirada triste y seria con que lo había saludado antes. Sabía que en el pecho distraído de este hombre sólo vivía un deseo y una esperanza: la esperanza del estallido de la "grande", de la "última" revolución.

Así, años atrás, habían paseado por los bulevares de París y se habían embriagado con las sonoras palabras de la esperanza; y mientras que Auban había perdido hacía mucho tiempo toda la fe, excepto la fe en el poder de la razón que actúa lentamente, lo que finalmente conducirá a cada hombre, en lugar de proveer para los demás, a proveer para sí mismo. Así el otro se había perdido cada vez más en el fanatismo de la desesperación, y conjuraba cada día de nuevo el fantasma trémulo del "futuro dorado" ante sus ojos, que se deslizaba de sus manos, que anhelantes y confiadamente entrelazaban el cuello de su amor, el último asimiento sobre la realidad de las cosas.

"En quince años", estalló de nuevo, ardiendo, la llama de la esperanza en sus palabras, "¡pueden pasar muchas cosas!"

Auban no respondió más. Él era impotente contra esta fe. Lentamente siguieron caminando. Las calles se volvieron cada vez más desiertas y tranquilas. La atmósfera, cada vez



más densa, aún estaba cargada con la abundante humedad de hacía tres horas. El cielo era una masa brumosa y gris de nubes. Las linternas brillaban con un parpadeo inestable. Entre los dos hombres yacía el silencio del distanciamiento.

También externamente eran muy diferentes.

Auban era más alto y delgado; Trupp, más musculoso y bien proporcionado. Este último llevaba una barba corta, castaña y poblada, mientras que el primero iba siempre cuidadosamente afeitado.

Cuando estaban solos, siempre, como esta noche, hablaban en francés, que Trupp hablaba sin problemas, aunque no del todo correctamente, mientras que Auban lo hablaba tan rápido que incluso los franceses a menudo tenían dificultades para seguirlo. Su voz tenía un sonido extraño y duro, que ocasionalmente cedía a la calidez de su vivacidad, pero aún más a menudo a una fina ironía.

Ante ellos, la maraña de calles pequeñas y estrechas comenzaba a desaparecer. Subieron unos pocos escalones. ¡Allí estaba Oxford Street!

“Dentro de quince años”, Auban rompió el silencio, “las cadenas de la servidumbre casi habrán cortado las muñecas de las naciones en los países del Continente, de modo que ya no podrán dar un golpe. Aquí las mismas manos serán

esposadas el día en que se niegue el derecho de palabra a la boca que ahora protesta y habla hasta quedar ronca.”

–Conozco a los trabajadores mejor que tú. Se habrán levantado mucho antes de eso.

–“Solo para ser segados por los cañones, que disparan automáticamente un tiro cada segundo, y sesenta en un minuto. Sí. Conozco bien a la burguesía y a sus ayudantes”.

Estaban de pie en Oxford Street: en la luz y la vida de la noche.

“Mira, ¿crees que esta vida, tan enredada, tan perpleja, tan enormemente complicada, caerá de un golpe y por mandato de algunos individuos?”

–“Sí”, dijo Trupp, y señaló hacia el este. “Ahí está el futuro”.

Pero Auban preguntó: “¿Cuál es el futuro? El futuro es el socialismo. La supresión del individuo en límites cada vez más estrechos. La falta total de independencia. La familia numerosa. Todos niños, niños... Pero esto también debe ser superado”.

Se rió amargamente, y mientras seguía la mirada de su amigo: –“¡Ahí está, Rusia!” Luego ambos volvieron a guardar silencio.

Oxford Street se extendía a lo lejos: una línea inconmensurable de luz que se mezclaba y oscuridad que se precipitaba arriba y abajo.

–Hay tres Londres –dijo Auban, impresionado por la vida–, tres: el Londres del sábado noche, cuando se emborracha para olvidar la semana que viene; el Londres el domingo, cuando se duerme en el regazo de la iglesia infalible para recuperar la sobriedad; y Londres, cuando funciona y deja trabajar, en los largos, largos días de la semana”.

“Odio esta ciudad”, dijo el otro.

"¡Me encanta!" dijo Auban, apasionadamente.

“¡Qué diferente era París!”

Y los recuerdos comunes surgieron ante ellos.

Pero Auban se apresuró.

Nunca llegaremos al Club.

Cruzaron Oxford Street todo recto y subieron por la siguiente calle transversal hacia el norte. Auban volvió a descansar pesadamente sobre el brazo de su amigo. “Pero dime: ¿cómo están las cosas?”

“Muy bien, no obstante, seguimos sin 'consejo'. ¿Recuerdas todavía el alboroto que se armó cuando

organizamos el Club íntegramente según el principio comunista: sin consejo, sin oficiales, sin estatutos, sin programa y sin cuotas obligatorias fijas? Se profetizó el fracaso total a través del desorden, y todas las demás cosas posibles además. Pero todavía nos llevamos muy bien, y en nuestras reuniones las cosas suceden como en otras donde manda la campana del presidente. Uno habla siempre detrás del otro, si tiene algo que decir”.

Auban sonrió.

“Sí”, dijo, “que los fanáticos del orden no pueden comprender cómo personas sensatas pueden reunirse y permanecer juntas para deliberar sobre sus intereses comunes, a menos que se le haya garantizado al individuo su jerarquía con derechos y deberes en un poco de papel. Pero el hecho de que este intento no haya fracasado, ¿no es seguramente una prueba para usted de la posibilidad de constituir la sociedad humana en general sobre cimientos similares?”

–Eso sería pura locura.

"¿Entonces, eso sería pura locura? No lo creemos. Valoramos esta esperanza”, protestó Trupp con tenacidad.

Auban interrumpió: "¿Cómo va tu trabajo?"

"Despacio. ¿Lo lees?"

"Sí. Pero rara vez. He olvidado el poco de alemán que aprendí en la escuela".

"También lo editamos juntos. Sin comité, sin editor. Una noche a la semana se reúnen los que tienen tiempo y se sienten inclinados, y se leen, discuten y contemplan las comunicaciones enviadas".

"Pero por eso la materia difiere tan extraordinariamente en el punto de excelencia y es tan heterogénea. No, el reverso de un periódico debe ser una personalidad, una personalidad completa e interesante".

Trupp lo interrumpió violentamente.

"Sí, y luego deberíamos volver a tener 'liderazgo'. Un director siempre se convierte en gobernador –no se dio cuenta de que Auban asentía con la cabeza–, ¡aquí en lo pequeño, allí en lo grande! Todo nuestro movimiento ha sufrido terriblemente por eso, por este centralismo. Donde al principio había puro entusiasmo, se ha convertido en autocomplacencia; piedad y amor genuinos en el deseo de cada uno de actuar como el salvador. Así que ya tenemos por todas partes arriba y abajo, el rebaño y el mandón, por un lado la presunción, por el otro el eco irreflexivo y fanático de los principios del partido".

"Pero de hecho me has entendido totalmente mal. ¡Como si hubiera creído alguna vez en otra cosa! Por principios

generales, desconfío de todo aquel que se atreva a representar a otros, a proveer para otros y a tomar sobre sus propios hombros la responsabilidad de los asuntos de otros. Ocúpese de sus propios asuntos y déjeme ocuparme de los míos, ese es un buen dicho. Y realmente anarquista”.

“Yo también soy anarquista”.

“No, amigo mío, no lo eres. Defiendes en todos los aspectos lo contrario de las ideas verdaderamente anarquistas. Eres un comunista completo, no sólo en tus opiniones, sino en toda tu forma de sentir y desear”.

“¿Quién disputaría mi derecho a llamar anarquistas mis opiniones?”

"Nadie. Pero no consideras qué lamentable confusión surge de la mezcla de concepciones totalmente diferentes. Pero, ¿por qué discutir ahora sobre la vieja cuestión? Ven el domingo. Podríamos volver a discutir. ¿Por qué no?"

"Muy bien. ¡Pero usted es, y seguirá siendo, el Individualista en que se ha convertido desde que ha estudiado 'científicamente' la cuestión social! ¡Ojalá siguieras siendo el mismo que eras cuando te conocí en París, amigo mío!

“¡No, yo no, Otto!” dijo Auban, y se rió a carcajadas.

Trupp estaba molesto.

“¡No sabes lo que estás defendiendo! ¿No es el Individualismo sinónimo de dar rienda suelta a todas las bajas pasiones del hombre, sobre todo el egoísmo, y no ha producido toda esta miseria, dejando la libertad a un lado?

Auban se detuvo y miró al orador.

“¿Libertad del individuo? ¿Hoy, cuando vivimos bajo un comunismo más complicado y brutal que nunca? ¿Hoy en que el individuo, desde la cuna hasta la tumba, es puesto bajo contribución al Estado, a la comunidad? Ve a los confines del mundo y dime dónde puedo escapar de estas obligaciones y ser yo mismo. Iré a esta libertad que he buscado en vano toda mi vida”.

“Pero tus puntos de vista solo proporcionan nuevas armas a la burguesía”.

“Si no vais a utilizar estas armas vosotros mismos, las únicas en las que sigo creyendo. Sólo entonces. Y seguramente, estos pensamientos de egoísmo que maduran lentamente (uso esta palabra deliberadamente) son peligrosos para las condiciones actuales de la misma manera que lo serán para las condiciones prevalecientes cuando hayamos entrado en el refugio del Estado popular, que hará feliz a todas las cosas, el refugio del Comunismo condensado, más peligroso que todas vuestras bombas y todas las bayonetas y metralletas de los actuales gobernantes.”

“Has cambiado mucho”, dijo Trupp con seriedad.

“No, Otto. Sólo me he encontrado a mí mismo.

“Debemos volver a esto. Deben haber decidido...

“¿Si todavía os pertenezco o no? Pero esto seguramente es solo hablar. Pues el hombre libre –y se quiere la autonomía total e indivisa del individuo– sólo puede pertenecerse a sí mismo.

Ahora habían entrado en Charlotte Street, que se extendía ante ellos en su larga y lúgubre oscuridad.

Doblaron por una de las calles laterales, por uno de los pasajes casi desiertos y a media luz que se extienden hacia el ruido de Tottenham Court Road.

“Ahora debemos hablar alemán”, dijo Auban en ese idioma, que sonaba extraño y desconocido en sus labios.

Se detuvieron frente a una casa estrecha y de colores claros.

Encima de la puerta, sobre el cristal iluminado por la luz parpadeante detrás de ella, estaba el nombre del Club.

Trupp abrió rápidamente la puerta y entraron.



## II: LA HORA UNDÉCIMA

El viernes por la noche de la semana siguiente, Carrard Auban recorría la infinitamente larga City Road en un ómnibus. Se sentó al lado del conductor, un caballero con un sombrero de seda y un exterior impecable, y observó con impaciencia la disminución gradual de la distancia que lo separaba de su destino. Estaba emocionado y fuera de sí. Cuando el ómnibus se detuvo en Finsbury Square, se apeó rápidamente, se apresuró por la acera hasta el siguiente cruce después de asegurarse de la dirección, y unos minutos más tarde se encontró en los escalones del South Place Institute.

Incluso desde la distancia, se notaba una concurrencia inusualmente grande de personas. A breves intervalos había policías de pie alrededor. Las puertas del oscuro edificio parecido a una iglesia estaban abiertas de par en par;

mientras Auban se abría paso lentamente con la corriente, intercambió apresuradas palabras de saludo con algunos conocidos que estaban apostados allí para vender los periódicos de su sociedad o de su partido. Las respuestas frecuentemente hablaban de sorpresa o placer al verlo.

De los periódicos ofrecidos a la venta, tomó lo que encontró en su camino: "Commonweal", el interesante órgano de la Liga Socialista; "Justicia", el órgano del partido de la Federación Socialdemócrata; y unas pocas copias del nuevo periódico alemán, "Londoner Freie Presse", la empresa de un número de socialistas alemanes de diversas escuelas, que iba a formar un terreno común para sus puntos de vista, y servir a la propaganda entre parte de la población de Londres de habla alemana. Auban nunca volvía de estas reuniones sin haberse llenado el bolsillo de la pechera con papeles y folletos.

En la entrada interior se repartía la resolución de la tarde; grandes hojas claramente impresas.

El salón tenía aproximadamente la misma anchura y profundidad; una amplia galería, que ya estaba casi llena, se extendía a lo largo de las paredes. A una altura de varios pies, se levantaba una plataforma al frente, sobre la cual se colocaban varias sillas para los oradores. Todavía estaba desocupada. La sala daba la impresión de estar destinada a fines religiosos. La forma de los asientos también lo indicaba.

Esta noche, sin embargo, nada se notaba de la rutina indiferente, mecánicamente tranquila, de una reunión religiosa. Los asientos estaban ocupados por una multitud excitada y fuertemente conmovida que intercambiaba en voz alta sus opiniones. Auban lo inspeccionó rápidamente. Vio muchas caras conocidas. En la esquina de la sala, cerca de la plataforma, se habían reunido varios de los oradores de la noche. Auban atravesó las filas de bancos que se llenaban sin cesar y se acercó al grupo. Con algunos intercambió una tranquila presión de la mano; y asintió a otros.

"Bueno, ¿por supuesto que usted también hablará, Sr. Auban?" le preguntaron.

Sacudió la cabeza, con desaprobación.

"No me gusta hablar inglés, no me gusta hablar nada. Eso es pasado. ¿Y qué debo decir? Lo que a uno le gustaría decir no se le permite decir. ¿Es una reunión mixta? luego preguntó en voz más baja a un hombre que estaba cerca de él, el conocido agitador de un club revolucionario alemán.

"Sí, radicales, librepensadores, liberales, todo tipo de personas. Verá, la mayoría de los oradores rechazarán toda simpatía por el anarquismo".

¿No has visto a Trupp?

"No; seguramente no vendrá. Todavía no lo he visto en una de estas reuniones".

Auban miró a su alrededor. El salón ya estaba abarrotado hasta la asfixia; los pasillos entre los asientos estaban llenos; varios trabajadores rodearon la gran fotografía de grupo de los condenados de Chicago, que, en un amplio marco dorado, estaba suspendida detrás de la mesa del orador. En la mesa contigua, varios reporteros de periódicos ordenaban sus blocs de notas.

En las entradas, la multitud se emocionaba cada vez más. Las puertas estaban abiertas de par en par. Por los empujones se podía ver que grandes masas seguían exigiendo admisión. Algunos lograron abrirse paso hasta el frente, donde todavía había espacio en los asientos si la gente se amontonaba más. Cuando Auban vio esto, también se aseguró rápidamente un asiento, porque su pierna coja no le permitía permanecer de pie durante horas.

Plantó su bastón con firmeza y cruzó las piernas. Así que permaneció sentado toda la noche. Podía pasar por alto todo el salón, mientras se sentaba en uno de los asientos laterales: la plataforma estaba justo delante de él.

Sacó la resolución del bolsillo y la leyó atenta y lentamente, así como la lista de oradores: "varios de los más destacados radicales y socialistas". Conocía todos los

nombres y los hombres a quienes pertenecían, aunque apenas había visto a ninguno de ellos durante el último año.

“El derecho a la libertad de expresión”, estaba en el programa. “Siete hombres condenados a muerte por celebrar una reunión pública”. La resolución decía: “–que los trabajadores ingleses en esta reunión desean seriamente llamar la atención de sus compañeros trabajadores en América sobre el gran peligro para la libertad pública que surgirá si permiten el castigo a los ciudadanos por intentar resistir la supresión del derecho de reunión pública y la libertad de expresión, ya que un derecho por cuyo ejercicio las personas pueden ser castigadas, claramente no se convierte en un derecho, sino en un mal.

“Que el destino de los siete hombres que están condenados a muerte por celebrar una reunión pública en Chicago, en la que varios policías fueron asesinados en un intento de dispersar a la fuerza a la gente y reprimir a los oradores, es de suma importancia para nosotros como trabajadores ingleses, dado que su caso es hoy el caso de nuestros camaradas en Irlanda, y tal vez mañana el nuestro, si los trabajadores de ambos lados del Atlántico no declaran unánimemente que todos los que interfieren con el derecho de reunión pública y la libertad de expresión lo hacen de manera ilegal y bajo su propio riesgo. No podemos admitir que las opiniones políticas de los siete condenados tengan nada que ver con los principios citados, y protestamos

contra su sentencia, que, de ser ejecutada, convertiría en delito capital las reuniones celebradas por los trabajadores en los Estados Unidos de América, ya que siempre está en poder de las autoridades incitar a una reunión pública a la resistencia amenazando sus vidas. Esperamos de nuestros camaradas estadounidenses, por muy diferentes que sean sus opiniones políticas, que exijan la liberación incondicional de los siete hombres en cuyas personas las libertades de todos los trabajadores están ahora amenazadas...”

Cuando Auban hubo terminado, vio a su lado a un anciano de larga barba blanca y expresión amistosa.

"Señor Marell –exclamó, visiblemente complacido–, ¿ha vuelto? ¡Qué sorpresa!"

Se dieron la mano cordialmente.

No quise molestarte, estabas leyendo.

Hablaron inglés juntos.

"¿Cuánto tiempo hace que regresaste?"

"Desde ayer."

"¿Y estuviste en Chicago?"

"Sí, catorce días; luego en Nueva York.

No te esperaba...

“No pude soportarlo más, así que volví”.

"¿Viste a los condenados?"

"Ciertamente; a menudo."

Auban se inclinó hacia él y le preguntó en voz baja:

"¿No hay esperanza?"

El anciano negó con la cabeza.

"Ninguno. La última recae en el gobernador de Illinois, pero no creo en él”.

Continuaron en voz baja.

“¿Cómo está el sentimiento público?”

“El sentimiento público está deprimido. Los Caballeros del Trabajo y los georgianos se están conteniendo. En total, muchas cosas son diferentes de lo que uno imagina aquí. Aquí y allá la emoción es grande, pero aún no ha llegado el momento”.

"¿Todo se hará?"

"No sé. En cualquier caso, todo será inútil.”

Ambos quedaron en silencio. Auban parecía más serio que de costumbre. Pero incluso ahora no se podía discernir qué tipo de sentimiento era el que lo dominaba.

¿Cómo están los prisioneros?

"Muy calmados. Algunos no quieren un perdón, y lo dirán. Pero me temo que los demás siguen esperando.

Eran más de las ocho. La reunión comenzó a impacientarse; las voces se hicieron más fuertes.

Auban siguió preguntando, y el anciano respondió con su voz tranquila y triste.

¿Hablará usted, señor Marell?

"No, amigo mío. Aquí hay otro, más joven; él también viene de Chicago, y tendrá algo que decir sobre ellos".

"¿Estarás en casa mañana?"

"Sí; venga. Le daré los procedimientos y los últimos documentos. He traído mucho conmigo. Todo lo que pude conseguir. Mucho. Si leyera todo, obtendría una buena imagen de nuestras condiciones estadounidenses".

"¿No se otorgará un nuevo juicio?"

"Espero que no. Porque no sería de ninguna utilidad; la tortura, que ya es insoportable, se prolongaría inútilmente;



el pueblo tendría que reunir nuevas sumas inmensas –otra vez cincuenta mil dólares, compuestos de centavos de trabajo– ¿y con qué fin? –No; la hiena quiere sangre.

"¿Y la gente?"

"El pueblo no sabe por sí mismo lo que quiere. Todavía no cree en la gravedad de la situación, y cuando llegue el Undécimo, será demasiado tarde".

Un joven inglés, que conocía al Sr. Marell de la Liga Socialista, se unió a la conversación. Auban miró hacia arriba. El primero dijo seriamente:

"No; Todavía no lo creo. A fines del siglo XIX, a la vista de las naciones, no asesinarán a siete hombres cuya inocencia es tan clara como el día; miles y miles son asesinados, pero la gente ya no tiene el coraje de simplemente jactarse del poder y burlarse de todas las leyes en un país con todas las instituciones del Estado. No; no lo harán, porque sería una locura desde su punto de vista iluminar y despertar así a la gente. No; ¡no se atreverán! Solo mire; ¡Toda esta cantidad de gente aquí, y así todos los días en todos los países liberales, aquí y del otro lado; estas reuniones, estos periódicos, esta inundación de folletos! ¿Dónde hay un hombre con una mente y un corazón que no se rebele? ¿Se cuentan las huestes que se levantan del otro lado? ¿Y su voluntad no sería lo suficientemente poderosa para llenar de terror a esos sinvergüenzas a sueldo y hacerlos desistir

de llevar a cabo sus malvados designios? No; ¡No se atreverán, camarada! ¡Sería su propia ruina!”

Los dos a quienes se dirigió se encogieron de hombros. ¿Qué podrían responderle?

En la lucha de clases, ambos habían visto a los que detentaban el poder en sus manos cometer tantos ultrajes, que tenían que preguntarse qué podía pasar que aún pudiera sorprenderlos y excitar su indignación.

Auban vio cómo temblaban las manos del anciano, que sostenía un sombrero gris y gastado, y cómo trataba de ocultar este ligero temblor, que indicaba su emoción, jugando descuidadamente con su sombrero.

“Creen que golpearán al anarquismo en el corazón si cuelgan a varios de sus campeones”, dijo. Auban notó que no le importaba continuar con la conversación en este momento y permaneció en silencio.

Pero volvió a reflexionar: “¿Qué es el anarquismo?” ¿Los condenados de Chicago? Sus puntos de vista eran en parte socialdemócratas, en parte comunistas, ninguno de ellos habría dado la misma respuesta a cualquier pregunta que se les hiciera sobre los primeros principios y, sin embargo, todos se llamaban a sí mismos y se autodenominaban "anarquistas"; pero ¿cuándo había hablado alguna vez el Individualismo más desafiante que de la boca de ese joven

comunista que había tronado a sus "jueces": "Os desprecio, desprecio vuestras leyes, vuestro 'orden', vuestro gobierno" y: "Estoy de pie por ella: si nos amenazan con cañonazos, responderemos con bombas de dinamita".

¡Y además, el anciano que estaba sentado a su lado! Él también se llamaba a sí mismo "anarquista"... ¿Y qué era lo que siempre predicaba en sus innumerables folletos? Amar. "¿Qué es la anarquía?" se pregunta. Y responde: "Es un sistema de sociedad en el que nadie estorba la acción de su prójimo; donde la libertad está libre de la ley; donde no hay privilegio; donde la fuerza no determina las acciones humanas. El ideal es uno con el proclamado hace dos mil años por el Nazareno: la fraternidad de todos los hombres". Y dolorido, exclama una y otra vez: "¡La venganza es la lección predicada por el púlpito, por la prensa, por todas las clases de la sociedad! ¡No! ¡Predica el amor! ¡amar! ¡amar!"...

Al recordar estas palabras, Auban se dio cuenta de lo peligroso que era hablar en términos tan generales, tan confusos, tan superficiales a aquellos que todavía estaban tan poco preparados para descubrir el significado y la importancia de las palabras. Así, elementos incongruentes y extraños se formaron cada vez más en una espiral cuyo desenredo ahuyentó a muchos que de otro modo habrían seguido gustosamente los hilos individuales...

Auban acababa de conocer al anciano. Había sido en un debate en el que se discutieron las diferencias entre el anarquismo individualista y el comunista. El Sr. Marell había sido el único que, como él mismo creía, defendía lo primero. Su razonamiento había interesado a Auban. A pesar de sus inconsistencias, encontró mucho en él que estaba en estrecha relación con sus propias conclusiones. De modo que se reconocieron y se encontraron algunas veces antes de que el primero marchara a América, para hacer allí, como dijo, lo que aún estaba en su poder. Como nunca hablaba de sí mismo, Auban no sabía de qué naturaleza iban a ser estos esfuerzos y, por lo que había oído esta noche, podía ver que no habían tenido éxito. Por tanto, estaba claro que este hombre parecía estar a la cabeza de una ramificación muy extensa de conexiones de todo tipo; porque conocía a las ocho personas implicadas en el juicio y parecía estar bien informado sobre la difusión de las enseñanzas anarquistas en América.

Todos sus folletos estaban firmados: “El Desconocido”. En Londres, el anciano no era una figura llamativa. Rara vez hablaba en público, y la marea del movimiento revolucionario de Londres saca hoy a la superficie demasiados individuos para tragárselos de nuevo mañana, para poder prestar especial atención al visitante transitorio en este ir y venir incesante.

Ahora preguntó al inglés acerca de algunos de los presentes. Auban se echó hacia atrás.

"¿Quién es esa?"

Señaló a una mujer con un vestido sencillo y oscuro, que estaba sentada cerca de ellos. Sus rasgos bien definidos delataban el más vivo interés por todo lo que pasaba a su alrededor, y conversaba animada y risueña con su vecina.

"No lo sé", respondió el inglés. Pero luego recordó haberla visto una vez en un club alemán, y añadió:

"Solo sé que es alemana, socialista alemana. Ambiciosa, pero de buen corazón. En Berlín agitó durante mucho tiempo por la abolición del examen médico de las prostitutas".

El anciano, curioso, continuó haciendo preguntas al que estaba parado frente a él.

"¿Y con quién está hablando ahora?"

El inglés miró. Era un joven a quien también conocía solo un poco.

"Creo que es un poeta", dijo. Ambos sonrieron.

Ha escrito un poema sobre la vida social.

"¿Lo has leído?"

"Oh, no; No leo alemán.

“No parece ni un poeta ni un socialista. ¿Cree que puede mejorar el mundo con sus poemas? Un día verá lo inútiles que son, y que la gente debe tener pan antes de poder pensar en otras cosas. Si uno no tiene qué comer, la poesía se acaba”.

El más joven sonrió ante el fervor del mayor, que continuó, imperturbable, mientras Auban estudiaba a la multitud.

“Es posible escribir los poemas de amor más tiernos y como un carnicero presenciar las atrocidades más sangrientas. Y escribir un himno público en honor a los 'valientes soldados', los asesinos, que regresan de las batallas chorreando sangre. Uno puede cantar sobre los 'sufrimientos del pueblo' y, a la hora siguiente, en el salón de baile, besar la mano de 'su señoría', que acaba de dar una bofetada a su sirviente. ¿Pero de qué estamos hablando? Dígame más bien quién es el caballero de allá.

“Uno de nuestros candidatos parlamentarios. Un bribón sin carácter. Un declamador. Si tuviera el poder, sería un tirano. Pero tal como está, ya hace bastantes travesuras.

Ahora ambos comenzaron a prestar atención a la reunión. Auban seguía absorto en sus pensamientos. Las sillas de la tarima habían sido ocupadas por los representantes y delegados de las sociedades que habían convocado la

asamblea. Entre ellos había varias mujeres. El asiento del presidente estaba ocupado por un hombre pálido con traje de clérigo de la Alta Iglesia, de unos cuarenta años. Fue recibido con aplausos cuando se anunció su elección como presidente. Auban lo conocía; era un socialista cristiano que durante muchos años había estado activo entre los pobres del East End. A causa de sus opiniones había sido privado de su sustento. La Iglesia es el mayor enemigo del carácter.

Ahora llamó al orden a la reunión. Dijo que estaba integrado por personas de las opiniones más divergentes, tanto de radicales y antisocialistas como de anarquistas y socialistas, pero que estaban unidos en el único deseo de protestar contra la violación del derecho a la libertad de expresión. No era anarquista como los condenados de Chicago; tenía una fuerte aversión a sus doctrinas; pero exigía para sus discípulos y seguidores exactamente la misma libertad o incluso mayor que la que él, el ministro de una iglesia cristiana, reclamaba para sí mismo en la expresión de sus opiniones. Todos tenían igual derecho de servir a lo que tenían por verdad, y por eso exigió en nombre de su Dios, y en nombre de la humanidad, la liberación de estos hombres.

Cuando terminó, se leyó una gran cantidad de telegramas, mensajes de pésame y cartas de todas partes de Inglaterra. Muchos de ellos fueron recibidos con entusiasmo.

Auban sabía que muchas de estas sociedades tenían miles de miembros; entre los nombres que escuchó leer estaban algunos de la mayor influencia. Los escritores cuyas obras leía todo el mundo, ¿qué estaban haciendo todos ellos, todos los que estaban tan convencidos como él de la atrocidad de esa sentencia? Aquietaban su conciencia con una protesta. ¿Qué podrían haber hecho? Su influencia, su posición, su poder, tal vez podrían haber sido lo suficientemente fuertes e impresionantes como para hacer imposible la ejecución del hecho frente a la indignación excitada y general que había surgido. Pero su nombre y su protesta, se extinguían aquí sin efecto ante unos pocos. Ellos también eran esclavos de su tiempo aunque podrían haber sido sus verdaderos amos.

Auban fue sacado de sus pensamientos por una voz que había oído muchas veces. Al lado de la mesa en la plataforma estaba de pie una mujercita vestida de negro. Debajo de la frente que estaba medio oculta como una corona por su cabello espeso y corto, brillaban un par de ojos negros radiantes de entusiasmo. El volante blanco y la prenda sencilla, casi monacal, larga y ondulada, parecían de otro siglo. Solo unos pocos en la reunión parecían conocerla; pero quienquiera que la conoció, sabía también que era la más fiel, la más diligente y la más apasionada campeona del comunismo en Inglaterra. Ella también se llamaba a sí misma anarquista.



No era una oradora cautivadora, pero su voz tenía ese anillo de hierro de inalterable convicción y honestidad que a menudo conmueve al oyente con más fuerza que la elocuencia más brillante.

Dio un cuadro de todos los eventos que habían precedido el arresto y condena de los camaradas en Chicago. Claramente, paso a paso, pasaron ante los ojos de los oyentes...

Habló del surgimiento y progreso del movimiento de las ocho horas en Estados Unidos; de los esfuerzos de años anteriores para hacer cumplir la jornada laboral de ocho horas entre los empleados del gobierno; de sus éxitos... Explicó cómo había ocurrido que los revolucionarios de Chicago se sumaran al movimiento sin engañarse sobre su trascendencia e importancia real; de los esfuerzos incansables de la Asociación Internacional de Trabajadores; y cómo aquellos hombres que ahora se enfrentaban a la muerte se habían visto obligados a tomar la iniciativa en el movimiento...

Luego trató de describir la tremenda agitación que había precedido a las jornadas de mayo del año anterior: la tensión febril en los círculos de los trabajadores, el miedo creciente en los de los explotadores... El rápido crecimiento de los huelguistas hasta el día, el primero de mayo, que, esperado por todos, iba a traer la decisión...

Entonces conjuró ante los ojos de la asamblea los mismos días de mayo; “más de veinticinco mil trabajadores dejan su trabajo en un mismo día; en tres días su número se ha duplicado. Es una huelga general. La rabia de los capitalistas sólo es comparable a su miedo. Noche tras noche se llevan a cabo reuniones en muchos lugares de la ciudad. El gobierno envía a sus policías y les ordena disparar contra una de estas reuniones pacíficas: cinco trabajadores quedan muertos en el lugar...

“¿Quién ha llamado a cuentas a los asesinos de esos hombres? Nadie”.

Ella hizo una pausa. Uno podía escuchar su emoción en el tono de su voz cuando continuó:

“La noche siguiente los anarquistas convocan una reunión en el Haymarket. Era ordenada, a pesar de los sucesos de los días anteriores, las alocuciones de los oradores son tan poco incendiarias que el alcalde de Chicago, dispuesto a dispersar la reunión a la primera palabra ilícita, notifica al inspector de policía que puede enviar a sus hombres a casa. Pero éste en lugar de hacerlo, les ordena de nuevo marchar hacia la reunión. En este momento, una bomba vuela de una mano desconocida hacia las filas atacantes. La policía abre un fuego asesino...

“¿Quién tiró la bomba? Quizá la mano de quien desesperado quiso así defenderse de esta nueva matanza;

tal vez –esta era la opinión prevaleciente en los círculos obreros de Chicago– uno de los mismos agentes comisionados de la policía; ¿Quién no conoce los medios a que recurren nuestros enemigos para destruirnos? Si este fue el caso, hizo su negocio incluso mejor de lo que se esperaba.

“¿Quién tiró la bomba? Lo sabemos tan poco como lo saben esos ocho hombres que, en la tremenda consternación que se extendió por Chicago a partir de esta hora, fueron apresados al azar, ya que llevaban los nombres más conocidos del movimiento, aunque varios de ellos ni siquiera habían estado presentes en la reunión. ¿Pero qué hay de eso? El tribunal se mostró tan poco disuadido de arrestarlos como más tarde de declararlos culpables de conspiración secreta, a pesar de que algunos de ellos nunca antes se habían visto.

“¿Por qué fueron condenados?” ella concluyó. “No porque hayan cometido un delito, no; ¡sino porque eran los campeones de los pobres y los oprimidos! No porque fueran asesinos, no; sino porque se atrevieron a abrir los ojos de los esclavos a las causas de su esclavitud. Estos hombres cuyo carácter inmaculado no pudo ser mancillado ni siquiera por los ataques más venenosos de los 'órganos de la opinión pública', serán ahorcados porque siguieron sus convicciones desinteresada, noblemente y fielmente en una

época en la que solo sale ileso quien como mentiroso hace compañía a los mentirosos!”

Ella paró. Todos habían escuchado con atención. Muchos aplaudieron.

Auban la siguió con su mirada penetrante mientras ella descendía los escalones de la plataforma hacia el salón y, al encontrar todos los asientos ocupados, se sentó descuidadamente en uno de los escalones. Parecía como si quisiera mirar a través de la mano que ella sostenía ante sus ojos como si tuviera un dolor corporal, en su alma misma, para encontrar allí también la confirmación de su convicción más profunda, que es la última en adquirirse: el egoísmo de todo ser. Y aun aquí no vacilo ni por un momento en confesar que esta mujer debe ser más feliz en esta vida de trabajo, sacrificio y privaciones, de lo que hubiera sido si hubiera continuado en aquella otra en la que había crecido, en riqueza y tranquilidad, y que ella había dejado –como ella y todos los demás creían– para servir “a la causa de la humanidad”, cuando en realidad, aunque de forma completamente inconsciente, seguía la llamada de su propia felicidad.

El ruido y las conversaciones en la sala que habían durado varios minutos se calmaron y Auban volvió a centrar sus pensamientos y su atención en la plataforma, donde el presidente anunció el nombre del siguiente orador.

“Mira”, dijo el Sr. Marell a Auban. “Ese joven viene de Chicago. Él dirá algo sobre las cosas allí. Acaba de llegar de Liverpool”.

Auban escuchó con atención: el americano contó algunos de los detalles del juicio que no eran tan conocidos, pero que daban mejor idea de la naturaleza del proceso contra los acusados que cualquier otra cosa. Describió la formación del jurado citando las palabras del alguacil: “Tengo este caso entre manos y sé lo que debo hacer. Estos hombres están destinados a ser ahorcados. Convoco a los hombres que deben desafiar a los acusados”.... Describió las personas de los testigos del Estado, el sinvergüenza mentiroso que fue sobornado por la policía para que dijera cualquier cosa que se le pidiera... los otros dos testigos de cargo a quienes se les había dado la alternativa, ya sea colgar con el resto o resultar libres y decir “la verdad”. “Esas personas no dirán nada de lo que se les puede exigir si ven ante ellos la muerte o la libertad” exclamó el orador, y un fuerte aplauso de todas partes del salón recibió sus palabras. Luego, cuando citó las palabras de ese brutal y notorio capitán de policía: “Si pudiera reunir a mil de estos socialistas y anarquistas, sin sus malditas mujeres y niños, les haría un trabajo rápido”; y cuando habló de ese corrupto “jurado pagado y servicial” al que los señores del dinero de Chicago habían ofrecido una recompensa de cien mil dólares por sus “servicios”, según la boca de uno de sus órganos, se desató una poderosa tormenta de indignación y desprecio. Se alzaron gritos del

público, se escucharon amenazas; y el alboroto en las filas del público era todavía grande, cuando el joven americano ya había bajado y dejado su lugar a un hombrecito, de abrigo largo, barba larga y tupida, pelo ya ralo, y de inconfundible color eslavo; y los gritos de indignación y de cólera se trocaron de pronto en exclamaciones de júbilo, de reconocimiento y veneración, de entusiasmo y de cariño.

Evidentemente, no había muchos entre estos miles que no conocieran a este hombre, a quien se le dio una recepción más cálida que a cualquiera de los líderes ingleses; aunque aún no hubieran oído hablar de su notable vida y destino, de su escape milagroso de los fuertes de Petersburgo que lo llevaría a Francia, donde nuevamente sería encarcelado y finalmente le ofrecería un último retiro aquí en Inglaterra; y aunque hubieran oído hablar de él esos rumores contradictorios y conflictivos que en sí mismos arrojan un brillo de lo extraño a lo excepcional; aunque no supieran lo que este hombre había hecho y seguía haciendo por “la causa”. Fueron sus escritos, dispersos por los órganos revolucionarios del “comunismo anarquista” de todas las nacionalidades, los que durante muchos años formaron la fuente inagotable y, a menudo, única de los anarquistas comunistas. Todo el mundo los conocía; todo el mundo los leía y los volvía a leer. Su magnetismo personal, que una vez había dedicado al movimiento secreto en Rusia, ahora pertenecía a la Internacional; y ciertamente esta última había ganado tanto en él como el primero había perdido.

Este magnetismo nunca podría ser reemplazado; y como todos sabían esto, todos estaban agradecidos con él.

Era comunista. El periódico que apareció en París y que, después de que su estancia allí se hiciera imposible, dirigía desde Londres, se llamaba a sí mismo "Comunista-Anarquista". En espléndidos ensayos, que aparecieron en una de las revistas inglesas más importantes, había intentado establecer los "cimientos científicos" de su ideal, que creía que se llamaba con razón Anarquía. Pero incluso estos trabajos, que daban una idea general del alcance de la información del autor en todos los asuntos del socialismo y de su enorme influencia, no permitieron a Auban imaginarse la posibilidad de la realización de estas teorías. Y vio también la engañosa fe en esta nueva y tan antigua religión que no producía más que una nueva mala cosecha de despotismo, confusión y la más intensa miseria...

Mientras tanto, el que había despertado estos pensamientos esperaba con excitación nerviosa: ¡cuántas, cuántas veces había estado de pie junto a la orilla del mar embravecido de la humanidad! Hasta que el estallido de aplausos que se elevó hacia él se calmara. Luego empezó en ese inglés duro y claro del ruso que habla las lenguas de los países en los que vive. Al principio parecía como si uno no pudiera entenderlo; tres minutos después era imposible perder una sola palabra de su discurso animado y efectivo. "¿Cuál es el significado de los eventos en Chicago?"

preguntó. Y respondió: “Venganza de los prisioneros que han sido tomados en el gran conflicto entre las dos grandes clases. Protestamos contra ello como contra la crueldad y la injusticia. Es culpa de nuestros enemigos –exclamó– si tales crímenes hacen el conflicto cada vez más terrible, cada vez más amargo, cada vez más irreconciliable. Este no es un asunto que concierne únicamente al pueblo estadounidense; el mal hecho contra los trabajadores de ese país es igualmente un mal contra nosotros. El movimiento obrero es por su naturaleza enteramente internacional; ¡y es deber de los trabajadores de cada país llamar a sus compañeros trabajadores en otros países y apoyarlos en su resistencia a los crímenes que se cometen contra todos por igual!”

No habló mucho; pero su discurso lo entusiasmó tanto a él como a sus oyentes. La inconfundible seriedad de sus palabras, su mirada centelleante, su vehemencia apasionada, despertaban en el oyente indiferente el presentimiento de la trascendencia de una causa que no comprendía, y fortalecían en sus seguidores la fe en su justicia y en su grandeza. Abandonó el estrado casi antes de terminar de hablar, como si quisiera evitar los aplausos que recién estallaban, y al momento siguiente estaba nuevamente sentado entre el público, serio y pálido, siguiendo con atención las palabras de su sucesor en el estrado, quien, como delegado de uno de los grandes clubes liberales de Londres, comentó que los eventos que hoy



estaban ocurriendo en el otro lado podrían tener lugar mañana en su propio país...

Auban ya no escuchaba lo que decía ninguno de los oradores. Estaba absorto en sus pensamientos. Seguía sentado, como hacía una hora, inmóvil, con los pies cruzados sobre el bastón que sobresalía, las manos apoyadas en el mango y la mirada fija al frente. Las voces de los oradores, así como los aplausos de la multitud, todo esto le parecía lejano. A menudo, mientras deambulaba por las calles estruendosas, se había sentido abrumado por este sentimiento de ausencia: entonces pensó en aquellos días en que, con un suspiro de alivio, la humanidad se había librado una vez más de uno de sus tiranos, y en los días en que esa vida sin valor y cargada de maldiciones había sido vengada sobre muchos amigos queridos e invaluable. Y pensó en las formas heroicas de aquellos mártires, en su sacrificio silencioso y en su entrega incondicional a la Idea. Pensaba en ellos cada vez que veía a uno de aquellos sobre cuya frente parecía flotar aún la sombra de aquellos días. Pero ya no le parecía sobremanera grandioso y envidiable vivir así y morir así. El resplandor de la pasión que había consumido su juventud había huido y yacía en cenizas bajo el soplo fresco del entendimiento que constante e incesante batalla contra todos nuestros sentimientos confusos, hasta que con la creencia en la justicia nos ha quitado el último, y ha de convertirse en la única guía y directora legítima de nuestra vida.

Había visto derramar demasiada sangre como para no desear al fin contemplar las victorias de la paz. Pero, ¿cómo era eso posible si la meta se hacía cada vez menos clara, los deseos cada vez más imposibles, las pasiones cada vez más desenfrenadas?

¡Otra vez se repetirían aquellos días en los que pensaba! ¡Otra vez la sangre de los inocentes fluyó a raudales, para ocultar los innumerables crímenes cometidos por la autoridad contra los débiles, los indecisos, los ciegos! ¿Qué quería toda esta gente que parecía tan entusiasta, que hablaba con tan elocuentes acentos de verdad? ¿Protesta? ¿Cuándo el mal privilegiado, adquirido por el poder de la autoridad, había escuchado alguna vez una protesta?

Pero, ¿por qué eran ellos los oprimidos? Porque eran los más débiles. Pero, ¿cuál es la culpa? ¿No es una culpa tan grande ser débil como ser fuerte si hay alguna culpa en ello? ¿Por qué no eran oprimidos los más fuertes?

Con la cruel severidad de su lógica penetrante siguió examinando y diseccionando. El dolor que aquí hablaba tan elocuentemente a través de las miradas y las palabras de todos, el dolor de verse obligado a presenciar el crimen, ¿no era menor que el que habría causado el intento de impedir realmente su comisión? ¿Por qué otra razón se contentaban con protestar, con simplemente protestar?

Seguramente, podrían haber sido los más fuertes. Pero ¿por qué otra razón, no eran más fuertes que los más débiles?

Había un gran vacío y frialdad en él después de la pasión llameante. Le parecía estar como suspendido en una gélida eternidad sin espacio ni límites, y en la angustia de la muerte tratando de apoderarse de la nada aérea.

El anciano que estaba sentado a su lado miró a la cara de Auban en este momento. Era de un gris ceniciento, y en sus ojos brillaba un fuego agonizante.

Mientras tanto, los oradores se sucedían incansablemente en la plataforma. La excitación parecía seguir aumentando, aunque nadie en el espacioso salón se había mantenido al margen, excepto, quizás, los reporteros, quienes, de manera profesional, estaban tomando notas.

Auban ya no escuchó nada. Una vez se había levantado a medias como si hubiera decidido hablar. Pero vio que la lista de oradores aún no se había agotado, y abandonó la intención de pronunciar la palabra que no se pronunciaría esa noche.

Sólo una vez levantó la vista durante la última hora. Se había anunciado un nombre que Inglaterra había inscrito hacía mucho tiempo indeleblemente en la historia de su poesía del siglo XIX entre las más brillantes; de un hombre

que fue mencionado como uno de los regeneradores y más activos promotores del arte industrial; y quien finalmente fue uno de los estudiosos más completos y más destacados campeones del socialismo inglés. Este hombre notable e incomparable, poeta, pintor y socialista en una persona, y maestro en todo ello, a pesar de sus cabellos blancos, tenía la vitalidad y la frescura de la juventud. Auban nunca había olvidado una de sus innumerables conferencias, que ahora estaba pronunciando ante cientos, en una de las muchas pequeñas salas de clubes de las sucursales de la Liga Socialista en Londres, ahora ante miles en reuniones públicas en Edimburgo o Glasgow: "La Sociedad que llega". Y nunca la imagen de la sociedad libre había surgido de manera más seductora y engañosa ante los ojos de Auban que bajo el hechizo de estas palabras que el poeta había intentado dotar de magia y belleza, de plasticidad y volumen, de poder argumentativo y convicción. "Qué hermoso sería si pudiera ser así, ¡cómo todo se disolvería en armonía y paz!", habían sido sus pensamientos entonces.

Un anciano bardo y patriarca, y sin embargo, por otro lado, el anciano inglés más natural, el más saludable, el hombre hecho a sí mismo, con una camisa azul sin cuello y un vestido muy cómodo, estaba allí de pie y hablando de los días de Chicago.

Los aplausos con que habían sido recibidas sus idas y venidas daban prueba de la popularidad de este hombre

cuyo interés y energía por la causa del movimiento social parecía no conocer el cansancio.

Eran mucho más de las diez cuando el presidente se levantó para leer la resolución con su voz clara y alta. Las manos volaron en el aire, no había ninguna en oposición; la resolución fue aprobada por unanimidad. Se envió un cablegrama a Nueva York, donde en la misma ocasión iba a tener lugar una reunión demostrativa al día siguiente: llevaba los buenos deseos de los reunidos al otro lado del océano.

Luego, la sala comenzó a desocuparse lentamente. La multitud emocionada y que hablaba ansiosamente empujó gradualmente a través de las puertas al aire libre; los reporteros recogieron sus hojas, comparando puntos aquí y allá; la plataforma estaba quedando desierta. Solo la mujer que había hablado primero seguía de pie al lado del presidente, la atea y comunista al lado del ministro de la Iglesia y socialdemócrata cristiano.

Probablemente había pedido algunos nombres y notas para su pequeño periódico mensual de cuatro páginas. Mientras Auban los observaba a los dos, se le ocurrió cómo, en su naturaleza más íntima, sus puntos de vista se tocaban entre sí, y cómo, después de todo, solo veían paredes falsas que se interponían entre ellos. Y además, ¡en qué irreconciliable y aguda oposición se encontraba a lo que los unía!

Después de haberse despedido calurosamente del anciano, a quien el joven americano todavía retenía, se alejó lentamente y solo.

Los camaradas con sus publicaciones seguían parados en las puertas, cada uno gritando el nombre de su periódico.

Auban reconoció a uno de ellos que pertenecía a la “Autonomie”, un joven de barba rubia y facciones amables. Le preguntó acerca de Trupp y recibió la seguridad de que no había estado presente. Cuando estaba a punto de desmayarse, sintió una palmada en el hombro. Se dio la vuelta. Ante él se encontraba un extraño anciano cuyo rostro ciertamente nadie olvidaba después de haberlo visto una vez. Era un rostro viejo, hundido, arrugado, de rasgos marcados; la boca echada hacia atrás, de modo que la barbilla sin afeitar sobresalía de manera prominente; el labio superior estaba cubierto por un bigote muy corto y erizado; los ojos estaban ocultos tras unas grandes gafas de acero, pero centelleaban en los momentos de excitación y aún daban una expresión de audacia a este viejo rostro que las preocupaciones y los cuidados habían cambiado, sólo para resaltar con mayor nitidez sus rasgos característicos sin poder borrarlos. Pero por lo demás, la forma de este anciano parecía doblada por la pesada carga de una inmensa bolsa de cuero repleta que colgaba a su lado. Llevaba alrededor del cuello un paño de lana de vivos colores, atado con muchos nudos, que le cubría la camisa y que, incluso en los

días más calurosos del verano, no pensaba en dejar a un lado más que su raída capa marrón.

"¡Hola viejo amigo!" exclamó Auban, y le estrechó la mano; ¿También estás aquí? Ven, tomemos un trago.

El anciano asintió.

Pero nada de cerveza, camarada, nada de brandy; sólo un vaso de limonada.

“¿Te has convertido en un hombre de templanza?” preguntó Auban, sonriendo. Pero el anciano ya iba por delante.

Entraron en la gran taberna de la siguiente esquina. El espacioso apartamento privado en el otro extremo estaba casi vacío, mientras que los demás estaban abarrotados. Auban reconoció a un grupo de socialistas ingleses, que también acababa de asistir a la reunión. Se dieron la mano. Luego le quitó la bolsa al anciano, dio su orden y se sentaron en uno de los bancos. No se celebraba en Londres ninguna reunión de socialistas en la que no se viera a este anciano. ¿Cuántos años tenía ya? Nadie lo sabía. Pero todos lo conocían. Al escuchar uno de sus discursos o alocuciones originales, la pregunta podía haber sido planteada por uno u otro, ¿quién era el anciano de cabello gris y rasgos afilados, que estaba lanzando sus salvajes acusaciones contra el orden existente con tanta pasión juvenil y

defendiendo su ideal de fraternidad e igualdad con tan juvenil calidez?; entonces podría haber recibido la respuesta de que era un viejo repartidor que se ganaba la vida vendiendo panfletos y periódicos socialistas.

Pero quién era realmente solo unos pocos lo sabían.

Le gustaba hablar, por lo que una vez le dijo a Auban que había tomado parte en el movimiento cartista; y Auban también sabía que sus panfletos y elaboraciones se encontraban entre los millones de libros del Museo Británico, –realmente el instituto social del mundo–, encuadernados, numerados y catalogados con el mismo cuidado que el manuscrito más raro de los siglos pasados.

"Bueno, ¿qué cosas nuevas tienes?" preguntó cuando se hubieron sentado.

El anciano sacó su bolsa de cuero y la desempacó. A gusto consigo mismo e indiferente a la gente que estaba a su alrededor, extendió sus folletos y papeles sobre la mesa que tenía delante, mientras seleccionaba para Auban lo que este último aún no poseía, y en voz alta hacía comentarios originales sobre el valor y la inutilidad de las diferentes cosas.

"¿Qué es esto?" preguntó Auban, tomando un pequeño folleto que despertó su atención. "Recusación de la Reina, el Gabinete, el Parlamento y el Pueblo. Cincuenta años de



monarquía brutal y sangrienta". Auban pareció sorprendido por el atuendo de esta extraña obra; estaba escrito en letras toscas y uniformemente grandes, de las cuales solo unas pocas se veían claramente, mientras que el resto era reconocible como consecuencia de su tamaño desproporcionadamente grande; como el papel estaba casi cortado por la impresión irregular, solo impreso por un lado y todo el folleto con sus hojas pegadas; –ocho hojas de este tipo– estaba recortado laboriosamente y de manera desigual con las tijeras, y Auban lo examinó con cierta sorpresa. Leyó unas pocas líneas que, por una extraña exhibición y uso de signos de puntuación, formaban una violenta acusación de la Reina en estilo lapidario. "¡Rebelión, obreros, rebelión! ¡¡Fuera la cabeza!!" leyó en letras de un centímetro de alto en una de las páginas siguientes.

"¿Qué es esto?" preguntó.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del anciano. "Ese es mi regalo de jubileo a la Reina", exclamó.

"¿Pero por qué en esta forma tan primitiva?"

El anciano sacudió su cabeza gris.

"¡Mira!" dijo, quitándose las gafas. "Mis viejos ojos ya no ven nada. Así que debo recurrir a un recurso y usar letras

grandes que pueda sentir, con la yema de los dedos, una tras otra. No hay error de imprenta, solo la puntuación”.

“¿Y usted mismo imprimió esto?”

“Puesto con mis dedos, sin ojos, y manuscrito, fuera de mi cabeza, impreso sin prensa, siempre de un lado a la vez, cosido y publicado”.

“Pero ese fue un trabajo tremendo”.

“No importa. Pero es bueno ¡Los trabajadores deben leer eso!”

Auban miró asombrado la fea impresión y pensó con una especie de admiración en el inmenso trabajo que debió costarle al anciano levantar estas pocas páginas. Se preguntó si en la época de la imprenta de Marinoni habría otra impresión semejante, tan grotesca en su exterior, que recordara los comienzos del arte de la imprenta de Gutenberg. Auban leyó: “Cincuenta años de creciente libertinaje y crimen lujosos, cometidos por las clases aristocráticas y condenables”. Así comenzaba, y proseguía con una enumeración confusa de los costos de las guerras, una lista azarosa de nombres sacados de recuerdos personales, para cerrar con una imprecación violenta: “¡Oh, que vengan las maldiciones de mil muertos por el hambre! Sobre tí, Victoria Guelph, sobre tu brutal y sangrienta monarquía”; y con creciente asombro, Auban leyó también

la última página, de la que brotaban palabras sin forma y confusas a una ardiente revuelta.

También los ingleses, que conocían al anciano, se le acercaron llenos de curiosidad. Entre risas compraron las copias que tenía con él.

Entonces el anciano volvió a meter sus cosas en la bolsa, se la echó al hombro con un fuerte tirón, se colocó los sombreros –siempre usaba dos sombreros de fieltro, uno sobre el otro; esta era una de sus peculiaridades obstinadas– sobre su cabeza gris, y abandonó el lugar, acompañado por Auban, con una risa fuerte y áspera. Fueron juntos a la estación de Moorgate. El anciano hablaba continuamente, la mitad para sí mismo, y tan indistintamente que Auban podía entender la otra mitad con dificultad; pero él lo conocía y tranquilamente lo dejaba hacer a su manera, pues de esta manera el anciano siempre se desahogaba de su ira.

Después de que ya se había despedido de él, Auban todavía lo veía caminar, gesticulando y murmurando. Luego desapareció en la corriente que fluía y Auban se acercó a la taquilla de la estación Moorgate.

En la plataforma intermedia del inmenso espacio subterráneo, se encontró nuevamente con varios conocidos que esperaban allí y conversaban.

Entre ellos se encontraban algunos de los oradores de la velada. Auban se sentó con cansancio en uno de los bancos.

Los trenes entraban y salían; arriba y abajo de los escalones de madera, la multitud se empujaba y se apiñaba. La estación estaba llena del humo blanco grisáceo y el vapor de los motores. Flotaba sobre las plataformas y las personas que había allí, se enroscaba alrededor de los innumerables pilares, vigas y postes ennegrecidos, se tendía muy por encima acariciando como un velo contra el techo, y finalmente buscaba su camino a través de los ventiladores hacia la calle abierta, hacia la vida, el bullicio y el rugido de Londres.

Auban lo siguió con la mirada. –Bueno, camarada –le preguntó de repente un hombre sentado a su lado, un escritor inglés de ensayos y obras sociales–, ¿qué piensa de Chicago?

No simpatizaba con Auban, y no le era desconocido que este último nunca ocultaba sus simpatías y antipatías. Sin embargo, se entrometía con él en todas las ocasiones. Auban sabía muy bien que, como todo lo demás, analizaría estos terribles acontecimientos sobre los que había preguntado, con un corazón indiferente. Lo miró con frialdad, sin responderle.

Esta mirada firme e indiferente se volvió intolerable para el otro.

–Bueno –repitió–, ¿no crees que en la defensa de sus despreciables privilegios ninguna infamia será suficientemente fuerte para la burguesía?

–Desde luego, señor –dijo Auban; “¿Usted, si estuviera al mando, seguiría una política diferente?” y miró a su interlocutor con esa sonrisa sarcástica y despectiva por la que tanto lo odiaban todos aquellos a quienes no amaba. Y sin una palabra más se levantó, asintió y subió pesada y lentamente al tren resoplando que, después de un minuto de ruido, confusión y portazos, lo llevó a toda prisa en dirección a King's Cross.

### III. LOS DESEMPLEADOS

La metrópolis del Támesis, la “verruga más grande de la tierra”, volvía a tener su deporte anual: el lúgubre espectáculo de esas muchedumbres a las que sólo el exceso de miseria –el espectro del hambre– podía expulsar de sus guaridas, al corazón de la ciudad, ese lugar de fama mundial que está dedicado a la memoria de días pasados de “gloria y grandeza”, para plantearse allí la pregunta: “¿Qué debemos hacer para vivir el mañana? ¿Cómo pasar este largo invierno sin trabajo y sin pan?”...

Porque estas desdichadas criaturas que habían aprendido hace mucho tiempo que no hay derechos para ellos en la Tierra, ni a un pie de su suelo, ni al menor de sus bienes, ahora habían perdido hasta su último "derecho"; el derecho de ser esclavos de los demás, y se encontraban frente a

frente con ese terrible espectro que es el compañero más fiel de la pobreza a lo largo de toda su vida, el hambre.

Fue la desesperación lo que llevó a estas personas, cuya modestia y satisfacción eran tan grandes que dejaban de ser comprensibles, a la vista del público.

El húmedo y sombrío octubre se acercaba a su fin. Los días se hacían más cortos y las horas salvajes de la vida nocturna más largas.

La amplia y fría área de Trafalgar Square comenzaba a llenarse de formas de miseria ya en las primeras horas de la mañana.

De todas partes de la ciudad venían: dichoso aquel a quien la miseria aún no había obligado a abandonar su propia casa, el asqueroso hueco del sótano o del quinto piso, o el rincón de una habitación; feliz también él, que gracias a una feliz casualidad había podido juntar lo suficiente ese día, para encontrar refugio en una de las casas de huéspedes; pero en la mayoría de estos rostros enfermizos, pálidos y cansados se podía leer demasiado claramente que habían "descansado" durante la fría noche en uno de los bancos a lo largo del terraplén del Támesis, o en una entrada o pasadizo del Covent Garden.

"¡Los desempleados!" Sí; ¡Estaban nuevamente dando mucho que hablar en este año de gracia! Hacía ya treinta y

cinco años que así, año tras año, al comienzo del invierno, entraban en presencia de la riqueza. ¡Y cada año aumentaba su número, cada año su inseguridad se hacía más segura, cada año sus demandas más definidas! Los disturbios de febrero de 1886, que no habían pasado sin ataques a la propiedad, estaban todavía en la memoria de todos. No tenían nada en común con ningún partido; no tenían líderes declarados en el Parlamento que “defendieran” sus derechos: el hambre era su líder y motor; ninguna organización los unía, pero la miseria los unía. ¿De dónde en los días de convulsiones políticas y sociales salen de repente los ayudantes desconocidos, como ratas de sus madrigueras? ¡Ay! son los reclutas del gran ejército del silencio que nunca fueron contados y que, sin embargo, tantas veces hicieron girar la balanza... Son los miembros de esa gran masa que se llama pueblo: los desposeídos, los proscritos, los sin nombre, los que nunca fueron y de repente son; un secreto revelado y una sombra que se convierte en sustancia, lo aparentemente muerto que cobra vida, un niño siempre ignorado que inesperadamente se convierte en un hombre, ¡esa es la gente!

Nunca se tuvo en cuenta, ya que no tenía derechos; ahora calcula por cuenta propia, y sus números son aplastantes...

¡Mentirosos que os engrandecisteis en su nombre, que cometisteis los crímenes de vuestro poder detrás de su manto, cómo habéis sido barridos de repente! Los



engañasteis, los traicionasteis y los vendisteis; era una palabra, fantasmas, una nada, que manipulabais a vuestra voluntad y placer; ¡y ahora de repente se levantan ante ti! ¡Corporalmente ante ti!...

Como siempre, en este año la burguesía y su gobierno recibieron a los desempleados con indiferencia, ignorancia y dureza de corazón. Cuando la vista diaria de ellos comenzó a volverse incómoda, llamó a su policía para que los sacara de las Plazas. Fueron a Hyde Park; se les permitió regresar a las plazas, para ser de nuevo brutalmente dispersados.

Los enloquecieron para poder arrestarlos; y cuando comparecieron ante el juez, declararon que sus procesiones eran “teatrales”, y ninguna mano se levantó para golpear a este villano en la cara; se dirigieron al Estado con la humilde petición de trabajo, y el Estado les contestó que no les podía ayudar, pero su vista no era lo bastante aguda para ver que era el mismo Estado el que los arruinaba; sólo que más cansados, más hambrientos, más amargados, volvían a sus infructuosas peticiones a los magistrados: trabajo; y cuando amanecía, multitudes de ellos estaban hambrientos y terriblemente excitados ante las rejas de los muelles, donde diariamente se demandaba un número no despreciable de almas fuertes para la carga y descarga de los vapores. Quienquiera que, mediante una larga espera y un uso más imprudente de los puños y los codos, lograra abrirse camino hasta el frente y asegurarse un trabajo, recibía ayuda por un

día. Pero comparativamente, ¡cuán pocos eran estos! La mayoría de ellos, desesperados en sus corazones y con una maldición en sus labios por esta vida miserable, regresaban a sus camaradas en la miseria, para escuchar lo que les propondrían; no tenían “nada que hacer”....

Hacía semanas que se reunían, y los diarios londinenses, encantados de tener material nuevo con el que llenar sus interminables columnas, publicaban largos editoriales sobre la cuestión de los “parados”: sabios preceptos, y ni un rastro de comprensión de las verdaderas causas de esta miseria; muchas buenas palabras, y ni una sola salida para los desafortunados. Cada uno tenía un remedio para el mal, y lo proponía con el aire ridículo de la infalibilidad; pero todos estaban de acuerdo en que era una desgracia para nuestra "comunidad ordenada" que esta chusma degradada se encargara de exhibir su miseria en público. ¿Qué importaba que se murieran de hambre durante el día y se congelaran por la noche, en silencio en sus rincones y agujeros remotos, donde nadie los veía ni los oía; pero ahora herían los sentimientos estéticos y tiernos de la buena sociedad con la exhibición diaria de toda esta miseria y porquería, ¡qué insolencia!

Fue un domingo –el penúltimo de este mes sombrío y ominoso– que Trupp decidió dedicar su tarde libre a un intento de obtener una imagen más correcta de la extensión y el significado de estas reuniones, de lo que era capaz de

formarse con las cuentas de sus camaradas y compañeros de trabajo en la tienda. Alrededor del mediodía había estado en Clerkenwell Green, el antiguo lugar de reunión de tantos partidos y años, y allí había escuchado con indignación la última parte de los discursos, y ahora iba con una procesión excepcionalmente grande de desempleados, encabezado por una bandera roja, por el Strand hacia Trafalgar Square. Todavía no se había encontrado con un conocido, pero entabló conversación con un hombre que marchaba a su lado, quien al ver que fumaba, le pidió un poco de tabaco, "para no sentir tanto el hambre"; y la conversación, a pesar del hecho de que Trupp no podía expresarse fácilmente en inglés y apenas entendía la mitad de lo que le decían, mientras que tenía que adivinar la otra mitad, pronto tomó un giro animado después de que hubo comprado algunos sándwiches en la tienda de chocolates más cercana de Lockhart, con sus últimos centavos, para el hombre de aspecto enfermizo y somnoliento. Todavía tenía trabajo, por cuánto tiempo, por supuesto, no lo sabía. Era una larga historia de sufrimiento, repetida a diario, la que el otro le contaba: trabajó miserablemente pagado todo el verano; su repentina suspensión; pieza tras pieza de los escasos muebles llevados a la casa de empeño; pronto la falta de los medios de subsistencia más necesarios; su hijito muerto por falta de alimento; la esposa en la casa de trabajo social, y él mismo: "Me ahorcaré antes de ir también allí", concluyó.

Trupp lo miró; era un hombre bastante mayor y de aspecto inteligente; entonces le preguntó:

"¿Cuántos desempleados crees que hay en Londres?"

"¡Muchísimos!" dijo el otro. "¡Muchísimos! ¡Ciertamente más de cien mil, y si cuentas a las mujeres y los niños, aún más! ¡Medio millón! La gente que se reúne en Trafalgar Square es sólo una pequeña parte, y de ellos una quinta parte son mendigos y vagabundos profesionales, carteristas y holgazanes, y no tiene nada que ver con los desempleados, que sólo quieren un trabajo honesto. Pero no nos dan nada y nos dejan morir de hambre. Ayer nuevamente llamamos a la Junta de Obras".

"¿Qué es eso?" interrumpió Trupp, que sabía poco de las instituciones ramificadas de la ciudad.

"Son las autoridades que tienen a su cargo la erección de los grandes edificios de la ciudad, –su oficina está bastante cerca de la plaza–, y hubo uno de los oradores que explicó que podrían comenzar con las obras en el Támesis, de que tanto se ha hablado ya, y dar empleo a un buen número de personas; y otro, habló de la construcción de alcantarillas y la fundación de aldeas para los pobres en las cercanías de Londres, pero no quieren, no quieren".

Trupp escuchó con atención.

“Y al mismo tiempo, se recaudan anualmente en Londres dos millones y medio de libras esterlinas por las tasas bajas; dos millones solo por aportes voluntarios. ¡Adónde va el dinero, me gustaría saberlo!

“Sí”, dijo Trupp; “esos son vuestros servidores, los servidores del pueblo y los síndicos de sus asuntos”.

“Y también llamamos a la jefatura de policía, y obtuvimos la respuesta de que cualquiera que se encontrara sin trabajo y sin techo, y que se negara a ir a la casa de trabajo, sería castigado con pena de prisión con trabajos forzados”.

"¿Qué vas a...?"

“Oh, he hecho muchas cosas cuando tenía hambre y no podía conseguir mi trabajo. La última vez, hasta hace dos meses, trabajé en una fábrica de conservas, hacía cajas de hojalata, todos los días doce horas, nunca menos, pero a menudo catorce.

"¿Y cuánto?"

“Bueno, cuando las cosas iban bien, ocho chelines, en su mayoría siete chelines, a menudo solo seis chelines por semana”.

Durante algún tiempo, Trupp había estado viviendo en el East End. Conocía los salarios de los trabajadores ingleses. Conocía familias de ocho personas que juntas no ganaban

más de doce chelines a la semana, de los cuales tenían que pagar cuatro por el hueco de una habitación... Sabía que entre las mujeres y niñas que fabrican cajas de fósforos y bolsos, el hambre perpetua estaba en su apogeo.

¡Hambre en la ciudad más rica del mundo! Apretó los puños.

Él mismo ganaba más. Era un mecánico muy bien informado y competente, cuyo trabajo requería buen juicio. Desde la niñez había crecido hasta la edad adulta en esta inmensa miseria, cuya vista nunca había olvidado en ningún país, en ninguna ciudad. Pero lo que vio en Londres de loco lujo por un lado y desesperada miseria por el otro, lo superó todo.

Sacó de su bolsillo un trozo de papel arrugado, que de repente recordó, y lo miró rápidamente mientras caminaba. Era el “Manifiesto Jubilar” de la Federación Socialdemócrata.

Contempló las siguientes cifras:

Cuatro millones de personas en Gran Bretaña que dependen de la caridad... los trabajadores no están en condiciones de obtener más de una cuarta parte de lo que producen... el treinta por ciento de los niños de las Board Schools están medio muertos de hambre... cincuenta y cuatro personas murieron en un año de hambre en

Londres... ochenta mil mujeres, diez de cada cien, son prostitutas...

Fotos de los “¡Cincuenta años de progreso!”

Vosotros sois los culpables, le dijo a su compañero, mientras pasaban por Fleet Street, la calle de los grandes periódicos cuyos nombres gritaban desde todos los tejados y todas las paredes; “vosotros mismos sois los culpables”, y el rugido de la procesión siempre creciente, que avanzaba seria y amenazante hacia el Strand, parecía enfatizar la fuerza de sus palabras: “vosotros mismos sois los culpables si la tierra que os pertenece no es vuestra. Vuestra propia irreflexión y cobardía son vuestros peores enemigos. No el puñado de miserables holgazanes”, dijo con desdén.

“Ah, ¿eres socialista?” dijo el otro, sonriendo.

Trupp se encogió de hombros.

“Mira”, exclamó en voz alta, en su inglés malo y defectuoso, “esas tiendas que habéis llenado de pan y por las que pasáis hambrientos; esas tiendas que habéis llenado hasta reventar de ropa, ¿a quién pertenecen sino a vosotros y a vuestros hijos temblorosos?”

No hubo ninguno entre los que, en la irresistible marea de la procesión, habían oído y comprendido estas sencillas palabras que no hubiera asentido a ellas; pero, en silencio,

agotados y débiles de voluntad, todos soportaron su hambre carcomida más allá de las exhibiciones de lo superfluo. Ninguna de estas manos que siempre habían trabajado solo para otros, que siempre habían llenado los bolsillos de otros, y que, vacías ellas mismas, permanecerían vacías para siempre, ahora se extendía para recuperar una pequeña, insignificamente pequeña parte de lo que se les estaba negando.

Silenciosamente y sin confianza iban por las largas avenidas de la riqueza, ellos a quienes se les había despojado de todo y dejado sin nada; dejado sin un pie de tierra, sin uno de los derechos del hombre, sin los más necesarios medios de subsistencia, como una terrible acusación de todas las instituciones de una justicia terrenal, como una ineludible, incontestable negación de la existencia de una justicia divina, –y ellos, ellos fueron descritos como una desgracia de su edad, ellos que habían sólo las víctimas de la desgracia de su edad. Tal era la impenetrable confusión de ideas a fines del siglo XIX, y los culpables creían escapar de su culpa confundiendo sofisticamente la causa y el efecto de las condiciones prevalecientes. Estos eran los pensamientos de Trupp mientras marchaba en silencio por la interminable calle en la silenciosa procesión. La multitud parecía crecer más y más a medida que se acercaba a Trafalgar Square. Trupp y el obrero con el que había estado hablando seguían marchando uno al lado del otro. Pero ya no hablaron. Cada



uno estaba ocupado con sus propios pensamientos. Las palabras del primero habían sido escuchadas y notó cómo se discutían.

“Esos malditos alemanes”, exclamó un joven, “tienen la culpa de todo. Obligan a bajar nuestros salarios”. Y miró amenazadoramente a Trupp.

Este último supo de inmediato lo que el otro quería decir.

Ya había oído hablar demasiado a menudo de los "malditos alemanes" para no comprender este viejo agravio que tan bien servía a los explotadores para desviar la atención de los trabajadores de las verdaderas causas de su miseria.

Su figura fuerte, su rostro sombrío y barbudo, toda su actitud, parecían, sin embargo, demasiado poco alentadoras para que el joven se peleara con él; y Trupp lo dejó a él y a los demás en su creencia en la bajeza de los trabajadores alemanes que "vienen a Inglaterra solo para robarles el pan a los ingleses".

Pero no disminuyó su dolor y su amargura cuando recordó quién fue realmente el que vino de Alemania a Inglaterra. Conocía a aquellas multitudes a las que no sólo la esperanza de mejores salarios, sino también la esperanza de una vida más libre y más verdadera, las obligaba a abandonar su país; porque ¿cómo era posible que vivieran bajo la presión

constante de una ley loca –la ley vergonzosa, como la llamaba la opinión popular– que pretendía asesinar el pensamiento, sofocar la palabra y vigilar todo movimiento?...

Cuando la procesión llegó a la plaza, Trupp se sorprendió al ver la gran multitud ya reunida allí. El gran y amplio espacio del interior estaba casi lleno por una masa creciente, y en todas las calles circundantes el tráfico de carros y personas parecía ser tan grande como entre semana.

La procesión que se acercaba fue recibida con gritos tormentosos. Trupp la dejó y permaneció de pie cerca del Hotel Morley. Vio las filas de hombres que entraban en la Plaza, vio al hombre que portaba la bandera roja, con varios otros subiendo al pedestal de la Columna Nelson, y una multitud de cien cabezas reunidas en torno al momento siguiente, escuchando atentamente las palabras de un vocero.

Se había asegurado un lugar de pie un poco por encima de la multitud, en la calle que conducía a la iglesia de San Martín, para poder ver el pedestal de la columna, que estaba densamente lleno. Vio las gesticulaciones violentas de los oradores, el ondear de la bandera roja y los cascos negros de la policía, que en gran número se había colocado directamente debajo de los oradores.

A veces, un taxi que pasaba o un ómnibus abarrotado le tapaban la vista.

De pronto vio surgir un tremendo alboroto en la multitud que ocupaba la Plaza; un grito de terror y de indignación de mil gargantas a la vez estalló en el aire, y como una poderosa y oscura ola, la multitud retrocedió, desbordando lejos las gradas del lado norte y las calles... La policía, con toda su fuerza, de repente y sin previo aviso había hecho un ataque contra la reunión que escuchaba en silencio, y ahora estaban conduciendo imprudentemente a la multitud que gritaba ante sus filas cerradas.

Trupp sintió que una rabia espantosa crecía en su interior. Esta brutalidad fría y deliberada hizo hervir su sangre. Cruzó la calle y se detuvo junto al recinto de piedra del lugar; debajo de él yacía la Plaza ya medio vacía. A golpes y patadas los policías iban echando a los indefensos que tenían delante. Cualquiera que hiciera la menor demostración de resistencia era derribado y detenido.

Un joven se había escapado de sus manos. Con loca prisa buscó ganar la salida del lugar. Pero los apostados allí lo derribaron instantáneamente, mientras la multitud dispersa acompañaba este acto de repulsiva brutalidad con exclamaciones de desprecio y rabia.

Cuando Trupp vio esto, saltó de un salto sobre el muro que todavía tenía varios metros de altura en este lugar: se inclina

gradualmente de norte a sur. Se apresuró al pedestal de la columna, en el que todavía estaban de pie varios de los oradores.

El abanderado se había colocado contra la columna y sostenía la bandera con ambas manos. Evidentemente, estaba decidido a ceder sólo ante la fuerza más extrema.

Ahora la policía volvió a retroceder lentamente hacia la columna y volvió a ocupar su posición allí; y la multitud los seguía por todos lados y por todas las entradas de la plaza. En pocos minutos toda la zona volvió a estar cubierta por un oscuro mar de humanidad, cuya indignación había aumentado, cuyos llamamientos a la continuación del discurso se habían vuelto más impacientes, cuya excitación se había vuelto más intensa.

De nuevo el pedestal de la columna estaba ocupado: la gente se levantaba y se ayudaba mutuamente. Ante la bandera se encontraba un joven de unos treinta años. Era uno de los mejores oradores y muy conocido entre los desempleados. Estaba mortalmente pálido por la excitación y miraba con una expresión de odio implacable las siluetas de los policías que estaban a sus pies.

Uno de los alguaciles gritó a los oradores que a la primera palabra incendiaria debería arrestarlos a todos en el acto.

Con una expresión indescriptible de desprecio, el joven lo miró.

Trupp estaba de pie justo delante de la fila de policías, tan cerca que casi se veía obligado por la multitud a tocarlos. Pero a pesar de esto, levantó el brazo en el aire y gritó en voz alta a los hombres en el pedestal: “¡Adelante!”. Esto se convirtió inmediatamente en la señal de fuertes aplausos entre los que estaban de pie alrededor y de innumerables exclamaciones similares.

Al principio pareció como si la policía intentara hacer un nuevo ataque como consecuencia de este estallido de los sentimientos de la multitud. Pero se abstuvieron y el orador comenzó. Habló sobre el derecho a la libertad de expresión en Inglaterra y sobre su intento de supresión, que hasta ahora no había tenido éxito. Vio ante él una multitud como la que Trafalgar Square no había tenido ese año. Aquí, ante los ojos del mundo entero, se habían puesto con su demanda: “Pan o Trabajo”. Y aquí, ante esta pródiga riqueza que ellos mismos habían creado, seguirían reuniéndose hasta que se cumpliera su demanda. No habían roto una ventana, y no habían tomado un pedazo de pan para saciar su hambre; quien lo dijera sería un mentiroso. “Hubiera sido muy agradable para ellos si lo hubiésemos hecho; en ese caso, la policía tendría una excusa conveniente para haber perturbado nuestras reuniones pacíficas y para habernos incitado brutalmente a los excesos”.

Junto a Trupp estaba de pie el reportero de un periódico, que tomaba laboriosamente notas cifradas. Podría haber arrancado el papel de las manos del hombre indiferente. Disgustado, trató de abrirse paso entre la multitud que lo rodeaba. Sólo podía proceder paso a paso. La asamblea ya no estaba formada exclusivamente por parados: mezclada con ellos estaba la gentuza de Londres que se reúne en todas las ocasiones en números increíblemente grandes, muchos curiosos que deseaban ver qué pasaba, y una cantidad de personas realmente interesadas. Mujeres con sus hijos en brazos, cansadas y hambrientas, estaban de pie cerca de las muñecas de mal gusto del West End, de las cuales algunas se habían aventurado en la plaza después de que les aseguraran que "todavía no era peligrosa"; y en la multitud Trupp vio un rostro que lo indignó: el rostro descarado y sonriente desdeñosamente de un caballero con un sombrero alto que estaba parado cerca de la columna, y que ahora interrumpió las palabras del orador con: "¡Tonterías!" Evidentemente, un funcionario destacado que, confiando tanto en la paciencia y la tolerancia de la gente como en los garrotes y revólveres de la policía, se permitió esta pequeña insolencia. Un murmullo de indignación se elevó, mientras miraba a la multitud que lo rodeaba con su sonrisa descarada.

"Solo espera, amigo", estaba pensando Trupp para sí mismo; "algún día no tendrás ganas de sonreír"; pero casi al mismo tiempo se unió a la carcajada que estalló cuando un

fuerte golpe por detrás le clavó el sombrero de copa al alto caballero sobre los ojos y las orejas. La multitud se dispersó, y rápidamente se levantó un espacio vacío alrededor del delincuente castigado, que ya no tenía ganas de sonreír. La policía se adelantó, aunque no habían visto nada del incidente. Trupp se había dejado llevar por la multitud; ahora estaba de pie en el lado este de la plaza.

Mientras tanto, los otros tres lados de la columna también se habían cubierto de gente, y algunos de ellos se dirigían a la reunión. Algunas cosas que se dijeron no guardaban relación con el propósito de la reunión, y la voz de muchos oradores expresaba más su autocomplacencia y el placer infantil que encontraba en sus propias palabras que la indignación por las condiciones que se criticaban, y del esfuerzo por despertar esta misma indignación en los corazones de sus oyentes y avivarla hasta convertirla en una llama.

Con una sonrisa enfadada, Trupp miraba a uno de esos oradores populares que gesticulaban violentamente y que, con una verbosidad fastidiosa, hablaba a los londinenses hambrientos de sus camaradas hambrientos en la India, y relataba las atrocidades cometidas por el gobierno inglés en esa tierra infeliz, en lugar de revelarles los actos igualmente arbitrarios del mismo gobierno por los cuales estaban condenados a sufrir y morir lentamente.

Fuertes risas y abucheos, sin embargo, de repente le hicieron cambiar su atención del orador a uno de esos miserables fanáticos que creen tener la misión en todas esas reuniones de llevar a la gente descarriada de vuelta al regazo de la Iglesia infalible; para sostener a los pobres en sus pruebas y problemas, y a los ricos en sus placeres. Trupp miró al hombre de vestimenta negra con curiosidad. El rostro cetrino bien afeitado, la mirada cobarde en los ojos y el tono meloso de la voz arrastrada, le habrían resultado repulsivos, incluso si el hombre no se hubiera puesto al servicio de lo que odiaba, porque veía en ello la agencia para mantener a la gente en la ignorancia y la esclavitud mental.

Pero las palabras del misionero fueron recibidas solo con desdén y risas. De todos lados su voz fue ahogada por fuertes gritos. Se escucharon amenazas: “¡Váyase!” Entonces pieles de naranja y cáscaras de nuez volaron hacia él. Pero dejaba que todo pasara por encima de él y arrastraba sus frases cuidadosamente comprometidas, a las que nadie hacía caso, con tanta calma y monotonía como si todo el asunto no le concerniera en absoluto. Fue empujado desde el lugar donde estaba parado. Apenas había vuelto a afianzarse cuando prosiguió con su discurso. La conducta de este nuevo Cristo era a la vez ridícula y lamentable. De repente, un huevo admirablemente bien dirigido fue arrojado al orador: una masa pastosa y podrida cerró su boca con un sonido de aplausos. Eso fue demasiado incluso para este mártir. Ya no se mantuvo firme. Sucio de pies a



cabeza, escupiendo y agachando rápidamente la cabeza, se deslizó entre la multitud que lo rodeaba, seguido por las ásperas risas de la gente excitada que gritaba.

Trupp se encogió de hombros. Deseó que la boca de todo corruptor del pueblo y falsificador de la verdad pudiera cerrarse de manera igualmente drástica.

Dio media vuelta y permitió que el enjambre lo llevara más allá de las fuentes, cuyos sucios estanques de agua estaban llenos de basura de todo tipo, de regreso al lado norte. Allí también, apoyándose en los postes de la linterna de la ancha barandilla, varios oradores gritaban sus frases excitadas, confusas y emocionantes a la multitud que se encontraba debajo de ellos en la plaza.

Uno de ellos le resultó familiar a Trupp. Recordaba haberlo visto en las reuniones de la Federación Socialdemócrata. Trupp escuchó. De nuevo, no lo entendió todo, pero de las consignas inconexas pudo inferir que estaba hablando del rápido desarrollo de la explotación capitalista, de los disturbios del pan cada vez más amenazantes que le acompañaban, de la inutilidad de los medios empleados para su supresión, y de que él estaba atacando esa vieja superstición que, inicialmente promovida por una mente prejuiciosa, ha echado raíces tan profundas, que es la insuficiencia de los medios de subsistencia lo que necesita la miseria de ciertas clases. Luego pasó a teorías más familiares –manteniendo el equilibrio entre las ideas

socialdemócratas y comunistas– de la distribución de los bienes de los que hay una superabundancia: todo en oraciones cuyas palabras separadas, por las repeticiones de muchos años, parecían fundidas en bronce y haberse convertido en meras frases.

El efecto, sin embargo, fue pequeño. Hubo muy pocos que siguieron cada palabra o que incluso fueran capaces de seguirlas. La mayoría se dejaba llevar de un lugar a otro por el incesante alboroto que los mecía de un lado a otro como el viento mece la hierba del campo. Las voces de los oradores intentaron en vano, en su mayor parte, luchar contra el rugido.

Alrededor de los bancos del lado norte de la plaza se había reunido una bulliciosa multitud de niños: árabes de la calle que a cada hora del día inundan por centenares las principales avenidas de Londres, expulsados por sus padres, si es que todavía tenían alguno, y empujados por el temido puño del policía. Niños que nunca tienen juventud; que en su vida nunca han visto nada de la naturaleza excepto el polvo de Hyde Park, donde en una tarde de verano se bañaban en el Serpentine con cientos de sus camaradas; que nunca en su vida han comido hasta saciarse, y que nunca tienen nada más que trapos sucios en sus cuerpos; que nunca han sido estropeados, así como nunca han estado íntegros.

Riendo y gritando, estaban de pie y saltando sobre los bancos sucios y maltrechos. Un muchachito se sostuvo durante un minuto sobre la espalda de uno de ellos: con cómica gravedad imitó los movimientos del orador y gritó palabras sin sentido a la multitud. Su cara sucia, prematuramente envejecida, estaba radiante de placer. Luego fue derribado por sus exultantes camaradas.

Trupp volvió a sonreír, pero con amargura. Esta pequeña escena parecía la sátira más mordaz sobre el asunto más serio. Miró los rostros sucios y viciosos de los que estaban a su alrededor; dondequiera que mirara: miseria, hambre y depravación. Y ellos eran sus hermanos. Se sentía como si perteneciera a todos ellos; inseparablemente unidos a ellos por un destino común.

Sobre Trafalgar Square se extendía un monótono cielo gris, pesado y sin sol. Esta cúpula fría parecía más lejana de lo habitual.

Una vez más, una gran conmoción surgió entre las masas al pie de la Columna Nelson. Evidentemente estaba siendo despejada. Sobre el oscuro mar de cabezas podía verse la bandera roja girando en dirección a Westminster. Y sin haber dicho una palabra, miles lo siguieron por su propia voluntad. Los individuos separados se formaron y condensaron en una inmensa serpiente. Así avanzó por Whitehall, más allá de los asientos de tantos magistrados, más allá de los monumentos históricos cuyas huellas sangrientas habían

sido borradas por el tiempo de las piedras de esta famosa calle, más allá de los dos centinelas de la Guardia Montada, que con sus ostentosos uniformes y sobre sus bien alimentados caballos vigilaban las entradas de aquella baja estructura; y subiendo detrás de la multitud de espectadores de ambos lados, siguiendo la extraña procesión tan pronto como había pasado...

En medio de las filas caminaba Trupp. Su pulso latía un poco más rápido cuando se sintió arrastrado y arrastrado por las corrientes de este día.

Las torres de la Casa del Parlamento se alzaban cada vez más nítidas e impresionantes entre la fina niebla. Entonces, de repente, la Abadía de Westminster apareció ante la incontable multitud que irresistiblemente se derramaba sobre sus puertas. Trupp hizo un intento de obtener una vista de la cabeza de la manifestación más allá de los sombreros negros que lo rodeaban. ¡Si sólo se produjera una crisis! era su ardiente deseo.

Pero en silencio vio que la bandera roja se alejaba de la entrada principal y doblaba la esquina: la procesión la seguía en filas cerradas.

Se escucharon todo tipo de exclamaciones sobre él. No sabía lo que significaba todo eso. Y de repente se encontró –la procesión entró por la entrada oriental– en el gran silencio de aquellos vastos muros que estaban llenos del

polvo de las edades y consagrados, con la gloria de los siglos...

Estaba de pie en el Rincón de los Poetas de la Abadía de Westminster, atascado entre la multitud que no encontraba sitio en los estrechos bancos. Vio los bustos y leyó los nombres que no conocía. ¿Que eran? ¿Y qué significaban para él? Sólo conocía a un poeta inglés, y no encontró su nombre: Percy Bysshe Shelley. Había amado la libertad. Por eso lo amó y lo leyó, aun donde no lo entendía. Ignoraba que la estrechez de miras y la antiliberalidad inglesas lo habían distinguido, como a Byron, al negarle obstinadamente el honor de un lugar en este rincón a media luz entre tanto genio genuino y tanta falsa grandeza.

Se estaba realizando el Servicio Divino. De en medio del espacio, como de muy lejos, salía la voz lúgubre, monótona, medio cantada, de un clérigo, que continuaba su sermón tras una imperceptible interrupción a consecuencia de la intrusión inesperada, aquietando así de nuevo a la congregación, su asustada audiencia... Trupp no entendió una palabra. La multitud a su alrededor exhalaba un olor acre a sudor y polvo. Se emocionaron aún más después de que el gran sentimiento que los había dominado en la entrada había desaparecido nuevamente. Algunos se habían quedado con el sombrero puesto; algunos otros, que se habían quitado los suyos, ahora se los volvían a poner. Algunos se subieron a los bancos y miraron a los demás. Sólo

unas pocas palabras bajas cayeron sobre la gran sublimidad de este silencio. Trupp se sentó. A pesar de sí mismo, se apoderó de él un sentimiento extraño, inexplicable, como no lo había experimentado en mucho, en un tiempo indefinidamente largo... Cuanto más nos cerca el espacio, más sufrimos cuando las alas de nuestros pensamientos golpean contra sus paredes hasta sangrar; cuanto más da vueltas a nuestro alrededor, más olvidamos todos sus límites. Trupp miró hacia abajo y durante media hora se olvidó por completo de dónde estaba.

Toda su vida volvió a surgir ante él. Pero el abrazo de este recuerdo no fue tierno y consolador como el de una madre a la que vuelve su hijo, sino violento, implacable, aplastante, ¡como debe ser el beso fatal de un vampiro!

¡Toda su vida! Ahora era un hombre de treinta y cinco años, en el cenit de su vida, en plena posesión de su fuerza.

Vuelve a ver su infancia, los años hambrientos y sin alegría de su infancia, como el hijo de un jornalero en un pueblo sucio en los llanos de Sajonia; el padre un estúpido; la madre una mujer pendenciera, siempre insatisfecha, de quien heredó su energía de hierro y su pasión incontrolable; con quien estuvo en continuo conflicto, hasta que un día, después de una espantosa escena en la que su maduro sentido de la justicia se rebeló contra las infundadas acusaciones y quejas de ella, se escapó de ella sin tener en cuenta al padre...

Se ve de nuevo como un muchacho de quince años, descuidado, sin un centavo, deambulando de un lugar a otro durante dos días; vuelve a sentir el hambre voraz que finalmente, después de dos días, le dio valor para mendigar un trozo de pan en una alquería; y de nuevo la desesperación abatida que finalmente lo condujo –fue en la mañana del tercer día, una mañana húmeda y fría de otoño (¡qué bien recordaba esa mañana!), cuando se levantó tiritando de frío y completamente exhausto del suelo– a pedir trabajo en el pueblo de al lado. Fue en las cercanías de Chemnitz. Entra en una herrería. El jefe se ríe y examina los músculos de su brazo. Puede quedarse, puede sentarse a desayunar, una sopa espesa e insípida que los jornaleros comieron de mala gana, pero que él devora con avidez. Los demás se burlan de su hambre; pero nunca le había perturbado menos el ridículo. Luego, con loco celo, con ardiente placer y amor por todas las cosas, trabaja y estudia.

Días, semanas, meses, pasan... Nadie se preocupa por él. Las horas de la tarde después de su día de trabajo le parecen más largas. Él no sabe qué hacer. Una vez que agarra un libro y luego deletrea oración tras oración, resulta ser “El programa de los trabajadores”, de Lassalle. Lo ha encontrado en un rincón de su buhardilla. Alguien debe haberlo olvidado allí. No entiende una palabra de ello. Pero un día el patrón lo ve inclinado sobre las hojas sucias, se las arranca de las manos y le da un puñetazo en las orejas. “¡Malditos socialdemócratas!”; “¿Quieren arruinar incluso

al niño?" El niño tampoco entiende esto. No puede imaginar qué cosa mala es lo que ha hecho. Pero ha escuchado la palabra "socialdemocracia" por primera vez. Eso es hace veinte años...

Así forma su primera amistad. Porque a partir de este momento uno de los obreros, un seguidor ortodoxo de la próspera Sociedad General de Trabajadores Alemanes, que en ese momento todavía estaba en oposición irreconciliable al movimiento eisenachiano del Partido de los Trabajadores, se interesó por él, y en lugar del pesado, tratado científico de ese dotado campeón del socialismo alemán, deslizó en sus manos una hoja impresa en papel delgado y aceitoso, que ilustraba los males sociales de la época a la luz de los acontecimientos diarios con más éxito para el espíritu que despierta que incluso el más simple tratado sobre economía política podría haberlo hecho. Allí leyó las descripciones, recogidas de todas las fuentes, de antagonismos hostiles: los relatos llenos de odio o de jolgorio insolente, de crueldad brutal, de arrogancia vergonzosa por un lado y por otro los retratos apasionados de pobreza desesperada, de trabajo engañado y de humillación, y su joven corazón rebotó de dolor e indignación. El odio y el amor lo dividieron para siempre: odio a los primeros y amor a los que sufrían como él. La humanidad pronto se resolvió en burgueses y obreros, y pronto no vio en los primeros más que pícaros calculadores y explotadores perezosos; en el segundo, sólo víctimas que cuanto más nobles más desdichadas eran...



Pasan los años. Cuando a la edad de diecinueve años deja la ciudad lúgubre y triste, ha avanzado lo suficiente a fuerza de trabajo duro en las horas de la tarde para leer con fluidez y escribir correctamente, si no con facilidad. Es un jornalero. Su certificado es excelente.

Cada fibra de su ser lo insta a viajar. La gran guerra ha gastado su furia. Mientras que en París, los fuegos y las llamas de la insurrección pintan los cielos como con un resplandor espeluznante hasta que se extinguen en ríos de sangre, él, abriéndose paso a través del bosque de Turingia, deambula hacia Neurnberg y Múnich, donde durante un año encuentra un oportunidad favorable en una gran fábrica para perfeccionarse en su vocación.

Todavía entusiasta seguidor del partido “más avanzado”, ya comienza a surgir en él un sentimiento instintivo de rebelión contra sus principios autoritarios, que no permiten ni la más mínima desviación de la forma sancionada...

Se le insta al extranjero, a tierras extranjeras. Se dirige a Suiza. Después de muchas demoras llega a Zúrich, luego a Ginebra. Y allí por primera vez escucha la palabra “Anarquismo”. Nunca lo había oído en Alemania.

En ninguna parte todavía se habla en voz alta. Sólo aquí y allá se escucha en un susurro. Nadie probablemente sabe lo que significa. Nadie se atreve todavía a intentar explicarlo. Nadie sueña todavía con su significado para el futuro...

¡A la edad de veintidós años es un revolucionario!

Hasta entonces había sido un reformista.

Por primera vez entró en contacto con personas de todas las nacionalidades, a quienes un fuerte destino había reunido allí: emigrantes, conspiradores, zapadores y mineros, los hombres y mujeres de la revolución europea, algunos todavía sangrando por heridas frescas, otros ya cubiertos de cicatrices: todos llenos de esa impaciencia febril, esa pasión temblorosa, ese anhelo doloroso de “hacer algo”, pero aquí alejándose cada vez más de su vida anterior.

Le hablan: los jóvenes de sus esperanzas, los viejos de sus decepciones y... de sus esperanzas. De vez en cuando uno de ellos desaparece: tiene una “misión” que cumplir. Viene otro. Sus nombres apenas se mencionan, nunca se recuerdan.

Estos son tiempos extraños para Trupp.

En 1864 Marx había fundado la “Internacional” en Londres. Sus grandes éxitos fueron de la mano de crecientes disensiones entre los miembros que aquí defendían la propiedad privada y allá la negaban; quienes defendían el colectivismo aquí y ya comenzaban a perderse cada vez más en las brumosas regiones del comunismo allá. Sus diferencias salieron a la luz en sus congresos.

Entonces una mano de hierro se mete en la brecha y la hace más profunda y más ancha. Bakounine, el oficial ruso, el discípulo de Hegel, el líder de la insurrección de Dresde, durante tres días “Rey de Sajonia”, el exiliado siberiano, el conspirador infatigable, el eterno revolucionario, el profeta y el soñador, entra en las listas contra el tirano de hierro, el sabio dotado, el célebre autor de la Biblia del Comunismo. ¡La lucha de dos leones que se devoran mutuamente!

En 1868 surge la “Alianza de la Democracia Socialista”; y apenas un año antes había llegado Trupp a Suiza, la Confederación Jurásica, la “cuna de la Anarquía”. Casi tres años permanece en Suiza. Aprende francés.

Cuando llega a Berna una vez más antes de abandonar el país durante años, el telón cae lentamente sobre el último acto de esa vida prodigiosa... La muerte ya había abierto sus puertas para Michael Bakounine. Aunque ya ha sido abandonado por casi todos, el gigante moribundo todavía está haciendo esfuerzos convulsivos de desesperación para reunir nuevas huestes a su alrededor y enviarlas en el conflicto desesperado... Es pasado. Sólo unos pocos siguen jurando por una bandera que la tempestad de décadas ha hecho trizas... Nunca, quien la había sostenido en alto, logró lo que deseaba: cambiar el mundo. Pero logró arrojar la antorcha de la disensión al bastión de la “Internacional”...

Otto Trupp es uno de sus últimos discípulos.

A la edad de veinticuatro años es un terrorista. Se los ha aprendido de memoria, esos locos once principios “sobre los deberes del revolucionario para consigo mismo y con sus compañeros revolucionarios”, que comienzan con las espantosas palabras de la mayor ilibertad: “El revolucionario es una persona que se inmola a sí misma. No tiene intereses, sentimientos o inclinaciones comunes, ni propiedad, ni siquiera un nombre. Todo en él es devorado por un solo interés exclusivo, un solo pensamiento, una sola pasión: la revolución”.

Lleno de este único interés, este único pensamiento, esta única pasión, Trupp, de veintitrés años, regresó a su país natal. Vagando por él de sur a norte, su amargura aumentaba con la grandeza de la miseria que veía por donde pasaba.

Fue el año en que las dos escuelas del socialismo unieron sus fuerzas en ese suelo que estaba destinado a dar a luz uno de los partidos mejor organizados, más activos y más compactos: el que tal vez reivindicará el futuro inmediato...

Viaja de ciudad en ciudad. En todas partes trata de socavar el orden de cosas existente. Invita a los trabajadores a abandonar el curso lento de la reforma; les señala el camino de la fuerza como su salvador y liberador. Y muchos que son incapaces de refrenar los deseos impacientes de su corazón apasionado con las riendas de la razón, lo siguen.

¡Ahora se llama a sí mismo anarquista!

De ahora en adelante lucha bajo este signo. La palabra le parece indicar con suficiente claridad a qué aspira: no quiere autoridad, ni de un individuo, ni de una mayoría. Mientras se aventura con voluntad de hierro en todas las ciencias posibles, erige para sí mismo la estructura informe de una filosofía general en cuyas cámaras oscuras se habría extraviado si no hubiera visto a través del techo mal formado, resplandeciente de promesas, el cielo azul de un ideal de amor fraterno...

Sólo confía en la revolución de ahora en adelante. De un solo golpe creará el paraíso de la vida social pacífica. Por lo tanto, cada impulso de su anhelo se dirige a él. Para ello reúne reclutas: para la gran revolución de su clase que será la última.

Así que viaja de ciudad en ciudad: bajo cuántos nombres falsos, con cuántos pasaportes intercambiados con qué frecuencia, ya no sabe... Es para siempre un refugiado: no pasa un día en el que no deba mantener los ojos abiertos, los labios cerrados para escapar de la persecución. A menudo la prisión lo reclama. Pero siempre lo suelta de nuevo después de breves intervalos; nada se puede probar en su contra.

Luego, en rápida sucesión, siguen los disparos al Emperador en Berlín. Aplaude a los regicidas, ambos

fanáticos; el uno, además, un idiota, el otro un lunático. La reacción triunfa. Comienza su terrible período de degradación: los más bajos sentimientos se aventuran al exterior. El espíritu de persecución, la lujuria de denuncia, el odio, llenan todos los corazones.

Cuando arrestan a Trupp, uno de los primeros, se desespera por no poder volver a salir de prisión. Los hilos se juntan por encima de él. Un accidente milagroso lo salva. Estando aún en la búsqueda del architraidor y conspirador, lo sentenciaron por insultar a Su Majestad, a medio año, sin soñar quién era el que tenían en sus manos. Todos los días durante este medio año vio la espada desenvainada sobre él, lista para descender... Pero no descende. Vuelve a ser libre. En medio de grandes privaciones llega a la frontera, llega a París. Comienza el otro período de su vida: el del refugiado en el extranjero. Sabe que no puede aventurar un paso en Alemania que no resulte fatal...

El intrigante y agitador secreto que esparce silenciosamente su semilla fermentada en todas direcciones se convierte en el propagandista público, el polemista en los clubes, el orador en las esquinas de las calles y en los salones de reunión.

Los anarquistas franceses han fundado el primer órgano comunista anarquista: "¡Le Révolté!" Los seguidores del nuevo credo, que se está extendiendo lenta pero seguramente, toman la iniciativa en la organización

anarquista de “grupos libres”, por primera vez basándose en el principio de la descentralización. El congreso obrero de Marsella de 1879 es comunista; su importancia aún no se ha estimado; la división entre el comunismo y el colectivismo, externamente apenas perceptible, internamente ya está completa.

Trupp está en todas partes. Su corazón sediento nunca latió más inquieto que en estos años del gran movimiento del despertar que lleva todo delante de él. Lo que escucha entre los franceses, lo repite al pequeño pero ya creciente círculo de sus camaradas alemanes.

Luego conoce a Carrard Auban. Ve ese entusiasmo puro, casi infantil, en la frente del joven de veinticinco años, ese coraje temerario que lo deleita y esa devoción abnegada que parece crecer de día en día. Pero apenas lo ha conocido y ganado su amistad, cuando lo vuelve a perder por mucho tiempo: Auban es condenado. Las resonantes palabras de su gran discurso ante los jueces acompañan a Trupp durante los dos años que están separados...

Cuando en 1884 se reencuentran en Londres, ambos refugiados, Auban se ha convertido en otro; Trupp siguió siendo el mismo. Sólo los une el recuerdo de los grandes y gloriosos días de rebelión.

Auban lo comprende ahora por primera vez; pero ya no puede entender a Auban.

En Alemania el credo se ha convertido en escritura. De repente apareció sobre el mundo asustado el rostro del horror: Viena, Estrasburgo, Stuttgart, el Niederwald y el asesinato de Rumpff: todos estos hechos han ocasionado que han sido infinitamente dañinos para la difusión de la idea de la libertad, y han colocado para muchos una nueva arma mortífera en manos del enemigo, por lo que a partir de ahora –por tiempo indefinido– la palabra “anarquista” se ha convertido en sinónimo de “asesino”. ¿Alguna vez se borrará? ¿No está perdida para Europa: abandonada a la eterna incomprensión, a la persecución insaciable, al odio recién despertado?

Trupp está en Londres –en las extenuantes y mezquinas peleas del día sus energías se han desperdiciado hasta ahora.

De repente, Trupp se despierta. Vuelve en sí mismo. Se arregla el sombrero. Mira a su alrededor y hacia el vertiginoso techo abovedado.

Las palabras arrastradas del clérigo seguían desvaneciéndose en tonos lastimeros apenas audibles en aquel inmenso espacio. En tonos finos y ricos se alzaron las voces de los niños en respuesta. Luego, una vez más, las paredes, mezclando temblorosamente las ondas reverberantes de sonido en una profunda belleza, arrojaron sus tonos sobre las personas silenciosas de abajo...



Trupp se encontró de nuevo encajado en la multitud cuyas ropas emitían cada vez con mayor fuerza un olor vaporoso que se mezclaba con el polvo mohoso para formar un bochorno opresivo.

Ahora todos los desempleados se habían quedado en silencio. Algunos estaban cansados, otros estupefactos; casi todos cautivados por la extrañeza de la situación. La mayoría de ellos probablemente no habían estado dentro de una iglesia desde su niñez. Ahora, a pesar de sí mismos, estaban cautivos de recuerdos que habían enterrado hacía mucho tiempo.

Muchos estaban recostados contra el respaldo de los bancos, apretados unos contra otros, en un medio sueño inquieto; otros, con voz contenida, sin apenas respirar, se susurraban preguntas: querían saber quiénes eran esas figuras de mármol con el atuendo de épocas pasadas, el tocado maravilloso, las expresiones serias, las actitudes desafiantes... ¿Eran ellos los que tenían el poder de hacerlos felices, de destruirlos?

El atrevido espíritu de rebelión con el que hacía menos de una hora habían partido de Trafalgar Square se había desvanecido. Acurrucados, estaban parados aquí, ¿cuánto tiempo más iban a permanecer así? ¿Por qué no se marchaban? ¿Qué estaban haciendo aquí? Aquí ninguna ayuda iba a venir a ellos. Aquí no había más consuelo que las palabras. Pero querían trabajo, trabajo y pan.

La amargura se extendió entre los persistentes. En Trupp ardía como fuego. Desde el presbiterio llegaban, monótonas y uniformemente lentas como gotitas, las palabras del clérigo. No las entendió. Tal vez nadie las entendió. Hablaban de cosas que no son de este mundo...

"¡Pon toda tu confianza en Dios!" decía la voz lastimera.

"¡En Dios!" regresaron suavemente, en maravillosos acordes de esperanza y regocijo, las voces juveniles.

"¡Él solo puede salvarte!" entonaba el clérigo de nuevo.

¿Hubo sospecha en la mente de los hambrientos de la burla inconsciente de esta fe terrible que era una mentira de principio a fin? Un movimiento de inquietud se elevó entre ellos. Todos se habían despertado; todos sacudieron el sueño de la estupefacción.

Entonces una risa estridente salió de los labios de Trupp, en la que se mezclaban la infidelidad, el odio y la amargura. Los gritos le respondieron desde diferentes lados. Algunos también se rieron. Luego risas intermitentes, aquí y allá. Gritos confusos.

Las cabezas fueron descubiertas a regañadientes y mecánicamente nuevamente cubiertas. Hubo empujones y empujones.

La mayoría se agolpaba hacia la puerta. Rápidamente la multitud salió al aire libre. Los fieles dieron un suspiro de alivio. El Señor Dios, sin cuya voluntad ni un cabello cae a tierra, había apartado el peligro de sus hijos. Fueron liberados de los impíos. Volvieron a estar solos. El clérigo, que se había detenido un momento al estallar el ruido, prosiguió, y los que quedaban volvieron de nuevo la mirada, llena de confianza y serena calma, hacia él, su pastor.

Trupp estaba exasperado. Nada le hubiera gustado más que un escándalo en este lugar.

La luz opaca de la tarde húmeda y fría de octubre envolvió nuevamente a la multitud que salía del crepúsculo de la Abadía de Westminster, de su “silencio sagrado” al ruido del día. La mayor parte de los desempleados se habían visto obligados a esperar a la intemperie. Habían seguido hoscamente y con dudas las palabras pacificadoras de un alto dignatario de la Iglesia, o escuchado con aplausos las amargas verdades del desleal socialista cristiano.

Volvieron a formar una manifestación que se dirigía a la plaza de la que apenas hacía una hora habían salido. Siguieron el ondear de la bandera roja. Se amontonaron en filas cerradas como para sentir menos su hambre y más su poder.

Trupp fue presionado.

Con pasos regulares, sus pesados pies golpeaban el duro suelo. Una inmensa procesión desfilaba por la estrecha calle del Parlamento...

Y de esta procesión se elevó como por premeditación una canción. Bajo, sombrío, triste y desafiante, estalló de mil gargantas hacia el cielo como la nube de humo que presagia el estallido de la conflagración...

Cantaron la vieja canción inmortal de “Los pobres hambrientos de la vieja Inglaterra”:

*Que rebuznen, hasta ennegrecerseles la cara,  
que sobre los océanos dominan,  
de la bandera de la vieja Inglaterra, la Union Jack,  
Sobre lo cual tengo algo que decir:  
Se dice que flota sobre la libertad, pero ondea  
Sobre miles de esclavos británicos mal pagados y que  
trabajan duro,  
que son conducidos a tumbas de indigentes y suicidas,  
¡Los pobres hambrientos de la vieja Inglaterra!*

Y en un poderoso coro el estribillo en el que se unieron todas las voces:

*Son los pobres, los impuestos que tienen que pagar  
los pobres,*

*Los pobres que mueren de hambre todos los días,  
que se mueren de hambre y lo hacen en el camino de  
la Reina,  
¡Los pobres hambrientos de la vieja Inglaterra!*

Otra estrofa y otra más:—

*Es caro para los ricos, pero demasiado caro para los  
pobres,  
Cuando el hambre acecha por todas las puertas,  
Y cerrando con una amenaza terrible y atrevida,  
exultante de esperanza:  
Pero no mucho más estos males que soportaremos,  
¡Nosotros, los trabajadores de la vieja Inglaterra!*

Trupp se apartó de las filas y se metió en una calle lateral.

Detrás de él, la Abadía de Westminster se hundió en las sombras cada vez más profundas. Los tonos sombríos y afligidos con que los hambrientos y los desposeídos expresaban sus sufrimientos se hacían cada vez más débiles en sus oídos...

*Son los pobres, los impuestos que tienen que pagar,  
Los pobres que se mueren de hambre todos los días,  
que se mueren de hambre y mueren en el camino de  
la Reina,  
¡Los pobres hambrientos de la vieja Inglaterra!*

Ningún juez, ni en el cielo ni en la tierra, escuchó la terrible acusación de estos miserables que aún esperaban justicia.

Con la cabeza inclinada, los labios firmemente apretados, lanzando de vez en cuando una aguda mirada a su alrededor para cerciorarse de su camino, Trupp caminó, probablemente durante una hora, hacia el norte de Londres.

## IV. CARRARD AUBAN

Aquella misma tarde en la que tanta sangre hirviente volvió al corazón de la metrópolis, Carrard Auban estaba sentado en su tranquilo y elevado cuarto de una de las calles al norte de King's Cross, que nunca son muy animadas entre semana, pero parecen como perseguidas por la muerte en tiempo de ocio.

Llevaba viviendo aquí desde que volvió a estar solo. Desde hace más de un año ya.

Era una de esas habitaciones desnudas, amuebladas con sencillez, sin mejoras modernas, por las que uno paga diez chelines a la semana, pero en cuya tranquila reclusión uno puede vivir sin ser molestado por el ruido de la vida exterior. Así se alquiló habitación tras habitación de toda la casa de tres pisos; los ocupantes veían a su casera solo cuando

pagaban el alquiler semanal, mientras que casi nunca se veían entre ellos. De vez en cuando se encontraban en las escaleras, para pasar rápidamente sin saludar.

La habitación de Auban estaba dividida en dos partes desiguales por una mampara de la mitad de la altura del techo; ocultaba la cama y dejaba libre la mitad mayor, que estaba ocupada principalmente por una mesa inusualmente grande. El tamaño de la mesa se correspondía con la enorme librería, que llegaba hasta el techo, y que albergaba una biblioteca que probablemente era única en su género.

Contenía, primero, las obras filosóficas y político-económicas de los grandes pensadores de Francia, desde Helvetius y Say hasta Proudhon y Bastiat; menos completa en número, pero en mejores ediciones, las de los ingleses, desde Smith hasta Spencer. Se daba protagonismo a los campeones del libre comercio. Además, una colección muy incompleta, pero muy interesante, de publicaciones, folletos, artículos, etc., sobre la historia de las revoluciones del siglo XIX, especialmente las de la cuarta década. El actual poseedor, que durante mucho tiempo había descuidado casi por completo este legado de su padre, ahora lo valoraba cada día más según su verdadero valor.

Además la biblioteca contenía una riqueza casi inclasificable de material subordinado que trataba de la cuestión social: seguramente una mina preciosa para el futuro estudioso de la historia de los movimientos obreros.



Lo había recogido el propio Auban: allí estaba amontonado todo lo que el día le había puesto en la mano. Era una pieza viva del trabajo de su época, y seguramente no la peor...

Adquirir conocimiento era el objetivo más alto de Auban. Era más para él que todo conocimiento, que consideraba sólo como una ayuda y un trampolín hacia lo primero.

Las obras de arte poético llenaban un solo estante. Aquí estaba Víctor Hugo al lado de Shakespeare, Goethe al lado de Balzac. Pero solo en raros momentos de recreación se consultaba uno u otro de estos volúmenes.

Esta mesa, cuyo tablero era una enorme pieza de caoba, y esta biblioteca, cada uno de los cuales tenía un valor especial para su poseedor, porque tenía la costumbre de quemar instantáneamente todos los libros que había leído y que no le parecían suficientemente importantes para volver a leerlos de nuevo, constituía la única riqueza de Carrard Auban. Lo había acompañado de París a Londres, y hacía que estos fríos muros en tierra extranjera le parecieran su hogar.

Ninguna obra de arte de ningún tipo adornaba la habitación; cada objeto llevaba la huella del uso diario.

Sin embargo, dos pequeños retratos colgaban sobre la chimenea. Uno representaba al gran fanático de la revolución cuya fuerza salvaje se había gastado contra los muros de la vida europea occidental; y el otro, el gran

pensador del siglo detrás de cuya poderosa frente parecía estar de parto un mundo nuevo: Michael Bakounine y Pierre Joseph Proudhon. Las fotografías eran regalos para Auban de la única persona que lo amaba desde que lo conoció.

Los ojos de Auban se posaron en los rasgos grandes y pensativos de Proudhon, y pensó en la vida poderosa de ese hombre.

Estaba sentado ante la chimenea, en un sillón bajo, y estiraba los pies hacia las cálidas llamas. Así que su figura alargada y delgada llevaba dos horas reclinada, sus ojos ahora fijos en el fuego que crepitaba suavemente, deambulando por la habitación como si siguiera los pensamientos que una y otra vez tomaban vuelo.

No estaba soñando. Estaba pensando, inquieta e incesantemente.

Estaba muy pálido, y sobre su frente caían, como el rocío de la mañana, finas perlas de sudor frío. La expresión normalmente invariable e impassible de su rostro se veía perturbada por el trabajo de sus pensamientos.

Era una tarde fresca, húmeda y brumosa de octubre, de la que el sol se había alejado desalentado.

Auban miró inmóvil el resplandor del fuego que iluminaba la habitación en proporción a la creciente oscuridad del

exterior que envolvía sus ventanas en pliegues más cerrados.

Hacía tiempo que le inquietaba un desasosiego que no podía explicar. La armonía entre sus deseos y su poder se vio perturbada.

A veces, últimamente, pensaba que se parecía al hombre que había dilapidado una fortuna principesca y ahora, un mendigo, que no sabía cómo vivir.

Pero hoy sintió cómo una sobreabundancia de poder e ideas lo impulsaba a realizar proezas extraordinarias.

Todavía no lo tenía claro: ¿no estaba su voluntad a la altura de su poder, o sólo era necesario dar el primer impulso a esto último que lo apremiaba?

Se decidiría.

Desde que Auban empezó a pensar, había luchado contra todo lo que lo rodeaba. De niño y de joven, como desesperado, contra las cadenas exteriores, y como necio, contra lo inevitable; como un gigante contra las sombras, y como un fanático contra el más fuerte. Como hombre había luchado consigo mismo: una lucha persistente, agotadora, dura consigo mismo, con sus propios prejuicios, sus propias imaginaciones, sus esperanzas exageradas, sus ideales infantiles.

Una vez había creído que la humanidad debía cambiar radicalmente antes de poder ser libre. Entonces vio que él mismo primero debía volverse libre para ser libre.

Así había comenzado a despejar su mente de todas las telarañas que la educación, el error y la lectura promiscua, habían depositado allí.

Sintió que debía haber de nuevo luz y claridad en su cabeza, si no deseaba hundirse en la noche y la oscuridad. Lo importante era encontrarse a sí mismo, liberarse mentalmente de todas las ataduras.

Volvió a ser él mismo. De nuevo se hizo ligero y claro dentro de él; el sol lo inundaba por todas partes; y feliz, como un convaleciente, disfrutaba de sus rayos.

Ahora podía pensar sin amargura en su juventud; sonreía por sus errores, y no lloró más por años aparentemente perdidos en la lucha que cada uno debe pelear para alzarse por encima de su época...

¿Quién era Carrard Auban? ¿Y cómo había sido su vida hasta ahora?

Ahora tenía casi treinta años. En estos treinta años había adquirido exteriormente una imperturbable calma y superioridad e interiormente una fría tranquilidad, que, sin embargo, no le salvaba todavía de violentas emociones de

dolor e ira... Era, en una palabra, un crítico implacable que reconocía que no hay otras leyes que las de la naturaleza.

Nunca había conocido a su madre. Lo único y casi lo último que recordaba de su primera juventud eran las historias y declamaciones salvajes, confusas y apasionadas de un anciano apasionado, desfalleciendo en ideales, que había ocupado con él una pequeña, estrecha y siempre desordenada habitación en la cerca del bulevar Clichy, en una de esas calles en las que tan a menudo se esconde una vida derrochadora bajo el aire de grandeza. Este hombre era su padre.

Cómo su padre había llegado a casarse con la joven alemana que había perdido los años de su juventud en la siempre triste y siempre deprimente posición de institutriz en París, sólo lo sabía una persona. Esta persona era su único amigo y su nombre era Adolphe Ponteur. Después de que Carrard quedó huérfano a la edad de seis años, se convirtió en su único protector, y lo que le dijo al niño años después sobre su padre fue lo siguiente:

La cuna de Jean Jacques Auban –nunca había sido bautizado con ese nombre cristiano, pero nunca se llamó a sí mismo de otra manera– había sido removida en las últimas olas de la gran revolución: su padre había sido comerciante de granos, quien, por astutas especulaciones bajo el primer Napoleón, había recuperado diez veces su fortuna caída. Con la ayuda del mismo, Jean Jacques llegó a

pasar casi cincuenta años sin saber que se necesita dinero para vivir. Cuando se encontró cara a cara con esta verdad, era un hombre completamente ignorante de la vida, completamente feliz y completamente solo, aunque no aislado. Un hombre que en estos cincuenta años había hecho una enorme cantidad de lectura y aprendizaje sin siquiera pensar en utilizar lo que había aprendido; un revolucionario de las ideas de la humanidad, sin esperanzas amargas y casi sin anhelos; un niño e idealista de conmovedora sencillez y sorprendente frescura de cuerpo y mente. Siempre había vivido en sus ideas, nunca en la vida, y nunca había tocado a una mujer...

Había pasado medio siglo junto a este hombre sin haberlo arrastrado a su torbellino y devorado. El choque de las armas del conquistador de Córcega, levantado como estaba por el poder y derribado por él, por el poder grande y pequeño, lo persiguió durante toda su juventud. Pero no prestó más atención a los acontecimientos del día que los niños a los cuentos de la antigüedad contados por sus nodrizas y maestras.

La revolución de 1830 fue para él sólo una sombra que caía inquietantemente sobre su obra...

Porque estaba ocupado examinando de nuevo los terribles errores de Malthus, que no había suficiente espacio y comida en la Tierra para todos, sin poder detectarlos.

Tenía la sospecha de la proximidad de un nuevo conflicto, comparado con el cual las disensiones políticas del día eran como peleas de niños. Por eso escuchó con la misma atención las palabras proféticas del dotado Saint Simón como las salvajes imprecaciones de Babeuf, el comunista; por eso estudió con el mismo celo el Falansterio de Fourier, esas fantasías imposibles de un lunático, y los trabajos de los reformadores durante el régimen de Luis Felipe; y alternando entre lo uno y lo otro vio hoy en la Icaria del “Padre Cabet” la tierra prometida, y mañana en Louis Blanc, el retórico hipócrita, el salvador redentor.

No vio nada del proletariado que, en el amanecer gris de aquellas décadas, como un despertar, exhalaba sus primeros y pesados suspiros, y aún inconsciente de su poder, estiraba sus poderosos miembros.

Pero desde el momento en que lo abrumó la necesidad de ganarse la vida, todo cambió: bastaron diez años para hacer del hombre jubilado, sano y estudioso un individuo amargado, que envejecía rápidamente, y que despertaba cada día más a la vida. Ya no eran los grandes ídolos a quienes amaba; empezó a burlarse de ellos y a participar en las ideas y luchas mezquinas de la época que le habían disgustado durante cincuenta años. Fue sumamente difícil para él poner en práctica sus conocimientos y talentos; vivía pobremente, en puestos subordinados de las más variadas clases. Demasiado viejo para adquirir el pleno sentido de la

vida, y demasiado joven, en su despertar, para no asirlo con toda la impetuosidad de la inexperta juventud de veinte años, fue llevado de una desilusión a otra, lo que no aclaraba su juicio o daba firmeza a su paso.

Así, la revolución de febrero vio al anciano en las barricadas entre las multitudes de los insurgentes que luchaban por el fantasma de la libertad política. Su entusiasmo y su coraje no eran ni un ápice menores que los de los trabajadores de blusa azul, junto a los cuales estaba.

La caída del gobierno de julio lo llenó de esperanzas ilimitadas. Sus libros estaban cubiertos de polvo; el pasado de su tranquila vida de contemplación yacía extinguido detrás de él.

Ahora era un trabajador. El Luxemburgo, donde los delegados de su clase estaban entronizados en asientos acolchados desiertos, era el cielo para el que también buscaba consejo y ayuda. Iba diariamente a la alcaldía de su distrito para reclamar la suma que el Estado estaba obligado a pagar a todos los trabajadores desempleados: ¿qué trabajo podría haber hecho Jean Jacques en los talleres nacionales?

No vio la locura de este decreto que estaba destinado a conducir a nuevos y más sangrientos conflictos. Porque había dos cosas que aún no había aprendido en sus cincuenta años: que el Estado no puede pagar más que lo



que ha recibido; y que por lo tanto todo intento de resolver la cuestión social a través del Estado desde arriba está condenado desde el principio.

Pero cuando podría haberlo aprendido de su propia experiencia, durante los días de la insurrección de junio, en la que el trabajo emprendió su primera lucha real con el capital, y sacó la lección de la terrible derrota de la más notable de todas las batallas, que los privilegios de la autoridad deben enfrentarse con armas más mortíferas que las de la fuerza, yacía enfermo bajo la tensión de una excitación inusual.

Fue su buena fortuna. Porque él, que había tomado parte en la revolución política de febrero, el día del ajuste de cuentas de la burguesía con la realeza, cuya insignificancia era incapaz de reconocer, ¿cómo podría haberse mantenido al margen de los días en que el proletariado deseó tener su ajuste de cuentas con la burguesía? ¿No habría encontrado un triste final, sediento y pudriéndose en los espantosos sótanos en los que se encerraba a los prisioneros, o pereciendo como un convicto desterrado en una de las colonias penales transoceánicas de su país?

Se salvó de ese destino. Cuando se levantó, el tembloroso París estaba aterrorizado ante el espectro rojo del socialismo.

Había aparecido en escena un hombre que penetraba en los hombres y las cosas más profundamente que nadie antes que él. Proudhon había fundado su primer periódico, el “Représentant du Peuple”, y pronunció su célebre y notorio discurso sobre la gratuidad y la reciprocidad del crédito en la Asamblea Nacional en medio de burlas y mofas.

Pero Auban vio en el hombre más grande y audaz de su tiempo nada más que un traidor a la “causa del pueblo”, porque no había tomado parte en las batallas de julio.

Ciego como era, apenas podía apreciar el proyecto –quizás el más importante y trascendental que jamás haya surgido de un cerebro humano– que Proudhon discutió durante medio año como el “Banque d'échange”, y que desde diciembre, 1848, hasta abril del año siguiente trató de realizar como el “Banque du Peuple”, en su segunda encarnación, “Le Peuple”, hasta que la mano brutal del poder demolió por completo la estructura casi terminada al encarcelar a su autor.

Lo que en la confusión del día el padre no podía comprender, tal vez por estar demasiado cerca de él, el hijo lo iba a captar en todo su alcance y tremenda significación: que cada uno por medio del principio del mutualismo, e independientemente del Estado, podría cambiar su trabajo por su valor total y, por lo tanto, en una palabra: ¡liberarse!

Esta última, la más grande, la más incruenta de todas las revoluciones, la única que lleva consigo la garantía de una victoria duradera, pasó por el primer despertar de Jean Jacques casi con indiferencia.

La elección de Louis Napoleón destruyó la última de sus esperanzas. Desde entonces odió a Cavaignac, el infiel, no más que a ese usurpador.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera recuperarse de su sombrío letargo. Tomó años. Los vivió en el cuidado constante de su pan de cada día. Quizás fue este cuidado lo que lo mantuvo con vida. Su matrimonio tardío fue más el resultado de un accidente que de una intención deliberada. Conoció a la mujer que amaba en la casa en la que ella era institutriz, y que se dedicaba a completar la educación de dos muchachos estúpidos. La triste dependencia de su posición los acercó más: ella se interesó por él, y él amaba sinceramente a esta muchacha de veintisiete años.

Vivían juntos en una felicidad tranquila y no grande, pero segura. Carrard nació, hijo de un hombre que había pasado hacía mucho tiempo el meridiano de su vida, y de una mujer que aún estaba lejos de él.

La madre murió al dar a luz. Jean Jacques se derrumbó por completo. Ahora era ciertamente un hombre viejo y cansado. Había perdido su fe con su vigor. Su pasión había huido, y lo que trató de dar como tal fue sólo una

declamación vehemente y excitada. En medio de esto y de la torpe ternura de Adolphe Ponteur, creció el pequeño Carrard, y tenía seis años cuando su padre murió con una terrible maldición sobre el tercer Napoleón, y sin mirarlo. Tal es la historia, a grandes rasgos, que Adolphe Ponteur le contó al niño acerca de sus padres en los años en que fue para él un mejor padre de lo que podría haber sido el suyo verdadero. Compartió su pan escaso, su habitación estrecha y su viejo corazón con el muchacho; deseaba enseñarle a leer y a escribir por sí mismo, y se enorgullecía mucho de llevarlo a cabo; pero se hizo evidente que no era Carrard, sino él mismo, quien carecía del talento para ello. Así que lo envió en su noveno año a la gran escuela de la ciudad de su distrito.

Llegó la guerra de 1870 y el niño había llegado a los trece años. Adolphe soñaba con la gloria de sus compatriotas, y Carrard siguió viviendo despreocupado.

Habían llegado los días de la Comuna, en los que todo París parecía de nuevo un caos de sangre, humo, ruido, rabia y locura; Adolphe vio con terror una llama saltar de los ojos oscuros del muchacho que, por primera vez, le recordaba a Jean Jacques, y él, el burgués honesto que siempre había visto sólo los horrores externos de una revolución sin ser capaz de reconocer sus bendiciones internas, estaba tan asustado que resolvió separarse de él y enviarlo lejos de ese

París "envenenado", ese París sin el cual él mismo no podría vivir.

Lo llevó a Alsacia, a Mulhausen, esa gran ciudad fabril aburrida que, después de que la "gran guerra" había pasado su furor, se encontraba en la difícil posición de afirmarse en la línea divisoria entre los dos enemigos agotados pero no conciliados. Ponteur tenía un pariente allí que estaba solo, una genuina francesa, que nunca había aprendido una palabra de alemán, y Carrard tenía parientes por parte de su madre, un funcionario del gobierno alemán, que se había asegurado el llamado a ese puesto más alto por regalos diplomáticos extraordinarios, es decir, por el fino arte de ocultar sus pensamientos y sentimientos detrás de las palabras.

Mademoiselle Ponteur trató a Carrard con sumo cuidado y amabilidad, le dio un poco de alojamiento y comida, y por lo demás le permitió hacer lo que quisiera. En los cuatro años que vivió bajo su techo, que no tenía más que proteger que los silenciosos recuerdos del pasado, ni una sola vez se acercó a ella con un pedido, ni ella se atrevió a ofrecerle consejos. Estaba completamente indecisa acerca de qué hacer con él, y se sintió muy aliviada cuando notó, y lo notó de inmediato, que el niño ya había aprendido muy bien a cuidarse solo.

Los familiares por parte de su madre cumplieron con sus deberes para con él invitándolo una vez por semana a su

mesa familiar, donde se sentaba en medio de un montón de niños mimados y ruidosos cuyo idioma al principio no entendía nada, y luego solo con dificultad, en la que siempre se sintió muy incómodo, y en la que nuevamente logró que no se le prestara más atención y no se criticara cuando sus visitas se redujeron cada vez más.

En casa de Mademoiselle Ponteur aprendió a apreciar su soledad e independencia; en sus parientes sintió una inextinguible repugnancia por la vida de la clase media alemana.

Permaneció cinco años en ese lugar, cinco años en los que no volvió ni una sola vez a París. Pasaba sus vacaciones haciendo excursiones por las montañas de los Vosgos del sur, tan poco conocidas y tan hermosas en su soledad y casta severidad. Miró hacia París cuando caminaba por la cumbre de las montañas.

A la edad de quince años encontró un amigo en la extraña ciudad. Era un trabajador francés que había conocido a su padre, y que de alguna manera había oído hablar de Carrard, y habló con él un día cuando regresaba de la escuela. Desde ese día, Carrard se sentaba todas las tardes, después del trabajo, en una pequeña posada, en medio de un círculo de trabajadores, entre los cuales no había ninguno que no tuviera al menos el doble de años que él, y de los cuales cada uno pensaba que era su deber especial mostrar un poco de amabilidad con el “pauvre enfant” que estaba allí “tan solo”.

Uno le hacía cigarrillos, otro le enseñó a jugar al billar y un tercero le contó sobre los días gloriosos del pasado en que las naciones habían intentado liberarse: “¡Vive la Commune!”...

Carrard escuchó acerca de las esperanzas y los deseos de la gente de boca de aquellos que les pertenecían. Empezó a sospechar, a ver, a pensar. Pero sólo como a través de un velo.

La escuela se convirtió para él en una prisión, porque lo obligaba a aprender lo que consideraba inútil y no le enseñaba lo que quería saber. No le dio respuesta a ninguna de las preguntas que hizo.

No tenía amigos entre sus compañeros de escuela. No era popular, pero nadie se habría atrevido a poner un obstáculo en su camino.

Solo uno buscó su amistad: era el hijo mayor de sus parientes. Su nombre era Frederick Waller –Waller también había sido el apellido de soltera de la madre de Carrard– y tenía la misma edad que Carrard, con quien durante años asistió a las mismas clases en la misma escuela. Era inteligente sin dotes especiales, indiferente sin poder suprimir del todo algún interés real por Garrard, y poseído del deseo de ganar su confianza, que éste, aun en los asuntos de la más común preocupación, nunca le dio; y a pesar de que esta inaccesibilidad lo amargaba a menudo,

nunca en estos años perdió un sentimiento de simpatía por Carrard que se componía de interés, admiración y curiosidad.

Carrard era, a sus dieciocho años, alto y pálido, exteriormente perfectamente tranquilo, interiormente consumido por pensamientos y pasiones, pasando sus días en melancólica resignación en los bancos de la escuela y en relaciones libres y fáciles con sus amigos, los trabajadores, en Piere-François, y sus noches en un enloquecido cavilar sobre Dios y la inmortalidad del alma, y esas mil preguntas que todo hombre pensante debe haber resuelto una vez en su vida por y en sí mismo.

Cuando había cumplido los quince años, recibió el informe de París de la muerte de su viejo amigo: fue la última vez en su vida que pudo calmar su dolor con lágrimas; dos años después murió la mujer en cuya casa había vivido durante años, y con la que nunca había intercambiado una palabra íntima, pero tampoco hostil. Realmente le había llegado a gustar, pero nunca tuvo el coraje de decírselo. Él nunca había sido capaz de ofrecerle algo más que un respeto distante e invariable.

Pasó un año más en otra familia. Luego regresó a París con un certificado aceptablemente justo, con el que no sabía qué hacer, y con una fe inquebrantable en el futuro. Saludó a la ciudad de su infancia como una madre ya dada por perdida: durante días no hizo más que vagar dichoso por las



calles de la ciudad con los ojos bien abiertos y el corazón palpitante, y dejar que el olor de la metrópoli actuara en su rostro, con ese olor que es tan embriagador y estupefaciente como el beso de un primer amor en la primera noche...

Estaba buscando trabajo y se alegró de no encontrar ninguno durante las primeras cuatro semanas. ¿Qué importaba que en esas cuatro semanas gastara la pequeña suma que poseía como herencia del hombre que lo había amado tiernamente? Vivía en Batignolles. A menudo se levantaba con el sol y deambulaba por los caminos cubiertos de rocío del Parc Monceaux, y más allá de la antigua y seria estructura de la Madeleine, en el lugar amplio y claro que en los últimos dos siglos ha bebido tanta sangre y, sin embargo, yaciendo allí en su amplia zona gris, clara, iluminada por el sol, inundada por la vida rugiente, como una calma serena en un tumulto eterno. Deambuló hasta el hermoso río de anchas orillas, y miró la obra que desde allí fructificaba París, hasta que se sentó cansado en uno de los bancos de los jardines de las Tullerías, rodeado de las risas de los niños, mientras volvía las hojas de un libro que no leía. Luego, cuando había llegado el mediodía y había comido en uno de los innumerables restaurantes modestos del Palais Royal, podía volver a sentarse durante horas frente a uno de los cafés de los grandes bulevares y dejar pasar esta vida nerviosa y siempre excitada por sus ojos entrecerrados en una especie de insensibilidad dulce y somnífica, hasta que

se despertaba y, paseando por los Campos Elíseos, buscaba los senderos sombríos y la quietud secuestrada del Bois para las últimas horas de la tarde, para regresar por la noche. –después de tomar apresuradamente algunos refrescos en una de las tabernas de Auteuil– a la cité en uno de los vapores del Sena, donde con silenciosa devoción saludaba los campanarios de Notre Dame que desaparecían en el crepúsculo. Rara vez le atraían las diversiones de la noche; pero le encantaba pasear por el Quartier Latin, de un café a otro, y observar la vida ruidosa de los estudiantes y sus chicas; o en las inmediaciones de su vivienda, para terminar la velada en un pequeño mesón conversando con un obrero o un comerciante sobre la política del día, cuando el tumultuoso bullicio de los bulevares lo había dejado estupefacto, y sus interminables filas de luces lo cegaban....

Era la luna de miel de su amor. Una dicha confusa y embriagada lo había capturado por completo. Después de los últimos años de soledad y monotonía, bebió de esta copa de alegría que estaba llena hasta el borde y parecía como si no pudiera vaciarse.

“¡Oh París!” dijo entonces Carrard Auban: “¡Cómo te amo! ¡Cómo te amo! ¿No me perteneces también? ¿No soy yo también tu hijo? Y el orgullo hinchó su joven pecho y brilló en sus ojos que nunca habían sido tan jóvenes. Todavía era como la vid en crecimiento que trepó hacia la grandeza

extranjera y la abrazó con los brazos del anhelo y la esperanza de crecer fuerte solo en ella...

Pero cuando, sin embargo, su placer y su dinero decayeron, y se vio obligado a pensar en cómo viviría en adelante, no se asustó. A su coraje no le pareció un asunto demasiado difícil. Y, sin embargo, fue sólo una muy rara y feliz casualidad la que lo llevó a conversar ese día en el Jardín des Tuilleries con un caballero que buscaba un secretario, y le ofreció ese puesto.

Auban trabajó con él, una vida bastante libre y sin sobrecargas, durante dos años, recibiendo un salario modesto, que, sin embargo, era suficiente para sus necesidades. No estaba interesado en el trabajo. No era un metódico y, por lo tanto, no era un buen trabajador en lo que respecta a copiar cartas y mantener en orden la biblioteca de su patrón. Pero se volvió indispensable para él al ayudarlo, especialista en inglés, con una extraña mezcla de minuciosidad en la resolución de alguna cuestión científica sin importancia y de infantil superficialidad en sacar conclusiones de su trabajo, a mejorar su francés defectuoso, el idioma en que le gustaba mucho registrar sus inútiles descubrimientos.

Cuando regresó a Inglaterra, entregó a Auban –aunque nunca, ni siquiera por una pregunta, había mostrado el más mínimo interés por su secretario, ni mostrado que veía en él otra cosa que una herramienta para su trabajo– una serie de

cartas de recomendación, que eran completamente inútiles, y una suma de dinero lo suficientemente grande como para serle de gran utilidad en el futuro inmediato.

Auban volvió a estar libre durante algún tiempo. Aunque ya en estos dos años había seguido con el más vivo interés el movimiento social de su país y conocido a varios de sus espíritus móviles, ahora se lanzaba –con un gran grito de alegría– a su marea.

Lo tomó como tomaba y devoraba todo...

Amplio, oscuro, misterioso, como la espesura impenetrable del bosque primitivo, el dominio de la cuestión social –del futuro de la humanidad– estaba ante sus ojos. Fresco, joven, listo, estaba de pie ante él.

Detrás de él, una infancia confusa, caminos a través de campos, ya trillados, y senderos a través de prados segados, ya otra vez cubiertos de maleza, y ante él el gran misterio, el ideal al que dedicaría su vida.

El susurro de las voces en el desierto ante él parecía dar respuesta a esos confusos lamentos que habían sonado alrededor de su cuna en la buhardilla.

Y comenzó.

Era imposible entrar con intenciones más puras, con deseos más ardientes y con una voluntad más audaz en el

conflicto que es el conflicto del presente y del tiempo venidero.

Auban, que aún no había cumplido los veintitrés años, vio en este conflicto dos ejércitos: de un lado estaban los que querían el mal; por el otro, los que aspiraban al bien. El primero se le apareció completamente corrompido, ya en estado de disolución, ya medio conquistado; el segundo, la tierra sana, lista para recibir la semilla del futuro.

Estaba abrumado por la imperiosidad del movimiento, y era completamente incapaz de ejercitar su juicio. Estaba intoxicado por la idea de ser uno de estos rangos que desafiaban al mundo al conflicto. Se sintió elevado, lleno de nuevas y gloriosas esperanzas, fortalecido y como transformado.

¿Hay alguien que al unirse al movimiento no haya experimentado alguna vez emociones similares o las mismas?

Asistió a las reuniones y escuchó las palabras de los distintos oradores. Cuanto más se inclinaban hacia la “izquierda”, mayor era su interés y su aplauso. Se convirtió en invitado en los clubes en los que se asociaban los trabajadores. Escuchó sus deseos de sus propias bocas. Leía los periódicos: radicales, socialistas, los diarios y los semanarios. En cada orador de la libertad vio un dios; y en toda fraseología política un héroe...

Hasta ahora no había mostrado una energía marcada. Especialmente los últimos años lo habían convertido hacia un lugar común. Ahora su capacidad de trabajo creció. Realmente trabajó, todo el laborioso trabajo que exige de uno la entrada en un nuevo mundo. De todas partes le llegaba la marea de las nuevas ideas. Dominó lentamente el caos de panfletos en los que a menudo se ofrece a la mente indisciplinada un extracto diluido de investigaciones científicas de forma tan extraña. Luego emprendió el estudio de algunas de las principales obras del propio socialismo.

Sus hábitos de vida cambiaron. No quería ser burgués ni parecerlo por ninguna consideración. Cambió su pequeña habitación por una en el barrio obrero de Buttes Chaumont. Simplificó su vestimenta hasta que fue extremadamente modesta, aunque nunca desordenada. Comía en las tabernas con los trabajadores. Sin embargo, sus gastos no disminuyeron en consecuencia. Sólo el sentimiento de vergüenza de ser “mejor” que sus hermanos hambrientos ya no lo experimentaba bajo estas perpetuas privaciones autoimpuestas.

Fiel a las enseñanzas que aceptó, comenzó a trabajar como obrero manual. Como no había aprendido ningún oficio, se vio obligado a mirar alrededor durante mucho tiempo antes de poder tomar una posición firme. Primero se convirtió en

tipógrafo, luego en corrector de pruebas, en la oficina de un diario socialista.

Fue también en esta época cuando escribió sus primeros artículos. Nada une a las personas más rápidamente y más estrechamente que la lucha al servicio de una causa común. Rápidamente, la soga de un programa se echa alrededor del cuello. Instantáneamente se une: de ahora en adelante sus energías deben ser dirigidas a un objetivo fijo; vuestro rumbo ha sido determinado para vosotros; el uso de sus poderes predeterminados.

¡Así es la fiesta!

Auban se había unido a las filas voluntariamente. Ahora ya no era más que el soldado que había jurado seguir la bandera que ondeaba en el frente: hacia donde apuntase, allí estaba su meta. Si tu razón se rebela, se apela a tu sentido del honor, a tu lealtad. Ya no eres libre, ¡has jurado liberar a otros!

Pero también para Auban, pronto llegó el momento en que pudo ejercer su propio juicio. Vio las tremendas disensiones de este movimiento. Vio que la ambición, la envidia, el odio y la vulgaridad trivial se cubrían aquí con la misma pompa del idealismo –las vestiduras verbales de la fraternidad, la justicia y la libertad– como en todas las demás partes de la vida pública.

Lo vio con un dolor como nunca antes había experimentado.

Todavía era muy joven. Todavía no quería entender que los destacados líderes de los partidos nunca soñaron con tomarse en serio las palabras; que a los conservadores el “bienestar de la patria”, la “paz y seguridad pública”; a los radicales la “constitución libre”, la “ciudadanía leal”; para los partidos obreros el “derecho al trabajo”, y las bellas frases sobre la igualdad y la justicia, no eran más que un cebo con el que atraer a su lado, en el mayor número posible, a los ciegos mentales, y así conseguir mayorías para volverse más fuertes.

Él mismo, durante el año en que casi a diario escribió algo para el periódico de su partido, había luchado con las palabras sin haberlas escudriñado nunca cuidadosamente. Y había luchado con entusiasmo y honestidad, en la buena fe de que no había otro medio mejor para liberar a los oprimidos y perseguidos.

Sólo quería una cosa, sólo una cosa: ¡libertad! ¡libertad! La voz de su razón, los lamentos salvajes de su corazón apasionado, le gritaban que la felicidad y el progreso de la humanidad estaban sólo en la libertad. Esta sed incesante de libertad lo condujo a través de todas las fases del movimiento político-social. Ningún credo lo satisfacía. En ninguna parte encontró el modo invulnerable, las condiciones cumplidas, las garantías aseguradas.



Estaba constantemente obsesionado por el pensamiento de búsqueda, por el sentimiento insatisfecho: ¡no es libertad, libertad completa! Sentía cómo crecía su aversión a toda autoridad. Por lo tanto, renunció a su cargo.

Fue en este momento cuando conoció más de cerca a Otto Trupp, a quien ya había visto a menudo, y entabló amistad con él. A través de él se enteró del movimiento de los trabajadores en Alemania y Suiza, del que hasta entonces había oído muy poco. Las historias de Trupp le causaron una profunda impresión.

Era el año 1881. La idea del anarquismo se estaba extendiendo rápidamente en Francia. De las filas del partido del socialismo, arrancó multitudes de trabajadores que pensaban más independientemente, de gente insatisfecha con algunas de las acciones de los líderes prominentes, luego a todos aquellos cuya febril impaciencia no pudo soportar el tiempo de la revolución, de la liberación.

Si el Estado, la propiedad privada y la religión no existieran más, si todas las instituciones de poder fueran abolidas, ¿podría continuar la autoridad? ¡Lo que había que hacer era oponer fuerza a la fuerza dominante!

La idea de la destrucción del viejo mundo se apoderó de él. Sólo sobre sus ruinas, si todo fuera destruido, podría surgir aquella sociedad que reconociera la igualdad como su primer principio. “¡A cada uno según sus necesidades, de

cada uno según sus fuerzas!” Ahora había encontrado la fórmula en la que podía refugiarse. Y sus sueños levantaron la estructura del futuro de la humanidad: la construyeron alta, ancha y hermosa... Todos estarían contentos; todas las esperanzas cumplidas, todos los deseos satisfechos. El trabajo y el intercambio serían voluntarios; nada en adelante para determinar sus límites, ni siquiera su valor. La Tierra es de todos por igual. Cada uno tiene derecho a ello como tiene derecho a ser un ser humano. Y levantó la orgullosa estructura de sus pensamientos, ¡la levantó hasta los cielos!...

A este credo del Comunismo, que es tan antiguo como las religiones que han hecho de la tierra no un cielo, sino un infierno, él lo llamó Anarquismo, como lo llamaban sus amigos: “Anarquismo”.

Nunca sus palabras habían sido más impresionantes, nunca habían despertado mayor entusiasmo. ¡Ahora estaba parado en el límite exterior del imperio de las fiestas! Era imposible ir más allá. Se sacrificó. Estaba más activo que nunca, organizando y agitando. En todas partes encontró nuevos camaradas.

Fue el año más salvaje de su vida. Ni un día para la introspección ni una noche para descansar.

Era demasiado un hombre enérgico al que le gustaba ver resultados positivos, para estar satisfecho con esta actividad

apresurada y febril de la propaganda. Mientras tanto, el círculo de sus experiencias prácticas se agrandaba sin que él lo notara. Comprendió a sus camaradas: sus apasionadas denuncias, sus llorosos sufrimientos, sus amargas imprecaciones. Diariamente veía aquí a los necesitados y hambrientos a su alrededor, él mismo a menudo hambriento y desesperado; diariamente hay libertinaje desvergonzado, insolencia sin fundamento, arrogancia desdeñosa, mantenida solo por la fuerza. Entonces apretó los puños, mientras su corazón se contraía en convulsiones; luego predicó sin vacilación y desde su más profunda convicción el credo: destruir fuerza por fuerza; entonces le pareció de primera importancia que los hambrientos tuvieran pan, combustible y la ropa necesarios. ¿Cuáles fueron todos los logros de la ciencia, del arte, cuál fue todo el progreso de la humanidad, además de estos requisitos primarios y absolutos? En todas partes predicó la fuerza, en todas las reuniones, en todas las sociedades llamó la atención. Pero, como suele suceder, fue solo un accidente lo que cambió la balanza.

Una de las reuniones a las que también deseaba dirigirse fue suprimida. Al dispersar a la multitud, un policía lo agarró del brazo y lo empujó brutalmente contra la pared. Golpeó al oficial en la cara con el puño.

Fiel a los principios que obligan al revolucionario a “servir la propaganda en todos los casos posibles, especialmente en

los tribunales si las circunstancias lo permiten”, Auban pronunció un discurso ante el juez que causó sensación. Una y otra vez los presos, cuando fueron procesados, plantearon la cuestión de la jurisdicción del tribunal, pero nunca nadie negó de la misma manera la autoridad de todas las leyes.

La gente estaba sorprendida, algunos indignados, otros divertidos. Lo consideraban irresponsable. Entonces Auban fue sentenciado a solo un año y medio de prisión.

Hoy los tribunales de los países civilizados de Europa, cuando escuchan tal lenguaje, saben que es un “enemigo del orden” el que está delante de ellos, y no lo dejan ir más.

En 1883, apenas un año después de la condena de Auban, el gran juicio anarquista de los Sesenta y Seis en Lyon<sup>4</sup> agitó a toda la comunidad y dirigió la atención general hacia el nuevo credo. Este golpe, que el gobierno se esforzó mucho en asestar, indudablemente también habría golpeado a Auban, si no hubiera estado ya dentro de los muros de una prisión. A los ojos de la "opinión pública", el nombre

---

<sup>4</sup> El juicio de Lyon, que involucró a 66 militantes anarquistas, fue una cuestión política juzgada ante el Tribunal Penal de dicha ciudad, el 8 de enero de 1883. El fiscal acusó a los 66 de «haber estado [...] afiliados a una sociedad internacional (la Asociación Internacional de Trabajadores), con el objetivo de provocar la suspensión del trabajo, la abolición del derecho de propiedad, de la familia. del país, de la religión, y así haber cometido un ataque contra la paz pública. [N. d. t.]

"anarquista" era casi sinónimo de asesino en esa época también en Francia...

Cuando Auban sintió los puños de los mercenarios de la policía sobre su cuerpo, la esencia de la fuerza se hizo evidente para él en toda su brutalidad. Su orgullo se rebeló. Pero él era "impotente". La idea de sufrir por la causa de la humanidad lo sostuvo. No vio ni la fría sonrisa de los jueces, ni las miradas apagadas y curiosas de los espectadores que lo veían como una extraña variedad de su raza. Ni un músculo de su rostro se contrajo cuando escuchó su oración. ¡Un año y medio! Eso no era nada. ¡Qué sacrificio ridículamente mezquino comparado con los mil sacrificios de los mártires, pensar sólo en la muerte heroica de los asesinos del Zar! ¡Quienes habían sufrido antes que él! Con orgulloso desprecio entró en la prisión.

Nunca fue soportado más pesadamente el primer período de la sentencia de un hombre, ni el último más levemente, que por él.

Al principio le pareció que no podría vivir un mes sin el aire y el sol de la libertad. Estaba equivocado. Al principio se apoderó de él un reposo pesado y soporífero; ¡el descanso del agotamiento después de estos últimos años tormentosos! Le hizo bien. Lo bebió casi como una medicina curativa. ¡Se acabaron las emociones de cada hora! ¡Se acabó el ruido conflictivo! Durante mucho tiempo siguió brotando la sangre de todas las heridas que le habían

infligido estos años de lucha. Cuando cesó, se sintió más tranquilo que nunca.

Le fue posible conseguir algunos libros. Con la minuciosidad que le impuso la quietud y la soledad de sus días y noches, estudió las investigaciones de los grandes economistas políticos de su país.

La imagen del mundo tomaba otra forma ante sus ojos, cuanto más reflexivo se volvía. Alejado como si estuviera de su época, ya no en medio del tumulto de sus contiendas, ganó un punto desde el cual podía contemplar sus corrientes. Fue en ese momento que volvió en sí.

En el otoño de 1884 salió de la prisión. Ya no era el mismo de antes. Le costaba encontrar su camino. Sus poderes habían perdido su elasticidad. Fue recibido con alegría por sus camaradas. Trupp estaba en Londres. Ellos lo ayudaron de acuerdo a sus medios. Pero ya no era lo mismo. Su fe había sido sacudida. Tenía sed de sondear las verdades de la economía política. Deseaba saber qué promesas ofrecía. Esto era lo más importante para él ahora. Sabía que no podía aprenderla de las apasionadas discusiones de las reuniones, ni de los artículos de los periódicos que trataban de lugares comunes, ni de la avalancha de panfletos sacados a la superficie por el movimiento.

París se volvió insoportable para él. Por todas partes se miraba en el espejo de las locuras de su juventud. Le

repugnaba, le disgustaba la vida frívola, ruidosa y jactanciosa. Anhelaba un gran silencio libre.

Lo único que se le ofreció fue un puesto en una gran editorial de Londres, donde podría emplearse en la publicación de una obra completa de compilaciones en francés. Se decidió rápidamente.

Pero no se fue solo. Se llevó consigo a una chica a la que había llegado a conocer antes de su arresto y que le había permanecido fiel durante todo ese tiempo.

El año que Auban pasó con ella fue el más feliz de su vida. Pero la frágil llama de esta breve felicidad se extinguió cuando ella, moribunda, le dio un hijo que nació muerto.

Todo el carácter de esta mujer sencilla, cuyo juicio era tan natural como agudo, se puso de manifiesto en su respuesta a un comunista, quien en tono de amargo reproche le preguntó una vez:

“¿Alguna vez has contribuido en algo a la felicidad de la humanidad?”

"¡Sí, yo mismo he sido feliz!" respondió ella.

Cuando Auban la perdió, se puso aún más serio y estable. Cada vez más empezó a odiar y a temer los sueños de la inexperiencia idealista. Los rechazó con un análisis cáustico, muchas veces con un amargo desdén. Por lo tanto, ahora

estaba siendo atacado por grupos que anteriormente lo habían saludado con alegría. No vio en esto nada más que una ganancia. Ahora se convirtió en lo que nunca había sido: un escéptico. Si anteriormente había exagerado las disensiones partidarias del día, ahora, cuando ya no podía tomar en serio la farsa política, se inclinaba a subestimarlas.

Desde que llegó a Londres, había tomado en sus horas libres el estudio de la última hija de la ciencia, la economía política, ese estudio sobrio, serio y severo que exige tanto de la cabeza, tan poco del corazón. Lo obligó a disipar la legión de vagos deseos; lo obligó a pensar lógicamente; y lo obligó a escudriñar las palabras en cuanto a su valor y significado.

Fue Proudhon quien primero lo atrajo poderosamente, ese hombre gigantesco cuyas incansables investigaciones abarcan todos los dominios del pensamiento humano; Proudhon, cuya dialéctica apasionada y resplandeciente parece extraviarse tantas veces en los oscuros laberintos de la contradicción, donde sólo el espíritu entronizado por encima de todos los partidos puede seguir al amo exclusivamente empeñado en buscar la libertad total del individuo; Proudhon, el “padre de la anarquía”, a quien por los siglos de los siglos deben volver todos los que desentierren las raíces del nuevo credo de la falta de autoridad.



“¡La propiedad es un robo!” Eso es todo lo que la mayoría de los socialistas saben sobre Proudhon. Pero las escamas se caían de los ojos de Auban.

Comprendió entonces qué era lo que Proudhon había entendido por propiedad: no el producto del trabajo, que él siempre había defendido contra el comunismo, sino los privilegios legales de ese producto que pesan sobre el trabajo en forma de usura, principalmente como interés y renta, y obstruyen su libre circulación; que para Proudhon la igualdad no era sino igualdad de derechos, y la fraternidad no abnegación, sino reconocimiento prudente de los propios intereses a la luz del mutualismo; que defendió la asociación voluntaria con un propósito definido en oposición a la asociación obligatoria del Estado, “para mantener la igualdad en los medios de producción y la equivalencia en el intercambio” como “la única forma posible, la única justa, la única verdadera en la sociedad”.

Auban vio ahora la distinción que hacía Proudhon entre posesión y propiedad.

“La posesión es un derecho; la propiedad es contra el derecho.” Tu trabajo es tu posesión legítima, su producto tu capital; pero el poder de aumento de este capital, el monopolio de su poder de aumento, es contrario al derecho.

“La propriété, c'est le vol!” (La propiedad es el robo)

Así reconoció las verdaderas causas de las terribles diferencias en la distribución de las armas de las que nada sabe la naturaleza cuando nos sitúa en el campo de batalla de la vida; cómo sucede que unos están condenados a pasar una vida de tribulaciones, trabajos y desesperanzas dentro de los límites inalterablemente fijados por la “ley de hierro del salario”, mientras que los otros, apartados de la competencia, lanzan como en broma el imán de su capital, para atraer cualquiera de los productos del trabajo de los otros que caen dentro de su campo, y así agregarlos constantemente a su riqueza, cosa que ahora vio claramente bajo la luz de este examen. Vio que la minoría de estos últimos estaba en condiciones, con la ayuda de opiniones recibidas en la antigüedad, de obligar a la mayoría a reconocer sus privilegios. Vio que era la naturaleza del Estado lo que permitía a esa minoría mantener a gran parte del pueblo en la ignorancia acerca de sus intereses, e impedir por la fuerza que aquellos que los habían reconocido los persiguieran.

En consecuencia, vio –y esta fue la percepción más importante e incisiva de su vida, que revolucionó todo el mundo de sus opiniones– que lo único necesario era, no defender el credo del sacrificio y el deber, sino el egoísmo, la percepción de los propios intereses!

Si había una “solución de la cuestión social”, estaba aquí. Todo lo demás era utopía o esclavitud de alguna forma.

Así creció lenta y tranquilamente hacia la libertad: durante el día atado a la esclavitud de su arduo trabajo y por la noche en compañía de la mujer a quien pertenecía su amor. Luego, cuando la hubo perdido, otra vez solo; pero más tranquilo y fuerte que nunca...

Trupp fue y siguió siendo, su mejor amigo. Había aprendido cada vez más a apreciar la seriedad, la firmeza y la ternura instintiva de ese hombre. Sin embargo, ya no había ningún entendimiento real entre ellos. Trupp siempre vio a los hombres desde el punto de vista de lo que deberían ser y lo que algún día serían; pero Auban había penetrado lo suficiente en la naturaleza de la libertad para saber lo poco que se puede obligar a ser feliz a las personas que no desean serlo.

Trupp ponía toda su esperanza en el lento progreso de la razón, en la revolución que inundaría el mundo con la luz de la libertad, iluminándolo todo, porque cumpliría todos los deseos. Auban había vuelto en sí mismo y deseaba que cada uno se pudiera volver sobre sí mismo; Trupp se perdía cada vez más en la generalidad de la humanidad. Se había puesto al servicio de su causa y se sentía perteneciente a ella en la vida y en la muerte; Auban sabía que la libertad no obliga a nada.

De modo que el uno se dirigía cada vez más a una vida de acción, como un caballo acuciado por las espuelas de su jinete, como un soldado por el grito de "¡Adelante!" de su

general, mientras que el otro se convencía cada vez más de la importancia de la política que aguarda la aproximación del enemigo para repeler sus ataques. Así que uno vio que todo bien duradero procedía solo de un conflicto sangriento, el otro solo de un conflicto sin sangre...

## V. LOS CAMPEONES DE LA LIBERTAD

Auban saltó. Arriba.

Llamaron a la puerta. El camarero que venía todos los domingos asomó la cabeza: “¿Señor?” Podría volver a llamar en media hora.

Auban miró su reloj. Había estado otra vez meditando una hora entera... Eran casi las cinco. Ya estaba oscureciendo y Auban encendió una gran lámpara que iluminaba toda la habitación desde la repisa de la chimenea. Luego avivó el fuego hasta que brilló de nuevo; empujó la mesa con esfuerzo hacia la ventana, de modo que hubo un gran espacio frente a la chimenea; y finalmente colocó varias sillas alrededor de esta última en un semicírculo. Ahora había espacio para unas ocho o nueve personas.

Inspeccionó la habitación que, ahora que las cortinas estaban corridas, calentada por el fuego ardiente e iluminada por la luz tenue, parecía casi cómoda.

Pero qué diferente solía ser: en las dos pequeñas habitaciones de Holborn, cuando su esposa aún vivía, ella que sabía tan bien cómo hacer las cosas cómodas para todos en las horas de la tarde del domingo: cómo animar a los más tímidos a decir sus pensamientos, instigar al charlatán a controlar su lengua, urgir al tímido a unirse a la conversación, al charlatán a pensar, sin que ellos se dieran cuenta.

No era raro en ese momento que las mujeres asistieran a estas reuniones, pues el tono siempre había permanecido perfectamente natural y libre de toda restricción convencional.

Su breve enfermedad había interrumpido repentinamente las reuniones; su muerte dejó el mayor vacío en el círculo. Auban no podía renunciar a la idea de estas tardes que se habían originado con ella.

Volvieron a él. Nunca la mencionó, aunque todos los que la habían conocido sintieron su pérdida.

¡Cuántos habían ido y venido en estos dos años: seguramente cien personas! Estaban todos más o menos en

el movimiento internacional del Socialismo. Sus ideales eran tan diferentes como los caminos por los que lo perseguían.

Pero todos sufrían la presión de las condiciones presentes y anhelaban otras mejores... Ese era el único lazo que los unía vagamente en estas horas.

Muchos pensaron mal de Auban por abrir sus puertas a tantos personajes diferentes. Algunos lo consideraron incluso como una deslealtad. "¿A quién?" les preguntó, sonriendo. "No poseo ningún maestro corporal o espiritual a quien haya jurado lealtad. ¿Cómo puedo haberme vuelto desleal?"

De modo que los oradores políticos, los hombres de partido y los fanáticos ortodoxos se mantuvieron alejados, incluso aquellos que imaginaban poder disfrutar del cielo de la libertad sólo después de que su ideal de libertad se hubiera convertido en el ideal de todos.

Una y otra vez vinieron los pocos amigos personales de Auban, a quienes las experiencias de sus vidas les habían enseñado que la libertad no es más que la independencia de los demás: la posibilidad de que cada uno sea libre a su manera.

La conversación se desarrollaba normalmente en francés. Pero no pocas veces también en inglés, cuando la presencia de amigos ingleses lo hacía necesario.

Últimamente, los extraños volvían a ir y venir con más frecuencia. Auban no pedía a nadie que volviera; pero todos sentían por la presión de su mano con la que se despedía que sería igualmente bienvenido la próxima semana.

Todos tenían el derecho de presentar a sus amigos, que a veces ejercían hasta tal punto que había más personas que sillas. Pero a menudo, también, Auban estaba solo con uno o dos de sus amigos.

Era sobre todo algún tema del día lo que formaba el centro de la conversación común. O surgía una discusión, separando a la reunión en oradores y oyentes. Pero también sucedió que se formaron pequeños grupos, cuando dos o tres idiomas diferentes llenaban la sala.

Una vez vino un hombre, nadie sabía de dónde, que algún tiempo después resultó ser un señuelo. El deseo de descubrir alguna conspiración lo había llevado a este lugar. Pero cuando vio que aquí no se hablaba de dinamita, de bombas, de “manos negras”, de comités ejecutivos, de sociedades secretas, sino que se discutían cuestiones científicas y filosóficas que él no entendía, desapareció como había llegado, después de haber estado indescritiblemente aburrido durante varias horas.

Una decepción similar aguardaba a varios jóvenes calenturientos que imaginaban que el lanzamiento de una bomba era un acto importante y aboliría más rápidamente



toda la miseria social que el laborioso examen de las causas de esta miseria. El desprecio con el que hablaron en adelante de este “anarquismo filosófico”, que era completamente estéril y no tenía nada que ver con la liberación de la humanidad hambrienta, era tan soberano como fácil de explicar.

Auban generalmente se mantenía al margen de las discusiones. Pero no le gustaba verlos apartarse del firme suelo de la realidad y degenerar en una inútil guerra de palabras, igualmente sin fin ni objetivo.

Pero hoy –impulsado por sus amigos y no refrenado por sus propios sentimientos– quiso exponer en todo su agudo contraste los contornos de dos filosofías, cuya ilógica entremezcla le había producido una noche de contradicción y confusión...

Hoy deseaba destruir el último malentendido sobre sí mismo y su posición, y así entrar en un conflicto al que estaba firmemente resuelto durante mucho tiempo a dedicar sus mejores aptitudes...

Estaba mirando, algo impaciente, su reloj, cuando escuchó un golpe en la puerta. Pero el visitante era un completo extraño para él. Era un hombre de cuarenta años, que se acercó a él, se presentó y le entregó una carta.

Auban la repasó después de que ambos se hubieron sentado. Era una recomendación del portador, en un estilo fácil y brillante, y procedía de un hombre con el que, en años anteriores en París, Auban había estado a menudo en la misma plataforma en defensa de los derechos laborales, pero que ahora estaba en el equipo editorial de un gran periódico de oposición del momento, y era muy temido debido a su pluma depredadora.

Mitad disculpa, mitad broma, la carta jugueteaba entre los recuerdos no olvidados y el deleite de la realización presente... Recomendaba a la buena voluntad de Auban a un amigo que se sentía atraído por el estudio del movimiento social como “la mariposa por la llama”, y que estaba especialmente deseoso de obtener alguna información sobre la oscura región del anarquismo durante su corta estancia en Londres, respecto de la cual Auban seguramente sería un mejor guía para él que el escritor, “que vivía demasiado en el círculo encantado del día a día, y estaba todavía seducido por un futuro desolado...” Luego felicitó a Auban por el éxito de su editor, bromeó una vez más sobre sus locuras comunes, que “la experiencia había privado de su última flor”, e hizo una reverencia ceremoniosa.

Auban hizo algunas preguntas para permitirse completar la imagen de este hombre. Luego, de manera amistosa, dijo que estaba listo para dar cualquier información que pudiera

desearse de él. Estaba encantado con los tonos de su lengua materna; estaba secretamente encantado con esta visita que traía un olor de París a su habitación...

Este extraño simpatizaba con él: su vestimenta sencilla, sus modales tranquilos y confiados, su rostro serio.

Empezó con una pregunta.

“Quieres que te explique las enseñanzas del anarquismo. ¿Podrías decirme primero qué has entendido hasta ahora que significa la palabra Anarquía?”

"Ciertamente. Pero confieso que no tengo ante mí una imagen clara de ello. Más bien lo contrario: un caos sangriento y humeante, un montón de ruinas de todo lo existente, un completo desprendimiento y ruptura de todos los lazos que hasta ahora han unido a los hombres: el matrimonio, la familia, la Iglesia, el Estado, hombres y mujeres desenfrenados no mantenidos en orden por cualquier autoridad, y devorándose mutuamente.

Auban sonrió ante esta descripción, que había escuchado mil veces.

“Esa es, de hecho, la imagen que la mayoría de la gente tiene hoy en día de la anarquía”, dijo.

“Es representada así en cada ocasión por la prensa, los partidos políticos, las enciclopedias, por los profesores

profesionales de economía política, por todos. Sin embargo, siempre lo he tomado por la tergiversación consciente de sus enemigos y por la charla inconsciente, como un loro, de las masas”.

–Tenías razón –dijo Auban–.

“Pero confieso además que el ideal opuesto, la vida comunitaria sencilla, pacífica y sin perturbaciones de la humanidad, donde cada uno sacrifica constantemente voluntariamente sus intereses en favor de su prójimo y el bienestar general, confieso que tal ideal de una 'sociedad libre' me parece totalmente incompatible con la naturaleza real del hombre.”

Auban volvió a sonreír: “Confieso lo mismo”.

El otro se sorprendió. “¿Qué?” él dijo. “¿Y sin embargo este es el ideal de la Anarquía?”

“No”, respondió Auban; “al contrario, es el ideal del comunismo”.

"Pero, ambos tienen un objetivo".

“Se oponen entre sí como el día y la noche, como la verdad y la ilusión, como el egoísmo y el altruismo, como la libertad y la esclavitud”.

“¡Pero todos los anarquistas de los que he oído hablar son comunistas!”

"No; los comunistas que usted conoce se llaman a sí mismos anarquistas.

"Entonces, ¿no hay anarquistas entre nosotros en Francia, ninguno en Europa?"

“Hasta donde yo sé, ninguno; en cualquier caso, sólo en pequeñas cantidades aquí y allá. Sin embargo, todo individualista consecuente es un anarquista”.

“¿Y todo el movimiento del anarquismo, que cambia a diario y que tanto habla?”

“Es Anti-Individualista, y por lo tanto Anti-Anarquista; es, como ya he dicho, puramente comunista”.

Auban notó la sorpresa que causaron sus palabras. El primero había querido que él le informara sobre la naturaleza, la distancia y el objetivo de un camino, y ahora le había mostrado que la placa guía en el camino tenía una inscripción falsa...

Vio la expresión seria y pensativa en los rasgos de su visitante, y ahora estaba convencido de que en verdad era su interés en la solución de una pregunta dudosa lo que lo había traído aquí.

Hubo una breve pausa, durante la cual esperó en silencio hasta que el otro terminó su línea de pensamiento y reanudó la conversación.

“¿Puedo pedirle ahora que me diga qué entiende por Anarquía?”

"Con alegría. Usted sabe que la palabra Anarquía se deriva del idioma griego y significa, en su traducción literal, 'sin autoridad'.

“Ahora bien, la condición de no autoridad es idéntica a la condición de libertad: si no tengo amo, soy libre.

“La anarquía es, en consecuencia, libertad.

“Ahora es necesario definir la concepción 'libertad', y debo decir que me es imposible encontrar una definición mejor que ésta: la libertad es la ausencia de fuerza agresiva o coerción”.

Se detuvo un momento como para permitir que su oyente notara cuidadosamente cada una de sus palabras pronunciadas con lentitud y claridad. Luego continuó:

“Ahora, el Estado es fuerza organizada. Como la fuerza constituye su naturaleza esencial, el robo es su privilegio; así el robo de unos en beneficio de otros es el medio de su sustento.

“El anarquista ve, por tanto, en el Estado su mayor, sí, su principal enemigo.

“Es condición fundamental de la libertad que nadie sea privado de la oportunidad de obtener el producto íntegro de su trabajo. La independencia económica es, en consecuencia, la primera exigencia del anarquismo: la abolición de la explotación del hombre por el hombre. Esa explotación se hace imposible por la libertad bancaria, es decir, la libertad en materia de proporcionar un medio de cambio libre de la carga legal del interés; por la libertad de crédito, es decir, la organización del crédito sobre la base del principio del mutualismo, de la solidaridad económica; por la libertad de comercio interior y exterior, es decir, la libertad de intercambio sin trabas de valores de mano a mano como de tierra a tierra; la libertad de la tierra, es decir, la libertad en la ocupación de la tierra con fines de uso personal, si no está ya ocupada por otros con el mismo fin; o, para resumir todas estas demandas: la explotación del hombre por el hombre se hace imposible por la libertad del trabajo.”

Aquí se detuvo Auban, y hubo de nuevo una pausa.

“Me parece que te estás acercando al *laissez-faire*, *laissez-aller*<sup>5</sup> de los campeones de la libre competencia”.

---

5 Dejar hacer, dejarlo ir. [N. T.]

“Lo contrario es cierto: los hombres de Manchester se nos acercan. Pero están muy por detrás de nosotros. Sin embargo, un avance constante a lo largo de las líneas que han elegido debe llevarlos indefectiblemente a donde estamos parados. Dicen ser campeones de la libre competencia. Pero en realidad defienden la competencia sólo entre los despojados, mientras que con la ayuda del Estado sustraen el capital de la competencia, lo monopolizan. Nosotros, en cambio, queremos popularizarlo, hacer posible que todos se conviertan en capitalistas, haciéndolo accesible a todos por medio de la libertad de crédito y obligándolo a entrar en competencia, como todos los demás productos”.

“Estas ideas son muy nuevas”.

“No son tan nuevas, pero lo han vuelto a ser hoy, –hoy cuando la gente busca su liberación– para los poderes gobernantes, y cuando se niegan a entender que la cuestión social no puede resolverse de otra manera que no sea por iniciativa del individuo que finalmente resuelve asumir él mismo la administración de sus asuntos en lugar de ponerla en manos de otros.”

“No he podido discernir el significado completo de cada una de tus palabras; pero si te entiendo bien, ¿dijiste que no reconoces ningún deber de sumisión a la voluntad de otro, ni derecho alguno que obligue a la observancia de una voluntad ajena?”



“Reivindico el derecho de libre control sobre mi persona”, respondió enfáticamente Auban. “No exijo ni espero de la comunidad un otorgamiento de derechos, y no me considero obligado hacia ella. Ponga en lugar de la palabra 'comunidad' lo que quiera: 'Estado', 'sociedad', 'patria', 'humanidad', todo es lo mismo”.

"¡Es atrevido!" exclamó el francés; “Usted niega toda la historia.”

“Niego el pasado”, dijo Auban. “Me he beneficiado de ello. Sólo unos pocos pueden decir tanto. Niego todas las instituciones humanas que se fundan en el derecho de la fuerza. ¡Soy más importante para ellas que ellas para mí!”

"Pero son más fuertes que tú".

"Ahora. Algún día ya no lo serán. Porque ¿en qué consiste su poder? En la locura de los ciegos.”

Auban se había levantado. Sus grandes facciones brillaban con la expresión de un orgullo libre y tranquilo.

“¿Así que crees en el progreso de la humanidad hacia la libertad?”

"No creo en ello. ¡Ay del que cree! Lo veo. Lo veo como veo diariamente el sol”....

El visitante también se había levantado. Pero Auban lo detuvo.

“Si te gusta y tienes tiempo, quédate aquí. Espero algunos amigos hoy, como es costumbre los domingos. Especialmente hoy, la conversación girará en torno a muchos puntos que pueden interesarle.

La invitación fue aceptada con evidente placer.

En verdad, no me agradaría verme obligado a levantarme de una comida de la que apenas he terminado el primer plato.

Auban volvió a preguntar por París, por algunas de las celebridades del momento, por muchas cosas que los periódicos no contaban.

Luego llegaron los invitados. Primero, el Dr. Hurt, un inglés, médico, que había tratado a su esposa y que desde entonces se había convertido en un asistente regular a las reuniones de Auban. Era seco, taciturno, sin sentimentalismos, un personaje cuyos rasgos prominentes, un observador agudo podría reconocer fácilmente: una voluntad inflexible, una fuerte tendencia al ridículo y una incredulidad analítica.

Auban lo valoraba sobremanera. No había entre sus amigos con quien le gustara tanto conversar como con este inglés escéptico, cuyo coraje estaba a la altura de su lógica.

Durante un tiempo, la conversación se llevó a cabo ahora en inglés, que el francés entendía. El médico ocupaba el segundo lugar junto al fuego, su lugar favorito, y calentaba su ancha espalda, mientras maldecía aquel Londres donde la niebla y el humo lo cubrían todo con una costra pegajosa de gérmenes de enfermedades...

Fue interrumpido por el señor Marell, el americano, que iba acompañado de un joven de veinte años que –evidentemente debatiéndose entre la vergüenza y el curioso interés– estrechó la mano de Auban sólo con tímida reserva.

¿Cómo está, señor Marell?

“Bueno, les traigo a un joven estudiante de ciencias sociales, un poeta alemán; Creo que ya lo has visto en la reunión de protesta en Finsbury Hall; le gustaría conocerte.

Auban sonrió. Otra vez un nuevo conocido. Dónde y cómo los hacía el anciano era un enigma para él. Pero una bondad natural de corazón no le permitía negar jamás una petición.

Viajando casi siempre entre Inglaterra y los Estados Unidos, en ambos lados conocía personalmente a casi todos los relacionados con el movimiento social, y casi todos, sin importar sus opiniones, lo conocían y lo amaban. Llevaba a la mayoría de sus invitados a Auban, quien les daba una cordial bienvenida a todos por igual.

–Así es –dijo, como de costumbre; “Los poetas siempre han sido amigos de la libertad, y los poetas alemanes sobre todo. Cuando aún no había olvidado completamente mi alemán, solía leer los espléndidos poemas de Freiligrath, ¡ah, qué magníficos son! 'La Revolución' y el poema de los 'Muertos a los Vivos', ¿no es así?

"Sí", dijo el alemán, con los ojos radiantes de alegría, "y la 'Batalla en el abedul'".

“Son un pueblo extraño, los alemanes”, dijo el Dr. Hurt, “la tierra del individualismo y, sin embargo, ese infame servilismo. No puedo entender cómo un hombre íntegro puede vivir allí entre esos cuellos obsequiosamente inclinados”.

“Bueno, no son pocos los que emigran. Cuántos vienen hasta a América”, lo interrumpió el yanqui.

Nuevamente la puerta se abrió.

Era Trupp, quien, serio como siempre, saludó a los presentes con un movimiento de cabeza; un nihilista ruso, cuyo nombre nadie conocía, pero de cuyo trabajo en la propaganda sus camaradas hablaron mucho; y, por último, un seguidor de la escuela “Freiheit” de Nueva York, cuyas visitas siempre agradaban especialmente a Auban, a pesar de que en muchas cuestiones estaba aún más lejos de ponerse de acuerdo con él que con Trupp.

Siguiéndoles los talones llegó el último visitante de la tarde, un gigante de estatura, cuyo cabello rubio y ojos azules revelaron de inmediato al escandinavo. Era un sueco, que pertenecía al joven partido socialdemócrata de su país, pero que se inclinaba fuertemente hacia el anarquismo, y siempre afirmó que sólo había una diferencia entre este último y su partido, una diferencia de política: lo que los socialdemócratas buscaban lograr por medio de reformas políticas, los anarquistas buscaban lograr por la fuerza; y como el primer camino parecía demasiado largo, se inclinaba a elegir el segundo. Era enteramente lo que suele describirse como un “socialista sentimental”.

Formaron un semicírculo alrededor del fuego. Llegó el mozo del bar, y pasó de uno a otro, tomando órdenes. Al liberarse así de la molestia y el cuidado de amueblar y ofrecer refrigerios, Auban aseguraba a cada uno la libertad de elección individual. La comodidad de sus invitados lo justificaba.

La conversación pronto se animó.

Auban evitó la ceremoniosa presentación de sus invitados. Pero tenía una excelente manera de indirectamente, en el curso de la conversación, hacer que uno se familiarizara con otro. Y así, esa tarde, no pasó mucho tiempo antes de que cada uno de sus ocho invitados supiera quién era el otro, si es que ya no lo había conocido en ocasiones anteriores. No todos hablaban entre ellos. El Dr. Hurt se mantuvo en

completo silencio, pero escuchó con atención. Todo el mundo conocía estas características. El ruso tampoco se unió. Mirando pensativamente al frente, no permitió que ninguna de las palabras pronunciadas en la habitación se le escapara, buscando y encontrando detrás de cada una un significado más profundo y especial de lo que se pretendía. Era la cuarta vez que estaba presente; y había venido por primera vez hacía cuatro semanas.

Pero la amabilidad del viejo americano, cuya seria sencillez nunca cambiaba, y la tranquila indiferencia de Auban, nunca permitieron que surgiera un sentimiento de inquietud o que la conversación decayese.

La mayoría fumaba. En media hora la habitación se llenó de humo: sus vetas blancas se enroscaron como coronas alrededor de esas cabezas de formas tan variadas por la naturaleza, alrededor de esas cejas varoniles y serias, y luego se alejaron flotando hacia el techo, donde desaparecieron...

Después de una pausa, y después de que los vasos se llenaran de nuevo, Auban, que estaba sentado entre su visitante francés y el joven alemán del que el americano había dicho que era poeta, se inclinó hacia adelante y dijo en francés:

“Trupp y yo queremos pedirles, caballeros, el favor de una hora esta tarde para discutir la pregunta: ¿Qué es el

anarquismo? Y no, como de costumbre, para una discusión de alguna cuestión especial y claramente definida, sino para una discusión de los principios fundamentales del anarquismo mismo. Porque ambos sentimos que tal intercambio de opiniones se ha vuelto necesario”.

Esperó a ver si la reunión aprobaba su propuesta. La conversación había cesado. Ellos asintieron con la cabeza y él continuó:

"'¿Qué?' –algunos de ustedes preguntarán, '¿qué? – ¿una discusión sobre los principios fundamentales de la anarquía? ¿Por qué, estos principios no han sido establecidos hace mucho tiempo y colocados más allá de toda duda?'

“Con lo cual respondo. ¡No! A pesar de que han pasado casi cincuenta años desde que la palabra 'Anarquismo' –en oposición a la opinión aún prevaleciente de que la Anarquía no es más que el desorden del caos– se empleó por primera vez para designar un estado de la sociedad; no obstante, que en estos cincuenta años el Anarquismo se ha convertido en todos los países civilizados de la Tierra en parte de la historia contemporánea; no obstante ya ha echado los cimientos indestructibles de su propia historia; no obstante, hoy en día hay miles de personas que se llaman a sí mismas "anarquistas" (aquí en Europa de diez a veinte mil, y en América probablemente tantos más); no obstante todo eso, digo que no hay más que un número muy reducido de

individuos que han dominado a fondo la idea del anarquismo.

“Diré aquí quiénes son estos pocos en mi opinión. Son los pensadores del Individualismo que fueron lo suficientemente consistentes para aplicar su filosofía a la sociedad. Son, en la ciudad más intelectual y culta del continente americano, en Boston, unos cuantos hombres valientes, fuertes y reflexivos, totalmente independientes de todos los movimientos corrientes de la época, en la misma ciudad donde el anarquismo encontró su primero y hasta ahora único órgano. Ellos están, finalmente, dispersos en todas direcciones. Son los discípulos de Proudhon, para quienes este gigante no está muerto, incluso si el socialismo en vanidad ridícula imagina haberlo enterrado...”

“Creo que puede agregar”, dijo el Dr. Hurt, “que hay algunos entre los grandes monopolistas del capital que han llegado a comprender qué es lo que mantiene sus enormes fortunas y les permite aumentarlas constantemente, y que por lo tanto no han permanecido completamente ignorantes de su mayor enemigo.”

“Entonces nosotros, los trabajadores, nosotros que siempre hemos honrado el nombre a pesar de todas las persecuciones, ¿no somos anarquistas?” comenzó Trupp, emocionado.



“En primer lugar, la cuestión del anarquismo no es asunto de una sola clase, por consiguiente, tampoco de la clase trabajadora, sino que es asunto de todo individuo que valora su libertad personal. Pero entonces –Auban se levantó, avanzó un poco hacia el centro y estiró su delgada figura, mientras continuaba en voz más alta–, digo que tú, aquellos en los que acabas de pensar, Otto, cuando hablas de los trabajadores, de hecho, no son anarquistas. Y para probar eso, te he pedido hoy que me escuches durante media hora.

“Habla primero”, dijo Trupp, aparentemente tranquilo. "Te responderé después de que hayas terminado".

Auban continuó.

“Puedo decir que siempre he querido una sola cosa: libertad. Así llegué al umbral de tantas opiniones; así también entré en el movimiento del socialismo. Entonces me retiré de todo, me dediqué a investigaciones enteramente nuevas, y siento que ahora he llegado al último resultado de todo estudio: ¡yo mismo!

“Ya no me gusta hablar con mucha gente. Han pasado los tiempos en que las palabras me venían fácilmente cuando faltaban los pensamientos, y ya no reclamo este privilegio de la juventud, las mujeres y los comunistas. Pero ha llegado el momento de oponerse con firmeza y fuerza a esos estúpidos intentos de unir principios teóricos que son prácticamente tan diferentes como el día y la noche”.

Debemos elegir bandos: aquí o allá. Hacia uno, y por lo tanto contra el otro. ¡A favor o en contra de la libertad!

“¡Mejor enemigos honestos que amigos deshonestos!” El tono decidido de estas palabras impresionó a todos los presentes. Por la seriedad con que Auban las había pronunciado, todos sintieron que se avecinaba una crisis.

Todos, por lo tanto, manifestaron el más profundo interés en los comentarios adicionales de Auban y prestaron toda su atención a la discusión que siguió entre él y Trupp, y solo ocasionalmente ofrecieron una sugerencia o hicieron una pregunta.

Palabra tras palabra salían de los labios de Auban sin ningún signo de emoción. Hablaba con una precisión invariable que no permitía malentendidos, pero enfatizaba con más fuerza uno u otro de sus argumentos, los axiomas fundamentales de una filosofía implacable.

Trupp habló con toda la calidez de un corazón sediento de justicia. Donde su razón se topó con un obstáculo, se elevó por encima de él en las alas de su imperturbable esperanza.

Hoy se hablaba francés. No había ninguno entre ellos que no entendiera ese idioma.

Auban comenzó de nuevo, y pronunció cada una de sus bien meditadas palabras con tanta lentitud que casi parecía

como si las hubiera leído o las hubiera aprendido de memoria.

“Sostengo”, comenzó, “que se ha producido una gran escisión en el movimiento social actual, y que se hace perceptiblemente más grande de día en día.

“La nueva idea del anarquismo se ha separado de la antigua del socialismo. Los profesores del uno y los seguidores del otro se concentran en dos grandes campos.

“Como he dicho, nos encontramos ante la alternativa de optar por uno u otro.

“Hagamos esto hoy. Veamos qué quiere el socialismo y veamos qué quiere el anarquismo.

“¿Qué quiere el socialismo?

“He encontrado que es muy difícil ofrecer una respuesta satisfactoria a esta pregunta. Durante diez años he estado observando el movimiento en cada una de sus fases, y he aprendido a conocerlo en dos países por experiencia personal. He seguido su surgimiento y crecimiento en la historia del presente siglo, pero hasta este momento no he logrado formarme una imagen clara de sus objetivos. De lo contrario, tal vez debería seguir siendo un seguidor de él.

“Dondequiera que preguntaba por sus fines últimos, recibía dos respuestas.

“La una era: 'Sería ridículo esbozar ya el cuadro de un futuro que sólo estamos preparando. Dejamos su formación a nuestros descendientes.

“El otro era menos reservado. Transformaba a los hombres en ángeles, representaba con envidiable rapidez un Edén de felicidad, paz y libertad, y llamaba a ese cielo en la tierra la 'sociedad futura'.

“La primera respuesta la daban los colectivistas, los socialdemócratas, los comunistas de Estado; la segunda, los 'comunistas libres', que se llaman a sí mismos anarquistas, y esos soñadores genuinamente cristianos que no pertenecen a ninguno de los partidos sociales del presente, pero cuyo número es mucho mayor de lo que comúnmente se cree. La mayoría de los fanáticos religiosos y filántropos, por ejemplo, pertenecen a ellos.

“En esta breve presentación, que se mantendrá estrictamente dentro de los límites de la realidad y tratará a los hombres solo como son, siempre han sido y siempre serán, debo ignorar por completo las clases mencionadas en último lugar. Porque los primeros, los comunistas libres o revolucionarios, nunca habrían recibido atención alguna en el movimiento social –no obstante, casi todas las décadas del presente siglo fueron testigos de su ascenso, crecimiento y casi desaparición–: desde Babeuf y Cabet, pasando por el sastre Weitling y el movimiento comunista germano–suizo de los años cuarenta, a Bakounine, si no hubieran defendido

una política cuya aplicación ocasional durante los últimos doce años ha hecho del nombre de "anarquista", falsamente asumido por ellos, en las mentes de los mentalmente ciegos (y estos todavía constituyen alrededor de las nueve décimas partes de toda la humanidad) un sinónimo de ladrones y asesinos; y los últimos, los utópicos filantrópicos, bueno, siempre los ha habido, y presumiblemente los tendremos con nosotros mientras los gobiernos creen miseria y pobreza por la fuerza.

“Ignorando, por tanto, a todos los socialistas puramente ideales y sus deseos utópicos, y concentrando mi atención en las aspiraciones de las clases mencionadas en primer lugar, que son las únicas tangibles, respondo a la pregunta: ¿Qué quiere el socialismo? En su espíritu y por sus propias palabras dice así:

“El socialismo quiere la socialización de todos los medios de producción y la regulación societaria y sistemática de la producción en interés de la comunidad.

“Esta socialización y regulación debe proceder de acuerdo con la voluntad de la mayoría de las personas y por medio de los representantes elegidos y designados por ellas.

“Así reza la primera y más importante demanda de los socialistas de todos los países, en la medida en que se mantengan dentro de los límites de la realidad y se ocupen de las condiciones dadas.

“Por supuesto, es imposible tratar aquí en detalle:

“Primero, de la posibilidad de la realización de estos principios, que en verdad sólo son concebibles con la ayuda de un terrorismo sin precedentes y de la compulsión más brutal del individuo, pero en la que no creo; y segundo, de las consecuencias, de ningún modo por estimar, que una dictadura ilimitada –aunque sea temporal– de la mayoría acarrearía sobre el progreso de la civilización...

“¿Y por qué debería hacerlo? Sólo necesito señalar las condiciones actuales que todos sufrimos: los privilegios, creados y mantenidos por la fuerza por el Estado, en los que invierte capital en forma de interés y tierra en forma de renta, por un lado, y a la inútil lucha intestina del trabajo dependiente de ese capital, la lucha en la que el trabajo se devora irremediabilmente a sí mismo, por el otro; Sólo necesito señalar estas condiciones, para dar a todos los pensadores una idea de cuán completamente nula y vacía debe volverse la libertad económica, y en consecuencia toda libertad personal, después de que estos monopolios separados se hayan consolidado en el monopolio único, completo y absoluto de la comunidad que hoy se llama Estado y mañana colectividad.

“Digo sólo tanto:

“La explotación forzosa de la mayoría por parte de la minoría hoy, se convertiría mañana en una explotación

forzosa, no más justificable, de la minoría por parte de la mayoría.

“Hoy: Opresión de los débiles por los fuertes. Mañana: Opresión de los fuertes por los débiles.

“En ambos casos: Poder privilegiado que hace lo que le place.

“Lo mejor que el socialismo podría lograr, en consecuencia, constituiría solo un cambio de gobernantes.

“Aquí pongo mi segunda pregunta:

“¿Qué quiere el anarquismo?

“Y partiendo de lo dicho, respondo:

“El anarquismo quiere la ausencia de todo gobierno que, incluso si abole el 'gobierno de clase', inevitablemente separa a la humanidad en las dos grandes clases de explotadores y explotados.

“Todo gobierno se basa en la fuerza. Pero donde hay fuerza hay injusticia.

“Solo la libertad es justa: la ausencia de toda fuerza y toda coerción. La igualdad de oportunidades para todos constituye su base.

“Sobre esta base de igualdad de oportunidades, el individuo libre, independiente y soberano cuya única exigencia a la sociedad es que se respete su libertad, y cuya única ley autoimpuesta consiste en respetar la libertad de los demás, ese individuo busca el ideal de la anarquía.

“Cuando este individuo despierta a la vida, ha sonado el toque del fin del Estado: la sociedad ocupa el lugar del gobierno; asociaciones voluntarias para fines determinados, el lugar del Estado; el contrato libre, el lugar de la ley estatutaria.

“Comienza la libre competencia, la guerra de 'todos contra todos'. Las concepciones de fuerza y debilidad creadas artificialmente deben desaparecer tan pronto como se haya despejado el camino y la percepción del primer egoísta se haya esforzado por sacar a la luz que la felicidad del uno es la del otro, y viceversa.

“Cuando los privilegios mantenidos por el Estado se hayan vuelto impotentes, el individuo podrá obtener el producto completo de su trabajo, y se cumplirá la primera exigencia del anarquismo, la que tiene en común con el socialismo.

“¿Cuándo podré obtener el producto total de mi trabajo?”  
Se interrumpió Auban al captar la mirada inquisitiva del francés y continuó:



“Cuando pueda cambiar el producto de mi trabajo a su valor total y con el producto comprar otro de igual valor, en lugar de estar obligado, como ahora, a vender mi trabajo por debajo de su valor, es decir, cuando debo someterme a que me roben una parte de él por la fuerza, eso que llaman plusvalía”.

Tras esta aclaratoria, Auban retomó el hilo de su discurso.

“Después de la desaparición de la fuerza, el capital, incapaz ya de recaudar el tributo acostumbrado, se verá obligado a participar en la lucha, es decir, a prestarse por una contraprestación que la competencia entre los mismos bancos en el negocio de proporcionar medios de intercambio empujará hacia abajo hasta el punto más bajo, así como hará imposible la acumulación de nuevo capital en manos de unos pocos.

“El poder de aumento del capital es la muerte del trabajo: el vampiro que le chupa la sangre. Cuando se abola, el trabajo será libre.

“Cuando los recursos de la naturaleza ya no sean obstruidos por los arreglos violentos de un gobierno antinatural que es una burla a todo sentido común, y que bajo el pretexto del cuidado del bienestar general, compra el loco lujo de una minoría insignificante al costo de la miseria de toda una población, sólo entonces veremos cuán generosa es ella, nuestra madre. Entonces el bienestar del

individuo se habrá vuelto en verdad idéntico al bienestar de la comunidad, pero en lugar de sacrificarse a él, se lo habrá sometido a sí mismo.

“Porque es esto y nada más lo que quiere el anarquismo: la eliminación de todas las obstrucciones artificiales que los siglos pasados han acumulado entre el hombre y su libertad, entre el hombre y su relación con sus semejantes, siempre y en todas partes bajo las formas del comunismo, y siempre y en todas partes sobre la base de esa colosal mentira, ideada por algunos con astuto y sin embargo tan estúpido encaprichamiento propio, y aceptada por otros con igualmente estúpido envilecimiento de sí mismos: ¡que el individuo no vive para sí mismo, sino para la humanidad!...

“Confiando en el poder de la razón, que ha comenzado a despejar la confusión de las ideas, con calma miro hacia el futuro. Aunque la libertad esté muy distante, llegará. Es la necesidad hacia la cual, a través del individuo, la humanidad siempre se mueve.

“Porque la libertad no es una condición de descanso; es una condición de vigilia, así como la vida no es sueño, sino vigilia de la que sólo la muerte nos puede absolver.

“Pero la libertad plantea su última pretensión en nombre del anarquismo al exigir la soberanía del individuo. Bajo este nombre librará su última batalla en cada individuo que se subleve contra la compulsión de su persona por el mundo

socialista que se está formando hoy. Nadie puede mantenerse al margen de esta lucha; cada uno debe tomar una posición a favor o en contra...

“¡Porque la cuestión de la libertad es una cuestión económica!”

Las palabras de Auban hacía tiempo que habían perdido su deliberado tono judicial. Había dicho sus últimas frases rápidamente, con una voz llena de emoción. Pero en sus oyentes el efecto de sus palabras variaba con el individuo.

Nadie se levantó para responder de inmediato.

Entonces Auban agregó:

“He tomado mi decisión en los últimos dos años y les he dicho cuál es mi posición. Si me he aclarado y si me habéis entendido, no lo sé. Pero sí sé que mi lugar está fuera de todos los movimientos actuales. A quien busco y a quien encontraré es al individuo; tú, y tú, y tú, tú, que en luchas solitarias habéis llegado a la misma percepción. Nos encontraremos, y cuando seamos lo suficientemente fuertes, la hora de la acción habrá llegado también para nosotros.

Cesó y, dando un paso atrás, ocupó su antiguo asiento.

Pasaron varios minutos, durante los cuales se intercambiaron varias opiniones en voz baja antes de que

Trupp comenzara su respuesta. Durante el discurso de Auban, él había estado sentado inclinado hacia adelante, con la barbilla apoyada en la mano y el brazo en la rodilla, y no había permitido que se le escapara una palabra.

Habló concisamente y como quien está convencido de lo que dice, después de haber inspeccionado una vez más a la audiencia con su ojo penetrante.

“Se nos acaba de hablar de dos anarquismos diferentes, de los cuales uno, se nos asegura, no es ninguno en absoluto. Sólo conozco uno; el anarquismo comunista, que se ha convertido entre los trabajadores en una opción, y que es el único conocido en "círculos más amplios", como decimos. Es muy antiguo, sí, más antiguo que el presente siglo: ya lo predicaba Babeuf. Si unos pocos liberales de clase media han inventado un nuevo anarquismo es completamente irrelevante para mí y no me interesa más que a cualquier otro trabajador. En cuanto a Proudhon, a quien el camarada Auban se refiere una y otra vez, hace mucho tiempo que ha sido desechado y olvidado incluso en Francia, y su lugar ha sido ocupado en todas partes por el anarquismo comunista revolucionario del proletariado.

“Si los compañeros quieren saber lo que quiere este anarquismo que se ha levantado en oposición a los comunistas de Estado, con mucho gusto se lo diré en pocas palabras.

“Sobre todo, no vemos en el individuo un ser separado de la sociedad, sino que lo consideramos como el producto de esta misma sociedad de la que deriva todo lo que es y tiene. En consecuencia, sólo puede devolver, aunque en forma diferente, lo que en primer lugar recibió de ella.

“También por eso no puede decir: esto y aquello me pertenece sólo a mí. No puede haber propiedad privada, sino que todo lo que se ha producido y se produce es propiedad social, a la que uno tiene tanto derecho como otro, ya que de ninguna manera puede determinarse la participación de cada uno en la producción de la riqueza. Por eso proclamamos la libertad de consumir, es decir, el derecho de cada uno a satisfacer sus necesidades libre y sin trabas.

“En consecuencia, somos comunistas.

“Pero, por otro lado, también somos anarquistas. Porque queremos un sistema de sociedad donde cada miembro pueda realizar plenamente su propio 'yo', es decir, sus talentos y habilidades, deseos y necesidades individuales. Por eso decimos: ¡Abajo todo gobierno! Abajo incluso en la forma de administración. Porque la administración siempre se convierte en gobierno. Nos oponemos igualmente a la estafa del sufragio y declaramos farsantes a los dirigentes que se han atrevido a ponerse a la cabeza de los trabajadores.

“Como comunistas decimos: ¡A cada uno según sus necesidades!

“Y como anarquistas: De cada uno según sus poderes.

“Si Auban dice que tal ideal es imposible, le respondo que aún no conoce a los trabajadores, aunque podría conocerlos, porque se ha asociado con ellos durante suficiente tiempo. Los obreros no son tan sórdidos egoístas como los burgueses: después de haber tenido su día de arreglo de cuentas con ellos, después de que se haya librado la última revolución, sabrán muy bien cómo arreglar las cosas.

“Yo creo que después de la expropiación de los explotadores y la confiscación de los bancos, pondrán todo a disposición de todos. Los palacios desiertos encontrarán ocupantes con la suficiente rapidez, y los almacenes bien surtidos pronto encontrarán clientes. ¡No necesitamos machacarnos el cerebro con eso!

“Entonces, cuando cada uno esté suficientemente abastecido de comida, vestido y techo, cuando el hambriento sea alimentado y el desnudo vestido, porque habrá suficiente para todos por el momento, formarán grupos; la voluntad, impulsada por el instinto de actividad, producirá en común y consumirá según las necesidades.

“El individuo en el mejor de los casos recibirá más, nunca menos, de la sociedad de lo que le ha dado. Porque ¿qué debe hacer el más fuerte que produce más de lo que puede consumir con el exceso de su trabajo sino dárselo al más débil?

“¿Y eso no es libertad? No preguntarán cuánto o qué poco cada uno produce y cada uno consume; no, cada empresa llevará su trabajo terminado a los almacenes y tomará a cambio lo que necesita para el sustento de sus trabajadores. Según el principio de la fraternidad...

Aquí Trupp fue interrumpido por una carcajada del Dr. Hurt. Se levantó una conmoción general. La mayoría de ellos no sabía qué pensar. Auban estaba enojado.

“Para mí no es motivo de alegría, sino de lágrimas, doctor, cuando los hombres se lanzan a su destrucción con los ojos abiertos”, dijo.

Trupp se levantó. Cada fibra de toda su figura sólida estaba en un estado de tensión. No se ofendió, pues no se sintió atacado él mismo, sino su idea.

"¡Con gente como tú, ciertamente haremos un trabajo corto!" exclamó.

Pero el Dr. Hurt, que de repente también se había puesto serio, ignoró por completo estas palabras.

"¿Dónde vive?" preguntó bruscamente. "¿En la Tierra o en la Luna? ¿Qué tipo de personas ve? ¿Nunca va a ser sensato?"

Y dándose la vuelta, estalló de nuevo en carcajadas.

"¡Uno debe escuchar tales cosas para creerlas! ¡Dos mil años después de Cristo, después de dos mil años de la más triste experiencia en el seguimiento de un credo que ha causado toda la miseria, sigue siendo la misma tontería, en la misma forma inalterada! exclamó.

De un golpe, el espíritu de la reunión había cambiado. En lugar de los oyentes tranquilos que se recuperaban de su asombro ante esta interrupción, los participantes emocionados tomaron partido a favor o en contra.

Trupp se encogió de hombros.

El éxito de sus palabras con la mayoría había sido inconfundible. Auban lo vio con una inquietante sorpresa: lo que él mismo había dicho había sido un razonamiento extraño y frío para ellos. Anhelaban la perfección de la felicidad: Trupp se la ofrecía.

¿Es posible? Esta pregunta no llegó a nadie.

Hay algo malo en la esperanza, pensaron Auban y Hurt, y sus pensamientos se saludaron en silencio en una mirada, –desprecia la razón, que laboriosamente ciertamente y solo



gradualmente, pero con certeza inquebrantable, quita piedra tras piedra e historia tras historia de la estructura gigante de la ilusión...

Con ojos brillantes, el joven alemán se había colgado de los labios de Trupp. Todavía completamente ajeno al movimiento, la descripción del ideal que acababa de escuchar lo llenó de entusiasmo. ¡Oh, ciertamente, aquí estaba todo lo que era bueno, noble, verdadero!... Ahora le tendió la mano a Trupp y le dijo: "¡Déjame ser tu camarada!"

El ruso estaba sentado inmóvil. Ni una línea de su rostro sombrío, juvenil y sin embargo tan varonil cambió. El trabajador que había venido con él estaba esperando la oportunidad de hablar.

El viejo americano se dirigió al Dr. Hurt. Estaba temblando de profunda emoción.

“Créame, querido señor, el socialismo es un asunto del corazón. Los fundamentos éticos de la moral...

Pero el médico incorregible también lo interrumpió, sin respeto por sus cabellos blancos.

“No sé nada sobre los fundamentos de la ética, señor. Soy materialista ¡Pero una vida dura y amarga me ha enseñado que la cuestión de mi libertad no es más que una cuestión

de mi poder, y que el sentimentalismo es el mayor de todos los vicios!

La emoción aumentaba perceptiblemente. Hablando de un lado a otro, cada uno deseaba dar expresión a los pensamientos que surgían dentro de él. Se había formado un círculo en torno a Trupp, compuesto por el joven alemán que escribía poemas sociales, el señor Marell, el americano, el sueco que tenía problemas con el idioma extranjero y el camarada alemán de Trupp. Lo escucharon mientras continuaba imaginando el futuro en colores cada vez más seductores.

El Dr. Hurt y el francés volvían a hablar juntos.

El ruso miró a Auban como si quisiera sondearlo. Pero este último pensó para sí mismo mientras estudiaba esas ocho cabezas en su movimiento inquieto:

¡Qué cuadro para un pintor!

El perfil apacible del anciano estadounidense de barba blanca y las facciones suaves y tersas del joven alemán... el rostro pálido y sombrío del ruso, con la frente ensombrecida por el pelo enmarañado, y el rostro luminoso del francés con la mirada moderna y su media barba... La cabeza estrecha del Dr. Hurt, su frente protuberante como por un trabajo mental incesante, la cabeza de un lógico, de un imperator romano, y la cabeza coronada de cabello del escandinavo,

con los ojos azules infantiles y su confianza, expresión, que no cambió durante la acalorada discusión...

¡Qué diferencia hay entre nosotros los hombres! pensó; y deberíamos poder someternos a una ley común de compulsión? No; libertad ahora y para siempre, en lo más pequeño como en lo más grande...

Prevaleciendo sobre el grupo que rodeaba a Trupp para que volvieran a sus lugares anteriores, dijo en voz alta:

“Lamento que te hayan interrumpido. Otto.”

Pero Trupp dijo rápidamente:

“Había dicho lo que tenía que decir”.

“Bueno, mucho mejor. Pero, ¿no intentaremos exponer nuestras opiniones con algo más de detalle? Miremos más de cerca los puntos especiales”.

La atención tranquila de hace un tiempo pronto volvió. Pero ahora era forzada, no natural como antes. Varias personas tomaron parte en la discusión.

Auban comenzó de nuevo, se volvió hacia Trupp:

“Intentaré demostrar que las filosofías del comunismo y del anarquismo también se oponen irreconciliablemente entre sí en sus conclusiones.

“Tu quieres la autonomía del individuo, su soberanía y el derecho a la autodeterminación. Quieres el libre desarrollo de su estatura natural. Quieres su libertad. Estamos de acuerdo en esta demanda.

“Pero te has formado un ideal de un futuro de felicidad que corresponde más a tus propias inclinaciones, deseos y hábitos. Al llamarlo 'el ideal de la humanidad', estás convencido de que todo 'hombre real y verdadero' debe ser tan feliz bajo él como tú. De buena gana harías de tu ideal el ideal de todos.

“Yo, por el contrario, quiero la libertad que permita a cada uno vivir según su ideal. Quiero que me dejen en paz, quiero que me libren de cualquier demanda que pueda hacerse en nombre del 'ideal de humanidad'.

“Creo que esa es una gran diferencia.

“Solo lo niego. Especulas de nuevo.

“Estoy puramente a la defensiva. Pero eres agresivo.

“Yo lucho exclusivamente por mi libertad. Tú, luchas por lo que llamas la libertad de los demás.

“Hablas de abolición. Eso significa destrucción forzosa. También es mi palabra. Sólo que yo quiero decir con ella: disolución.

“Hablas de la abolición de la religión. Quieres desterrar a los sacerdotes, extirpar sus enseñanzas, perseguir a sus seguidores.

“Confío en la percepción cada vez mayor que pone el conocimiento en el lugar de la fe. Es la dependencia económica lo que obliga a la mayoría de las personas hoy en día a reconocer una de las muchas iglesias que aún existen, y les impide abandonarlas.

“Después de que las cadenas del trabajo hayan caído, las iglesias quedarán desiertas por sí mismas, los maestros de una fe engañosa y de una locura ya no encontrarán oyentes, y sus sacerdotes serán abandonados.

“Pero yo sería el último en aprobar el crimen contra la libertad de las personas que por la fuerza trataría de impedir que un hombre adorara a Dios como creador, a Cristo como salvador, al Papa como infalible y a Vitzliputzli como diablo, siempre y cuando no me moleste con sus tonterías y me exija tributo en nombre de su fe infalible.”

Se reían: perplejos, divertidos, irritados, compadeciéndose de tanta debilidad en el trato con el enemigo.

Pero Auban continuó despreocupado, porque estaba firmemente decidido, ahora que había comenzado, a decir lo mejor que tenía que decir.

“Quieres el amor libre, como yo. Pero, ¿qué entiendes por amor libre?”

“¿Qué otra cosa podéis entender por ello, si sois lo bastante consecuentes para aplicar el principio de la fraternidad –tal como lo representáis en la devoción y la renuncia al trabajo–, que es deber de toda mujer ceder al deseo de todo hombre, y que ningún hombre tiene derecho a sustraerse del deseo de ninguna mujer; que los hijos resultantes de esas uniones pertenecen a la sociedad humana, y que esta sociedad tiene el deber de educarlos; que la familia separada, como el individuo, debe desaparecer en la gran familia de la humanidad, ¿no es así?”

“Me estremezco cuando pienso en la posibilidad de que esta idea prevalezca alguna vez.

“Nadie odia el matrimonio más que yo. Pero es sólo la compulsión del matrimonio lo que induce a hombres y mujeres a venderse el uno al otro, lo que afecta y obstruye la libre elección, lo que hace difícil, y en su mayor parte imposible, una separación, lo que crea un estado de miseria del que no hay liberación excepto la muerte; es sólo esta compulsión del matrimonio lo que detesto. Jamás debería atreverme a objetar la unión libre de dos personas que se unen por su libre elección y a quienes la libre elección mantiene unidas de por vida.

“Pero, así también como con la unión libre de dos personas comprendo la inclinación de muchas personas a cambiar en el objeto de su amor; y las uniones de una noche, de una primavera, deben ser tan libres como los matrimonios para toda la vida, que son los únicos sancionados por la opinión pública hoy.

“Los mandamientos de la moral me parecen ridículos ya que han surgido de los deseos morbosos de hombres estrechos de regular las relaciones naturales.

“Y finalmente, arrojas por la borda la propiedad privada con la misma facilidad real y una superficialidad de pensamiento que solo se encuentra en el comunismo.

“Usted dice que el Estado debe caer para que caiga la propiedad, porque el Estado la protege.

“Digo que el Estado debe caer para que exista la propiedad, porque el Estado la suprime.

“Es verdad que no respetas la propiedad: tu propia propiedad no la respetas; de lo contrario, no permitirías que te la quitaran día tras día. Expulsas la propiedad ilegítima, es decir, aquella que no es realmente propiedad, sino enajenación. Pero la expulsáis haciéndoos vosotros mismos propietarios. Esa es la única forma de 'abolirla' realmente, la única forma razonable y justa, y al mismo tiempo la forma de la libertad.

“¡Abajo el Estado para que sea libre el trabajo, que es el único que crea la propiedad! Así exclamo yo también.

“Cuando el dinero sea liberado de todos los privilegios protegidos por la fuerza...”

Pero ahora la paciencia de Trupp había llegado a su fin.

"¿Qué?" –gritó indignado–. ¿Hasta el dinero se quedará, dinero miserable que nos ha corrompido, degradado y esclavizado a todos?

Auban se encogió de hombros. Estaba a punto de enfadarse, pero luego se echó a reír.

“Permíteme una contra-pregunta. ¿Te indignaría ser empleador y empleado al mismo tiempo? ¿Receptor y pagador de salarios y, como cooperador, dueño del capital en lugar de ser, en la actualidad, sólo su esclavo? Yo creo que no. Lo que despierta nuestra indignación es sólo el hecho de que, como consecuencia del robo forzoso, en la actualidad es posible obtener algo sin trabajar”.

“Pero, ¿qué es, según tu opinión, determinar el valor del trabajo?”

“Su utilidad en la libre competencia, que determinará su valor por sí mismo. Toda fijación de valor por parte de la autoridad es injusta y absurda. Pero sé muy bien que el



comunismo también resuelve esta cuestión sin muchos problemas: simplemente lo agrupa todo”.

“¡Pero la libre competencia prevalece hoy!” gritó Trupp.

"No; tenemos la competencia del trabajo, pero no de la misma manera la competencia del capital. Repito: Véis los efectos perniciosos de esa competencia unilateral y de la propiedad investida de privilegios a la fuerza, y exclamáis: ¡Abajo la propiedad privada! No veis que es esta misma propiedad la que nos hace independientes, y no veis que, por lo tanto, solo es necesario eliminar los obstáculos en el camino de adquirirla para abolir la falsa relación de amos y sirvientes. Créanme, la organización del crédito gratuito, es decir, la posibilidad de que cada uno tome posesión de los medios de producción –esta incruenta, profunda y la más grande de todas las revoluciones– irá seguida de un cambio de todas las condiciones de vida que nadie puede imaginarse adecuadamente por sí mismo hoy”.

Se detuvo y vio con qué frialdad fueron recibidas sus palabras. Sólo el Dr. Hurt se sentó sereno, examinando lógicamente palabra tras palabra, calculando. Para la mayoría una revolución era sólo un caos de cadáveres y ruinas, y sacudieron la cabeza ante las palabras de Auban. Por lo tanto, trató de aclarar su significado.

“¿Sabéis qué efecto tendría la abolición del interés y, por tanto, de la usura? Una demanda constante de trabajo

humano; el equilibrio de la oferta y la demanda; la reducción de los precios al punto más bajo, y en consecuencia un enorme aumento del consumo; el intercambio exacto de equivalentes y, en consecuencia, la distribución más equitativa posible de la riqueza. Pero como resultado de esta gran revolución económica, tanto el país como el individuo se volverían cada día más prósperos”...

Trupp se rió, indignado e irritado.

“¡Una hermosa revolución! ¿Y quieres hacernos creer a los trabajadores en estas fantasías descabelladas? Si no te viera delante de mí, pensaría que estaba escuchando a un economista burgués. ¡No, querido amigo, la revolución que algún día haremos llegará a la meta más rápidamente que todas vuestras revoluciones económicas! Haremos un trabajo más corto: ¡Recuperaremos lo que nos ha sido robado por la fuerza abierta y la astucia científica!

¡Ojalá la burguesía no os haga el trabajo todavía más corto! comentó el Dr. Hurt. “*¡Ejemplar docente!* Es decir: ¡Aprended de la historia!”

Esa fue su respuesta a la amenaza anterior de Trupp, que aparentemente había descuidado.

La excitación producida por estas palabras disminuyó solo gradualmente. Vieron en ellas una defensa de la burguesía y le llovieron las respuestas.

El alemán, que perteneció a la “Freiheit” de Nueva York y estuvo en la “Proclamación de Pittsburgh”, y que era miembro de la “Sociedad Educativa de los Trabajadores Comunistas”, tomó ahora la palabra.

“Hasta ahora no se ha dicho nada sobre el anarquismo real que existía antes de que se supiera algo sobre el liberalismo de la clase media de Boston defendido por los hombres de Manchester cincuenta años atrás, o sobre las excéntricas cavilaciones de los 'autonomistas'” –apuntó a Auban y Trupp– “y que todavía tiene los seguidores más numerosos. Quiere el comunismo de sociedad libre basado en la organización cooperativa de la producción. No niega el deber del trabajo, porque declara: No hay derechos sin deberes. Exige, además, el intercambio de productos equivalentes por las propias asociaciones productivas, sin intermediarios ni luctuosos, y que las comunas regulen todos los asuntos públicos mediante el libre contrato. Pero en una sociedad libre, así organizada, en la que la mayoría se sienta cómoda, el Estado será inútil”.

“¿Entonces le concedes a la mayoría el derecho de establecer su voluntad por la fuerza?”

“Sí. El individuo debe ceder ante el bienestar general, pues éste es superior”.

“Esa es una posición, una de las dos que he descrito. Estás en el camino del socialismo”.

“¡Un buen puesto para un anarquista!” dijo Trupp. “¿Y qué pasa con la libertad del individuo? No es más que el comunismo centralista que hemos dejado muy atrás”. La llama de la disensión que tiempo atrás había disuelto los clubes y conducido a la fundación de un nuevo periódico, amenazaba con resplandecer de nuevo. “Creo, y lo mantengo, que en la sociedad venidera cada uno realizará su parte del trabajo voluntariamente”.

El francés ahora le preguntó cortésmente:

“Pero asumiendo el caso de que los hombres no trabajen voluntariamente como esperas, ¿qué pasa entonces con los derechos para satisfacer sus necesidades?”

"Confío en ello", fue la respuesta de Trupp.

“Creo que es mejor no confiar en eso”.

No conoces a los trabajadores.

“Pero los trabajadores se vuelven burgueses tan pronto como adquieren una propiedad, y entonces serán los primeros en oponerse a la expropiación de su propiedad. Ignora la naturaleza humana, señor; el egoísmo es el resorte de toda acción. Retire ese resorte y la máquina del progreso dejará de funcionar. El mundo caería en ruinas. La civilización habría llegado a su fin. La Tierra se convertiría en

un contenedor estancado; pero eso es imposible mientras los seres humanos la habiten”.

“¿Por qué no toma la iniciativa y demuestra la posibilidad de realizar sus teorías en la práctica?” Se le preguntó una vez más a Trupp.

Eludió esta pregunta haciéndola él mismo. Fue Auban quien respondió de inmediato:

“Porque el Estado ha monopolizado el medio circulante, y nos impediría por la fuerza que nos lo suministráramos nosotros mismos. Por lo tanto, nuestros ataques se dirigen principalmente contra el Estado y solo contra el Estado”.

La discusión entre Auban y Trupp parecía haber llegado a su fin y amenazaba con romperse por completo. Luego Auban hizo un último intento de hacer retroceder al suelo de la realidad lo que los vagos deseos habían elevado a los espacios vacíos de la fantasía.

“Una última pregunta, Otto”, sonó su voz fuerte y dura, “sólo esta:

“¿Impediríais vosotros, en el sistema de sociedad que llamáis 'comunismo libre', que los individuos intercambien su trabajo entre sí por medio de su propio medio de intercambio? Y además: ¿Les impediríais ocupar terrenos para fines de uso personal?”.

Trupp vaciló.

Al igual que Auban, todos estaban ansiosos por escuchar su respuesta.

La pregunta de Auban no se podía eludir. Si respondía "¡Sí!" admitía que la sociedad tenía el derecho de controlar al individuo y arrojaba por la borda la autonomía del individuo que siempre había defendido con celo; si, por el contrario, respondía "¡No!" admitía el derecho de propiedad privada que acababa de negar tan enfáticamente.

Dijo, por tanto:

“Ves todo con los ojos del hombre de hoy. En la sociedad futura, donde todo estará a la libre disposición de todos, donde no puede haber comercio en consecuencia en el sentido actual, cada miembro, estoy profundamente convencido, abandonará voluntariamente todo derecho a la ocupación única y exclusiva de la tierra”.

Auban se había levantado de nuevo. Se había puesto algo más pálido, cuando dijo:

“Nunca hemos sido deshonestos el uno con el otro, Otto. No nos volvamos así hoy. Sabes tan bien como yo que esta respuesta es una evasión. Pero no te dejaré ir ahora: responde a mi pregunta, y responde con un sí o un no, si

deseas que alguna vez vuelva a discutir una pregunta contigo.

Era evidente que Trupp estaba luchando consigo mismo. Entonces respondió –y fue una mirada a su camarada que acababa de atacarlo, y contra quien nunca habría violado el principio de la libertad personal, lo que lo impulsó a decir:

“En la Anarquía, cualquier número de hombres debe tener el derecho de formar una asociación voluntaria, y así realizar sus ideas en la práctica. Tampoco puedo entender cómo alguien podría ser expulsado de la tierra y la casa que usa y ocupa”...

"¡Así te abrazo y no te soltaré!" exclamó Auban. “Por lo que acabas de decir, te has colocado en aguda oposición a los principios fundamentales del comunismo, que hasta ahora has defendido.

“Has admitido la propiedad privada, en las materias primas y en la tierra. Has defendido de lleno el derecho al producto del trabajo. Eso es Anarquía.

“La frase, todo es de todos, ha desaparecido, destruida por tus propias manos.

“Un solo ejemplo, para evitar más malentendidos: soy dueño de un terreno. Capitalizo su producto.

“El comunista dice: Eso es un robo cometido contra la propiedad común.

“Pero el anarquista Trupp –por primera vez ahora lo llamo así– dice: No. Ningún poder terrenal tiene derecho a expulsarme de mis posesiones, o a disminuir el producto de mi trabajo ni siquiera en un mínimo centavo, excepto el de la fuerza

"Cierro. Mi propósito está cumplido.

“He demostrado lo que quería demostrar: que no puede haber conciliación entre los dos grandes antagonismos en que se mueve la sociedad humana, entre el Individualismo y el Altruismo, entre el Anarquismo y el Socialismo, entre la libertad y la autoridad.

“Yo había afirmado que todo intento de unir lo irreconciliable debe dejar atrás el suelo sólido de la realidad y desaparecer en las nubes de la utopía, y que todo hombre serio debe declararse: por el socialismo, y por lo tanto por la fuerza y contra la libertad, o por el anarquismo, y por tanto por la libertad y contra la fuerza.

“Después de que Trupp haya tratado durante mucho tiempo de evadir esta alternativa, mi última pregunta lo obligó a explicarse. Podría repetir el experimento con cada uno de ustedes. Es infalible



“Trupp se ha decidido por la libertad. Él es, de hecho, un anarquista”.

Auban cesó. Trupp agregó:

“Pero llevaremos a cabo prácticamente los principios del comunismo en la anarquía, y nuestro ejemplo los convencerá tan completamente de la posibilidad de realizar nuestros principios que los aceptarán como lo hacemos nosotros y abandonarán voluntariamente su propiedad privada”.

Auban no dijo nada en respuesta.

Sabía muy bien que esta conciliación exterior no era más que un nuevo y último intento de su amigo de tender un puente sobre el profundo abismo que tiempo atrás los separaba interiormente, como separaba lo nuevo de lo viejo, y les asignaba exteriormente su respectivo lugar.

"Ni yo ni nadie puede salvar a nadie de su propia perdición",... pensó para sí mismo. A partir de ese momento, se unió a la conversación solo cuando se le preguntó directamente. Se puso extremadamente animado.

Nunca habían permanecido tanto tiempo como hoy. Eran mucho más de las ocho y todavía nadie pensaba en irse excepto el Dr. Hurt y el francés.

Cuando el médico se despidió de Auban, dijo en voz baja: “No voy a volver a tus domingos, querido amigo. Cualquier cosa puede ser correcta. Pero las actuaciones a las que me pides que asista no deben ser demasiado locas. Tu 'compañero' saltó con ambos pies directamente al cielo. Eso es demasiado alto para mí”.

Dicho esto, se fue, y Auban lo siguió con la mirada, sonriendo. El francés también se puso de pie, expresando una vez más su agradecimiento. Pero Auban dijo con desaprobación:

“Solo hemos clavado los postes y levantado los andamios desnudos. Pero era imposible hacer más hoy”.

“Tendrás una dura batalla que pelear, que podrías facilitarte si dejaras caer esa palabra que ahuyenta a innumerables personas que de otro modo estarían cerca de ti, sí, que estrían totalmente de acuerdo contigo”.

“La palabra Anarquía describe precisamente lo que queremos. Sería cobarde e imprudente dejarla caer a causa de los débiles. Quien no es lo suficientemente fuerte para estudiar su verdadero significado y comprenderla, no es lo suficientemente fuerte ni para pensar ni para actuar de forma independiente”.

Volveré a París dentro de unos días. ¿Puedo transmitir sus buenos deseos a nuestro amigo, señor Auban?

"Sí. Dile que es un pobre egoísta, porque se ha retraído a sí mismo. Ha asumido una gran responsabilidad. Pero el verdadero egoísta teme toda responsabilidad excepto la de su propia persona."...

El extraño se despidió con una reverencia cortés.

"¿Quién era ese?" preguntó Trupp.

Auban mencionó su nombre.

Llegó poco antes que tú, y estuvo aquí hoy por primera y última vez.

"¿Entonces no lo conoces?" Trupp sacudió la cabeza con desaprobación.

"No, nada más sé sobre él".

"¡Deberías haberme dicho eso de una vez!"

Pero Auban respondió bruscamente:

"Aquí no tenemos secretos. No somos masones. ¡Lo que hemos dicho puede oírlo cualquiera que lo desee!"

Ocupó el asiento vacante del Dr. Hurt junto al fuego y sostuvo su cabeza entre sus manos. Todos hablaban ahora, incluso el ruso. Las voces de diversos tonos golpearon su oído como desde la distancia...

Por lo que se decía, se enteró de la victoria de Trupp y de su propia derrota.

Entonces se elevó la voz entusiasta del sueco:

“Puede ser que haya menos genios. Eso no es una desgracia. Habrá más talentos. Cada uno será un trabajador de la mano y el cerebro al mismo tiempo. Las capacidades se distribuirán en lugar de concentrarse. En promedio, serán mayores”.

“Y mil asnas serán más sabias que diez sabios. ¿Por qué? ¡Porque son mil!”. Añadió Auban para sí mismo.

Se habían olvidado de él. Mientras hablaba, el fresco aliento de la razón había descendido sobre ellos. Ahora volvía a hacer calor: el calor de una futura vida paradisíaca sin invierno. Y rivalizaban entre sí en la descripción de esa vida; sus palabras los embriagaban; olvidaban donde estaban...

Auban siguió escuchando.

Ridiculizaron la eterna pregunta de sus oponentes: ¿quién haría el trabajo sucio y desagradable en el futuro? Habría suficientes voluntarios para todo, comentó uno; y otro: Ya no habría tal trabajo que hacer; se inventarían máquinas para todo.

Auban nunca había estado más convencido que en este momento de que la mayoría de las personas son sus mayores enemigos, y nunca había sentido con tanta fuerza que la autoridad del amor resultaría tanto o más terrible que la autoridad del odio.

Se esforzaba por destruir los privilegios. Pero estos comunistas negaban con las excelencias también todos los valores, incluso el valor del trabajo. Su guerra estaba dirigida contra los hombres y lo que habían establecido en la locura y la ignorancia: la victoria era inevitable; pero su guerra estaba dirigida contra la naturaleza misma: ¡la victoria era siempre imposible!

El abismo era más profundo, mucho más profundo de lo que yacía descubierto ante él hoy. Era una batalla entre una vieja y una nueva filosofía. ¡Y lo antiguo era el cristianismo en todas sus formas!

El mayor criminal contra la humanidad había sido quien había pretendido amarla más. Su credo de abnegación había producido aquellos que renunciaban: la miseria que ahora clamaba por su liberación...

¡Dios debe caer de todas las formas!...

Permanecieron juntos durante más de una hora más. La conversación derivó gradualmente hacia los acontecimientos del día: los serios disturbios en Chicago y

Londres estaban al alcance de la mano. Se acordó suspender las reuniones en casa de Auban por varias semanas.

Cuando el americano se levantó y dio así la señal para una ruptura general, la mayoría de ellos se sorprendieron al ver lo tarde que era.

Auban estrechó la mano de cada uno; la de Trupp la sostuvo un momento más de lo habitual, con una presión firme, como si quisiera decir una vez más: ¡Elige! ¡elige! Porque ciertamente tenía una alta opinión de él.

Evidentemente, el joven alemán no estaba satisfecho con Auban y tampoco intentó ocultar el hecho. Auban se limitó a sonreír. El Sr. Marell fue el más amable.

“Bueno, Auban”, dijo, y le tomó ambas manos, “eres un hombre extraño. Hay mucho sentido en todo lo que dices; pero lo que enseñas es helado y frío, helado y frío; el corazón no recibe nada.”

“Oh, no, Sr. Marell, la libertad es cálida como el sol. Solo fríos son los muros de la prisión. El corazón tendrá tesoros más ricos para otorgar cuando ya no lata y guarde silencio en conformidad con los mandatos. Pero nunca debe quitarle a la razón la guía de nuestras vidas; solo hoy hemos vuelto a ver cuán incapaz es de seguir a la razón en el dominio de la economía”.

Auban estaba solo. Abrió ambas ventanas. Mientras el humo huía en densas nubes de la habitación y el camarero que estaba detrás de él quitaba los vasos, él se apoyó en el alféizar de la ventana y miró hacia la calle. Ahora, mientras el aire de la tarde refrescaba su frente, sintió cuán cálido se había vuelto y cuán profundamente le había afectado la conversación.

¡Y eso en tu juventud! –pensó para sí mismo. El sacrificio volvió a parecer, como tantas veces, demasiado grande para la percepción que le había dado. Sí, era fría y amarga esta percepción, como había dicho el americano. Pero ¿no había sido como un refrescante baño de hierro después de la enervante media vida en la esperanza sin obras de la fe?

Y recordó cuán joven era todavía, y cuánto le quedaba por hacer, e incluso si su trabajo resultaba aparentemente tan inútil como el intento que había hecho hoy en un pequeño círculo, sin embargo, estaba lleno de un gran poder y de una gran alegría, y volviendo a entrar en su habitación, dijo en voz alta:

“¡Sí, esta percepción de libertad por tu juventud!” Y las paredes, aterrorizadas por el repentino silencio tras el ruido de la discusión, devolvieron sus palabras:

"¡Sí, por tu juventud!"

## VI. EL IMPERIO DEL HAMBRE

El East End de Londres es el infierno de la pobreza. Como un enorme kraken negro, inmóvil, gigante, la pobreza de Londres yace allí en un silencio acechante y rodea con sus poderosos tentáculos la vida y la riqueza de la ciudad y del West End: los del lado izquierdo que se extienden sobre el Támesis y abrazando todo el Embankment por el otro lado: Rotherhithe, Deptford, Peckham, Camberwell, Lambeth, el otro Londres, el Sur separado por el Támesis. Los del lado derecho se deslizan por los límites norte de la ciudad en hilos más delgados. Se unen donde Battersea se encuentra con Chelsea y Brompton cruzando el Támesis...

El East End es un mundo en sí mismo, separado del Oeste como el sirviente está separado de su amo. De vez en cuando se oye hablar de él, pero sólo como de algo lejano,



algo así como cuando se oye hablar de una tierra extranjera habitada por otra gente con otros usos y costumbres...

Era el primer sábado de noviembre en el que Auban había prometido visitar a su amigo Trupp. Tenía la intención de ir con este último a través del East End y luego al club de los revolucionarios rusos. Habían elegido el sábado, porque no se trabaja en Londres durante la tarde de ese día; porque el negocio de Auban y la fábrica de Trupp estarían cerrados durante treinta y seis horas.

Auban dejó su negocio alrededor de la una en punto en una de las calles laterales de Fleet Street. La prisa y el ajetreo de la vida empresarial parecían haberse multiplicado por diez. Apenas podía llegar a Fleet Street a través de la multitud de carros, pesadamente cargados con rollos de papel recién impresos que despedían un extraño olor a humedad; de camiones-vagones cuyos conductores maldiciendo no podían salir del lugar; de multitudes apresuradas, excitadas y empujadas de empleados, trabajadores, mensajeros y comerciantes. Para ahorrar tiempo decidió no volver a casa. Comió en uno de los restaurantes abarrotados más cercanos y repasó los últimos periódicos. Por todas partes los desempleados... Trafalgar Square: ataques policiales; la asamblea se dispersó por la fuerza; nuevas detenciones por lenguaje incendiario... Mujeres desamparadas en Hyde Park: dieciséis noches al aire libre, hambrientas y congeladas; unas enviadas al

hospital, otras al asilo, otras muertas... Preparativos para el asesinato de los anarquistas de Chicago: como no hay suficientes patíbulos, se ha decidido ahorcarlos en dos fases, primero cuatro, luego tres; medidas extraordinarias para preservar el orden; peticiones de indulto de los condenados, firmadas por cuatro personalidades; el gobernador implacable... Auban dejó caer los papeles.

¡Aquí estaba, a diario y a cada hora: la enorme degradación de la vida que hace de uno un carnicero, de otro una víctima! El uno como el otro vencidos por la ilusión... ¡Y ninguna escapatoria para ninguno de los dos! Ambos obedeciendo al ídolo del deber creado por los hombres. ¡Y ambos dominados por él, en la vida y en la muerte!...

Auban tomó el siguiente ómnibus que iba a la estación de Liverpool Street. Se sentó en la parte superior. Al pasar junto a la estatua de la Reina y el Príncipe de Gales, que ha sido erigida en el lugar de la puerta obstructiva de Temple Bar, donde en épocas más oscuras se exhibían ante la gente las cabezas ensangrentadas de los criminales ejecutados, pensó del lento ascenso de la humanidad luchando y escalando desde la esclavitud. ¡Cuán grandiosa se desarrollaría algún día en libertad! ¡Cuánto tiempo podría pasar aún, antes de que esos ídolos esculpidos fueran derribados, las coronas y túnicas de púrpura destruidas, los cetros rotos, los últimos restos del medievalismo borrados!...

Entonces habrá que combatir a ese otro tirano, más ciego: “el pueblo soberano”. Sería la era del aburrimiento, la era de la mediocridad, del estancamiento en la camisa de fuerza de la igualdad, la era del control mutuo, de las pequeñas querellas en lugar de las grandes luchas, de las molestias perpetuas... entonces el cuarto estado se habría convertido en el tercero, la clase trabajadora “ascendida” a la clase de los burgueses, y la primera exhibiría entonces las características de la segunda; vulgaridad de pensamiento, complacencia farisaica de infalibilidad, ¡virtud bien alimentada! Y entonces volverían a aparecer los auténticos insurgentes, grandes y fuertes, huestes de ellos, los paladines del ego amenazado en cada movimiento...

El ómnibus avanzaba lento pero seguro por Fleet Street. En Ludgate Hill había una enorme multitud de personas. En dirección al viaducto de Holborn, esa maravilla de la ingeniería vial moderna, se levantaba niebla; el puente de hierro de Farringdon Street ya estaba rodeado por ella. En la dirección opuesta, donde el Támesis corre por debajo del puente Blackfriars, estaba claro. Mientras los caballos, pateando el pavimento mojado, conducían el ómnibus abarrotado bajo el puente del ferrocarril de London, desde Chatham and Dover Road, hacia St. Paul's, la multitud parecía impenetrable.

Pero San Pablo se elevaba en el aire con sus masas oscuras, de cuyo fondo negro destacaba en relieve la figura de

mármol blanco de la Reina Ana... El corazón de la ciudad, aquí latía...

Más lejos. Más allá de las masas gigantescas que en su quietud fija parecían pertenecer a un pasado olvidado, una corriente negra de humanidad fluía por Cheapside. Finalmente apareció la gran caja fuerte, el edificio bajo, perezoso y sin ventanas del Banco. Ya estaba cerrado. Ahora yacía allí como muerto.

Auban fue nuevamente apresado por la monstruosa vida que lo rodeaba.

Los innumerables bancos, agrupados alrededor del Banco de Inglaterra como niños alrededor de su madre adoptiva, estaban cerrados. Todo el mundo se apresuraba a cenar, llegar a casa, disfrutar del descanso... Miles y miles de personas, agotadas por el trabajo de la semana, corrían en salvaje confusión, cada una impulsada por el deseo de olvidar por unas horas las columnas de cifras que constituía su vida, que llenaba su cerebro hasta el último rincón y esquina.

Jóvenes empleados, pequeños mensajeros con los más variados uniformes, contadores agotados, comerciantes serios, hombres de negocios "sólidos", especuladores, usureros, grandes reyes del dinero cuyos pies el mundo adora, ¿quién se atrevería a oponerse a ellos?, todos mezclándose aquí en una persecución salvaje, en una

confusión loca, aparentemente un caos de desorden, pero realmente saliendo en el orden más admirable.

El ómnibus paró aquí por algún tiempo. La gente se subía y bajaba. Las multitudes se apiñaron después, pero tuvieron que quedarse atrás. Pero todos encontraron el lugar que buscaban en la casi interminable fila de ómnibus, uno al lado del otro...

Desde su asiento, Auban contemplaba el mar de la humanidad. Siguió a un individuo aquí y allá con sus ojos; aquí, un joven comerciante, evidentemente un extraño, que parecía perdido en el enjambre, sin saber qué camino tomar; allí, un anciano señor con sombrero de copa, impecable levita negra, sencilla, con barba blanca, y una expresión hecha de altivez y prudencia que parecía decir: “Yo soy el mundo. Yo lo compré. Es mío. –¿Qué deseas? A todos os tengo a sueldo: el Rey y su corte, el general y su ejército, el sabio y sus ideas, y todo mi pueblo trabaja para que yo sea. Porque los hombres son estúpidos. Pero yo soy sabio, y los entiendo...”

Auban se volvió para mirar de nuevo al Banco. Allí estaba el escondite de ese gran misterio que contenía toda la felicidad y toda la infelicidad. Inescrutables para la mayoría, era para ellos el poder superior el que determinaba su destino. Con asombro, con admiración, con asombro mudo, escucharon acerca de la inmensa riqueza en la que no tenían parte. ¿De dónde venía? No sabían. ¿A dónde iba? A los

bolsillos de los ricos. Pero, ¿qué lo reunía aquí? ¿Qué le daba el gran poder para dar forma al mundo como sus poseedores consideraran adecuado? No; nunca resolverían ese espantoso enigma de su propia miseria y la felicidad de los demás. Allí yacía el vampiro que chupaba hasta la última gota de sangre, el monstruo que deshonraba a sus esposas y asfixiaba lentamente a sus hijos. Y pasaron más rápido por los muros oscuros detrás de los cuales yacía el oro que había sido su propia sangre.

Cuando se les dijo que el país en que vivían estaba cargado con una deuda nacional de tantos y tantos millones, y que cada uno de ellos era en parte responsable de esta deuda, la tontería de la misma los dejó completamente indiferentes; no sabían que era un millón, pero el último alquiler de la habitación sin pagar y la deuda de cinco chelines en la carnicería pesaban mucho sobre ellos y los llenaban de temor y temblor para el día siguiente.

El socialismo empezó a hablarles a muchos de ellos. Cuando les dijo que nada en el mundo tenía más valor que el trabajo, y cuando vieron que los que no trabajaban estaban en posesión de todos los valores, ya no les resultó difícil sacar la simple conclusión de que debía haber sido su trabajo quien creó las posesiones de los primeros; en otras palabras, que los primeros vivían de su trabajo, les robaban su trabajo; qué era lo que les permitía hacer esto era nuevamente un misterio impenetrable para la mayoría de

ellos; ¡porque ellos eran la mayoría, y los otros sólo unos pocos contra las masas! Los más inteligentes sospecharon que probablemente nada prometiera ayuda excepto oponer a la unión protectora y defensiva de los ladrones una unión similar de los robados. Entonces se hicieron socialistas.

Para Auban, el misterio había perdido hacía mucho tiempo sus terrores, la cara de esfinge del poder, su horror. Sus estudios habían desgarrado velo tras velo de la imagen oculta, y ahora estaba cara a cara con la muñeca del Estado desprovista de los adornos de oropel del idealismo. El dios al que todos adoraban, ¿qué era sino un muñeco de madera, vacío y hueco, un enorme farsante, una pesadilla? Cuerdas pulsadas por unas pocas manos hábiles, ¡los movimientos automáticos debían hacer un espectáculo de la vida real!

La ignorancia de las masas engañadas puso en las rígidas figuras de ese esqueleto las terribles armas del privilegio. Este banco, el más grande de Inglaterra, fue investido por el Estado con el monopolio de la emisión de papel moneda. Así surgieron enormes fortunas que daban una imagen falsa de la verdadera condición del país. Más allá del alcance de la competencia tal como estaba, este único principio impuesto por el poder suprimió el libre intercambio, socavó la confianza en el poder propio y en el de los demás, se elevó destructivamente entre la oferta y la demanda y creó esas espantosas diferencias en la posesión que elevaron a

algunos a la categoría de amos y degradaron a otros a esclavos.

El monopolio del dinero, la autoridad del privilegio de crear el único medio legal de cambio, si caía, caía el Estado y se despejaba el camino para el libre intercambio de los hombres.

Pero los pensamientos de Auban fueron interrumpidos.

El ómnibus por fin partió, de nuevo, dejando atrás los inmensos edificios del tráfico financiero, el Banco y la Bolsa, sobre los cuales brillaban como en sangriento desdén las palabras de la Biblia: “Del Señor es la tierra y su plenitud”.

Mientras serpenteaba por las estrechas calles hasta la estación de Liverpool, desviándose del ruido y el bullicio de Broad Street para llegar a su destino por una ruta más larga pero más tranquila, Auban, rodeado por esas casas altas, silenciosas e imponentes que parecían nunca haber sido animadas por un rayo de sol, se sintió como si estuviera cabalgando a través de los frescos y oscuros pasos de un estrecho valle.

El ómnibus se detuvo en los gigantescos edificios de las estaciones de Liverpool Street. Auban entró en el gran bar de la esquina de la calle. Sus apartamentos estaban superpoblados. La gente se empujaba, se ponía de pie, sostenía en la mano vasos y jarros de peltre, hablaba



animadamente, discutía, ahogaba la voz de los demás. En perpetuo movimiento las puertas se abrieron y cerraron; el dinero tintineaba en el mostrador.

Auban se sentó en un rincón durante un rato, bebiendo su bebida en pequeños tragos. Luego se abrió paso entre los enjambres de personas hasta la estación. Apoyado contra la reja de la entrada, en medio de una multitud de vendedores de periódicos, limpiabotas, floristas, vendedores de todo tipo, viejos y jóvenes, estaba de pie un pequeño niño deforme, que nadie notó, mirando delante de él con melancolía. Sus manos enterradas en sus pantalones sucios, harapientos, envilecidos, el rostro de un anciano en el cuerpo flaco de un niño. Auban lo vio, y su ojo experto reconoció de inmediato el hambre en esas miradas. Compró algunas naranjas en el carrito más cercano. Con una avidez muda, el pequeño comió la fruta, sin levantar la vista, como un perro hambriento que se abalanza sobre un hueso. ¿Cuánto tiempo hacía que no comía nada? ¿Cuánto tiempo había estado parado allí, con su pequeño corazón lleno de desdén, amargura y desesperación, mirando apáticamente ante él mientras sus pies descalzos se ponían rígidos sobre las frías piedras?

Un escalofrío recorrió a Auban. Era el comienzo del horror que siempre se había convertido en hielo cuando regresaba de la casa de los “desheredados”, la silenciosa desolación del East End de Londres...

Mientras el tren lo llevaba por la corta distancia que lo separaba de Shoreditch, apareció ante él en gigantescos contornos de cien recuerdos separados la sombría imagen de esa vida monstruosa: lúgubre, amenazante, silenciosa, informe, intangible.

Pensó en muchos otros paseos en los que había atravesado durante largas horas el imperio del hambre: en aquella interesante tarde del presente verano en que había atravesado a pie Isle of Dogs de punta a punta, estupefacto ante la magnificencia de sus mejoras. hecho en menos de veinte años, horrorizado por la miseria de esas calles abandonadas en cuyas casas desvencijadas y chozas miserables una raza cansada parecía haber escondido sus cargas de cuidado. Luego, de aquella velada en Poplar que puso fin a la tarde, cuando había contemplado los placeres de los pobres en un salón de canto y baile del más bajo nivel, entre muchachos medio crecidos en mangas de camisa y muchachas con finos sombreros con plumas, un jarro de peltre de cerveza delante de él, la pipa en la boca, en el asiento de tres peniques, el mejor y también el último, escuchando los gritos de algunas cantantes roncadas e imitadores de negros, y en medio del ruidoso acompañamiento de cien voces. Luego de esa otra tarde en Wapping, durante la cual había holgazaneado con el viejo marinero que le mostró los enormes muelles de Londres, que lo llevó por la noche a St. George Street, ese famoso lugar de reunión para marineros; al salón de baile donde los

altos malayos, los silenciosos escandinavos, los negros y los chinos, toda la extraña y heterogénea sociedad reunida aquí por los barcos de todas las tierras, se mezclaban en la danza y la disipación; y al fumadero de opio de la Casa de la Moneda, ese oscuro agujero donde el inquietante silencio de la muerte parecía descansar sobre formas mortíferas perdidas en su vicio. Y Auban pensó en sus solitarios paseos vespertinos en la terrible miseria de los distritos de Whitechapel y Bow, donde apenas había una calle por la que no hubiera caminado, asombrado por las cosas espantosas que veía, y horrorizado por las cosas aún más espantosas. Que sospechaba detrás de las paredes sucias y los cristales rotos de las ventanas.

Auban no tenía hábitos costosos ni reclamos especiales en la vida diaria que le quitaran mucho tiempo. Sus días estaban mayormente dedicados a su vocación, la cual, sin embargo, no lo ataba servilmente a la hora; empleaba sus horas de la tarde principalmente a sus estudios en economía política y observar el curso del movimiento. Luego los domingos por la tarde los dedicaba a sus amigos. El ocio que le quedaba lo dedicaba a paseos por la inmensa ciudad. Estos paseos constituían su único placer genuino, su mayor disfrute. Se alegraba de poder escaparse una tarde para dar un paseo así; luego se inclinaba sobre el gran mapa de la ciudad, dejaba que su dedo se moviera de un punto a otro, hasta fijar el punto de partida y el destino de la caminata de ese día. Cuando se sumergía en la vida misteriosa de un

barrio extraño, se sentía arrebatado, arrastrado, inspirado por la grandeza de la época que en incesante actividad había creado todas aquellas cosas poderosas; cuando regresaba a su cuarto silencioso, estaba como aplastado bajo la presión de esta vida avasalladora que elevaba a unos a la cumbre de la felicidad, para arrojar a los demás al abismo de la miseria...

A menudo había pensado en trasladar su habitación, al menos por un tiempo, a la miseria de esta vida, a fin de aprender a conocerla mejor de lo que jamás sería capaz por la mera observación externa, pero nunca pudo encontrar el momento. Así que tuvo que confiar en lo que veía y oía cuando la ocasión lo llevaba allí. E incluso eso fue suficiente.

Ahora Trupp había llevado a cabo este plan. Le había escrito una carta a su amigo: había dejado su trabajo a consecuencia de un problema con su jefe y ahora vivía en el barrio de Whitechapel. Sugirió una cita cerca de Shoreditch.

A las cuatro en punto, Auban lo esperaba sin impaciencia. Acababan de dar las tres y media.

Trupp llegó a la hora acordada. Su forma sólida y de hombros anchos se abría paso con seguridad entre la multitud. De nuevo, como aquella noche en el Soho, vio a Auban; sus manos apoyadas en su bastón, apoyándose suavemente contra el pilar de entrada de la estación de

Shoreditch, no perdido en su ensoñación esta vez, pero observando de cerca a los hombres y los alrededores.

Intercambiaron saludos. No se mencionó el último domingo por la tarde.

Trupp estaba más melancólico que de costumbre. Lleno de amargura, habló de la brutalidad insolente de su jefe, del servilismo despreciable de sus compañeros de trabajo, de la inactividad aburrida de sus camaradas. Hay que volver a dar ejemplo, de lo contrario todo se dormiría. Parecía pálido, como si hubiera descansado poco últimamente. Había un parpadeo inestable en su ojo. Doblaron en Hackney Road, esa triste y larga calle de problemas y preocupaciones donde viven los pequeños comerciantes. Entonces Trupp giró hacia el sur, hacia el distrito de Bethnal Green.

El bullicio a su alrededor cesó de repente. Las calles se hicieron más estrechas, más oscuras, más aburridas; la inmundicia cada vez más grande. Sólo aquí y allá una tienda insignificante con chucherías y basura vieja. De lo contrario, nada más que puertas y ventanas cerradas, cuyos cristales habían sido cegados por la suciedad hacía mucho tiempo.

Pasaron por varias calles; luego, en un giro repentino, entraron en un estrecho pasaje que pasaba por debajo de una casa. Parecía aclarar, porque las casas de muchos pisos habían llegado a su fin.

Estaban en una pequeña plaza. De allí partían tres calles que estaban formadas por casas angostas, todas de dos pisos de altura, cuyos patios traseros se comunicaban entre sí.

Apenas les había llevado cinco minutos llegar a este lugar.

Trupp se detuvo, esperando. No dijo una palabra, pero Auban sospechó que era precisamente este lugar lo que quería que viera.

Se paró sobre un montón de tierra amontonada y contempló la imagen que se le presentaba.

Nunca en su vida, le pareció, había visto algo más triste, más deprimente, más desconsolado que la rígida uniformidad de esos inmundos agujeros en los que uno se unía al otro en horrible simetría hasta que el vigésimo desaparecía en la penumbra gris de esta fría tarde de noviembre. Los patios que estaban separados entre sí por muros desmoronados que llegaban al pecho de un hombre, y cuya estrechez apenas permitía estirar los brazos, estaban llenos de charcos fangosos de porquería viscosa; montones de basura se amontonaban en los rincones; dondequiera que uno miraba, veía cosas rotas y muebles tirados; aquí y allá, un harapo de lino gris colgaba inmóvil en el aire frío. Los escalones de piedra que conducían a las puertas estaban desgastados; las persianas de las ventanas, en su mayoría rotas, giraban sueltas sobre sus goznes; los vidrios de las

ventanas estaban resquebrajados, apenas uno estaba entero; los agujeros tapados con papel; donde las ventanas estaban abiertas, se veían paredes desnudas.

Ni un alma humana lejos o cerca. Parecía como si la muerte acabara de pasar a pasos de gigante por estas calles y tocara todo lo que respiraba con su mano redentora...

Entonces Auban vio que algo se movía en la distancia. ¿Era un animal, un ser humano? Creyó reconocer la forma encorvada de una mujer. Pero a esta distancia no podía distinguir nada con claridad. Una fina humareda salía de algunas de las muchas chimeneas y se mezclaba con el aire gris plomizo.

Ningún artista ha intentado nunca pintar este cuadro, pensó Auban, y, sin embargo, solo necesitaría poner un color en su paleta: un gris sucio.

Escuchó. Desde una gran distancia, un sonido sordo e ininterrumpido llegó retumbando a esta quietud abandonada: los mil ruidos del bullicio de Londres se consolidaron en un murmullo portentoso. Pero aquí no encontró eco en respuesta.

Mientras tanto, Trupp había estado caminando de un lado a otro: se había parado frente al cadáver podrido de un perro, miró la linterna oculta y oxidada en la esquina de la calle que había perdido sus cristales hasta la última astilla, y

ahora buscaba en vano un rastro de algo verde en esta arena polvorienta; ni una sola brizna de hierba encontraba sustento en este suelo maldito...

Por todas partes negligencia; dondequiera que se volviera la mirada, el olvido del hambre que diariamente libra una espantosa batalla con la muerte.

Lentamente, los amigos se apartaron de la horrible vista y caminaron en silencio por la calle del medio. A veces, una ventana estaba entreabierta, una cabeza peluda asomaba, y unos ojos tímidos y curiosos seguían, medio asustados, medio llenos de odio, la visión completamente inusual de los extraños. Un hombre golpeaba un carro roto que obstruía todo el ancho de la calle. No respondió al saludo de los transeúntes; estupefacto, los miró fijamente como a una aparición de otro mundo; una mujer que había estado acurrucada en el rincón de una puerta, inmóvil, se levantó aterrorizada, apretó a su hijo con ambas manos contra su pecho apenas cubierto de harapos, y se apoyó, como para ofrecer resistencia, contra la pared, sin apartar la vista ni una vez los dos hombres; sólo una multitud de niños que jugaban en el barro de la calle no levantó la vista, podrían haber sido tomados por idiotas, tan silenciosamente proseguían sus juegos sin alegría.

Trupp y Auban caminaron más rápido. Se sintieron intrusos en los secretos de una vida extraña y se apresuraron



a alejarse de todas aquellas miradas de miedo, odio, envidia, asombro y hambre.

Al final de la calle se había reunido otro grupo de niños: se divertían viendo los ataques de muerte de un gato al que le habían sacado los ojos y al que habían colgado por la cola. Cuando el animal torturado y ensangrentado se sacudió con las patas para escapar, lo golpearon con el placer cruel y espantoso que sienten los niños ante el dolor visible. Trupp rápidamente se interpuso entre ellos: "¡Córtenlo!" –ordenó. Pero bien podría haber hablado en alemán, tan poco se entendían las palabras, que en su boca sonaban duras y antinaturales. Con asombro mudo los niños lo miraron, sin saber lo que quería de ellos. Él mismo tuvo que llevarse al animal moribundo. Volviendo a Auban, expresó en voz alta su indignación ante tan vergonzosa crueldad hacia los animales. El otro se encogió de hombros con tristeza: "Mejores condiciones, mejores modales", dijo; "¿Qué más puede servir aquí?"

Trupp parecía conocer cada rincón y esquina de estas calles. Guiaba el camino de un lado a otro, a menudo deteniéndose cuando llegaban a una casa cuyas paredes agrietadas parecían como si fueran a derrumbarse si uno se apoyaba en ellas; luego otra vez encontrando estrechos pasadizos del ancho de un brazo, de cuyas paredes caía una sucia humedad, acumulándose en el suelo en charcos pestilentes y nauseabundos; así, seguro y sin una palabra,

condujo a Auban por el oscuro laberinto de esta inmensa miseria, cuya lúgubre monotonía parecía no tener fin, sin importar la dirección que eligieran.

Llegaron a un espacio parecido a un patio que estaba rodeado de casas altas y grises; Gibraltar Gardens se podía leer en un cartel en la esquina de la calle. “Jardines de Gibraltar!” dijo Trupp; ¡Se burlan de la miseria que han creado! –Sobre el agrietado asfalto de la cancha, varios niños se divertían patinando– ¡los “Jardines de Gibraltar”, donde no crece ni una brizna de hierba!

Los amigos caminaban por callejuelas de casas muy viejas, torcidas, bajas, pequeñas, por cuyas puertas sólo se podía entrar con la cabeza gacha: allí vivían los vendedores ambulantes, y habían llenado la calle hasta la asfixia con su basura de segunda mano; y luego, de repente, los vagabundos se toparon con la bulliciosa vida de Church Lane. De un golpe cambió la fisonomía del entorno; ¡De la deserción mortal a la vida acelerada del comercio un sábado por la tarde!

Auban estaba cansado. Cojeaba más pesadamente. A sugerencia suya, pasaron media hora en la taberna más cercana, donde se sentó en un rincón. Todavía no hablaban mucho juntos; a lo sumo, indicando alguna observación entre sí. Era un palacio de la ginebra del más bajo nivel al que habían entrado. Se llamaba "El deshollinador", como notó Auban entre risas. El piso cubierto de aserrín apeataba

a suciedad y saliva; el bar estaba inundado con todo tipo de bebidas corriendo juntas, que se secaban en una corteza pegajosa; detrás, donde los grandes barriles se apilaban contra la pared desde el suelo hasta el techo, los camareros hacían todo lo posible para llenar las manos que se les tendían; el olor embriagador del humo del tabaco y del brandy, los vapores tibios y húmedos de la ropa sucia y los cuerpos amontonados, llenaban el espacio hasta el último rincón.

Aquí la miseria buscaba su espantosa felicidad ahogando su hambre en la bebida. Era una multitud genuina del East End; hombres y mujeres, estas últimas casi tan numerosas como los primeros; algunas con niños en sus pechos marchitos, pero la mayoría de ellas viejas o al menos con apariencia de viejas. A través de los adultos, los niños andrajosos se abrían paso a la fuerza. Casi todos estaban borrachos, en las primeras etapas de la borrachera del sábado de la que recuperan la sobriedad en el sueño del domingo. Auban llamó la atención de Trupp sobre una inscripción en la pared: “¡Estrictamente prohibidas las palabrotas!”... Era simplemente ridículo, ese mandato cuya amenaza a nadie importaba.

La confusión de ruidos era abrumadora. No cesó ni por un momento, y rodaba en ondas crecientes de un apartamento a otro. Las palabras balbuceantes de un borracho fueron ahogadas por el grosero insulto de un anciano excitado, que

declaró que alguien había bebido de su vaso; y la risa relinchosa con que los dos hombres se incitaban el uno contra el otro, por los gritos enloquecidos de una mujer que estaba de pie con los puños cerrados ante su marido que no quería ir con ella. Jóvenes, casi niños, cantaban en un rincón con sus novias disfrazadas o les mostraban bailes de negros golpeando el suelo sonoro con sus pesados zapatos en un tiempo medido y moviendo la parte superior del cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Pero de repente se despertó la atención de todas las mujeres: un bebé había comenzado a llorar; tal vez no encontró más alimento en el pecho de su madre borracha. De todos lados se inclinaban sobre el pequeño rostro arrugado y gris, y cada mujer rivalizaba con las demás con sugerencias para calmarlo. Estalló la bondad natural; deseaban ayudar. A pesar de esto, el infante lloraba más y más fuerte, hasta que sus lamentos se apagaron en un gemido bajo.

El espectáculo grotesco de esta vida no era nada nuevo para Auban. A menudo había estado en estos últimos lugares de miseria, donde la aparición incluso de un hombre que no vestía harapos es un acontecimiento.

Hoy, sin embargo, la mayoría de la gente ya estaba demasiado ocupada consigo misma en su borrachera, o envuelta en peleas y disputas entre sí, como para preocuparse mucho por los extraños. Sólo se inmiscuyó una anciana con Trupp con tenaz persistencia, mirándolo de una

manera repulsivamente tierna con sus ojos inyectados en sangre y legañosos y balbuceando sus deseos en el idioma del East End, una jerga de la que él no entendía una palabra. Él no se fijó en ella. Cuando ella cayó contra él, él la empujó tranquilamente a un lado. Al hacerlo, su rostro no mostró disgusto ni desprecio. Esta mujer también era miembro de la gran familia de la humanidad y su hermana.

En el banco, frente a Auban, estaba sentada una joven completamente abandonada. De sus grandes ojos oscuros brotaron rayos de ira hacia Trupp. ¿Por qué? ¿Del odio contra el extranjero que había reconocido en él? ¿De la ira por la intromisión de la anciana, o por su fría defensa? ¿De los celos? No se podía aprender de los insultos que ella derramaba sobre él de vez en cuando.

Auban la estudió. Sus rasgos degradados, en los que el desprecio se mezclaba con la mezquindad y el odio, eran todavía hermosos, a pesar de que su mejilla derecha estaba arañada y ensangrentada y su cabello le caía sobre la frente en salvaje desorden. Sus dientes estaban impecables. Su vestido desordenado, el saco de lino sucio, estaba rasgado, como con una intención descarada, y dejó a la vista los senos blancos todavía infantiles. Todos sus movimientos parecían decir: "¿Por qué debería preocuparme por ti?"

¿Cuánto tiempo trascurriría antes de que se borraran sus últimos rastros de juventud y gracia? ¿Qué diferencia había todavía entre ella y aquella anciana, siempre borracha, a

cuyo oído Trupp gritaba, mientras ella volvía a caer contra él con todo el peso de su cuerpo, y cuyo inglés él no entendía porque él era un alemán?

"¿Lo estás, cariño?" tartamudeó ella, y acercó su cara a la de él. Pero en este momento estaba completamente vencida por su embriaguez. Emitiendo un sonido de gorgoteo, cayó con la cabeza hacia adelante y quedó inmóvil en el suelo resbaladizo. Las trenzas grises de su cabello cubrían a medias su rostro distorsionado.

Los hombres se rieron a carcajadas; la mujer chilló y cubrió a Trupp con una oleada de insultos.

Auban se había levantado. Quería levantar a la anciana. Pero Trupp se lo impidió. "Déjala mentir. Ella miente bien allí. Si quisieras poner de pie a todas las borrachas que veremos hoy, tendrías mucho que hacer.

Él estaba en lo correcto. La mujer ya estaba durmiendo.

"Vámonos", dijo Auban.

La joven se acercó a Trupp y se colocó pecho con pecho contra él. Ella lo miró con sus grandes ojos chispeando de morboso deseo. Pero no dijo una palabra. Trupp se apartó de ella hacia la puerta.

"¡Eres un tonto!" Dijo luego con una expresión indescriptible. Auban la vio regresar a su lugar y cubrirse la cara con las manos.

Cuando estaban en la calle, el estruendo y el bullicio parecían quietud después de la fanfarronada que los había rodeado.

Se había vuelto más oscuro y más fresco. El aire estaba impregnado de humedad. Cuanto más se acercaba la noche, más ruidosa y animada crecía la calle. Los vendedores de las carretas que acaparaban el borde de la calle, uno tras otro, gritaban más fuerte. Las montañas de verduras y naranjas se estaban desmoronando; la ropa y el calzado viejos estaban tirados en desorden, tocados por tantas manos escrutadoras; las hojas de los libros de segunda mano estaban volteadas, sostenidas cerca de las caras en la creciente oscuridad.

Los traficantes de almejas y caracoles, alimento abominable de las clases más pobres, monopolizaban las esquinas. La vista de sus productos repugnantes lo llenaba a uno de náuseas...

"¡Brick Lane!" dijo Trupp de repente.

Se pararon en la entrada de esa calle de la que tanto se habla.

¡White Chapel! ¡El East End en el East End! ¡El infierno de los infiernos!

¿Terminas, donde empezaste? –Los límites originales del distrito habían sido borrados por su nombre– hoy su mención recuerda la parte más oscura de la gran noche del East End, la más lúgubre de sus guaridas y lugares, el más profundo de sus abismos de miseria.

Aquí los cuerpos humanos yacen apilados más alto y más inextricablemente. Aquí las multitudes a las que ningún nombre menciona y ninguna voz llama se mezclan y se arrastran unas sobre otras con la mayor inquietud. Aquí la necesidad acurruca a los animales humanos en una masa irreconocible de inmundicia y basura, y su aliento envenenado desciende como una nube cargada de plagas sobre esta sección de la inmensa ciudad, cuyos límites más estrechos solo están dibujados en el sur por la raya negra del Támesis...

De norte a sur en una ligera curva se extiende Brick Lane. Comienza donde Church Street se encuentra con Bethnal Green Road, y termina en el Museo del mismo nombre, que fue fundado para satisfacer el deseo de educación de las "clases más pobres", así como el cercano Victoria Park fue fundado para que no se vieran obligados a renunciar por completo a un escaso soplo de aire fresco. Termina donde en Aldgate la interminable Whitechapel Road y Mile End Road se bifurcan hacia el norte, y la majestuosa y amplia



Commercial Road East, que se extiende hasta los muelles de la India hacia el sur.

Quien alguna vez haya paseado lentamente por Brick Lane puede decir que ha sido rozado por el aliento pestilente de la necesidad; quien se haya extraviado por sus callejuelas, ha caminado al borde del abismo del sufrimiento humano. Quien quiera ver cuánto puede soportar la naturaleza humana; quien todavía cree en el sueño infantil de que el mundo puede ser salvado por el amor, la pobreza aliviada por la caridad, la miseria abolida por el Estado; quien quiera rastrear los últimos efectos de las terribles hazañas del Estado asesino, que visite el campo de batalla de Brick Lane, donde los hombres no caen con el cráneo partido y el corazón atravesado, sino donde el hambre los derriba fácilmente, después de que la miseria los ha privado de su última fuerza de resistencia...

En un largo paseo por Brick Lane, los amigos caminaron en silencio. Enormes almacenes, que se vislumbraban en la distancia, túneles ferroviarios abovedados del Great Eastern Railway, rompían la monotonía de las atestadas hileras de casas. Con frecuencia tenían dificultades para abrirse paso a codazos entre la multitud creciente. Olores alternados: pescado en descomposición, cebollas y grasa, vapores punzantes de café tostado, el aire hediondo de la inmundicia, de la materia en descomposición... Tiendas con carne ensangrentada, clavada en púas –carne de gato–; en

cada esquina una casa de “vinos y licores”; carteles rotos en las paredes, todavía en colores chillones por donde pasa una multitud de jóvenes que gritan y cantan; por la calle lateral, una figura borracha se abre camino a tientas a lo largo de la pared, murmurando para sí y gesticulando, tal vez abrumada por un solo vaso de whisky porque el estómago ha estado sin comer durante días...

La región se volvía cada vez más deprimente. El barrio de los judíos, los más pobres de los pobres. Las víctimas de los explotadores, los “sweaters”<sup>6</sup>, sastres y pequeños comerciantes. Infinitamente contentos, bestias de carga que soportan lo imposible, satisfechos con seis, sí, cuatro peniques por dieciocho horas diarias de trabajo, completamente perdidos en una aburrida resignación, son los súbditos más voluntariosos de los explotadores y obligan a bajar los salarios muy por debajo del punto de inanición. Son pues el terror y la abominación de los habitantes del East End, a quienes matan con su tenaz perseverancia y su calamitosa capacidad de vivir de la nada en esta espantosa lucha de una más que despiadada, de una feroz competencia.

Solo ellos han podido ganar una posición firme en Whitechapel: así que están acampados en medio del East

---

<sup>6</sup> un empleador que hace trabajar duro a los empleados en malas condiciones por un salario bajo. [N. T.]

End como un hongo en descomposición en la base de un árbol gigante...

De nuevo esas espantosas hileras de casas de dos pisos, cuya gris monotonía no ofrecen lugar de descanso a la vista, extendiéndose hacia el este en rígida uniformidad.

Así es Brick Lane, a cuyo fin han llegado ahora Auban y Trupp, indescriptible en su aparente indiferencia y terrible melancolía: pásenla no una vez, como hoy, sino cien veces, y nada más les traicionará de sus secretos, de sus silenciosos sufrimientos, de sus muertos lamentos, excepto esta única cosa: que nunca vio un heredero de la felicidad...

¡Whitechapel! Cuando los dos amigos pasaban por Osborne Street, la entrada a Brick Lane, sucia y estrecha, eran casi las seis. Se encontraron en medio de una poderosa corriente de humanidad que fluía por Whitechapel y Mile End Road: miles y miles de trabajadores inclinados hacia el extrarradio, los límites más exteriores del cuerpo gigante de la ciudad. A través de la niebla brillaban los ojos rojos de las linternas, en largas filas, convergiendo en la distancia más lejana. El lado norte de la calle estaba densamente ocupado por dos filas de comerciantes de todo tipo, sus vagones y puestos, desde los cuales humeantes lámparas de nafta lanzaban llamas de luz sobre las masas que se abrían paso a la fuerza por la angosta vía intermedia, empujándose, unos a otros, emocionados, medio estupefactos... Es el gran día,

sábado por la noche. El que todavía tiene un centavo lo gasta.

Porque Whitechapel Road es el mayor lugar de recreo público del East End, accesible para todos. Allí se ubican grandes salas de música con amplios vestíbulos y pisos altos y galerías, y pequeños tugurios escondidos, en los que hay poco que ver a causa del humo del tabaco y poco que oír a causa del ruido. Está el hechicero con su aceite de mago que cura todos los males, –sin importar cómo se tome, interna o externamente–, así como el puesto de tiro, cuyas ondulantes llamas de queroseno hacen innecesarias las lámparas de gas. Allí nos encontramos con el hombre poderoso y la sirena, el gabinete de figuras de cera y el famoso perro con las garras de león: sus patas delanteras han sido partidas, todo eso se puede ver por un centavo...

Auban y Trupp no vieron nada de todos estos esplendores. Tuvieron que pasar a través de esta marea por la distancia. Sólo podían proceder paso a paso. Volviéndose de nuevo hacia el norte, de donde habían venido, Trupp condujo a su amigo por dos o tres calles oscuras, y de nuevo por uno de esos pasadizos bajos donde el polvo, la cal y la argamasa caen sobre ellos desde las paredes que rozan... De repente se encontraron en uno de esos patios apartados y silenciosos en los que nunca entra un extraño. Nada era reconocible aquí, excepto las imponentes masas de piedra, que durante el día apenas podían ofrecer un paso a la luz

desde arriba, tan cerca estaban unas de otras. Pero ahora desaparecían por completo entre la niebla y la noche que se acercaba. Auban se sintió como si estuviera en el fondo de un pozo profundo, tapiado por todos lados, enterrado vivo, sin salida ni luz.

Pero volvió a sentir la mano de Trupp sobre la suya. Lo atrajo. Aquí había alquilado una habitación. Su habitación estaba en el primer piso, cerca de la puerta. Cuando se encendió, Auban vio que todo su mobiliario consistía en una cama de paja, una mesa y una silla. La mesa estaba cubierta de papeles, folletos y cartas.

Mientras contemplaba esta sombría sencillez, Trupp caminaba de un lado a otro, con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos, como hacía siempre que estaba interiormente excitado. Obligando a Auban a tomar la silla, mientras se sentaba en su baúl, rompió el silencio de las últimas horas contando con voz reprimida, casi ahogada, lo que había visto durante los últimos días.

“¿Consideras que esta es una habitación pobre? Estás muy equivocado. Vivo como un príncipe: soy la única persona en toda esta casa que tiene su propia habitación para él solo. Sí, varios cientos de personas, varias decenas de familias, están viviendo en este 'hotel familiar'. Aquí y en el primer piso las cosas siguen siendo pasables: una sola familia ocupando una sola habitación, padres, hijos, grandes y pequeños, todos mezclados. Más arriba –todavía no he

estado allí, porque en el tercer piso la suciedad y el olor son tales que hay que volver atrás—, las cosas no están tan bien. Dos familias en una habitación no más grande que esta. Si se valen de la famosa marca de tiza, no puedo decirlo. Basta con que entren: dormitorio, salón, comedor, cocina, cámara de enfermos y de muerte, todo en uno. O un agujero de diez por seis pies está habitado por seis, diez, doce trabajadores, sastres. Trabajan doce, catorce, dieciséis horas, a menudo aún más. Todos duermen en esa única habitación, en el suelo, sobre un montón de trapos, si no trabajan de noche a la luz de la lámpara de gas venenoso. Pueden pasar días, semanas, antes de que se quiten la ropa. ¿Qué ganan? Eso varía. ¿Dos peniques la hora? Muy raramente. La mayoría de las veces no tanto en tres, pero con frecuencia sólo en seis horas. Se alegran si reciben un chelín o un chelín y medio cuando deben detenerse por agotamiento. Por hacer un abrigo que se vende a dos guineas en la tienda, cobran de cuatro a cinco, a veces —cuando una huelga es favorable a los “sweaters” y les permite hacer alguna oferta— sólo de dos a tres, sí, un chelín. ¿Quieres saber algo más? Lo mismo sucede en la rama de los zapateros, entre las muchachas que hacen cajas de fósforos, las costureras, las hiladoras. La fabricación de una gran cantidad de cajas de fósforos cuesta alrededor de dos peniques: el trabajo requiere de tres a cuatro horas; la costura de una docena de camisas, cuatro o incluso tres, y dos peniques y medio; el pulido de una gran cantidad de lápices de plomo, una hora y media de trabajo,

dos peniques; hay manos para todo, que no descansarán hasta que se hayan arrancado las uñas de los dedos.”

Auban lo interrumpió. Conocía a su amigo. Si le permitiera continuar, metería promiscuamente su mano en el montón de experiencia acumulada, continuaría hora tras hora sacando un hecho tras otro, un argumento tras otro, y, con un dolor sangrante y una alegría espantosa a la vez, evocaría una imagen contra la cual todas las objeciones resultarían inútiles. Una y otra vez, cuando se detenía exhausto y tremendamente excitado, su *ceterum censeo*<sup>7</sup> era la revolución, la destrucción de la vieja sociedad, el derrocamiento del orden de cosas existente.

No iba a ser detenido en su loca carrera. Encontraba rocas siempre nuevas, de las cuales extraía las aguas de sus teorías. Interrumpido, se desviaba, pasaba a otro tema, y sin vacilar rasgaba el velo, desvaneciendo cualquier rayo de una posible esperanza de mejora lenta, estrangulando toda idea de reforma pacífica, sepultándola bajo el peso de sus acusaciones... Entonces, cuando hubo envuelto a sus oyentes en las sombras de su desesperación, susurraba, poniéndose delante de ellos, una sola palabra: "¡Revolución!" y los dejaba solos en la noche con esta sola estrella... Así se había convertido en el agitador cuyas palabras siempre habían sido más eficaces cuando nacían del momento. Trupp mejor que nadie sabía romper el

---

7 Su pensamiento, su obstinación. [N. T.]

letargo de la indiferencia, encender el descontento, despertar el odio y la rebelión. Por eso su trabajo entre los indiferentes siempre fue exitoso. Él no era un organizador. Así que evitaba los clubes cada vez más. Le gustaba salir del camino de las discusiones. No sabía convencer. Cuando el éxtasis y el entusiasmo de la hora habían desaparecido, en la monótona monotonía del día siguiente, que hacía que la lucha pareciera inútil, la victoria desesperada, muchos de los que él había agitado eran tomados de nuevo y con más fuerza por el sombrío sentimiento de la vanidad de todo esfuerzo, que partía en dos la cuerda tensa de la esperanza. Él podría señalar el camino; no podía tomar la iniciativa.

Cuando Auban lo interrumpió, su espíritu febril se apoderó de otro lado de la conversación. Hablaba de los hijos de esta miseria que nacen en este y mueren en aquel rincón, más de treinta de cada cien, antes de pasar el primer año, sin que nadie los extrañe, apenas conocidos por sus propias madres, nunca vestidos, nunca teniendo lo suficiente para comer; de los afortunados a los que se les ahorra una vida de incertidumbre, la muerte lenta del hambre; de los altos precios que los pobres deben pagar por todo lo que necesitan: cuatro, cinco chelines semanales de alquiler al propietario por el hueco de una sola habitación, mientras que las ganancias de toda la familia no llegan a diez, doce; del dinero de la escuela comparativamente alto que se ven obligados a pagar por sus hijos, a quienes necesitan tanto para ayudar a agregar unos centavos semanales a sus



ganancias; de su completa impotencia en todas las cosas, por la muerte de sus familiares, por ejemplo. Últimamente habían llegado al público oscuros rumores de sucesos espantosos, tan imposibles que todos los consideraban como el aborto de un cerebro desquiciado, de una imaginación sensacional. Estaban basados en hechos. Trupp los confirmó.

No era muy raro que los cadáveres permanecieran días sin enterrar en la misma habitación donde el resto de la familia vivía día y noche.

“Cuando vine aquí”, dijo Trupp, “un joven de unos veinte años había muerto de fiebre; creo que escarlatina. En cualquier caso, su enfermedad era contagiosa. El esposo estaba sin trabajo; la esposa tísica. Tosía todo el día. Tuvieron cuatro hijos; pero la segunda, una niña, volvió a casa solo cuando no encontró otro refugio. Ella y su hermano eran los únicos que ocasionalmente traían algo a la casa. Además, está la vieja loca de la madre de la esposa, que nunca sale de su rincón en la habitación. Bueno, el hijo murió. Llevaba ocho días enfermo. Por supuesto, sin atención, sin médico, sin comida. El cadáver quedó en el mismo lugar en el que había muerto el niño enfermo. Nadie lo tocó. En lugar de ocuparse del trabajo, el hombre corrió un día entero de un magistrado a otro. Fue derivado de un distrito a otro; uno no tenía cementerio, al otro no pertenecía. Era un extranjero, no podía hacerse entender

fácilmente; en resumen, el cuerpo permaneció donde estaba, sin ataúd, sin enterrar. Después de tres días, la gente de la casa empezó a hablar del asunto; pasadas las cinco, el hedor salía por las rendijas de la puerta; después de las siete, se había vuelto tan intolerable que los vecinos de las habitaciones contiguas se rebelaron; ¡Solo después de ocho días un policía se enteró del asunto, y al noveno finalmente, el cadáver, en la última etapa de putrefacción, fue levantado! Los periódicos no publicaron informes al respecto. ¿Y por qué deberían hacerlo? De todos modos, todo es inútil. ¡Nueve días! ¡Eso es fácil de decir, pero ninguna imaginación puede en realidad pintar la imagen de esa habitación!

Cesó por un momento. Auban tenía frío. Se envolvió más en su capa y miró la luz que se apagaba.

Pero Trupp aún no había terminado. “A veces tiran un cadáver en un rincón del patio. No lejos de aquí hay una calle, que está habitada por ladrones, proxenetas, asesinos, chusma de primer orden. Hay multitud de niños allí. Cuando uno de ellos murió recientemente, lo dejaron donde estaba. Nadie lo reclamó. Quiénes eran los padres nadie lo sabía. La mujer que vivía allá me contó otro caso. Allá arriba –sobre nosotros– vive un borracho. Tiene esposa y siete hijos. La mujer trabaja para toda la familia. Recientemente, uno de los niños murió, de esa terrible enfermedad para la que la ciencia no tiene nombre, 'agotamiento lento, como

consecuencia de una alimentación insuficiente', ¿no lo llaman así los informes de los periódicos? La mujer lleva su última cosa a la casa de empeño, solo para poder comprar un ataúd y algunas ramas verdes. Pero antes de que pueda reunir lo suficiente, pasan unos días. Una noche llega el marido a casa; por supuesto, completamente borracho. El ataúd está en su camino. Lo toma y lo arroja, con el cadáver, por la ventana del tercer piso. Al día siguiente las mujeres casi matan al hombre; pero mientras bebían ginebra, los hombres se reían del 'hombre inteligente'. Así es la vida en el East End”.

Risa de Auban.

"Suficiente, Otto", dijo. "¿Puedes mostrarme la calle de la que acabas de hablar?"

"¿Ahora? –¡Supongo que no! Deberíamos volver a escaparnos con el pellejo entero”.

"Entonces vámonos". Mientras estaban junto a la puerta, miró a Trupp a los ojos. "¿Seguramente no seguirás viviendo aquí?"

"¿Por qué no? –¿Acaso estoy mejor? ¿Gano yo más que esos pobres? –Uno más o menos no importa nada.

“Sí, lo hace. Uno menos en suciedad siempre es mejor que uno más” ....

Mientras estaban en la entrada estrecha, la puerta de enfrente se abrió. Un delgado rayo de luz iluminó débilmente el pasaje y mostró que la persona que emergía era una mujer joven. Murmuró algo cuando vio a Trupp. Sonaba como una súplica, y señaló la habitación. Un vapor sofocante, mohoso, corrompido, salió al encuentro de los hombres a medida que se acercaban: el vapor de la ropa que nunca había sido aireada, de la paja en descomposición, de la comida en mal estado, mezclado e impregnado con los miasmas de enfermedades repugnantes producidas por esa suciedad que lo cubría todo, las paredes, el suelo, las ventanas. En la nube de vapor que, a pesar del frío, cubría la habitación que no podía calentarse, se distinguía una cama que ocupaba todo el largo de una pared. Sobre esta cama se levantó una figura que seguramente no habría sido considerada como un ser humano si no hubiera lanzado hacia la puerta un torrente de insultos incoherentes: el rostro completamente desfigurado por el vicio, la enfermedad, la embriaguez, la cabeza vendada por un sucio, harapo empapado de sangre, demacrado, sus miembros exhaustos apenas cubiertos por harapos, el hombre parecía más un muerto que una persona viva. Cayó hacia atrás con un sonido de traqueteo, exhausto por el esfuerzo de su ira sin rumbo. Trupp habló con la mujer. A uban solo escuchó que se trataba de llevar al enfermo al hospital, el paraíso de la pobreza. Se sintió cansado y estupefacto, y siguió adelante. Trupp pronto lo siguió. Tuvo que llevar a su amigo del brazo, tan lleno de agujeros estaba el suelo del corredor

que crujía, tan desgastado el enlosado de la escalera. “Ese también es uno de los que la policía puede llevar a la casa de pobres todos los días: ¡no tienen 'ningún medio visible de subsistencia'!”

“Le tienen mucho miedo”, dijo Trupp.

El patio iluminado estaba desierto como antes. Uno podría haber creído que todas esas casas que lo rodeaban estaban deshabitadas. No había señal de vida.

“Siempre es así”, dijo Trupp. “Durante el día, los niños nunca hacen ruido en sus juegos”.

Había un grupo de personas en la esquina de la siguiente calle. Estaban hablando juntos de una manera animada. Evidentemente, algunos de ellos estaban muy emocionados. Cuando Auban y Trupp se acercaron, una mujer se acercó a ellos. Estaba pidiendo a gritos un médico. La multitud rápidamente les abrió paso. Pasaron por una puerta. Ante ellos se extendía un patio, medio oscuro, estrecho, sucio. Aquí también había un grupo de hombres y mujeres, con niños agarrados a ellas. A pasos regulares, dos policías iban y venían, hasta donde el espacio lo permitía.

Auban estaba a punto de volverse cuando sus ojos se posaron en una linterna que estaba en el suelo y arrojaba una luz opaca sobre un montón de paja, sobre el cual yacía una forma humana. Nadie lo estorbó mientras se acercaba.

La gente que estaba a su alrededor se amontonó hacia adelante; los policías paseaban arriba y abajo. Auban fue tomado por un médico. El cadáver que yacía ante ellos era el de un hombre de unos cincuenta años. Yacía boca arriba, los brazos medio estirados y colgando a ambos lados, los ojos abiertos hacia arriba. El cuerpo del muerto estaba cubierto únicamente por un largo abrigo negro. Estaba abierto y apoyado contra la carne desnuda, con un collar levantado y rodeando el cuello. De sus pantalones negros, andrajosos, sucios y raídos, sobresalían sus pies desnudos, cubiertos de marcas azules de escarcha y suciedad. Su gastado sombrero de seda con un borde irregular había rodado. Su cabello gris despeinado le había caído sobre la frente; la mano izquierda del muerto estaba cerrada.

Auban se inclinó sobre él. El cuerpo estaba espantosamente demacrado: las costillas del pecho sobresalían bruscamente; las articulaciones de sus manos y pies eran tan estrechas que la mano de un niño podría haberlas rodeado. Sus mejillas estaban caídas y sus pómulos sobresalían de manera prominente; su nariz era afilada y delgada; sus labios completamente exangües y un poco abiertos como si tuvieran dolor; los dientes aparentemente en buenas condiciones. Las sienes y la región de la garganta estaban profundamente hundidas; el cadáver parecía como si hubiera estado tendido durante meses en un lugar seco, tan delgado y apretado que la piel amarillenta cubría los huesos.

Auban miró al policía que estaba a su lado.

"¿Famélico?" preguntó en voz baja.

El policía asintió, imperturbable e indiferente. –¡Muerto de hambre! Un escalofrío de excitación recorrió a la multitud que los rodeaba y que había seguido en silencio todos los movimientos de Auban. La palabra pasó de boca en boca, y cada uno la pronunció en un tono diferente de miedo y horror, como si cada uno hubiera oído su propia sentencia de muerte. Los niños se pegaban más a las mujeres, éstas más a los hombres. Un joven lanzó un fuerte grito desdeñoso; fue empujado lejos. Todo el grupo se puso así en conmoción. Se empujaron unos a otros: cada uno deseaba lanzar una mirada al muerto.

Los policías reanudaron su marcha, lanzando ocasionalmente una mirada escrutadora a algún individuo de la multitud.

Auban se había levantado de su posición arrodillada. La mano del muerto había caído flácidamente hacia atrás después de haberla levantado. Ya no había rastro de vida en el cuerpo.

Cuando estaba a punto de darse la vuelta, de repente sintió el agarre de hierro de Trupp en su brazo. Miró hacia arriba y vio una cara completamente preocupada. Los ojos

de Trupp estaban fijos en el muerto con rígido terror y mudo asombro, como si le trajera algún recuerdo espantoso.

"¿Lo conoces?" preguntó Auban.

Trupp no respondió. Miró fijamente el cadáver.

El hombre muerto yacía ante ellos, y de pronto le pareció no sólo a Trupp, sino también a Auban, como si un último rayo de vida regresara a sus ojos rotos, y como si ahora estuvieran contando en voz baja por última vez la historia. La historia de su vida: la historia de un descenso de lo alto a lo más bajo...

Trupp apartó a su amigo, sobresaltado de sus pensamientos. La multitud los miró con aburrida expectativa, ya que todavía creían que Auban era médico. Sólo los dos policías seguían paseándose de un lado a otro, despreocupados: pronto vendría un oficial con un carro, y mañana los muertos yacerían sobre la losa de mármol de una mesa de disección...

En la calle, Trupp dijo rápidamente, con la voz aún ahogada por el miedo:

"Lo vi, una vez, hace cuatro semanas, en Fleet Street... Venía por esa calle, hacia mí, tal como estaba allí: sin zapatos, sin camisa, pero con un sombrero alto y guantes negros. La vista de él no era ridícula; al contrario, era



espantoso. Parecía la muerte personificada, demacrado como un esqueleto, ¡como una sombra!, así que se escabulló a lo largo de la pared, mirando al frente, sin observar a nadie y sin que nadie lo observara. Mi sentimiento me decía que no debía hacerlo; pero reconocí el hambre, así que me acerqué a él y le pregunté algo. Él no me entendió. Dudo que me hubiera oído en absoluto. Pero cuando le di un chelín, echó una mirada al dinero, luego a mí como si quisiera estrangularme en el acto, y arrojó lo que le había dado –mi último chelín– al pilluelo de la calle de al lado. Por supuesto, estaba tan asombrado que lo dejé ir...”

Auban negó con la cabeza.

"¿Es realmente el mismo hombre?"

"¿Podríamos olvidar esa cara después de haberla visto una vez?"

Auban permaneció en silencio. Fue una extraña coincidencia, pero no imposible. Trupp podría estar equivocado. Pero Auban mismo no creía que estuviera bajo un engaño.

Él también estaba muy agitado. Ese rostro, no, uno no podía olvidarlo después de haberlo visto una vez. Pero más triste que las mejillas sin sangre y los ojos llenos de reproche había sido para él la demacración de aquellos miembros debilitados, completamente agotados, famélicos. ¡El

hambre debe haber trabajado mucho y pacientemente antes de que la muerte pudiera extinguir las llamas ardientes de esa vida!...

Pasando hace semanas todas las pruebas por la fuerza del orgullo, sucumbió sólo hoy; se había retirado a un rincón, el más sucio, el más escondido de todos; allí, sin ser visto por ninguno de esos millones, se había derrumbado; allí, sin que nadie lo oyera, había exhalado su último suspiro, cansado, perplejo, estupefacto, enfermo, desesperado, ¡había muerto de hambre!

"¡Famélico!... ¡Muerto de hambre!... ¡Muerto de hambre!..."

Una y otra vez Trupp murmuró esa palabra para sí mismo.

Luego en voz alta a Auban:

"¡Ver que en verdad no lo esperábamos! –¡Mira, cómo todo me justifica! ¡Pero la venganza que tomaremos borraré todo!"

"Excepto la locura", pensó Auban. Pero, por supuesto, no lo dijo ahora.

"No puede haber culpa: ¿qué ha hecho el ciego para ser ciego? –Sólo locura, locura por todas partes– ¡Sí, y tendrá una terrible venganza!..."

De repente se encontraron en la entrada del gran y ancho arroyo vivo de Whitechapel Road.

Habían estado caminando hasta ahora sin saber a dónde. Absortos en lo que habían visto, se olvidaron de todo lo demás. Ahora se sobresaltaron por la luz que de repente los inundó. Miraron a su alrededor. Todo estaba como hacía dos horas. ¡Otra vez las luces! ¡Otra vez la vida, la vida que fluye y corre, una y otra vez reconquistando la vida después de los terrores de la muerte!

"¡Al club!" dijo Auban. Fue la primera palabra que pronunció. Estaba cansado, hambriento, pero exterior e interiormente tranquilo, como si estuviera congelado. Trupp no tenía sed ni estaba exhausto. Mientras cambiaba de rumbo con la confianza de la costumbre y atravesaba Commercial Road, miraba al frente con tristeza, aparentemente frío, pero agitado por la indignación, torturado por un dolor sordo.

Solo tenían unos minutos más para caminar. Una calle se extendía ante ellos, envuelta en la oscuridad de la noche, iluminada por una sola luz. Era Berner Street. Las casas chocaban entre sí; puertas y ventanas apenas se distinguían en las sombras de la noche. Sólo un conocido aquí podría haber encontrado una casa determinada. Auban se abrió camino con su bastón en lugar de caminar.

Aquí estaba ubicado el club de los revolucionarios judíos del East End. Trupp se paró frente a la puerta y tiró de la aldaba de hierro. Se abrió de inmediato. Las cabezas emergieron de una habitación a la derecha, manos amistosas se extendieron a Trupp cuando lo reconocieron. Auban vio con qué placer agarraba las manos y las estrechaba una y otra vez. Él mismo no había estado aquí desde hacía un año. Dudaba si vería alguna cara familiar. Pero apenas se había mezclado con los grupos animados que llenaban las pequeñas habitaciones bajas del sótano, algunos de pie, otros sentados alrededor de las mesas y en los bancos, cuando sintió una mano sobre su hombro y miró a la cara de un viejo camarada a quien hacía años que no veía, no desde sus años de tormenta y tensión en París.

“¡Auban!”

¡Bautista!

Los recuerdos volaron como una bandada de pájaros cuya jaula se abre repentinamente por mano de un accidente.

Excepto el "Morgenröthe", la tercera sección de la antigua Sociedad Educativa Comunista de Trabajadores, el "Club Internacional de Trabajadores" era el único club de socialistas revolucionarios en el East End. Los miembros, unos doscientos, eran en su mayoría inmigrantes rusos y polacos. Todo Whitechapel, que en su mayor parte estaba

habitado por sus compatriotas, constituía su amplio campo de propaganda.

Auban le pidió a su amigo que le tradujera partes del periódico que el club publicaba semanalmente con un gran sacrificio, sin la ayuda de nadie, amargamente odiado y perseguido por los judíos adinerados del West End (quienes una vez incluso lograron mediante sobornos suprimir temporalmente el papel). Se llamaba "El amigo del trabajador" y estaba impreso con letras hebreas en esa extraña mezcla de idioma polaco, alemán e inglés, que hablan principalmente los emigrantes polacos y que otros entienden con dificultad.

Trupp estaba en medio de un grupo de personas que hablaban animadamente. Le pidieron que hablara. Evidentemente no tenía ningún deseo de hacerlo. Pero él consintió y los siguió hasta el salón superior, después de haber bebido apresuradamente un vaso de cerveza.

Auban permaneció sentado y pidió algo de comer. El conocido que lo había reconocido lo abrumó a preguntas. Aprendieron muchas cosas unos de otros: uno de sus amigos había sido arrojado a tierra aquí, otro allí, por la gran y poderosa ola del movimiento. En el curso de esos pocos años todo se había movido de su lugar, había cambiado, había tomado un nuevo aspecto.

Auban se puso más serio de lo que había estado. Volvió a sentir el zumbido de la rueda rodando sin parar, el ruido de la pisada aplastante que también había pasado sobre él... Ninguna espada quedaba ya suspendida sobre él. Ya no temía a nada, puesto que luchaba sólo por sí mismo. Pero aún las gotas de dolor fluían de las cicatrices de su corazón de hierro.

Hablaron de sus antiguos amigos. ¿Uno de ellos había aparecido como señoelo? ¿Era posible? Ninguno de ellos habría pensado eso. “Era un sinvergüenza”.

“Tal vez solo tuvo mala suerte”, sugirió Auban. Pero el otro no quiso oír hablar de eso.

Así hablaron juntos durante una hora.

Luego subieron las estrechas escaleras hasta el salón, que estaba completamente lleno de gente. Era de tamaño medio y apenas cabían más de ciento cincuenta personas. Sencillos bancos sin respaldo se extendían a través de él transversalmente y a lo largo de las paredes. En todas partes la pobreza extrema, pero en todas partes también el esfuerzo por superar la pobreza. De las paredes colgaban varios retratos: Marx, Proudhon, Lassalle derribando el becerro de oro del capitalismo; una caricatura en un marco negro: “Sra. Grundy”: la burguesía tacaña, codiciosa, envidiosa, que, cargada de tesoros de todo tipo, niega a los hambrientos la miseria de un centavo...

Al frente, la sala estaba rodeada por un pequeño escenario. Allí estaba Trupp, de pie junto a la mesa del presidente. Habló en alemán. Auban se adelantó un poco para verlo. Podía entender sólo unas pocas palabras; apenas podía adivinar lo que estaba diciendo. ¿Estaba contando sus experiencias de esa noche?... Auban sintió la tremenda pasión inundando el encuentro en oleadas calientes desde ese punto. Sin aliento, ansiosos por no perder una sola palabra, se colgaban de los labios del orador. Una emoción eléctrica recorrió a aquellos jóvenes, apenas salidos de la adolescencia; aquellas mujeres cansadas y aplastadas por el peso de su incesante trabajo; aquellos hombres que, arrancados de su tierra natal, se habían encontrado aquí doble y triplemente desilusionados. Pocas veces Auban había visto tanta devoción, tanto interés, tanto entusiasmo como el que brillaba en esos rostros. Él los conocía. Cuestiones que entre los niños de Occidente habrían servido como mucho para un intercambio de opiniones sereno e indiferente, se discutían aquí como si de ellas dependiera la vida o la muerte; en contraste con su propia vida triste, deprimida y estrecha, ¡era sólo el ideal del paraíso! ¡Nada más! ¡La más alta perfección en el comunismo: sobre todo, paz, fraternidad, igualdad! Cristianos, idealistas, soñadores, tontos –así eran esos revolucionarios judíos del East End–, hijastros de la razón, abanderados del entusiasmo.

Trupp cerró. Se estaban preparando para la discusión.

"¡Sed egoístas!" A Auban le hubiera gustado gritarles. "¡Sed egoístas! El egoísmo es la única arma contra el egoísmo de vuestros correligionarios explotadores; no hay otro. Úsenlo: fríos, decididos, superiores, tranquilos, ¡y serán los vencedores!".

Pero no expresó sus pensamientos. El tiempo en que él mismo, inspirado e inspirador, había estado junto a las olas de masas excitadas había sido seguido por años de estudio. Su curso incluía un solo estudio: los hombres. Puesto que los comprendía, sabía que el efecto de la palabra hablada es tanto mayor, cuanto más general, cuanto más ideal es, cuanto más lejos llega al encuentro de los vagos deseos del corazón. Es la frase que en todas partes es recibida con salvaje júbilo por las multitudes. La palabra clara, sobria de la razón, despojada de oropel, dirigiéndose a los intereses individuales, negando todo mandato moral del deber, se extingue sin ser comprendida y sin efecto.

¿No se le había vuelto a dar cuenta de eso el domingo pasado?

Por lo tanto, si él hablara hoy, cosecharía de nuevo solo malentendidos, en lugar de aplausos alegres.

La discusión estaba en pleno apogeo. Casi todos los que se acercaron a la mesa de oradores hablaron con el más ardiente celo de convencer, de persuadir: no se perdió ni una palabra.



Trupp se retiró al fondo del salón. Allí estaba nuevamente rodeado por todos lados. Deseaban ser ilustrados sobre este o aquel punto de su discurso. Respondió a cada uno. Auban se había sentado. Su conocido lo había dejado. No entendió una palabra. Vio los rostros emocionados que se cernían sobre él a través de un fino velo de humo de tabaco.

“Hoy entusiasmo llameante, mañana sobriedad y desánimo... Hoy Haymarket, mañana la horca... ¡Hoy revolución, mañana una nueva ilusión y la antigua autoridad!” pensó.

Trupp le preguntó si iría con él al “Morgenröthe”. Había una reunión en ese lugar, y deseaba hablar allí también. Auban lo dejó ir solo.

Se cantó la Marsellesa de los trabajadores. La reunión comenzó a disolverse. La multitud se mezcló.

Un camarada alemán alto, de espaldas anchas, con barba y cabello rubios, con el vaso en la mano, con la cabeza erguida, cantó con voz clara y firme, dando la nota clave, por así decirlo, la primera estrofa de la canción, sobre las cabezas de los otros:

Bien hecho, que se respete la justicia y la libertad,  
¡Nuestra bandera defiende el cáñamo!  
Si la mentira todavía nos tiene pesadillas  
¡Pronto la mañana se levantará brillantemente!

Es una lucha difícil a la que aspiramos  
Incontable es la hueste de nuestros enemigos  
Pero como amamos el peligro  
Golpearemos juntos

¡Muerte a toda tiranía!  
¡El trabajo se vuelve libre!  
Adelante, adelante  
Adelante, adelante  
¡Aunque llegue la muerte!  
¡Porque nuestra bandera es roja!

Todos se unieron al estribillo.

Auban tarareó las palabras en francés de la Marsellesa...  
¿Cuántas veces la había oído, cuántas veces se había sumado a cantarla? ¿En la esperanza, en la rebelión, en la desesperación, en la confianza de la victoria? ¿Quién no la había cantado ya?

Auban vio por casualidad cómo los ojos de un joven –evidentemente polaco o ruso– se posaban sospechosamente en su extraña forma. No pudo evitar sonreír.

¿Debería decirle quién era? Ya no lo conocían. Pero aun así, la mera mención de su nombre habría bastado para disipar de inmediato toda duda y sospecha.

Pero se abstuvo de hacerlo. Miró su reloj: no debía quedarse mucho más tiempo, si aún deseaba tomar el último tren de la vía subterránea para King's Cross en Aldgate.

Se marchó. Habían llegado a la estrofa final de la canción. Ellos cantaron:

*¡Muerte a toda tiranía!*

*¡El trabajo se vuelve libre!*

*Adelante, adelante*

*Adelante, adelante*

*¡Aunque llegue la muerte!*

*¡Porque nuestra bandera es roja!*

*¡Porque nuestra bandera es roja!*

Auban se paró en la calle. Estaba completamente oscuro. Con dificultad se dirigió a tientas hasta donde convergían las grandes calles. Pero antes de que hubiera llegado a las primeras luces de gas, un enorme edificio se levantó de repente ante él en la oscuridad: en cuatro filas, una encima de la otra, doce, catorce, veinte ventanas brillantemente iluminadas... Era una de las grandes fábricas de las que hay de cuarenta a cincuenta en cada parroquia del East End de Londres. ¿Era una fábrica de seda? Auban no lo sabía.

Ese edificio, feo, tosco, de formas ridículas, una monstruosidad de cuatro esquinas con cien ojos rojos y brillantes, con las sombras fugaces de formas humanas y las

gigantescas extremidades de la maquinaria detrás de ellas, ¿no era el símbolo deslumbrante de la época?, ¿la encarnación característica de su espíritu esencial: la industria?

La culminación de la velada se alcanzó cuando Auban se paró de nuevo en el lugar donde convergen las dos calles gigantes. Ya aquí y allá el cansancio excesivo comenzaba a confundirse con la quietud del domingo. Pronto las tabernas iban a cerrar. Cada vez más, la gente que constituía la gran corriente de humanidad desaparecía en las calles laterales.

Pero, aún así, la multitud era casi impenetrable. Con prisa febril, la mayoría de ellos apuró las últimas gotas de la bebida sin gas de su juerga del sábado.

Se podía llegar a Aldgate en menos de cinco minutos. Todavía faltaba media hora antes de que el último tren de la carretera subterránea de King's Cross saliera de la estación de Aldgate, y Auban, vencido por una fuerza interior contra la que estaba indefenso, giró una vez más en una de las calles laterales del norte, en aquella noche llena de peculiar misterio...

Solo unas pocas linternas todavía ardían aquí, solo unas pocas personas pasaban junto a él. Luego se encontró con calles que corrían transversalmente. Se volvió hacia el oeste.

Pasó junto a un grupo de jóvenes. Estaban discutiendo en voz baja, para no llamar la atención de un policía, y no hicieron caso de Auban. Se mantuvo pegado a la pared.

Una luz brillaba desde una ventana enrejada. Se detuvo y miró a través de los cristales cubiertos de suciedad. Era la cocina común de una casa de huéspedes lo que vio, la sala de espera común para todos los frequentadores antes de retirarse al dormitorio alquilado por una noche.

La sala estaba abarrotada. Más de setenta personas debían haber estado allí; se acostaron, se sentaron y se pararon en grupos más pequeños y más grandes: algunos se encogieron en las esquinas. Un gran número se apiñaba alrededor de la chimenea. Allí preparaban su comida, té, un poco de pescado, restos de carne. Cada uno esperaba su turno. Tan pronto como uno hacía sitio junto al fuego, otro ocupaba su lugar. El fuego no daba mucho calor, porque muchos estaban fríos en sus harapos y se apiñaban muy juntos.

Solo había una mesa en el medio de la habitación. Inclínados sobre ella, cabeza contra cabeza, la mayoría ya dormía en confuso desorden, hombres, mujeres y niños juntos. Sólo unos pocos comían allí y en los estrechos bancos a lo largo de las paredes. Pero la mesa estaba llena de enseres sucios de hojalata –tazas, tazones, platos– que los exhaustos habían apartado antes de que los venciera el sueño. El suelo estaba cubierto de desperdicios de todo

tipo; los niños que se habían escapado del regazo de sus madres dormidas se arrastraban como perritos ciegos.

El tenue resplandor de las brasas apenas iluminaba la habitación. Dos lámparas humeantes en las paredes se estaban apagando.

Nada de lo que había visto ese día, nada de lo que había visto nunca en el East End, había causado una impresión más profunda en Auban que la imagen silenciosa, sombría y lúgubre de esa habitación.

¿Era la hora tardía lo que le estaba afectando? ¿Era su cerebro recalentado, agotado por largas horas de esfuerzo, lo que producía esa impresión? ¿O se le resaltaba ahora que estaba solo lo que tantas veces había visto: aquella escena nocturna de la vida desamparada de los marginados?

Contuvo la respiración mientras penetraba con la mirada cada rincón del cuadro.

Ninguna imaginación podría haber pensado una habitación más desconsolada, y en ella una agrupación más grotesca que la que aquí se presentaba: el anciano de pelo blanco, cuyo bastón se le había caído de la mano mientras se dormía con la cabeza inclinada hacia adelante; la jovencita que miraba al frente mientras su proxeneta la cubría de vejaciones; esa familia entera formando un grupo: el padre evidentemente sin trabajo, y la madre desesperada

por su situación, aquietando a los niños que se peleaban por un plato roto; esas filas de durmientes parecían como si estuvieran muertas...

Y sobre ellos toda la nube tenebrosa de la inmundicia eterna y del hambre eterna. Ya no hay alegría, ni encanto, ni esperanza... así día tras día... así noche tras noche...

Auban se separó a la fuerza del cuadro sin color, sin contorno, sin tono.

Conocía esas casas de huéspedes donde se cobijaba uno las noches sueltas. Pero las letras blancas sobre las paredes rojas daban la información adicional: tres peniques, cuatro peniques y seis peniques la noche. Por seis peniques, estaban las "cámaras" donde uno tenía su propia cama, cuyas sábanas se cambiaban una vez al menos cada pocas semanas, después de haber servido a veinte cuerpos diferentes. Por cuatro peniques se dormía en filas, apretujados unos sobre otros, utilizando el espacio al máximo. Por tres peniques, en fin, esa era la gran sala con los bancos vacíos en los que se dormía, o la cocina donde se permanecía en el lugar donde se dormía: protegido contra nada más que el frío glacial de la noche y la humedad fatal de la calle...

Un hombre salió tambaleándose por la puerta. Lo habían rechazado porque no podía pagar. Auban deseaba hablar con él, ayudarlo, pero estaba completamente borracho. Se

tambaleaba hacia adelante y hacia atrás, golpeaba con las manos y se abría paso a tientas a lo largo de las paredes de las casas, murmurando y tambaleándose, hacia la noche que lo devoraba.

Auban también siguió caminando. Había olvidado dónde estaba y a qué hora.

De repente reflexionó. Debía volver sobre sus pasos para asegurarse de que estaba en el camino correcto. Allí estaba la calle en la que había doblado, por lo tanto, todo recto, de nuevo hacia el oeste...

Desde ese punto sólo había una luz vacilante cada cien pasos. Las calles se hicieron cada vez más estrechas. El pavimento cada vez peor, con charcos de barro cada vez más grandes y montones de basura...

Pero Auban no deseaba volver de nuevo.

La puerta de una casa estaba abierta. Otra casa de huéspedes, pero sin licencia. Una de las colonias notorias, como las llama la gente. Estaba abarrotada. Toda la estrecha y empinada escalera, hasta donde alcanzaba la vista de Auban, estaba cubierta de cuerpos humanos oscuros y agazapados. Uno al lado del otro, como cadáveres tirados en un montón, yacían allí. Hasta la calle, incluso en el umbral, se encogían. Ya nada era claramente reconocible; la piel, que asomaba por debajo de los harapos y andrajos, estaba



tan sucia como ellos, empapada de humedad, inmundicia y enfermedad...

Auban se estremeció. Se apresuró. Al otro lado de la calle; luego de un alto muro; una monstruosa casa de vecindad de siete pisos, surgiendo repentinamente de la oscuridad como un gigante. Él la pasó, de frente, hacia el oeste.

En la siguiente calle de nuevo una serie de rezagados, pero apenas reconocibles: sombras pintadas en las paredes, o sentados en las puertas de las casas petrificados. Sin ruidos, sin conversaciones, sin risas, sin cantos... la quietud de la tumba.

Auban empezó a dudar si estaba en el camino correcto. Nuevamente las calles quedaron completamente desiertas.

Pero él conocía esta región. ¿No había estado aquí durante el día? Todo parecía cambiado. Esa pared de la izquierda, nunca la había visto. ¿Se había equivocado? ¡Imposible! Exigió a su cerebro excitado, mientras permanecía inmóvil. Reflexionó: debe ser así y no puede ser de otro modo; si giraba hacia la izquierda, hacia el sur, debía llegar a Whitechapel High Street en tres minutos; si caminaba recto hacia el oeste, en el mismo tiempo debía llegar a Commercial Street...

¡Adelante, pues, todo recto!...

Sólo ahora sentía lo cansado que estaba. Le dolía la pierna coja. Preferiría acostarse en el suelo y dormir.

Pero llamó a su voluntad en su ayuda y siguió caminando.

Se le ocurrió un pensamiento: supongamos que ahora fuera atacado, ¿quién escucharía sus llamadas de ayuda? Nadie. No tenía otra arma con él que su bastón, que comenzaba a pesar mucho en su mano. Si alguien se encontrara con él y reconociera en él a un extraño, difícilmente sería concebible que dejara pasar la oportunidad de robarle...

Un sentimiento completamente nuevo lo poseyó. No fue miedo. Era más bien el aborrecimiento de la idea de ser atacado por un animal salvaje en forma humana en esta noche, en esta inmundicia, en esta soledad, y obligado a participar en una lucha de vida o muerte.

Vio lo descuidado que había sido por su parte desafiar este peligro casi inevitable. Recordó ahora también que estaba en la misma calle en cuya entrada un policía le había dicho hacía un rato, como probablemente le dijera a todo hombre bien vestido, que se mantuviera alejado de ella.

Auban se apresuró lo más rápido que pudo. Pero el muro parecía no tener fin. La oscuridad era impenetrable. No podría haber notado la diferencia entre un hombre y una pared a diez pasos.

Sostenía su bastón con empuñadura de hierro, sin apoyarse en él. Imaginaba a cada momento que veía a un ladrón emergiendo de la oscuridad, sintiéndolo en su garganta o a su lado... Pero estaba decidido a vender cara su vida por lo menos.

Corrió y agitó su bastón delante de él. El sudor caía de su frente. Su horror aumentó...

¿Dónde estaba? Ya no era Whitechapel. Era una noche sin principio ni fin; la profundidad insondable de un abismo...

De repente, su bastón golpeó contra una pared. Y ahora Auban pudo distinguir de nuevo casas y ventanas a su derecha. Se abría una calle corta, débilmente iluminada por un único farol, y tan estrecha que ningún carro podría haberla atravesado. Conducía a una más larga...

De repente, todo el ancho de Commercial Street se extendía ante Auban. En cinco minutos estaba jadeando bajo el globo redondo de cristal de la luz que iluminaba una entrada a unas taquillas y unas escaleras que bajaban.

Había llegado al último punto de la caminata de ese día, la estación de Aldgate.

Aún le quedaban diez minutos antes de la salida de su tren.

Todo el camino desde el Club no había tomado más de media hora. Auban sintió como si hubieran pasado horas desde que la canción de la *Marsellesa* había vibrado en su oído...

Mientras descansaba para calmar su pulso salvaje, los vendedores ambulantes que tenía delante retiraban sus tablas y cajas con los restos de sus mercancías, y a su alrededor los hombres se empujaban entre sí en una intoxicación inconsciente y una prisa febril, una vez más volvió sus ojos hacia el este... Y en un instante la imagen que había estado anhelando formar se levantó ante él: la enorme boca del gigantesco cuerpo del East End, así era Whitechapel, que yacía bostezando ante él. Todo lo que se acercaba a su aliento envenenado se tambaleaba, perdía el control, era aplastado por incesantes bostezos y devorado, mientras todos los sonidos de la miseria, desde el estertor del miedo hasta los suspiros del hambre, morían en la pestilente oscuridad de su abismo. Y todos los países del mundo entero echaban sus deshechos en aquella boca codiciosa, para que por fin se saciase aquel cuerpo terrible, sin fuerza, cuya hambre era inconmensurable y parecía aumentar sin cesar...

Y mientras Auban retrocedía ante el vapor, de repente vio en el último minuto que aún le quedaba la gran visión de los acontecimientos venideros: esa boca gigantesca abrió sus fauces llenas de espuma y vomitó con una rabia asfixiante

una enorme ola viscosa de basura, inmundicia y corrupción sobre Londres... Y, como una montaña tambaleante, esa ola nauseabunda enterró todo: toda grandeza, toda belleza, toda riqueza... Londres era ahora sólo un lago infinito de podredumbre y corrupción, cuyos horribles vapores infectaban los cielos y destruían lentamente toda la vida...

## VII. LA TRAGEDIA DE CHICAGO

Los días que comenzaban la segunda semana de noviembre parecían envueltos en humo y sangre.

Mientras en Londres el grito de “trabajo o pan” se hacía cada vez más ominoso en los oídos de los ladrones privilegiados y sus protectores, los ojos del mundo estaban fijos en Chicago, en la mano levantada del poder. ¿Caería o, "perdonaría" relajándose?

Los eventos del día se sucedieron rápidos y densos, uno precipitando al otro.

Auban había pasado los primeros días de la semana en su oficina, trabajando duro, porque deseaba tener los dos últimos tanto como fuera posible para él.

Cuando el miércoles, después del almuerzo, fue a su café, vio Fleet Street y Strand cubiertos con banderas y serpentinas de colores alegres, que se destacaban en un extraño relieve contra el gris melancólico del cielo, el negro viscoso del barro de la calle, las impenetrables masas de gente que acaparaban las aceras de ambos lados. ¡El espectáculo del señor alcalde! Según la antigua costumbre, la procesión del recién elegido alcalde de la ciudad se movía por las calles con gran pompa y ceremonia, y por unas horas el pueblo olvidaba su hambre en la contemplación de la alegre farsa infantil.

¡Qué edad! pensó Auban. La ciudad le paga a este charlatán sin valor diez mil libras anuales por su trabajo inútil, y mientras cena en Guildhall en un jolgorio derrochador, ¡el hambre de un pedazo de pan roe las entrañas de incontables miles!

No deseaba ver la procesión. Buscó su camino a través de calles laterales medio desiertas. Una fina lluvia caía incesantemente. La humedad, el frío y la incomodidad penetraron en la ropa.

Compró un periódico de la mañana y lo hojeó rápidamente. ¡Trafalgar Square en cada columna! Reuniones de desempleados día tras día –ahora permitidas, ahora prohibidas...– Arrestos de los oradores... Rumores alarmantes de Alemania: la enfermedad del príncipe heredero dicen que es incurable... vagas y tímidas

conjeturas en cuanto a su la naturaleza... el cáncer... ¡el destino de un país en cuanto a la prosperidad o la desgracia depende de la vida o la muerte de un hombre!... –Francia– nada... –¡Chicago!... Breves observaciones sobre las peticiones de indulto de cuatro de los condenados al gobernador de Illinois, en cuyas manos recae la decisión final tras la denegación de un nuevo juicio... Sobre el hallazgo de bombas en una de las celdas... ¡Ciertamente, ciertamente! El sentimiento público es demasiado favorable a los condenados. Así que las bombas fueron “descubiertas” repentinamente, ¡descubiertas en la celda de un prisionero custodiada de día y de noche! ¡Y nuevamente toma un giro desfavorable! Ese descubrimiento llegó demasiado a tiempo en un momento en que las peticiones de indulto –esas peticiones que, como gráficamente describen los periódicos, formarían una línea de once millas de largo si se unieran unas con otras– se estaban llenando con cientos de miles de firmas, para no dejar ninguna duda con respecto a la intención consciente y deliberada del informe.

Auban arrugó el papel en sus manos y lo tiró. Ahora su última esperanza había huido. Los días venideros se alzaban ante él con una claridad terrible, y el aire helado lo sacudía como una fiebre.

El once de noviembre cayó en viernes. Auban estaba sentado en su habitación a la mesa cubierta de papeles,



folletos y libros. Eran alrededor de las cinco de la tarde y la luz del día se desvanecía entre las lúgubres hileras de casas.

Auban, ayudado por el abundante material que su amigo americano había puesto a su disposición, había dedicado todo el día a repasar la tragedia, sobre cuyo último acto acababa de caer el telón, en cada una de sus distintas fases, de principio a fin.

Lo que había visto surgir y crecer en cada una de sus partes ahora estaba ante él como un todo perfecto.

Pero seguía hojeando los montones de papeles y pasando las hojas de los panfletos con prisa nerviosa, como si quisiera obtener más luz sobre algunos de los puntos que parecían no haber sido aún expuestos con suficiente claridad.

La imposibilidad de la tarea de hoy de imaginarse con perfecta claridad el todo, así como sus partes separadas, casi lo llevó a la desesperación. Las contradicciones eran demasiado numerosas. La tragedia sobre la que hoy ha caído el último velo nunca se entenderá cabalmente.

Sin embargo, los hechos se levantaron en forma tangible ante Auban.

Ante el ojo de su mente se encuentra Chicago, una de las ciudades más grandes de los Estados Unidos: hace cincuenta

años todavía un pequeño pueblo fronterizo; hace veinte años un montón de ruinas, hechas así en una noche por un gran incendio, pero reconstruidas en poco tiempo; hoy la magnífica ciudad junto al gran lago, el granero del mundo, el centro de un tráfico sin límites, exuberante con una energía de la que la vida envejecida de Oriente ya no sabe nada... En esa ciudad de rápido crecimiento, con una población de casi un millón, de los cuales un tercio son alemanes, en toda su terrible claridad las consecuencias de la explotación legalmente privilegiada del trabajo humano: la acumulación de riqueza en unas pocas manos hasta una altura vertiginosa, y en fiel correspondencia con ella, masas cada vez mayores empujadas al borde de la imposibilidad de sustentar sus vidas... Arrojaron sobre aquella ciudad en ebullición, como una nueva y más terrible conflagración, la antorcha del credo social: avivada por mil manos, las llamas se extendieron tan rápidamente como para hacer parecer que los días de la revolución estaban cerca...

Las autoridades envían a su policía; y el pueblo envía a sus líderes a quienes sigue. Los primeros aporrean y derriban a los trabajadores en huelga, y los segundos gritan en voz alta: "¡A las armas! ¡A las armas!" y señalan el dispositivo; "¡Proletarios, armaos!" como único remedio.

¡Fuerza contra fuerza! ¡Locura contra locura!

El movimiento a favor de la jornada laboral de ocho horas en los Estados Unidos, el "movimiento de las ocho horas",

que data de casi dos décadas, y al final del cual un millón de trabajadores, cuatrocientos mil “Caballeros del Trabajo”, y un igual número de miembros de los “Sindicatos Federados”, que se espera ver el primero de mayo de 1886, es el punto en torno al cual ambas partes están comprometidas en una disputa igualmente acalorada... Lo que la agitación de años anteriores ya había asegurado aquí y allá como un “derecho” escrito seguía siendo un derecho no adquirido.

La “Asociación Internacional de Trabajadores”, fundada en 1883 por revolucionarios alemanes en Chicago que se llamaban a sí mismos anarquistas, pero que predicaban el credo comunista de la propiedad común, aunque considera el sufragio universal simplemente como un medio para engañar a los trabajadores de la independencia económica. bajo el pretexto de la libertad política, se posiciona, sin embargo, sobre esa cuestión que se está convirtiendo rápidamente en el único tema del día, para no dejar escapar un importante campo de propaganda...

El primero de mayo está precedido por eventos inesperados en Chicago, el centro del movimiento de las ocho horas; al cierre de una gran fábrica –como consecuencia de lo cual mil doscientos obreros se quedan sin pan– siguen mítines que culminan en serios enfrentamientos con la policía oficial y no oficial, los

detectives privados de la Agencia de Protección Pinkerton al servicio de los capitalistas, la notorios "pinkertonianos"...

Así, después de que más de cuarenta mil trabajadores hubieran dejado su trabajo sólo en Chicago y trescientos sesenta mil en los Estados Unidos, ante el impacientemente esperado primero de mayo, la policía el día tres atacó a los trabajadores, con un gran número de ellos resultando heridos. El objeto de la reunión, convocada para el cuatro de mayo en Haymarket por el "Comité Ejecutivo" de la AIT, era protestar contra esos desmanes de las autoridades constituidas.

El mismo día, uno de los líderes, el editor del "Arbeiter-Zeitung" alemán, escribió una circular que estaba destinada a alcanzar una terrible celebridad bajo el nombre de "Revenge Circular" (Circular de la venganza).

Estaba escrita en dos idiomas: la parte en inglés se dirigía a los trabajadores americanos, a quienes exhorta a probarse dignos de sus abuelos y a levantarse en su poderío como Hércules; la que está en alemán dice:

"¡Venganza! ¡Venganza! ¡Obreros, a las armas!

"Gente trabajadora, esta tarde los sabuesos de sus explotadores, asesinaron a seis de sus hermanos en McCormick's. ¿Por qué los asesinaron? Porque se atrevieron a estar descontentos con la suerte que les

dieron vuestros explotadores. Pidieron pan, y se les respondió con plomo, conscientes del hecho de que así la gente puede ser más efectivamente silenciada. Durante muchos, muchos años os habéis sometido a todas las humillaciones sin un murmullo, habéis trabajado como esclavos desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, habéis sufrido privaciones de todo tipo, habéis sacrificado incluso a vuestros hijos, todo para llenar las arcas de vuestros amos, ¡todo para ellos! Y ahora, cuando vais delante de ellos y les pedís que alivien vuestra carga, envían contra vosotros a sus sabuesos, a la policía, en agradecimiento por vuestros sacrificios, para curaros de vuestro descontento por medio de bolas de plomo.

Esclavos, os pedimos y suplicamos, en nombre de todo lo que os es querido y sagrado, que venguéis este horrible asesinato que fue perpetrado contra vuestros hermanos, y que puede ser perpetrado contra vosotros mañana. ¡Pueblo trabajador, Hércules, estás en la bifurcación de los caminos! ¿Cuál es tu elección? ¿Esclavitud y hambre, o libertad y pan? Si eliges lo último, entonces no te demores un momento; pues, pueblo, ¡a las armas! ¡Destrucción sobre las bestias humanas que se hacen llamar tus amos! Destrucción temeraria, ¡ésa debe ser tu consigna! Piensa en los héroes cuya sangre ha enriquecido el camino del

progreso, de la libertad y de la humanidad, y esfuérgate por demostrar que eres digno de ellos.

"Tus hermanos."

La reunión en Haymarket el cuatro de mayo es tan ordenada que el alcalde de la ciudad, que había venido con la intención de cerrarla a la primera señal de desorden, le dice al capitán de policía que puede enviar a sus hombres a casa.

El vagón desde el que hablan los oradores está en una de las grandes calles que conducen al Mercado del Heno. Está rodeado por varios miles de personas, que siguen con calma las palabras, primero del autor del manifiesto, luego del elaborado discurso de un líder estadounidense sobre el movimiento de las ocho horas; hay muchos detalles que tocan la relación del capital con el trabajo.

Un tercer orador también hace un discurso en inglés.

Las nubes, amenazando lluvia, se elevan en el cielo y la mayor parte de la audiencia se dispersa. Luego, cuando el último orador está cerrando, la policía, que cuenta con unos cien hombres, ataca a los que quedan. En ese momento cae una bomba en las filas de los atacantes, lanzada por una mano invisible; mata a uno de ellos en el acto, produce

heridas mortales a otros seis, hiere a un gran número, unos cincuenta. Bajo el fuego asesino de la policía, los que quedan buscan refugio en las calles laterales...

El frenesí del miedo reina en Chicago. Nadie del enemigo ve en el lanzamiento de la bomba un acto de autodefensa por parte de un desesperado... Y, mientras en los círculos obreros, gana terreno la falsa suposición de que se trata del acto deliberado de un agente de policía que iba a permitir que el capital amenazado y aterrorizado diera un golpe fatal contra el movimiento de las ocho horas, la prensa, a sueldo del capital, está inflamando a la opinión pública con informes monstruosos de conspiraciones sangrientas contra la "ley y el orden", reimprimiendo pasajes incendiarios de editoriales y discursos obreros, mientras que ella misma había recetado plomo para el vagabundo hambriento, y una mezcla de arsénico y pan para los desocupados, para librarse de ellos...

Los tres oradores de la velada son arrestados. Asimismo, otras cuatro personalidades reconocidas en el movimiento; el octavo, el editor estadounidense de un periódico laboral estadounidense, el "Alarm", se entrega voluntariamente... De los muchos que son arrestados y examinados, estos ocho son detenidos y citados a comparecer ante el tribunal.

Así estaban los hechos de la historia temprana ante los ojos de Auban: se había librado una batalla en el gran

conflicto entre el capital y el trabajo, y los vencedores juzgaban a sus prisioneros.

Pero el conflicto se había detenido repentinamente durante mucho tiempo.

Comienza el segundo acto de la tragedia: el juicio.

Lentamente ante los ojos de Auban se levanta el telón del juicio tal como lo había seguido en todas sus etapas con la ayuda de los innumerables reportajes de los periódicos, tal como lo conocía por los discursos de los condenados, y tal como lo había estudiado de nuevo en el escrito presentado a la corte suprema de Illinois.

De hecho, había sido una tarea laboriosa a la que había dedicado el día. Doblemente laborioso para él en la lengua extranjera, tan completamente ajena a su lengua materna. Pero deseó una vez más, y por última vez, ver si el enemigo no tenía al menos la apariencia de estar de su parte.

También desde ese punto de vista, la ejecución del condenado no es más que asesinato. Si realmente había habido una conspiración en marcha para enfrentar los próximos ataques de la policía con el lanzamiento de una bomba, el acto individual del cuatro de mayo ciertamente no tenía relación con eso. Nadie estaba más sorprendido por su locura que los hombres que iban a sufrir tan terriblemente por sus consecuencias...



En primer lugar, la selección del jurado es arbitraria. Aunque se convoca a cerca de mil ciudadanos, son hombres cuyo prejuicio admitido contra el movimiento del Socialismo obliga a los abogados de los acusados a rechazarlos, hasta que finalmente deben aceptar a hombres que, por propia confesión, ya se han formado una opinión antes del juicio que aún no ha comenzado. De cerca de mil ciudadanos convocados, sólo diez pertenecían a la clase obrera, que por sí sola representa ciento cincuenta mil en una población de tres cuartos de millón, y esos diez viven en las inmediaciones de la comisaría. El Estado desafía a la mayoría de ellos; aquellos a quienes acepta está seguro de antemano de su respuesta. ¡Tal es el jurado en cuyas manos está el poder sobre la vida y la muerte!... La ignorancia, unida a la arrogancia, está siempre dispuesta a desempeñar el papel despreciable del ridículo; se vuelve terrible cuando, como aquí, es reforzada por la brutalidad de la autoridad. Entonces, ¡ay de todos los que caen en sus garras!...

Los preliminares restantes consisten en el arresto y tormento de innumerables personas pertenecientes a la clase obrera; el jefe de policía, un demagogo vanidoso del tipo más común, no considera que la brutalidad sea demasiado inhumana, ningún artificio demasiado despreciable, para obtener de ellos lo que le interesa: que ha habido una conspiración. Él arresta a quien le place; alarga o acorta el período de arresto según lo crea conveniente; trata a sus víctimas como le apetece. Nadie se

lo impide. Ningún emperador gobernó jamás con más influencia soberana que la insignificancia inflada de este brutal demagogo.

A mediados de julio también se completan estos preliminares. La Fiscalía llama a los imputados a responder por el cargo de concierto para delinquir y homicidio. El gran juicio que había comenzado a mediados de junio, entra en su segunda etapa por la selección del jurado. Un día después comienza la audiencia de los testigos en presencia de una multitud inigualable de público, que continúa sin merma mientras dura el juicio.

El Estado tiene muy diferentes tipos de testigos. Algunos se enfrentan a la alternativa de ser acusados ellos mismos con los presos o de testificar contra ellos. Ellos y sus familias han recibido apoyo de la policía y han mantenido largas entrevistas con ellos. Aun así, no pueden decir más que las bombas han sido fabricadas y distribuidas, pero deben agregar que la distribución no fue con el propósito de usarlas en la reunión de Haymarket.

El testigo de otro Estado es un mentiroso notorio de la más mala reputación entre todos los que lo conocen. Su testimonio resulta ser el más decisivo. También recibió dinero de la policía. Lo vio todo: quién tiró la bomba y quién la encendió; sabe quién estuvo ausente y quién estuvo presente; sólo de los discursos que se pronunciaron no

escuchó nada. Y conoce toda la conspiración en todos sus detalles.

Todos estos testigos del Estado contradijeron el testimonio de los demás, pero las ropas ensangrentadas del policía asesinado están esparcidas ante el jurado; algunos de los acusados nunca vieron una bomba de dinamita pero el fiscal del Estado lee algunos pasajes estúpidos del libro sin conciencia de un revolucionario profesional sobre “Guerra Revolucionaria”; varios de los acusados nunca han tenido ninguna relación entre ellos, apenas se conocen, pero el jurado está inundado de extractos de discursos y artículos nacidos de la emoción y la pasión del momento, y que en muchos casos datan de mucho tiempo atrás...

“La anarquía está en juicio”. Con el sacrificio de estos ocho hombres se quiere dar un golpe ruinoso a todo el movimiento, y paralizarlo por mucho tiempo, ¡la burguesía contra el proletariado, la clase contra la clase!

Los abogados de los acusados hacen todo lo posible para rescatar a las víctimas de las garras de la autoridad. Pero como se ven obligados a enfrentarse al enemigo en su propio terreno para combatirlo, el terreno descrito en burla como “el derecho consuetudinario”, están necesariamente condenados a la derrota. Y son derrotados.

A fines de agosto, el jurado emite su veredicto, que condena a siete hombres a una muerte prematura.

Así, por fin, se cierra el estúpido espectáculo de aquel juicio que duró un cuarto de año. Un nuevo juicio, exigido con urgencia, es denegado.

Los acusados pronuncian sus discursos ante el juez, esos ya célebres discursos a través de los cuales los sufrimientos, las quejas, los deseos, toda la desesperación y toda la esperanza, todas las expectativas y todo el desafío del pueblo, hablan en todos los tonos de un corazón ultrajado tan impresionantemente y tan audazmente, tan simplemente y tan apasionadamente. Tan vehementemente...

Pasa un año entero antes de que el Estado carnicero pueda arremangarse para estrangular a estas víctimas con sus manos insaciables. Y casi parecía que las cosas iban a tomar un rumbo diferente. Porque mientras los obreros están haciendo alegremente todos los sacrificios necesarios para lograr lo máximo que aún es posible, una repulsión del sentimiento popular está ganando terreno, y la convicción de la inocencia de los condenados está reemplazando al miedo intimidado y al odio producido artificialmente.

La veleta de la “opinión pública” comienza a girar.

Sin embargo, la corte suprema de Illinois, a quien se apeló el caso en marzo del año siguiente, confirmó la sentencia de la corte inferior en septiembre.

E igualmente la Corte Suprema de los Estados Unidos en Washington.

El día del asesinato está cerca.

El poder de detener la mano amenazante de la muerte descansa ahora en un solo hombre, el gobernador de Illinois. Suyo es el poder de perdonar.

Tres de los condenados presentan una declaración escrita en la que califican la acusación de falsa y absurda por igual, pero lamentan haber defendido la violencia; los cuatro restantes, en cartas llenas de orgullo, coraje y desprecio, declinan el perdón por un crimen del que son inocentes. Exigen “libertad o muerte”. En esas cartas uno de ellos escribe:

“La sociedad puede ahorcar a un número de discípulos del progreso que han servido desinteresadamente a la causa de los hijos del trabajo, que es la causa de la humanidad, pero su sangre obrará milagros para provocar la caída de la sociedad moderna y acelerar el nacimiento de una nueva era de civilización.”

Otro:

“La experiencia que he tenido en este país, durante los quince años que he vivido aquí, sobre el voto y la gestión de nuestros funcionarios públicos que se han

corrompido totalmente, ha erradicado mi creencia en la existencia de igualdad de derechos entre pobres y ricos, y la acción de los funcionarios públicos, la policía y la milicia, me ha hecho creer firmemente que estas condiciones no pueden durar mucho tiempo”.

Y una tercera, tras dejar al gobernador la opción de ser “servidor del pueblo” o “mera herramienta de los monopolistas”: “Tu decisión en ese caso no me juzgará a mí, sino a ti y a quienes representas....”

Así ellos mismos presionan la corona del mártir más profundamente en sus frentes desafiantes.

El gobernador está sitiado por todos lados. En cientos y cientos de reuniones, cientos y cientos de resoluciones se aprueban en protesta contra la sentencia. Expresiones de simpatía y de indignación, se escuchan en todas partes del mundo; en todas partes la gente pide un aplazamiento, un perdón... sólo en Chicago la mano de la autoridad cierra la boca del pueblo con una fuerza brutal.

Sólo en el caso de tres la muerte se conmuta por sepultura viviente; cinco de ellos deben morir.

Entonces, en el último momento, cuando las olas de simpatía popular amenazan con hacer imposible el asesinato planeado, de repente se encuentran bombas en la celda de uno de los condenados. La prensa venal hace su

parte. No indaga de qué otro modo sino con el conocimiento de la policía pudieron colocarse las bombas donde se descubren tan oportunamente; vuelven a sonar sus gritos de miedo de que “el orden público está en peligro”, y los rumores fabulosos sobre planes sangrientos que contemplan la destrucción de la cárcel, de toda la ciudad, están teniendo su efecto de intimidación. La ola de simpatía retrocede...

Otra escena: mujeres llorando yacen ante el hombre que encarna la autoridad y el poder. Le aprietan las rodillas; una pobre madre suplica por la vida de su hijo; una mujer, que sólo podía unir sus manos en unión con el hombre que amaba a través de las rejas de la prisión, exige justicia; una esposa indefensa señala a sus hijos temblorosos mientras sus palabras le fallan; pero nada puede tocar la imagen de piedra sin alma, en cuyo corazón sólo reina la desolación de la esterilidad, en cuyo cerebro sólo dominan los prejuicios de la mediocridad.

Estremeciéndose, la libertad se aleja.

Se cierra el segundo acto de la tragedia. Sobre las agonías de dieciocho meses cae finalmente el telón negro del pasado.

Auban se levantó y caminó de un lado a otro, con las manos cruzadas a la espalda. Había oscurecido. El fuego se apagó.

Estaba absorto en sus pensamientos. El susurro de un papel lo sobresaltó; el periódico de la tarde fue empujado a través de la puerta. Se inclinó y lo tomó con entusiasmo.

¿Muerte o vida?

Un grito de desesperación escapó de sus labios. A la luz del fuego agonizante, repasó un breve cable: «Edición especial –18:15– Chicago, 10 de noviembre –Terrible suicidio– Uno de los condenados –hace un momento– en su celda –se inmoló– con una bomba –mandíbula inferior completamente arrancada...

La atmósfera de su habitación era opresiva para Auban. Sintió como si se estuviera ahogando. ¡Lejos! –¡lejos!– Apresuradamente tomó su sombrero y su bastón y se alejó a toda prisa.

Cuando regresó, una hora más tarde, encontró al Dr. Hurt en la chimenea, con la pipa en la boca, en una mano un periódico y en la otra un atizador con el que avivaba el fuego para que adquiriera un nuevo brillo. Estaba sorprendido. Era la primera vez desde la muerte de su esposa que el médico lo visitaba, excepto los domingos por la tarde.

¿Te molesto, Auban? Recibí una llamada cerca, pensé que sería bueno calentarme los pies y tener una conversación sensata en estos días, cuando los hombres están actuando nuevamente como si el mundo estuviera llegando a su fin...



Auban le apretó la mano con firmeza.

“No podría haber hecho nada mejor, doctor”, dijo. Pronunció cada palabra clara y distintamente, pero su voz era completamente monótona. El Dr. Hurt lo miró mientras encendía la lámpara, preparaba agua hirviendo y sacaba vasos de whisky y tabaco.

Luego se sentaron uno frente al otro, con los pies estirados hacia el fuego.

Evidentemente, ninguno de los dos deseaba iniciar la conversación.

Finalmente, Auban señaló el periódico que el Dr. Hurt sostenía en su mano y preguntó: "¿Ha leído?"

Hurt asintió gravemente.

Pero cuando, mirando a Auban, vio cuán pálido y preocupado estaba su rostro por el dolor reprimido en su interior, dijo solícitamente:

"¡Cómo te ves!"

Auban agitó la mano con desaprobación. Pero luego se inclinó hacia delante y hundió la cara entre ambas manos.

“He pasado por una noche de ilusión”, –dijo lentamente, y en voz baja, recitando el verso de un poeta moderno...

El Dr. Hurt se levantó de un salto y, por primera vez, dejando a un lado la máscara de su gélida reserva, colocó su mano sobre el hombro de Auban y dijo:

“¡Auban, amigo mío, no te lo tomes tan a pecho! –Las cosas tenían que llegar a este punto tarde o temprano–”

"¿Qué esperarías?" continuó con más impaciencia. "¿Qué esperarías de los gobiernos? –¿Que crucen las manos y miren tranquilos mientras la marea del movimiento los devora? –No; vosotros que como yo sabéis que el derecho no es más que poder, y la lucha por la vida nada más que el deseo de poder, no, no podéis ver en los acontecimientos de Chicago otra cosa que el triste episodio de una lucha común que a vuestra razón debe parecerle una necesidad."

Auban miró al orador. Sus ojos brillaron y sus labios temblaron.

“Pero abomino toda cobardía. Y no puedo concebir cobardía más grande y despreciable que este asesinato a sangre fría. ¡Ánimo, de verdad! Asesinar: con los tontos detrás de ti, con los prejuicios a tu lado y con el 'consentimiento divino' por encima de ti. ¡Qué cobardía, dejar que se pelee una batalla por ti! No oponerse al hombre contra el hombre, sino esconderse tras el manto de la ley, las bayonetas de los soldados, los puños de los salvajes mercenarios, ¡estúpidas bestias que no conocen otra voluntad que la de sus amos! ¡Qué cobardía, digo, tener de

tu lado a la mayoría de la ignorancia y luego declarar que tienes razón! ¿Hay una mayor?

Como su visitante no respondió, continuó:

“Para mí solo hay un estado de ánimo verdaderamente noble y digno: el pasivo; y una sola forma de actividad cuyos resultados llamo grandes: la de las propias fuerzas. Tengo en una estima ilimitada a todos aquellos que se han desarrollado a partir de sí mismos, que se sostienen y caen por sí mismos; pero igualmente ilimitada es mi aversión hacia aquellos a quienes la locura eleva hoy, para dejarlos caer mañana en su nada.”

“Sí, todo se tira en un montón, mérito verdadero y falso”, dijo el Dr. Hurt.

“¿Por qué todavía hay gobernantes en los tronos? ¿De dónde esta miseria social? No porque unos se eleven por encima de otros, sino porque los otros renuncian a sí mismos. Sobre nuestras vidas descansa la maldición de una idea totalmente antinatural: la idea cristiana. Hemos desechado algunas de las externalidades de las religiones. Pero poco se nota aún de las bendiciones que resultarían si arrojáramos por la borda la idea de la religión, de la fuerte brisa que luego hincharía nuestras velas. Créame, doctor, hay una relación intrínseca entre un burgués y un socialdemócrata. Pero no hay puente que lleve de ninguno

de ellos a mí. ¡Hay un abismo entre nosotros, entre los profesores del Estado y los de la libertad!”

“Piensas como la naturaleza”, dijo el otro meditativamente, “y por lo tanto la salud y la verdad están de tu parte”.

Y retomando el hilo de su anterior conversación, preguntó:

“¿Y no se despertó tu aborrecimiento cuando te enteraste del lanzamiento de la bomba?”

“No. Vi en ello sólo un acto de legítima defensa justificable. Bajo su propia responsabilidad, la policía atacó una asamblea pacífica. Por una vez, su brutalidad fue castigada, aunque normalmente queda impune. Deploro el acto, no sólo como totalmente inútil, sino también como dañino. Pero aún más deploro a los que no comprendan que tales actos son siempre sólo el estallido de una desesperación que ya no tiene nada que perder porque todo le ha sido arrebatado”.

“Y aquellos que siempre incitan a otros a la violencia sin tomar parte ellos mismos, ¿cuál es tu opinión sobre ellos?”

“Que son cobardes lamentables, y que el periódico no se equivocó en absoluto al sugerir hace algún tiempo que el hombre de Nueva York, que clamaba incesantemente por la cabeza de algún príncipe europeo, debería ser enviado a

Europa a expensas generales, para brindarle la oportunidad de conseguirlo él mismo...”

El doctor Hurt se había vuelto a sentar y reinaba un grave silencio. Hablaron sobre otras cosas. Entonces Hurt dijo de nuevo:

“Empiezo a odiar a la gente. Es como un Moloc que ha abierto los brazos y ahora devora víctima tras víctima. Este niño adulto, que durante tanto tiempo ha sido castigado con la vara, de repente es consentido hasta un grado ridículo. Alcanza la edad adulta y se sorprende de la fuerza de sus propios miembros. Cuando se haya hecho plenamente consciente de ello, pisoteará todo lo que tenga bajo sus pies. Ya ha aprendido todas las actitudes del poder: infalibilidad ridícula, presunción altiva, autocomplacencia estrecha. Te digo, Auban, no está lejano el tiempo en que a cualquier espíritu orgulloso, libre e independiente le será imposible seguir llamándose socialista, ya que se le clasificaría con esos miserables lamedores y adoradores del éxito, que aún ahora mienten de rodillas ante cada trabajador y lamen sus manos sucias simplemente porque es un trabajador!

Ahora el Dr. Hurt estaba emocionado, mientras que Auban parecía perdido en una tristeza inquietante que solo se intensificó por lo que escuchó, porque tenía que estar de acuerdo con eso.

“Cada edad tiene su mentira”, continuó el Dr. Hurt. “La gran mentira de nuestra era es la 'política', ya que la de la era venidera será 'el pueblo'. Todo lo que es pequeño, débil y no autosuficiente queda atrapado en su corriente impetuosa. ¡Todos los hombres de 'hoy'! Allí, en la corriente, libran sus pequeñas e inútiles batallas cotidianas. Pero los hombres del mañana, y a ellos pertenecemos, se quedan en la orilla o vuelven a ella, después de que la corriente haya amenazado con devorarlos por un tiempo. Y allí, en la orilla de la verdad, estamos, y así queremos dejar pasar ante nosotros los acontecimientos cotidianos de nuestra época, de los que somos testigos. ¿No es así?”

Auban se conmovió. Por primera vez en todos estos largos años que lo había conocido, este hombre extraño y singular le abría su corazón y le mostraba sus heridas cicatrizadas. ¿Qué debió sufrir él también antes de volverse tan firme, tan duro y tan solo?

“Tienes razón”, dijo. “Yo también nadé en la corriente, y también me paré en la orilla. Y a mis pies y ante mis ojos flotan los cadáveres ensangrentados de Chicago”.

“No son los primeros, y no serán los últimos”.

“Tienes razón”, dijo de nuevo Auban. “Yo estaba entre los que lucharon en la corriente. Cuando tenía veinte años; cuando nada sabía del mundo; cuando, a mis ojos, algunos hombres eran pecadores conscientes, otros ángeles

inocentes; cuando confundía los efectos con las causas y las causas con los efectos, entonces me escuchaban mientras les hablaba. De dónde saqué el coraje de desfilas mis frases ante esas grandes audiencias, ya no lo sé. estaba a prueba de todo mal; Me puse al servicio de la causa. ¿Cómo podría fallar en tales circunstancias? Saqué toda mi fuerza de ese pensamiento; no de mí mismo. De ahí saqué a menudo mi infatigabilidad, mi fe inquebrantable, mi indiferencia hacia mí mismo. Y cuanto más me alejaba de la realidad de las cosas, más me acercaba a mis oyentes. A menudo fui más lejos de lo que pretendía”.

“Ese fue también el camino de los líderes de Chicago; fueron empujados y no pudieron volver atrás. Tuvieron que superarse a sí mismos para mantenerse. Ese es a menudo el trágico destino de todos aquellos que buscan en los demás la medida de su 'valor'”.

“Mi destino habría sido el de ellos”, dijo Auba además. “Sin embargo, no estaba feliz. No creo que el sacrificio de uno mismo pueda hacernos verdaderamente felices. –Y no me hubiera gustado morir así–; lo volví a sentir hoy. No; ¡Quiero luchar y conquistar sin recibir una herida!”

“Muchos dirán que es muy conveniente...”

“Que lo digan ellos. Digo, es más difícil que sacrificarse uno mismo para el deleite de nuestros enemigos y para el bien de nuestros amigos. ¿Y quieres saber qué me llevó a esta

percepción? Una sonrisa, una sonrisa desdeñosa y frígida. Fue con motivo de mi discurso ante los jueces. Les lancé verdades que sorprendieron bastante a algunos, mientras que enfurecieron a otros. Hablé de los derechos del hombre que eran míos, y de los derechos del poder que eran de ellos; en resumen, fue un discurso pomposo, apasionado y completamente fuera de lo común, totalmente sin política y, por supuesto, también sin ningún propósito, el discurso infantil de un hombre idealista. Siempre es ridículo acercarse a los hombres con mandatos éticos, especialmente a esos hombres medio salvajes, irrazonables e ignorantes que obtienen toda su sabiduría de párrafos y fórmulas. Pero yo no había aprendido eso entonces. Mientras hablaba así –realmente hablaba más para los que no me escuchaban– noté en el rostro astuto de un oficial una sonrisa, una sonrisa burlona, lastimera, cortante, que decía: Tonto, ¿qué nos importan tus palabras, mientras no se conviertan en hechos?

"Pero no. Debo corregirme. No vi la sonrisa, porque seguí hablando despreocupado. Solo más tarde, en la prisión, recordé que lo había sentido, y luego me persiguió durante mucho tiempo; ¡Puedo verlo hoy si cierro los ojos!

“Me sonrió a través de las grietas del muro de la prisión. Era un enemigo que tenía que vencer. Pero vi que no era uno que se dejaba poner en fuga por las palabras. Sólo había un medio para hacerlo: adquirir una sonrisa similar. Sólo frente



a ella el otro sería impotente. La adquirí. Tuve tiempo, y todo lo que había vivido y visto parecía cambiado a la luz de esta nueva forma de ver las cosas. Veo a los hombres tal como son; el mundo tal como es. La gente ya no me sonrío”.

“Fue sin duda el mayor acto de tu vida, Auban, que tuviste la fuerza para arrancarte y ponerte en pie; pero los comunistas, ¿es concebible que la mayoría hable con indignación de las peticiones de indulto de algunos condenados? ¡Ver traición, una degradación en la firma de un papel con el que puedo salvar mi vida de las manos de mi asesino! Debería firmar mil pedazos de papel y reírme del imbécil que esperaba "honestidad" de mí, mientras me tenía en su poder por medio de la astucia y la fuerza. Auban, estos comunistas son fanáticos; están enfermos, confundidos, afligidos por fantasmas morales...

“Dije lo que tenía que decir el domingo pasado”, comentó Auban con calma.

“Y todo fue en vano. No, esas personas deben volverse sabias a través de la experiencia. Déjalos en paz.

“La experiencia será terrible. Me entristece ver cómo las mismas personas que ya han sufrido tanto, se provocan nuevos sufrimientos”.

De nuevo hubo una digresión en la conversación, que durante la hora siguiente giró en torno a cosas lejanas a Chicago.

El doctor había llenado la habitación de humo que enviaba en bocanadas cortas y rápidas de su pipa, sin dejar que se apagara nunca. Los rayos de la lámpara y las llamas del fuego suavizaban la simple severidad de la habitación. Un soplo de consuelo casi lo llenó a medida que pasaban las horas.

"¿Conoces la leyenda del traje nuevo del emperador?" preguntó Auban. "Así es también con el Estado. La mayoría de las personas, no lo dudo, están internamente convencidas de que podrían vivir mucho mejor sin él. Pagan de mala gana los impuestos que instintivamente sienten como un robo de su trabajo. Pero la noción de que 'debe ser así porque siempre ha sido así' les impide pronunciar la palabra que los salvaría; se miran el uno al otro, dudosos y vacilantes. Pero se requiere toda la ingenuidad de un carácter intacto para derribar esta barrera artificial, la fuente de toda nuestra miseria externa, con las palabras: '¡Vaya, no tiene nada puesto!' Todo el asunto es una clara patraña de la clase más estúpida, y se ha encontrado la palabra salvadora; ¡Es la anarquía!"

Auban continuó, mientras su oyente permanecía en meditación silenciosa:

“O tomemos el siguiente ejemplo: Es en la mañana de una batalla. Dos ejércitos se enfrentan, reunidos para la destrucción mutua. En una hora comenzará la matanza. ¿Cuántos de uno u otro lado, pensáis vosotros, si el individuo pudiera tener su libre elección, quedarían para convertirse en asesinos; y ¿cuántos arrojarían a un lado las armas que les habían impuesto y regresarían a casa a los empleos pacíficos de su vida? Todos regresarían, ¿no es así? Y tal vez sólo quede el pequeño número de los que hacen de la guerra y del ejercicio del poder una vocación. Y, sin embargo, todos los demás obran contra su voluntad, su razón, su mejor conocimiento, porque las cosas no les han quedado claras. Ellos deben; porque la maldición de la ilusión –un algo, algo intangible, algo incomprensible, algo terrible– los apremia a... Dígame, doctor, ¿qué es ese algo espantoso?

“Hábito, ignorancia y cobardía”, dijo Hurt.

“¡Oh, no me opongo a la guerra! ¡No piense eso!” –exclamó Auban, y amontonó los papeles sobre su escritorio para que el otro no se diera cuenta de su excitación. "De ninguna manera. Siempre ha habido alborotadores y brutos. ¡Pero que resuelvan sus batallas y querellas entre ellos, y no obliguen a otras personas completamente inocentes que prefieren vivir en paz a tomar parte en sus brutales reyertas bajo el falso pretexto de que les conviene asesinarsé mutuamente en el nombre de la 'guerra santa por la patria'

y tonterías parecidas! No me opongo a la guerra –exclamó una vez más–, pero que la peleen los que la quieran. Tanto mejor: abalanzaos unos sobre otros, brutales carniceros, despedzaos, exterminaos unos a otros; ¡La tierra dará un suspiro de alivio cuando se deshaga de vosotros!”

“Pero por el momento seguimos sentados en las jaulas de nuestros Estados, acobardados en los rincones, mirándonos y observándonos mutuamente, siempre en alerta, apretándonos contra los barrotes de la reja, gruñéndonos unos a otros, hasta agarrarnos unos a otros por la garganta porque no hay suficiente lugar para nosotros, y la comida cae demasiado desigualmente a nuestro lado, dijo el médico, con sarcasmo.

Auban respondió en el mismo tono.

“Esa es la lucha por la existencia, amigo mío; el fuerte aplasta al débil; ¡Así lo ha querido la naturaleza!

“¡Sí, esa frase, la consigna de una ciencia no comprendida, les vino muy oportunamente!”

“Les sirve como apología de su tiranía despótica y de la compresión de la naturaleza dentro de los límites antinaturales de la organización compulsiva del Estado y de las estúpidas leyes que consideran infalibles, aunque las hayan hecho ellos mismos. Siempre es lo mismo: el trabajo puede competir hasta perecer en medio de la

sobreabundancia que ha creado; el capital está exento de competencia”.

Al oír las palabras de Auban, Hurt volvió a emocionarse de repente.

“Todo lo puedo tolerar, pero no que la ciencia, ciencia clara, segura, implacable, incorruptible, sea puesta al servicio de esos estafadores del poder y del 'orden existente', ¡y así falseada!”, exclamó.

Auban continuó, sarcásticamente:

“¡Y qué espléndidos especímenes del género hombre sobreviven como los más aptos en 'esa lucha por la existencia'! Por ejemplo: Aquí está uno de los Upper Ten, un miembro de la *jeunesse dorée*, un sombrero de copa, un monóculo, zapatos con hebillas. Él no da golpe. Pero su capital trabaja para él. Le rinde anualmente mil libras. Es vago, estúpido, sin intereses, un desastre a los treinta.

“En cambio, hay cien obreros, muchachos, enérgicos, frescos, llenos de coraje y voluntad de poner en práctica sus fuerzas; a los que se les impide hacer lo que les gustaría. Todo está cerrado contra ellos. Ellos flaquean, se cansan, se aburren, sucumben. Cuando mueren, su vida no ha sido más que trabajo y sueño. Acabaron con el primero solo para acostarse con el segundo; y se levantaron del sueño sólo para ir a trabajar.

“Algunos tienen los medios para no trabajar; otros no tienen los medios para trabajar. Así el vampiro chupa uno tras otro: es el producto del trabajo despilfarrado de cien personas. Una vida enfermiza e improductiva que simplemente ha destruido cien vidas sanas y productivas. El primero ha sido enervado por la ociosidad, el segundo agotado por el exceso de trabajo.

“¿Cómo lo llaman, eh? –¿Lucha por la existencia? ¿Sabiduría divina? ¿El orden de la naturaleza?–

Se detuvo un momento y miró al doctor, que estaba expulsando grandes nubes de humo de su pipa. Luego continuó:

“O, de nuevo, otra imagen, igualmente edificante. '¡Su Señoría!' Durante el día lee novelas o se entromete en el trabajo de sus 'domésticos', de los que no sabe nada. Por la noche ella conduce al baile. Lo que lleva en el cuerpo, los adornos de diamantes, carecen por sí solos de cualquier valor...

“En sí mismo, nada tiene valor”, lo interrumpió Hurt.

“Pero representa una fortuna en valor”, continuó Auban, despreocupado.

Pero fue nuevamente interrumpido.

“¡Ah, acabemos con eso, Auban!” murmuró Hurt. “Mientras los trabajadores no se vuelvan más sensatos, tales vidas, e incluso peores, serán el resultado inevitable y completamente natural”.

Se había hecho tarde. La atmósfera de la habitación era opresiva y calurosa. El fuego estaba cansado. Hurt miró su reloj. Pero antes de que se levantara, el amor secreto, tímido, ardiente, casi reacio, de este hombre peculiar por todos los oprimidos y sufrientes, estalló repentina y vehementemente como una llama en palabras airadas que brotaron apasionadamente de sus labios:

“¡Los tontos! ¿Nunca se volverán sensatos? –Tirar bombas, ¡qué tontería!– ¡Para que a los gobiernos les resulte lo más fácil posible destruirlos! –¡Pero me parece que esta gente se empeña en superarse mutuamente en los sacrificios y en buscar su orgullo no en la victoria, sino en la derrota! ¡Sacrificio sobre sacrificio! No, no quiero tener nada más que ver con ellos; si no quieren volverse sensatos, ¡no es necesario!”.

Él se había levantado. Volviéndose hacia Auban, cuyos ojos tristes parecían clavados en la mesa sobre la que yacían los periódicos arrugados como un problema sin resolver, añadió, en un tono aparentemente más ligero:

–No debes esperar demasiado de mí, Auban. Soy testigo diario de escenas en lechos de muerte: ¿Qué importa la vida

de unos pocos individuos arrancada por la fuerza, contra las multitudes que nadie cuenta y nadie menciona, pero que también son solo víctimas de los demás, aunque nunca intentaron defenderse?

Le tendió la mano.

“Lee la historia. Ábrela por donde quieras. En todas partes los conquistadores y en todas partes los vencidos. La cosa siempre ha sido la misma, solo que los números eran diferentes. Ya sea que caigan, fusilados en el campo de batalla, muertos de hambre en la esquina de la calle, ahogados en la horca, ¿no es una y la misma cosa? No para caer, para conquistar, ¡es para eso que estamos aquí!”

Auban no pudo responder. Se apoderó de él un miedo inquieto por la noche que se avecinaba, en la que habría de quedarse solo consigo mismo.

Hurt se estaba preparando para irse. Pero cuando ya había agarrado el pomo de la puerta, se volvió una vez más hacia Auban, se le acercó y le dijo:

“Sin embargo, deseo agradecerte. Quería hacerlo hace mucho tiempo. Sabes que soy un viejo escéptico. No creo en nada, y todas las utopías me son una abominación. En consecuencia, tampoco creo en la libertad como ideal. Pero tú, has tenido tal manera de explicarme la libertad como un



negocio, que quiero decirte, en caso de que quieras escucharlo: ¡en tu sentido soy un anarquista!

Con eso apretó firmemente su mano, y los ojos de los dos hombres se encontraron por un momento; ahora se conocían. No fue una unión sellada con sangre en la que entraron. No dieron ninguna promesa que los obligara. No asumieron ninguna obligación el uno hacia el otro.

Pero se decían entre sí por sus miradas: Sabemos lo que queremos. Quizá no esté demasiado lejano el momento en que nos sintamos lo suficientemente fuertes como para mantenernos firmes frente a la autoridad. Entonces podemos permanecer juntos. Hasta entonces, ¡vigilancia y paciencia!...

Auban estaba solo. Y se levantó con un movimiento violento y caminó de un lado a otro de su habitación durante ciertamente una hora, mientras el fuego se apagaba por completo.

Cuando el cansancio se apoderó de él, todavía resonaba en sus oídos: ¡Lee historia!

Sin elección extrajo el siguiente volumen y leyó toda la noche hasta el amanecer.

Hasta las rodillas vadeó la sangre del pasado. Vio el ascenso y la caída de las naciones. Vio la responsabilidad de

su vida recaer sobre los hombros de unos pocos, y vio a esos pocos desmoronarse bajo su peso, o jugar con él como el niño con su pelota...

Vio cómo los que “querían el bien” producían el mal: el error.

Vio cómo aquellos que “se esforzaron por el mal” produjeron el bien: destruyeron el error.

Vio cómo todo lo que había sido no podía haber sido diferente, precisamente porque había sido así y no diferente. Por tanto, no nos correspondía lamentarnos ni maldecir, sino comprender.

Para evitar errores reconocidos, tal la consigna, tal el uso, tal la bendición de la historia, tal su lección...

Auban leyó. Y sobre la caída y las ruinas de las naciones se olvidó de Chicago...

Entonces el sueño cerró sus ojos. Suavemente sacó el libro de entre sus dedos. Resbaló hacia el suelo.

La luz, sin embargo, siguió ardiendo.

Pesados sueños se hundieron en el durmiente. Su pecho subía y bajaba inquieto, y el dolor que en otras ocasiones ocultaban las líneas agudas y duras alrededor de la boca

había salido de su escondite y ahora yacía en sus delgadas mejillas. Sus labios pálidos estaban ligeramente abiertos.

Así llegó a su fin la noche, la noche temida.

Cuando Auban despertó, había llegado la mañana. Se cambió de vestido.

Luego tomó los periódicos. Sabía lo que debía leer. Cuando vio cómo temblaba la mano con la que giraba el papel, se paseó arriba y abajo un par de veces antes de empezar. Quería ser fuerte.

Luego leyó, sin prisa, pálido, con una calma lúgubre. Pero su corazón se detuvo.

Era el último acto de la tragedia de Chicago: la mañana del once de noviembre.

La ciudad está en estado de sitio, todos los edificios públicos están bajo vigilancia; todo es temido; sobre todo, los incendios; los militares están concentrados, llamaron a los bomberos; en los hoteles se vigila cada llegada; los jurados, los jueces, el fiscal del Estado, los jefes de policía, son puestos bajo protección... Las grandes fábricas están cerradas... La cárcel es rodeada por una impenetrable línea de policías armados... Surge un tumulto: una mujer desesperada deambula a lo largo de la pared con sus hijos llorosos e intenta con un miedo frenético llegar a su marido

antes de que sea demasiado tarde. Es agarrada por manos brutales, y debe pasar las horas más terribles de su vida dentro de los muros de piedra de una celda de prisión...

El silencio, el silencio del miedo, vuelve a reinar. En las calles vecinas los hombres se empujan unos a otros. Donde forman grupos, nuevamente se separan. Están paralizados bajo el peso de esas horas...

En el interior de la cárcel:

Los condenados han despertado. Escriben sus últimas cartas; incluso ahora les molesta la despreciable intromisión de un clérigo a quien se niegan a ver; toman su última comida; a lo lejos de sus celdas intercambian sus últimas palabras de amistad y esperanza en favor de la causa por la que mueren, y sus emociones encuentran expresión en estrofas que su memoria despierta en ellos, y cuyo sonido desconocido resuena con fuerza a lo largo de las rígidas paredes:

*Ein Fluch dem Götzen, zu dem wir gebeten –  
Der uns geäfft, gefoppt y genarrt –  
Ein Fluch dem König, dem König der Reichen, –  
Der uns wie Hunde erschiessen lässt –*

*Ein Fluch dem falschen Vaterlande –  
Wo nur gedeihen Schmach und Schande...<sup>8</sup>*

Y:

*¡Pobres criaturas! Miedo a la oscuridad  
¿Quién gime ante la angustia por venir?  
¡Qué silencioso voy a mi casa!  
cesa tu campanada de dolor,  
¡Yo soy así!*

Y esa canción inmortal en la que se unen los cuatro, la Marsellesa del Trabajo, del trabajo que lucha por la emancipación

*Von uns wird einst die Nachwelt zeugen!  
Schon blickt auf uns die Gegenwart...<sup>9</sup>*

Sí; el presente que estaba dispuesto a allanar el camino para un futuro más brillante, no el presente que en la ceguera impotente estaba a punto de revivir un pasado

---

8 Una maldición del ídolo al que oramos — Quien se burló, se burló y nos engañó — Maldición sobre el rey, el rey de los ricos,— ¿Quién nos dispara como perros? Una maldición sobre la patria falsa — Donde solo florecen la desgracia y la deshonra...

9 ¡Un día la posteridad nos dará testimonio! —El presente ya nos está mirando...

enterrado, había fijado su mirada en ellos en esta hora, en el dolor y en la pena...

Aparece el alguacil. Los condenados se abrazan, se estrechan las manos, que están encadenadas; se leen las sentencias de muerte, palabras muertas con las que la autoridad busca justificar su asesinato.

Comienza la marcha de la muerte.

Pasan por la puerta que da al patio de la cárcel; la horca se alza ante sus ojos. Uno tras otro ascienden sus escalones, pálidos, pero impertérritos. Se colocan gorras blancas sobre sus cabezas. En este último momento se escuchan sus voces detrás de la tela:

¡Llegará un momento en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que sofocáis hoy! exclama el primero.

“¡Viva la anarquía!” acompañado de una carcajada, el segundo.

Y:

“¡Viva la anarquía! ¡Este es el momento más feliz de mi vida!” grita el tercero.

Finalmente el cuarto y último:

“¿Se me permitirá hablar, oh mujeres y hombres de mi querida América?”

El sheriff dio la señal. Entonces una vez más:

“¡Déjame hablar, sheriff! ¡Que se escuche la voz del pueblo!”

La trampa cae... Y los cobardes ven como mueren los héroes.

Hasta ahora, Auban podía leer; la siguiente frase sus ojos apenas la rozaron, porque de repente el patio de la cárcel de Chicago se alzó ante él con una claridad tangible: ve la multitud de doscientas personas que lo llena, los doce del jurado, los funcionarios del tribunal superior, el guardia, los reporteros de la prensa, –una manada de asalariados cobardes; ve la horca, los cuatro hombres cuyas facciones tantas veces había visto en el cuadro, erguidos, desafiantes, grandes; y los ve morir, los movimientos convulsos de su lucha a muerte que dura catorce minutos... ¡Catorce minutos! El carnicero mata su ganado de un golpe, el ladrón su víctima de un golpe; sólo estos asesinos se deleitan horriblemente en la “victoria de la justicia”, que ellos mismos personifican, y fortalecen su propia cobardía detrás de la palabra con la que la autoridad hasta ahora ha justificado siempre todos los crímenes: “Hágase su voluntad...”

Tan claramente, como una visión, el final de la tragedia se presentó ante los ojos de Auban que no pudo soportarlo más, y dejó que su frente se hundiera en sus brazos extendidos sobre la mesa. Así que se acostó mucho tiempo. Porque tuvo que luchar contra todo lo que había surgido nuevamente en él, el dolor, la ira, la ira, la tristeza y el odio.

Cuando se levantó, volvió a ser él mismo. Pero volvió a pasearse de un lado a otro a lo largo y ancho de su habitación con sus pasos inquietos.

¡La tragedia de Chicago!

¡Qué audiencia! ¡Toda la humanidad que se llama a sí misma civilizada! Nadie sin tomar partido; todos obligados a tomar una decisión...

Por un lado: alegría bestial, la sed de sangre satisfecha; la jubilosa victoria de la autoridad; un suspiro de alivio después de que pasó el peligro; sórdido filisteísmo que se jacta del triunfo del orden; la moralidad se enorgullece de su propia estrechez; despertar remordimientos de conciencia; nuevo miedo a los acontecimientos venideros; y los primeros destellos de entendimiento.

Por el otro: gritos de horror, ahogados por el miedo y el pavor; rabia impotente e ira rugiente; vergüenza por la propia cobardía, ira y dolor por la de los demás; amargura, hundiéndose hasta el fondo de todos los corazones; entrega



aburrida a lo inevitable; mil esperanzas de justicia terrena sepultadas, mil nuevas resucitadas en la victoria final de la causa que acaba de ser bautizada en sangre; la sed de venganza en el día del juicio se intensificó hasta un grado intolerable; pena sentimental; y los primeros destellos de entendimiento.

¡Todos los sentimientos adormecidos de los que el corazón es capaz se despertaron! ¡Todas las pasiones llamaron desde sus escondites, luchando en la furia frenética de la muerte! Toda deliberación, toda razón serena, oscurecida por las nubes de humo y sangre, fueron los frutos de este asesinato...

¡La tragedia de Chicago!

¡Qué escena! ¡Qué cambio en ellos!

En el primer acto:

El temblor de la tierra que presagia la irrupción del volcán.

Las huestes se reúnen en ambos lados para el conflicto deliberando, incitándose, resolviendo, sospechando el peligro, llamando a todas las fuerzas en auxilio, armándose.

El ruido del grito de guerra: ¡Ocho horas!

Los primeros choques: el silbido de las balas, el rechinar de dientes, el aullido de rabia, los gritos de indignación, los gemidos de los moribundos, el llanto de las mujeres.

Sobre innumerables cabezas encendidas y corazones febriles el alboroto de palabras intranquilas llenas de fuego y llamas.

Un estruendo atronador: humo y chillidos. Muerte y destrucción.

La loca danza de las pasiones se precipita.

\* \* \*

En el segundo acto:

Después de la batalla abierta y ruidosa en la llanura pública, la lucha silenciosa, oculta, pero mucho más terrible en el "dominio de la ley".

Amplias salas de audiencias y estrechas celdas de prisión. Rejas de hierro que separan a amigo de amigo, y altos muros de prisión, tan altos que ni el mismo sol puede escalarlos... Oh dorado sol de la libertad, no verte durante dieciocho meses, y luego, sin haber tomado uno de tus rayos, hundirme en la noche eterna.

\* \* \*

Y finalmente en el último y tercer acto:

El telón había caído. Pero la tragedia no había llegado a su fin.

No; ¡los que habían puesto el escenario habían olvidado el epílogo!

Un epílogo, un epílogo inesperado, tenía que seguir con una necesidad inevitable. Era la propaganda que producía este maldito hecho: el eco que la historia de estas vidas y muertes suscitaría como respuesta en innumerables corazones aún adormecidos. Miles preguntarían: “¿Por qué estos hombres fueron obligados a morir?” Miles responderían: “Por la causa de los oprimidos”. Y otra vez: “Somos los oprimidos, cada hora nos lo dice. Pero, ¿no es nuestro destino sufrir?” Y de nuevo la respuesta: “No; es tu destino ser feliz. Los días de vuestra emancipación han llegado. Esos hombres murieron por tu felicidad. Lee sus discursos, aquí están. Aprende de ellos quiénes eran, qué querían. No eran asesinos, sino héroes”. Y los oprimidos están despertando. Levantan sus cansadas cejas, y las cadenas en sus manos traquetean. Y ahora oyen su sonajero. Entonces la rabia se apodera de ellos, se rebelan y las cadenas se rompen. Y blandiendo las armas de hierro en lo alto del aire, se abalanzan sobre sus opresores, agarran y estrangulan a todos los que claman misericordia. Sus manos están a punto de relajarse, pero una voz llama: “¡Chicago!” Solo esta palabra: “¡Chicago!” Y todos los pensamientos de

misericordia se desvanecen. El conflicto más grande que jamás haya visto la tierra temblorosa se libra hasta su fin sin piedad...

A las tumbas de sus muertos van los vencedores. Se descubren la cabeza y dicen: "Estás vengado. Duerme en paz."

Y al volver a casa enseñan a sus muchachos quiénes fueron aquellos a quienes tanto honraron, cómo vivieron y cómo murieron.

Ese sería el epílogo de la tragedia de Chicago...

Inclinado sobre los periódicos arrugados yacía Auban, cubriéndolos con los brazos y la frente, como si pudiera asfixiar lo que de ellos salía, estupefacto, como el vapor de sangre fresca... Su corazón palpitante clamaba por una palabra de liberación de esta hora.

"¡Locura!" le susurró su razón.

Pero sintió que era una palabra demasiado vulgar. Y así murió en sus labios.

## VIII. LA PROPAGANDA DEL COMUNISMO

Trupp se dirigía a su Club.

Era la tarde del día en que los periódicos londinenses habían publicado los relatos detallados del asesinato en Chicago, y desde que Trupp los había leído, había vagado, como impulsado por sentimientos para los que no tenía nombre, y como si estuviera limitado por y perseguido por enemigos invisibles a los que no conocía, a través del mar infinito de casas, sin objetivo, sin propósito, en todas direcciones, sin saber lo que hacía.

No vio ni las calles por las que pasó, ni las corrientes de humanidad a través de las cuales se abrió paso... Dónde había estado, no lo sabía. En una ocasión, el Támesis se había extendido ante él y, apoyado en la barandilla de un puente, había estado de pie durante una hora entera,

contemplando fija y abstraídamente la negra marea del río; varias veces había cruzado las principales arterias de tráfico, y luego cada vez buscaba instintivamente calles más tranquilas y solitarias, donde nada interfiriera con los pensamientos arremolinados de su cerebro sobreexcitado...

No había comido nada en todo el día excepto un trozo de pan que había comprado casi inconscientemente al pasar por una panadería, y no bebió nada...

Ni siquiera podría haber dicho lo que había estado pensando. En rápida sucesión, el pensamiento había seguido al pensamiento en su cerebro, formando una inmensa cadena cuyos innumerables eslabones llevaban todos una y la misma marca: ¡Chicago!

Cada vez que levantaba la vista y sus ojos se encontraban con los rostros indiferentes de los hombres, una rabia invencible se había levantado dentro de él y saltaba a sus gargantas para sacarlos de su calma con una fuerza brutal. Pero cuando con la cabeza inclinada había paseado, nada había dicho de la tormenta que agitaba todo su ser hasta lo más profundo y sacaba a la superficie olas de rabia impotente...

Sólo cuando caían las sombras de la noche despertaba: como de un estupor sordo, como de un sueño de opio, sólo que sus sueños no habían sido dulces y seductores, sino torturantes y amargos, como el puño de hierro.

Solo entonces había mirado a su alrededor, porque no tenía idea de dónde estaba. Estaba en Edgware Road, en el norte de Hyde Park, todavía lo suficientemente lejos del Club, media hora o más, pero podría haberse encontrado en los suburbios más alejados de Highgate o Brixton, a horas de distancia de Tottenham, y sin poder llegar al Club esa noche.

Todavía medio estupefacto por el golpe de este terrible día, pero sin sentir todavía nada del cansancio de muerte que debía apoderarse de su cuerpo después de la loca caminata del día, emprendió su camino con los pies doloridos, todo su cuerpo cubierto de transpiración y temblores de frío en el aire helado de la noche.

Ahora sabía exactamente qué ruta tomar, y tuvo cuidado de elegir la más cercana.

Dos sentimientos habían luchado incesantemente en su interior durante estos dos últimos días.

Una era la del más profundo abatimiento... El asesinato de Chicago se había llevado a cabo sin ningún intento por parte de los camaradas de impedirlo. O si no para impedirlo, al menos para interrumpirlo. De hecho, nunca había esperado tal evento con absoluta confianza, porque sabía muy bien cuán raramente la actuación está de acuerdo con la promesa; pero, sin embargo, esta victoria sin nubes de la autoridad fue un golpe terrible para él.

El otro fue un sentimiento de satisfacción al pensar en la fuente inagotable de la propaganda que brotaría de estas muertes mártires. Chicago se había convertido en el Gólgota de los trabajadores. Eternamente, como la cruz, allí se levantaría la horca...

Pero con el instinto que le había dado una participación de veinte años en el movimiento socialista, sospechaba también que la cuestión del anarquismo había sido puesta ahora bajo una luz diferente, donde en lo sucesivo se destacaría claramente para todos los hombres reflexivos: a la luz del día. Mucho de lo que hasta ahora había permanecido dudoso, cubierto por el velo de una reserva misteriosa y para la mayoría de la gente inaccesible, ahora tenía que resolverse. Una pausa temporal en la propaganda era bastante inevitable. El tiempo perdido volvería a recuperarse, sin duda. Pero sobre la puerta de los años venideros estaba grabado para él y sus compañeros: ¡desánimo, letargo, desafección!

Todo eso, pero también muchas otras cosas, lo llenaron de un abatimiento plomizo. En primer lugar, la posición de Auban. Ya no entendía a su amigo. Sus motivos, sus objetivos, se le habían vuelto incomprensibles.

Que aún estaba de acuerdo con él en cuanto a los fines que, según él creía, los mantenían unidos.



Pero ¿cómo iba a haber un acuerdo entre ellos en adelante, después de que Auban hubiera asumido la defensa de lo que él, el comunista, consideraba la causa última de toda miseria e imperfección: la propiedad privada?

No podía surgir ninguna duda con respecto a la perfecta honestidad de Auban. Habría sido ridículo. Auban quería la libertad. Quería también la libertad de trabajo. Amaba a los trabajadores. Había dado mil pruebas de ello. Sus intereses eran los suyos.

Tal amor nunca muere. Trupp lo sabía.

Pero a pesar de todo eso, no lo entendía. Nunca lo entendería. Nunca podría ver en la propiedad privada otra cosa que la fortaleza del enemigo. Y en sus almenas estaba Auban, su amigo, el camarada de tantos años; ¡No podía captar el pensamiento!...

Luego estaban las disputas personales y los malentendidos en su propio campo, en el grupo al que pertenecía. No había fin para ellos. Siempre habían existido desde que podía recordar, y nunca habían perdido nada de la repugnancia con la que habían paralizado sus mejores poderes desde que llegó a Londres. Sus compañeros eran demasiado indolentes, demasiado inactivos, demasiado indecisos para él. En estos últimos años había aumentado enormemente las exigencias que se hacía a sí mismo y a los demás. Ahora

todo lo decepcionaba; ninguna de sus expectativas quedó satisfecha en adelante.

No se les ocurrió nada. Él mismo ya no tenía otro pensamiento que el de su causa. Esa idea reclamó todo su pensamiento y acción. Lo persiguió durante la ardua labor de sus días con la tenacidad persistente con la que normalmente sólo el amor domina la naturaleza del hombre; lo mantuvo despierto hasta altas horas de la noche y ahuyentó toda fatiga por las múltiples labores de la propaganda que había sido puesta sobre sus hombros; presionó la pluma en su mano tan poco acostumbrada a escribir cuando las columnas del papel debían ser llenadas, y retuvo de su boca sedienta el vaso para colocar el dinero para él sobre el gran altar que estaba cargado con los sacrificios de mano de obra...

Fue esta devoción a la causa lo que hizo de él un personaje notable en su género; había multiplicado por diez sus capacidades, moldeado sus energías en el marco de la constancia y la firmeza, y dado un objetivo y una dirección a su vida. Lo dominaba, y él era su esclavo, aunque un esclavo que nunca siente sus grilletes porque se cree libre. Había puesto la brida de esa devoción sobre su cuerpo y se había traído a sí mismo a la obediencia como un caballo obedece a su jinete; no debe conocer ni la fatiga ni el hambre si no lo desea.

No porque él mismo quisiera permanecer libre, sino porque no deseaba ser molestado en el servicio de su causa, si hubiera permanecido soltero o, más bien, nunca se hubiera unido por un período prolongado con una mujer. Era un hombre excelente en casi todos los aspectos. No tenía ninguno de los defectos de la estrechez; la grandeza de la causa los sofocó. De una inteligencia poco común, aunque unilateral y poco disciplinada, de salud firme, sin nervios y con músculos de acero, con una voluntad de hierro y una pizca de simple grandeza, así estaba: a la cabeza del pueblo, como por así decirlo, como su mejor y más digno representante, erigido con el orgullo del proletariado que, en la conciencia de su poder, en la conciencia de ser “todo en todo”, reclama el mundo a una clase ya en decadencia, lo reclama con la vehemencia de un niño, la ira de un revolucionario, la confianza de un general que conoce a sus tropas y se siente seguro de que son invencibles, y que lo reclama sin sospechar lo que exige.

La historia requiere tales hombres para poder utilizarlos. Son ellos con quienes libra sus batallas exteriores, colocándolos a la cabeza de las masas cuya fuerza es decisiva.

La libertad ve en ellos sólo obstáculos. Porque sus batallas son libradas solo por individuos que no representan nada más que a sí mismos.

Trupp era un hombre excelente. Pero a menudo estaba ciego de ambos ojos. Era un fanático. Era, además, el fanático de una fantasía. Porque una fantasía es el comunismo que debe invocar la fuerza para convertirse en una triste realidad...

Trupp siguió andando, y sus pensamientos despiertos fueron aún más profundos, y los sintió más dolorosamente que el estupor narcótico en el que había pasado el día. Se acercaba al Club.

Los revolucionarios del Socialismo están esparcidos por todo el mundo. Ya han pisado los continentes más lejanos y golpean con los puños las puertas más lejanas.

Piensan que son los caminantes de la madrugada del nuevo día que amanece para la humanidad.

En todas partes se dan la mano: aquí se autodenominan partido y pretenden llegar al poder político por medio del sufragio universal y de una organización estrictamente disciplinada bajo la dirección de líderes electos, para en algún momento futuro resolver la cuestión social desde arriba por la fuerza; y allí se llaman a sí mismos un grupo, y predicán el derrocamiento por la fuerza de todas las relaciones externas como la única liberación de esa miseria intolerable que siempre parece haber alcanzado su punto más alto, y sin embargo siempre crece, como la nube que se acerca más y más, que ayer apenas notamos, que hoy ya

desciende sobre nosotros con sus sombras amenazantes, y que se descargará mañana, seguramente mañana: solo que aún no sabemos la hora, el lugar y la medida de su fuerza.

Por todas partes esparcen sus publicaciones, sus panfletos. En todas partes comienzan sus periódicos... La mayoría de estas empresas de hecho desaparecen tan pronto como surgieron; mueren de agotamiento, son reprimidos, pero aún así su número es tan grande que ya no se puede determinar. Son granos de semilla, caídos en tierra estéril y entre malas hierbas: sólo unos pocos echan raíces, crecen, dan fruto por algunos veranos... Pero la mano que los sembró no queda vacía; coraje, perseverancia y esperanza la llenan una y otra vez...

Los revolucionarios del Socialismo están esparcidos por todas las grandes ciudades del mundo.

Pero en ninguna está tan mezclado su enjambre como en Londres. En ninguna parte se acerca tanto; en ninguna parte va tan lejos. En ninguna parte sus propias disensiones son más amargas, y en ninguna parte lucha contra el enemigo común con mayor amargura. En ninguna parte habla en tantos idiomas, y en ninguna parte expresa una mayor variedad de opiniones en una mayor variedad de acentos.

Encarna todos los tipos; y los muestra a todos en sus formas más perfectas e interesantes, así como en sus formas más desmoralizadas y comunes.

Para el novato es un caos. Pero pronto se convierte en un espléndido campo de aprendizaje, donde rápidamente se siente como en casa.

La vida de los refugiados en Londres tiene una gran historia.

Cuando el socialismo inglés, cuyo lento crecimiento aún no ha alcanzado la madurez, yacía todavía en pañales, los refugiados de la cuarta década llegaron a Londres, y por instigación de hombres como Marx y otros fundaron la primera sociedad de refugiados de trabajadores alemanes en Londres, la “Sociedad Comunista de Trabajadores”, que se convirtió en la sociedad matriz de organismos tan diversamente constituidos que ya no se reconocen como hermanos y hermanas.

Vinieron los rusos, con Herzen a la cabeza, que tocó allí su “Kolokol”; y Bakounine vino de su exilio siberiano. Freiligrath llegó con magníficas canciones en sus labios temblorosos; y Kinkel vino por poco tiempo de la prisión de Spandau; y Ruge con los restos dispersos de su “Jahrbücher”.... Allí vivía Mazzini, el gran patriota, el conspirador republicano. Allí finalmente los franceses: Louis Blanc, Ledru–Rollin y los compañeros de su destino...

Todos encontraron allí el descanso y la paz, el descanso sin paz del destierro y el pan escaso de los desterrados...

Entonces los grandes nombres cesan. Hay una pausa.

Cuando con el advenimiento de la octava década el credo del comunismo libre, que asume el nombre de anarquismo, llega a Londres en la persona de uno de sus primeros y más activos paladines que funda allí el “Freiheit” como su primer órgano, el “Communitic, la Sociedad Educativa de los Trabajadores” ya se ha dividido en tres secciones, que pronto se encuentran sólo en amarga hostilidad: aquí los socialdemócratas, los “azules”, allá los anarquistas, los “rojos”. Unos años más tarde, la publicación del nuevo periódico se traslada a Nueva York; pero Londres, donde, desde la aprobación de la ley contra los socialistas en Alemania en 1878, el movimiento se ha desviado hacia un canal completamente nuevo, se ha convertido nuevamente en el cuartel general de todos los refugiados alemanes, aunque de una manera diferente a la de hace treinta años...

Sus fisonomías, sus aspiraciones, sus propósitos, sus fines, han cambiado totalmente. Todo está en estado de fermentación. Todos se paran uno contra el otro; todos los que vienen, cansados por las penalidades soportadas, amargados por terribles persecuciones, empujados a toda forma de actividad, son atraídos hacia ella: porque en esa bahía del destierro las olas corrían más salvajes que en alta mar.

A veces parece como si los refugiados se hubieran olvidado de su enemigo lejano, por lo que luchan

amargamente entre ellos. Grupos individuales se separan de las secciones de la sociedad matriz y se niegan a conservar incluso el antiguo nombre. Unos pocos individuos, llenos de inquietud y ambición, tratan de valerse de la disensión con el fin de recoger los hilos cortados y mantenerlos en sus propias manos. Las polémicas a favor y en contra se prolongan durante semanas y meses hasta el agotamiento, cuando cesan y no dejan más rastro que el distanciamiento, un montón de papeles llenos de insinuaciones y sospechas, y un panfleto inútil.

En 1887, el año del asesinato de Chicago, los cuatro clubes de trabajadores alemanes de Londres estaban unidos únicamente por el débil y ya dañado vínculo de afiliación. Solo unos pocos de los miembros todavía están asociados entre sí. Como sociedades, se reunían sólo cuando el objeto era unirse a los socialistas ingleses en alguna gran manifestación, hacer de alguna reunión un acontecimiento brillante o celebrar los días de marzo.

Trupp encontró su Club esa noche muy concurrido. Por lo general, sus habitaciones se llenaban solo los domingos por la tarde y por la noche, cuando no solo los miembros, sino también sus esposas e hijos y los invitados, asistían a los espectáculos musicales y teatrales regulares. Esos espectáculos, abiertos a todo el mundo por una entrada de seis peniques, tenían el doble propósito de proporcionar nuevas fuentes de ingresos para la propaganda, los



periódicos y folletos, y las innumerables ocasiones que necesitaban asistencia pecuniaria, y de ofrecer una distracción de las preocupaciones del pasado y los pensamientos de la próxima semana en el baile y la conversación ligera, que a menudo no daban pistas de las luchas excitadas en las discusiones y reuniones cerradas.

Trupp apenas podía abrirse camino a través del estrecho pasaje desde la puerta hasta los escalones que conducían al vestíbulo del sótano. El bar a la izquierda de los escalones estaba abarrotado. La mayoría de las personas estaban de pie frente al mostrador, solos o en grupos, con vasos en la mano, mientras que solo un pequeño número se había asegurado un lugar junto a las pocas mesas. Pero todavía quedaba un rincón para Trupp en uno de los bancos. Se apiñaron más juntos, y rápidamente tomó el primer vaso que le tendieron, vaciándolo de un trago.

El espíritu de la reunión varió con la gente. Mientras varios grupos se conmovían por la ruidosa discusión de alguna pregunta, otros estaban casi mudos. Un silencio opresivo reinaba en la mesa donde Trupp había encontrado un lugar. Un joven estaba sentado en el otro extremo. Estaba leyendo un periódico, pero su voz no era clara y derramó lágrimas cuando llegó a los detalles de la ejecución. Estaba rodeado por todos lados. Una mirada de determinación amenazadora se posaba en todos los rostros. Pero solo las palabras reprimidas escaparon de los labios apretados, y

solo sus miradas dieron evidencia de lo que la mayoría de ellos estaba pensando.

De repente, Trupp vio a Auban entre un grupo de camaradas de pie en el mostrador donde el anfitrión y su esposa buscaban incansablemente satisfacer los deseos de los invitados. Hacía ocho días que no se veían, desde su excursión por el East End.

¿Por qué había venido Auban esa noche? Había sido más un accidente que una intención deliberada lo que lo llevó al barrio de Tottenham Court Road y le dio la idea de visitar el Club durante media hora. El día había pasado en el trabajo más rápido de lo que se había atrevido a esperar. A las tormentas de la mañana siguió la calma de la victoria. Quienquiera que lo viera ahora lo encontraría tan sereno y tranquilo como siempre.

Inmediatamente después de su entrada había sido recibido por conocidos. Le habían mostrado las nuevas habitaciones de la casa; las habitaciones superiores, donde había una mesa de billar y donde se celebraban las pequeñas conferencias en círculo cerrado, y el gran salón de reuniones del sótano, muy espacioso y agradable con sus paredes limpias y luminosas.

En años anteriores, el Club sólo había tenido a su disposición la trastienda lúgubre y sucia de una taberna, de la que se cansaron, sobre todo a consecuencia de las peleas

que lo llenaron durante semanas y meses. Y con espíritu de sacrificio ahora habían alquilado esta casa, donde se sentían cómodos.

En el salón del bar, que era demasiado pequeño para las multitudes que siempre se reunían allí primero, Auban había entablado una conversación. Habían oído hablar de la última discusión celebrada en su casa y tenían muchas objeciones que ofrecer a sus teorías.

¿Qué? ¿Quería dejar intacta la propiedad privada y abolir el Estado? Pero la función misma del Estado es la protección de la propiedad privada. Y un hombre preguntó en inglés:

“Mientras haya propiedad privada, necesitará protección. En consecuencia, el Estado sólo puede caer cuando caiga la primera. ¿Qué tienes que responder a eso?”

“Es posible que la propiedad privada requiera protección. Compraré esa protección y me combinaré con otros para la protección de nuestra propiedad, siempre que sea necesario. Pero afirmo que el noventa y nueve por ciento de todos los llamados "delitos contra la propiedad" son cometidos por quienes, llevados a la desesperación por las condiciones imperantes, no pueden vender su trabajo o lo venden muy por debajo del límite de su precio. Asumiendo que el costo constituye el verdadero límite del precio. Afirmo, por lo tanto, que deben volverse una rareza desde la hora en que cada uno pueda obtener el producto

completo de su trabajo, es decir, desde la hora en que cese la intromisión del Estado.

“Afirmo, además, que la autoprotección será más eficaz que la protección que nos impone el Estado sin preguntarnos si la queremos. Por ejemplo:

“No podría matar a un hombre, ya sea en la guerra, en un duelo o de cualquier otra manera 'legal'. Pero no debo dudar un momento en enviar una bala en la cabeza del ladrón que puede entrar en mi casa con la intención de robarme y asesinarme. Y creo que lo pensaría dos veces antes de entrar en el robo si estuviera seguro de tal recibimiento, en lugar de saber, como ahora, que leyes estúpidas me dificultan proteger mi vida y mis bienes, y que el final peor no recibirá sino tal y tal castigo.

“He escogido este ejemplo también en beneficio de aquellos que todavía no saben diferenciar entre una acción defensiva y una agresiva, y por consiguiente entre una asociación voluntaria de solidaridad mutua en casos determinados que puede ser disuelta en cualquier momento, por ejemplo, seguro de vida, etc., y un Estado que no conceda al individuo la elección de entrar ni de salir de él, sino a condición de que emigre de su tierra natal”.

Auban cesó. Pero quienes lo habían escuchado hicieron de cada una de sus frases un texto para animadas discusiones.

Intentaron atraerlo hacia ellos. Pero Auban no estaba dispuesto hoy a hablar mucho, y declinó. Bajó los escalones que conducían a la sala de reuniones. Ahora estaba lleno, y había muchas llamadas impacientes para que comenzaran los ejercicios.

Auban permaneció de pie cerca de los escalones, a la entrada del salón, cuyos bancos que se extendían a lo largo de las paredes estaban ahora llenos hasta el último asiento. Como el centro quedó libre, la asamblea formó un círculo ovalado en el que cada individuo era reconocible por todos. Así que la mayoría de ellos permanecieron sentados en sus lugares cuando hablaron.

Esa noche había pocas mujeres presentes. Los hombres eran en su mayoría jóvenes, de entre veinte y treinta años.

La reunión no se diferenciaba en nada de reuniones similares de trabajadores, excepto, quizás, en el número proporcionalmente grande de cabezas audaces y enérgicas que llevaban el sello de una inteligencia excepcional y una gran fuerza de voluntad. Sin embargo, como siempre es el caso, aquí solo unos pocos se destacaron de manera tan prominente como para ser reconocibles a la vez como los labradores de nuevos caminos, los pioneros con hachas y los heraldos de una era nueva y mejor.

Hablaron de Chicago. Muchos hablaron. Tan pronto como hubo terminado uno, comenzaba otro, y muchas manos

todavía se alzaban en el aire en señal de que la lista de oradores aún no estaba cerrada.

La mayoría de ellos habló breve pero violentamente. Ya se estaban sugiriendo planes sobre la manera en que se inauguraría la propaganda de la muerte de los mártires.

Todos estuvieron de acuerdo en que se debía hacer algo extraordinario...

Entonces el debate giró en torno a la cuestión de fundar una escuela para los hijos de los miembros que no querían que fueran envenenados por la creencia en la Iglesia y el Estado imperante en las escuelas públicas.

Esas voces fuertes de repente perturbaron a Auban. No armonizaban con su estado de ánimo acerca de Chicago esta noche, en una reunión de tal tamaño: sintió que no estaba bien; y la cuestión de la escuela: él no podría ser de ninguna ayuda de ninguna manera; su tarea era otra.

Se retiró, por lo tanto, al fondo más silencioso del salón, donde unos cuantos camaradas estaban sentados junto a sus vasos y sus periódicos. Uno estaba leyendo, mientras otro conversaba en voz baja con un tercero, y un cuarto se había quedado dormido, vencido por el esfuerzo del día de trabajo. Un hombre joven, rubio y de expresión amistosa sostenía a un niño sobre sus rodillas. La madre había muerto poco después de su nacimiento, y el padre, que no podía

dejarlo solo en casa, se veía obligado a llevárselo al Club, donde creció: amamantado y acariciado por manos rudas, pero vigilado por ojos buenos y fieles, alimentados por ese tierno espíritu de amor que habita sólo en los corazones que no sólo pueden amar, sino también odiar... El joven había puesto especial cuidado en el niño, y muchas veces colgaba durante horas de su cuello con su brazos delgados y pequeños, mientras el padre participaba en una discusión; y nada era más hermoso que el cuidado y la bondad con que él y los demás trataban de reemplazar a la madre por él.

Auban sonrió cuando volvió a ver esa foto. Se acercó y jugó con el niño, que no mostraba rastro de cansancio. Pero luego se vio nuevamente abrumado por sus propios pensamientos pesados y serios. Porque había visto un rostro en la misma mesa que conocía demasiado bien. Era un camarada que se había vuelto loco bajo la presión de constantes persecuciones. Primero hipersensible, luego presa de la melancolía, su locura había estallado aquí en Londres, donde había buscado su último refugio, aquí, donde estaba en perfecta seguridad. Pasó la mayor parte de su tiempo en el Club, donde solía sentarse en un rincón, sin molestar a nadie, y donde todos los que lo veían lo trataban con gentil simpatía. Nadie podía ayudarlo más; pero querían salvarlo, por lo menos, del manicomio.

Intencionalmente, Auban no le habló. Sólo lo habría preocupado. Porque el desdichado se contentaba mucho si

lo dejaban sentado solo en su rincón, donde, con labios susurrantes, podía mirar durante horas delante de él, y con sus dedos ágiles dibujar figuras incomprensibles sobre la mesa... Siempre recordaba a Auban a otro camarada quien había sido alcanzado por la locura de otra manera. Había sido uno de sus jóvenes amigos parisinos. Ardiente, entusiasta, devoto, vivía sólo para la causa. Podría haber dado su vida por ello. Tenía sed de demostrar su amor y no encontró otro camino que el de una "obra". Había sido influenciado por discursos apasionados y promesas inspiradoras. Pero su naturaleza, que retrocedía ante la violencia y el derramamiento de sangre, se rebeló. Y en la larga lucha entre lo que le parecía su deber más sagrado y aquella naturaleza que hacía imposible su cumplimiento, su mente cedió...

Mientras Auban estaba bajo el hechizo de ese recuerdo, escuchó la voz fuerte y clara de Trupp, mientras penetraba el salón de punta a punta.

"Debemos declararnos solidarios, no solo con las opiniones de los hombres asesinados de Chicago, sino también con la hazaña del bombardero del 4 de mayo, ¡esa gloriosa hazaña de un héroe!", y notó el entusiasmo que esas palabras suscitaron en todos lados.

Su carne comenzó a arrastrarse. Tenía ganas de levantarse y levantar las manos suplicante contra los tontos que estaban listos para saltar al abismo que se había abierto



ante ellos. Pero su razón también le mostró de inmediato la perfecta inutilidad de su intención: en lugar de templar las pasiones, sus palabras las habrían avivado a una llama más alta esa noche.

Se apoyó la cabeza con las manos.

Si era posible, deseaba tener unas palabras decisivas con Trupp esa misma noche.

Sintió que no había nada más que él pudiera hacer aquí. Solo creía en la autoayuda. Tendrían que seguir sus líneas y hacer sus experiencias, de las que ni él ni nadie más podría salvarlos.

Y de nuevo se hizo la pregunta que se había hecho a menudo en los últimos años: “¿Tienes algún derecho para ayudar? ¿influnciar? ¿asesorar? ¿Había otro camino que el de la experiencia? ¿Y no requería tiempo toda experiencia para hacerse? ¿Era correcto prevenirlos?”

Por lo tanto, Auban rara vez había participado en discusiones desde que llegó a Londres. Pero siempre recordaba con placer una noche en la que había discutido la cuestión de la gratificación del crédito mutuo con otros cuatro o cinco en el estrecho salón de arriba. Cada uno había intervenido, no con largas explicaciones, sino con preguntas breves y concisas; cada uno había tenido oportunidad de formular y expresar sus ideas como deseaba, de modo que,

cuando se separaron, todos exigieron la continuación de tales reuniones, tan animados estaban y entusiasmados con la forma provechosa de intercambiar opiniones. Cuando se volvieron a encontrar, esta vez no en el círculo excepcionalmente pequeño, sino en el gran número habitual, todo había vuelto a la rutina anterior: un orador se levantó, habló durante dos horas. De acuerdo con el principio de libertad personal cada uno tenía derecho a hablar todo el tiempo que quisiera, y nadie tenía derecho a interrumpirlo, se desvió, abordó temas completamente extraños, cansó a algunos y aburrió a otros, de modo que Auban había renunciado al asunto y se había ido desanimado. Era el último intento de este tipo que había hecho.

No sólo tenía simpatía, sino también admiración por aquellos hombres que, después de un día de duro trabajo, se ocupaban de los más serios problemas de la manera más devota, mientras veían a otros divertirse en un juego estúpido de cartas o en una charla superficial. Los respetaba desde el fondo de su corazón. Pero solo deploraba más profundamente la vaguedad intangible de sus aspiraciones, que no lograrían un solo objetivo, se volverían más y más desesperadas, y después de mil sacrificios terminarían como todos los similares antes que ellos, en sangre y derrota.

Porque en realidad no estaban luchando por mejorar su propia suerte. Luchaban por ideales que eran inalcanzables

porque eran completamente visionarios. Además, sólo sentían desprecio por todas las aspiraciones "prácticas" de su clase para ayudarse a sí misma, que, en comparación con su "gran objetivo" de la emancipación de la humanidad, etc., parecían mezquinas y prosaicas.

Su confusión mental le pareció casi incurable a Auban desde que la reconoció. A menudo había hecho experimentos para ver hasta dónde se extendía y obtuvo resultados que primero lo asombraron y finalmente lo desanimaron.

Así, una vez había hecho la primera y más simple de todas las preguntas a cada uno de sus conocidos:

“¿A quién pertenece el producto de vuestro trabajo?” preguntó a su vez, primero a un número de socialdemócratas empedernidos de la fe más estricta; varios comunistas, tanto los que defendían el comunismo obligatorio como los que veían en la autonomía del individuo el fin último, y se consideraban anarquistas; finalmente, una serie de socialistas ingleses. Si todos hubieran sido pensadores lógicos, se habrían visto obligados a responder en base a su filosofía del Socialismo: “Mi trabajo es de los demás: el Estado, la sociedad, la humanidad... No tengo derecho a él”.... Pero un socialdemócrata respondió sin vacilar: su trabajo le pertenecía; y un autonomista: su trabajo pertenecía a la sociedad; y Auban se sorprendió al enterarse de que aquellos que luchaban más

enconadamente entre sí estaban de acuerdo en esta única cuestión, de la cual todas las demás son corolarios; y que los que ocupaban un mismo terreno daban respuestas directamente opuestas...

De hecho, todavía no se había aclarado nada. La mayoría de ellos estaban unidos no por pensamientos claros, sino por sentimientos embotados que aún no se habían sacudido el letargo del sueño. Las revoluciones se hacen con esos sentimientos, pero con ellos no se desentraña ninguna verdad. El baño fresco y refrescante de la experiencia primero debe haber limpiado el sueño de los ojos de las masas que se despiertan, antes de que puedan proceder al trabajo del nuevo día...

¡Había que tener paciencia y no perder el valor!... Auban volvió a pensar en Trupp y quiso verlo. No pudo encontrarlo en el pasillo, por lo que volvió a subir las escaleras.

Cuando entró de nuevo en el bar, encontró a Trupp enfrascado en una conversación con un hombre cuyo porte y vestimenta mostraban de inmediato que no era un trabajador, pero que deseaba parecerlo. Se detuvo, por lo tanto, y al mismo tiempo captó una mirada de su amigo, que comprendió al instante. El extraño, que había estado bebiendo del vaso que tenía delante, no pudo haber notado nada del rápido y silencioso intercambio de ideas.

La mayoría de la gente había bajado al pasillo. Sólo en la mesa seguían sentados algunos compañeros, leyendo y jugando a las cartas. Auban se unió a ellos y se sentó de espaldas a Trupp. Luego tomó uno de los papeles que estaban tirados por ahí y pareció leerlo con atención.

De la conversación mantenida detrás de él, solo pudo entender unas pocas palabras, especialmente porque era en alemán. Ambos oradores bajaron intencionalmente sus voces. Pero no había estado sentado allí ni cinco minutos cuando sintió la mano de Trupp en su hombro.

“¿Vendrás con nosotros? Bebamos otro vaso de cerveza. Se volvió al instante y notó al levantarse lo poco que el extraño podía reprimir su vergüenza ante esta invitación.

Los tres abandonaron el Club juntos. El extraño ocultó su vergüenza al pasar por la puerta permitiendo cortésmente que Auban tomara la delantera. Cuando estaban en la calle, Trupp le dijo en voz alta a Auban: “¡Un camarada desterrado de Berlín! Un buen lugar, ¿no?”

Auban se mordió los labios. En tales ocasiones su amigo era un experto.

"¿Qué vas a...?" –le preguntó al berlinés, en alemán.

“Soy zapatero, pero no encuentro trabajo aquí”.

“¡Oh, eres un zapatero! Pero, ¿cómo te lavas las manos para que queden tan blancas? Continuó Auban.

Ahora el extraño se alarmó seriamente. Su mirada tímida pasaba alternativamente de uno a otro. Caminaba entre los dos. Quería detenerse, pero Trupp y Auban siguieron caminando despreocupados, por lo que solo pudo preguntar: "¿No me crees?"

Trupp estalló en una sonora carcajada, que sonó tan natural como la de un niño, “Tonterías, el camarada está bromeando. ¿Quién no te creería?

Y de repente se puso muy hablador, de modo que los demás no podían hablar una palabra. Pero todo lo que dijo se convirtió en el desenmascaramiento de señuelos, agentes de policía y personajes sombríos similares. Se burló de la ignorancia tanto de las autoridades como de sus herramientas. Habló también de los espías voluntarios que se habían colado en los clubs y reuniones, metiendo las narices en todo hasta ser echados, cuando finalmente llenaban los periódicos con informes mentirosos de cosas que apenas habían visto y no entendían.

La intención de Trupp ya no era equivocarse, sobre todo porque no se preocupaba por Auban, quien, aparentemente absorto en sus propios pensamientos, paseaba, pero paso a paso se mantenía cerca del lado del extraño, que no podía

escapar de él, y a quien cada una de sus palabras ponía perceptiblemente en mayor alarma y temor.

Habían llegado a una calle estrecha y oscura, iluminada únicamente por un único farol y completamente desierta. Aquí varias casas se alzaban considerablemente atrás, dejando un gran espacio abierto antes de que la calle volviera a estrecharse.

Trupp había llegado a su destino y de repente se interrumpió.

El señuelo vio que todo estaba perdido.

"¿A dónde vamos?" pronunció, con un esfuerzo, y se detuvo. "No quiero ir más lejos..."

Las fuertes manos de Trupp ya lo habían agarrado y empujado con fuerza contra la pared.

"¡Sinvergüenza!" él estalló. "¡Ahora te tengo!"

Y dos veces su mano libre golpeó la cara del desgraciado; una vez desde la derecha y otra desde la izquierda, y en ambas ocasiones Auban escuchó el golpe resonante de esa mano de hierro.

El extraño quedó atónito. Levantó los brazos sólo para defenderse, para protegerse la cara.

Pero Trupp ordenó: “¡Baja los brazos!”, e involuntariamente, como un niño que es castigado por su maestro, dejó caer los brazos.

Una y otra vez, la mano de Trupp arremetía, y con cada golpe su ira también encontraba alivio en las palabras: “Tú, bribón, despreciable bribón, querías traicionarnos, ¿espía? ¡Solo espera, no volverás!”

Y de nuevo su mano descendió.

"Ayúdame; ¡Me está estrangulando! salió jadeante de los labios del hombre, que estaba dominado por el terror de la muerte.

Pero Auban, antipático, medio vuelto, con los brazos cruzados sobre el pecho, no se movió.

Y Trupp sacudió a su víctima como un muñeco de paja. “Sí, uno debería estrangular a los perros como tú”, prorrumpió de nuevo. “¡Sería lo mejor que uno podría hacer! ¡Todos ustedes, delatores que son, sinvergüenzas!, y mientras levantaba al tipo de su posición acobardada, lo arrastró con la mano que parecía tener inextricablemente enterrada en su pecho, más cerca de la luz vacilante y temblorosa de la linterna y mostró a Auban el rostro pálido y cobarde, distorsionado por el miedo a la muerte, y desfigurado bajo los golpes de ese puño de hierro asesino: “Mira, Auban; ¡así se ven, esos miserables, que persiguen el más bajo de todos



los oficios! Abrió el puño, que quedó como una mordaza sobre el pecho de su víctima, quien, exhausta y mareada, se tambaleó, cayó, se levantó, murmuró unas palabras incomprensibles y desapareció en la oscuridad.

Los dos amigos no prestaron más atención al tipo. Mientras caminaban rápidamente hacia Oxford Street, Trupp relató los detalles de este nuevo caso. Los amigos ahora hablaban francés.

Un día, el tipo se había acercado a uno de los miembros con una carta de recomendación de un camarada en Berlín. El miembro llevó al portador al Club y la investigación en Berlín confirmó la recomendación. Pero luego se supo que el verdadero receptor no era idéntico al portador; que a este último se lo había dado el primero y se había presentado bajo un nombre falso. Acto seguido, uno de los compañeros, sin despertar sus sospechas, se fue a la habitación con él, y logró apoderarse de toda su correspondencia, que demostraba ser un señuelo con paga directa de la policía alemana, que por un salario mensual se había comprometido a dar a sus empleadores toda la información deseada sobre los procedimientos en los clubes anarquistas de Londres. Querían evitar un escándalo en el Club, para no dar a la policía inglesa la codiciada oportunidad de entrar en él, y habían emprendido el castigo del que Auban acababa de ser testigo.

Las exposiciones de este tipo no eran nuevas ni especialmente raras. Generalmente, los muchachos que se dedicaban a la más sórdida y despreciable de todas las vocaciones escapaban con una sonora paliza; a menudo olían lo que se avecinaba y anticipaban su descubrimiento mediante un vuelo oportuno. Como consecuencia de incesantes denuncias, vilipendios y persecuciones, la sospecha entre los revolucionarios se había vuelto muy grande. Los planes importantes ya no se discutían en círculos grandes y, en su mayoría, seguían siendo el secreto de unos pocos íntimos, o estaban encerrados en el pecho de un solo individuo. Pero mayor aún que contra los trabajadores desconocidos era la sospecha contra los trabajadores intelectuales, a consecuencia de las tristes experiencias que habían tenido con los escritores de periódicos y los literatos. Nada más justificable que la cautela con respecto a esta gente; de cada diez había seguramente nueve que, con el pretexto de querer “estudiar” las enseñanzas del anarquismo, sólo intentaron penetrar en los secretos de la propaganda para difundir ante sus ignorantes e imprudentes lectores las más desgarradoras historias sobre aquellas “bandas de asesinos y criminales.” Que más de un proletario intelectual, que sufría tanto, si no más, que el trabajador manual por la presión de las condiciones imperantes, y que, en consecuencia, estaba lleno del mismo gran odio contra ellos, se asustó por esa sospecha, cuando llegó a poner su talento al servicio del “más progresista de todos los partidos”, era

un hecho que, como dijo Trupp, “no debía cambiarse”. Mayores eran las esperanzas que Auban comenzaba a depositar en ellos: sin ataduras por consideraciones, y en posesión de una educación que pesaba mucho sobre ellos, serían seguramente los primeros y por el momento quizás también los únicos que no están solos dispuestos a ser capaces de sacar las conclusiones del Individualismo.

Trupp había llegado a un punto de la conversación que siempre lo excitaba mucho.

“Los socialdemócratas afirman”, dijo con su risa amarga, “todos los anarquistas son señuelos; o, si les parece mejor, que no hay anarquistas en absoluto. Ah –prosiguió indignado–, no hay nada demasiado malo que no haya hecho contra nosotros ese partido, sobre todo, sus dignos dirigentes, que llevan a los trabajadores por las narices de una manera perfectamente ultrajante. Primero se burlaron y nos ridiculizaron; luego nos vilipendiaron y denunciaron; nos dañaron donde pudieron. Desde el principio hasta ahora vieron en nosotros a sus más acérrimos enemigos, todo porque intentamos abrirle los ojos al trabajador a la inutilidad de sus sacrificios, de la patraña sufragista, de los timos políticos. No tienes idea, Auban, de lo corrompido que está el partido en Alemania: los leales súbditos prusianos no son menos autosuficientes y más serviles en relación con su amo y señor que los trabajadores alemanes, que pertenecen al partido, en relación con su líderes!... ¿Cómo terminará?

“Bueno”, observó Auban con calma, “hay una inmensa diferencia entre los trabajadores como clase y los socialdemócratas como partido. Es difícilmente concebible que los primeros sea alguna vez completamente absorbidos por el segundo. Por lo tanto, no debemos atemorizarnos demasiado por el futuro. Incluso creo que los pasos más importantes en la emancipación del trabajo no serán iniciados por los partidos socialistas, sino por los propios trabajadores, quienes poco a poco llegarán a comprender sus verdaderos intereses. Simplemente empujarán al partido a un lado.

Pero menos tendrán nada que ver contigo. Deben dejar eso claro ustedes mismos. Porque en primer lugar, pueden comprenderte mejor con el corazón, pero no con el intelecto, y para la mejora real de su condición no necesitan nada más que su intelecto, que es el único que puede mostrarles el camino correcto: me refiero al Egoísmo. Y en segundo lugar, por su mezcla perfectamente absurda de todo tipo de puntos de vista, pero aún más por la política que sigue, han desafiado los prejuicios de la ignorancia, y aparentemente los han justificado, hasta tal punto que requiere una voluntad excepcionalmente independiente y un muy raro amor de conocimiento para estudiar sus caminos. O un corazón cálido, ¡que todos ustedes tienen!”

"¿Como si tú no lo tuvieras?" Rió Trupp amargamente.

"Sí; suficiente calor, espero, para amar la causa de la libertad para siempre. Pero ya no lo suficientemente cálido como para dañarlo por locura.

"¿A qué llamas locura? ¿A nuestra política?"

"Sí".

"¿Tú dices eso?" –dijo Trupp, casi amenazadoramente.

"Sí".

"Bueno, entonces ya es hora de que lleguemos a una comprensión completa del asunto".

"Ciertamente. Pero primero estemos solos. No aquí en la calle".

Caminaron rápidamente. Trupp guardó silencio. Cuando la luz de un farol cayó sobre ellos, Auban vio cómo todo su cuerpo temblaba como sacudido por el frío, mientras chupaba la sangre que manaba de una herida en su mano, que debía haber rozado la pared mientras castigaba al infiltrado.

"¿Estás temblando?" preguntó, pensando que la emoción era la causa de ello.

Pero Trupp exclamó malhumorado que no era nada: solo había estado corriendo todo el día y, en consecuencia, se olvidó de comer. Auban negó con la cabeza.

“¡Eres incorregible, Otto! ¡No comer nada en todo el día, qué locura!”

Lo tomó del brazo y lo apartó. Entraron en un pequeño y modesto restaurante de Oxford Street. Allí conocieron una trastienda poco frecuentada. Mientras se sentaban en el sofá de cuero marrón en el rincón tranquilo, y Trupp comía apresuradamente y en silencio, mientras Auban lo observaba masticar la carne con sus dientes fuertes, le recordó que en esa misma habitación se habían sentado uno frente al otro después de años de separación, y dijo sonriendo: –

“¿No es todo como entonces?”...

Pero Trupp le dirigió una amarga mirada de reproche y apartó el plato y el vaso. Su debilidad temporal había desaparecido y volvía a ser completamente el hombre de hierro, cuya fuerza física era inagotable.

“Ahora hablemos. ¿O estás cansado?”

“No estoy cansado”, dijo Auban.

Trupp reflexionó un momento. Temía la conversación que se avecinaba, porque sospechaba que sería decisiva.

Deseaba de todo corazón por medio de ella reconquistar a su amigo para la causa de la revolución, para el conflicto del momento, en el que él y sus camaradas estaban empeñados, porque sabía cuán inestimables eran sus servicios. No deseaba intencionalmente provocar una ruptura con un ataque rudo, pero tampoco podía reprimir los reproches que se habían ido acumulando en su interior.

“Desde que has estado en Londres”, comenzó, “y fuera de prisión, eres otro hombre. Apenas te conozco. Ya no participas en nada: en ninguna reunión, plan o empresa. Ya no escribes nada; ni una línea. Has perdido casi todo contacto con nosotros. ¿Qué excusa tienes?”

“¿Qué excusa tengo?” preguntó Auban, un poco bruscamente. “¿Por qué? ¿Y a quién se lo debo?”

“¡Por la causa!” respondió Trupp, con vehemencia.

“Mi causa es mi libertad.”

“Una vez la libertad fue tu causa”.

“Ese fue mi error. Una vez creí que debía empezar por los demás. Ahora he aprendido que es necesario empezar por uno mismo y acabar por uno mismo”.

Trupp guardó silencio. Entonces Auban comenzó:

“Hace dos semanas hablamos sobre nuestras opiniones en mi casa, y confío en haberte mostrado cuál es mi posición, aunque es posible que no espero haberte aclarado cuál es tu posición. Deseaba colocar un lado de la pregunta bajo una luz deslumbrante. El otro lado sigue en la oscuridad entre nosotros: el de la política. Al aclararlo también esta noche, supongo que estás convencido de que no son escrúpulos morales o afines los que me mueven a decirte: Considero la política de la llamada "propaganda por el hecho", no solo inútil, sino también dañina. Nunca obtendrás una victoria duradera por ella”.

Los ojos de Trupp estaban firmemente fijos en el altavoz. Brillaron de emoción, y su mano ensangrentada, envuelta en un paño, cayó apretada sobre la mesa.

“¡Está bien que hablemos!” exclamó. “¿Exiges, entonces, que crucemos nuestras manos sin hacer nada y nos dejemos matar tranquilamente?” “¡Tú defiendes a nuestros enemigos!” expresó.

“Por el contrario, he descubierto un arma contra la cual son impotentes”, dijo Auban con calma, y colocó su mano sobre el brazo de su emocionado amigo, obligándolo a regresar a su lugar.

“¡Odio la fuerza en todas sus formas!” continuó; y ahora parecía ser él quien deseaba convencer y conquistar al otro para su idea. “Lo importante es imposibilitar la fuerza. Eso



no se hace oponiéndose a la fuerza: el diablo no será expulsado por Belcebú... Ya has cambiado de opinión en algunos puntos. Una vez defendiste las sociedades secretas y las grandes asociaciones que iban a unir a los proletarios de todas las tierras y todas las lenguas; entonces te diste cuenta de lo fácil que era para el gobierno pasar de contrabando una de sus sucias herramientas, quien de inmediato se apodera de todos tus ovillos, y desde entonces habéis vuelto cada vez más al individuo y pregonáis como único método conveniente la formación de pequeños grupos, que no saben casi nada unos de otros, y la acción individual como la única cosa correcta; desde entonces condenas incluso la confianza entre los amigos más íntimos en ciertos casos. Una vez que un artículo fue publicado en 'Nowhere' por 'Free Common Press'; ahora se publica en cualquier otro periódico con el nombre y la dirección del impresor en la última página... Y así todo, todo el movimiento, se ha puesto cada vez más a la luz de la publicidad”.

Hizo una pausa.

Luego dijo impresionantemente:

“Toda su política es falsa. No olvidemos nunca que estamos en guerra.

“Pero, ¿cuál es el alfa y el omega de toda guerra? Cada teniente puede decírtelo.

“Asestar los golpes más fuertes posibles contra el enemigo al menor costo posible para uno mismo.

“La guerra moderna reconoce cada vez más el valor de lo defensivo; condena cada vez más el ataque inútil.

“Aprendamos de ello, como debemos aprender de todo lo que de alguna manera nos puede beneficiar.

Pero mis objeciones son de un tipo mucho más serio. Os acuso incluso de ignorar la primera condición de toda guerra: de no informarse acerca de sus propias fuerzas y las del enemigo.

“Hay que decirlo: ¡os sobrevaloráis a vosotros mismos y subestimáis al enemigo!”

“¿Y qué vamos a hacer, si se me permite preguntar?”, preguntó Trupp con desdén.

“Lo que vas a hacer, no lo sé. Deben conocerse a sí mismos. Pero afirmo: la resistencia pasiva contra la fuerza agresiva es el único medio para romperla”.

Trupp se rió y surgió una animada conversación entre los dos hombres. Cada uno defendió su política, ilustrando su eficacia con ejemplos.

Ya era tarde cuando cerraron: Auban persuadido de la imposibilidad de convencer a su amigo, y este último amargado e irritado por su “apostasía”.

Salieron de la taberna y rápidamente llegaron al lugar donde Tottenham Court Road se encuentra con Oxford Street y las calles del sur. Al entrar en una de las vías más estrechas y menos concurridas, caminaron de un lado a otro y pronunciaron sus últimas y decisivas palabras.

“Trabajáis a favor del gobierno con vuestra propaganda. Cumplís sus más queridos deseos. Nada les conviene más que vuestra política, que les permite emplear medios de opresión para los que de otro modo carecerían de toda excusa. Prueba: los agentes provocadores que instigan tales hechos a su servicio. ¡Hay un humor espantoso en el pensamiento de que ustedes son los cómplices voluntarios de la autoridad, ustedes que quieren la libertad!...

Cesó, mientras desde lejos el tumulto de Oxford Street entraba en esa calle lateral oscura y tranquila, frecuentada sólo por unas pocas formas tímidas que se habían separado de la corriente de humanidad de la vía principal, como brasas centelleantes de un montón de cenizas.

Trupp se quedó inmóvil. Por el tono reprimido de su voz, Auban supo lo difícil que le resultaba decir lo que tenía que decir.

“¡Ya no eres un revolucionario! Has renunciado a la gran causa de la humanidad. Antes nos entendíais, y nosotros os entendíamos. Ahora ya no os entendemos, porque vosotros ya no nos entendéis. Te has vuelto burgués. O más bien: usted siempre ha sido un burgués. Regresa por donde viniste. Alcanzaremos nuestro objetivo sin ti.

Auban se rió. Se rió tan fuerte que los transeúntes se detuvieron y miraron alrededor. Y aquella risa fuerte, plena, clara, que mostraba lo poco que le dolían aquellas palabras, sirvió de desahogo a lo que le oprimía el pecho estos últimos días.

“¡No te entiendo, Otto!” dijo, mientras su risa cedía a la seriedad de sus palabras. “No te crees lo que dices. ¡No te entiendo, yo que durante años sentí con tus sentimientos y pensé con tus pensamientos! Si fueras a incendiar las ciudades en cien puntos a la vez, si fueras a desolar los países hasta donde se extendiera tu poder, si fueras a volar la Tierra o ahogarla en sangre, te entendería. Si fueras a vengarte de tus enemigos exterminándolos a todos, ¡podría entenderlo! Y si fuera necesario para finalmente alcanzar la libertad, ¡debería unirme a tus filas y luchar hasta mi último aliento! Te entiendo, pero ya no creo en el progreso violento de las cosas. Y como ya no creo en ello, condeno la fuerza como arma de los necios y de los ciegos....

Y al recordar lo que acababa de decir Trupp, nuevamente tuvo que reírse, y cerró:

“De hecho, después de todo lo que me has dicho hoy, solo es necesario agregar que condeno la política de fuerza para perdonar al enemigo!”

Pero de nuevo su risa fue silenciada cuando su mirada se encontró con la de Trupp, quien dijo, con voz dura y casi hostil:

“¡El que no está con nosotros está contra nosotros!”

Los dos hombres estaban uno frente al otro, tan cerca que sus pechos parecían tocarse. Sus ojos se encontraron con una determinación de hierro.

“Muy bien”, dijo Auban, y su voz era tan tranquila como siempre, “sigue tirando bombas, y sigue sufriendo ahorcándote por ello, si nunca llegas a ser sabio. Soy el último en negar al suicida el derecho de destruirse a sí mismo. Pero predicán su política como un deber para con la humanidad, mientras que no la ejemplifican en sus vidas. Es eso contra lo que protesto. Asumes una tremenda responsabilidad: la responsabilidad por la vida de los demás”....

“Para la felicidad de la humanidad se deben hacer sacrificios”, dijo Trupp, frunciendo el ceño.

“¡Entonces hagan un sacrificio de ustedes mismos!” gritó Auban. “¡Entonces sed hombres, no habladores! Si

realmente creéis en la emancipación de la humanidad por medio de la fuerza, y si ninguna experiencia puede curaros de esa loca fe, ¡entonces actuad en lugar de sentaros en vuestros clubes y embriagaros con vuestras frases! ¡Entonces sacudid al mundo con vuestras bombas, volved hacia él el rostro del horror, para que os tema en lugar de odiaros como ahora!...

Trupp palideció. Nunca se había tocado tan despiadadamente el más doloroso de todos los puntos entre ellos.

“Lo que haré, y solo puedo hablar por mí mismo, no lo sabes. Pero algún día lo verás –murmuró. Las palabras de Auban no se podían aplicar a él. La suya era una naturaleza que no conocía ni la cobardía ni la indecisión, y que era lo suficientemente fuerte para cumplir lo que prometía. Pero sintió con amargura cuán cierta era en general la acusación que acababa de escuchar.

Y deliberadamente puso fin a la conversación diciendo:

“¿Qué somos el uno para el otro entonces? Mi vida es mi causa. Te hiciste mi amigo porque eras mi camarada. Mis camaradas son mis amigos. No conozco otra amistad. Has renunciado a la causa; ya no tenemos nada en común. No la traicionarás, pero ya no le serás de ningún servicio, tal como lo eres ahora. Es mejor que nos separemos.

La excitación de Auban había disminuido de nuevo.

“Debes actuar como mejor te parezca, Otto. Si me quieres, me encontrarás siguiendo el curso de la libertad. Pero, ¿adónde vas?

“¡Voy con mis hermanos, que sufren como yo!”

Se tomaron de la mano con el mismo agarre firme de siempre.

Luego se separaron: cada uno siguiendo su propio camino largo y solitario, absortos en pensamientos que eran tan diferentes como el rumbo que habían tomado. Sabían que pasaría mucho tiempo antes de que se volvieran a encontrar; y sospecharon que en la noche presente habían hablado juntos a solas por última vez.

Hasta ahora habían sido amigos; en adelante serían opositores, aunque opositores en la lucha por un ideal que ambos denominan con el mismo nombre: libertad.

## **IX. TRAFALGAR SQUARE**

Londres estaba enfebrecida.

Alcanzó su punto más alto el segundo domingo de noviembre, el domingo siguiente a los acontecimientos de Chicago.

Entre los muchos días memorables de ese año memorable, este trece de noviembre estaba destinado a ocupar el lugar más destacado.

Durante un mes, según el capricho de las autoridades policiales, los “desempleados” habían sido alternativamente expulsados y admitidos en Trafalgar Square, el lugar de reunión pública más accesible de la ciudad.

Esta condición era intolerable durante cualquier período de tiempo. Las quejas de las masas hambrientas se hacían



cada vez más desesperadas, mientras los hoteleros y los prestamistas consideraban las reuniones como perjudiciales para sus negocios e invocaban la protección de sus servidores, los “órganos del poder público”.

A principios de mes, un decreto del comisario de policía prohibió la celebración de más reuniones en Trafalgar Square.

Durante treinta años este lugar, “el sitio más hermoso de Europa”, había sido utilizado por todas las partes en innumerables reuniones en las más variadas ocasiones. Un golpe de mano los ahuyentaría a todos.

La primera cuestión planteada fue la de la “legalidad” de esta medida despótica. Las columnas de los periódicos se llenaban de párrafos de estatutos anticuados, a los que acompañaban algunos tomados de volúmenes aún más antiguos: esas insignias de un poder usurpado que llenan a todos los que se han criado en la fe de la autoridad humana con el misterioso temor del inescrutable.

Se dice que todo ciudadano del Estado ayuda a hacer las leyes de su país. Pero, ¿hay un solo hombre entre los miles que sepa qué significa: 57 Jorge III. Cap. 19, Sec. 23, o 2 y 3 Vic. C. 47, sec. 52? Jeroglíficos.

Para el jefe de policía, por supuesto, era una cuestión de perfecta indiferencia si su decreto era "legal" o "ilegal". Si

tenía el poder para hacerlo cumplir hoy, era "legal", y Trafalgar Square, propiedad de la reina y la corona; si el "pueblo" era lo suficientemente fuerte como para expulsarlo a él y a sus hombres de Trafalgar Square, el lugar seguiría siendo lo que había sido siempre, la "propiedad del pueblo", y todos podrían hablar sobre él tanto y mientras encontraran oyentes que lo escucharan, o más.

La cuestión de los desempleados pasó a un segundo plano de golpe. La administración tory se encontró repentinamente con la oposición de los partidos radicales y liberales en formación de batalla, que reforzaron a los socialistas y alzaron contra el "terrorismo" de los primeros su grito del inalienable "derecho a la libertad de expresión".

Decidieron celebrar una reunión pública en Trafalgar Square el domingo 13 con el programa: "Protesta contra el reciente encarcelamiento de un líder irlandés".

Los preparativos para la batalla se llevaron a cabo en ambos bandos con un celo febril: los conservadores estaban firmemente resueltos a no detenerse antes del derramamiento de sangre al aplastar cualquier intento de ocupar la plaza, mientras que los partidos de la oposición estaban igualmente decididos a capturarla en cualquier momento a cualquier costo.

La emoción en la ciudad había ido creciendo día a día. El sábado las autoridades publicaron un segundo ukase

prohibiendo el acercamiento a la Plaza el domingo en forma de manifestación.

No fueron pocos los que creyeron estar en vísperas de una revolución...

Auban se había levantado más tarde de lo habitual. Su cabeza se sentía aburrida. Sin embargo, había retomado su trabajo. Pero fue interrumpido por una llamada.

Se encogió de hombros al leer el nombre “Frederick Waller” en la tarjeta que le entregaron. ¿Qué quería ese hombre todavía de él? De niño le había ofrecido su amistad, que Auban no había deseado. Más tarde, había construido un gran negocio en Lothringia y viajado mucho, lo había visitado dos veces en París, y Auban había explicado esas visitas por el hecho de su popularidad temporal, lo recibió con frialdad y lo despidió con frialdad. Ahora, después de años, volvía a acercarse a él este hombre, con quien no tenía un pensamiento, ni un sentimiento, en común, y que pertenecía a un círculo de gente que siempre le había sido odioso en lo más íntimo de su alma. Pero ahora quería saber qué lo traía a él.

Quería preguntarle directamente cuáles eran sus intenciones. Pero el otro se le anticipó al señalar que era su deber no perder del todo de vista a sus parientes. Era el mismo curioso interés por la extraña vida lo que una vez lo había atraído hacia el muchacho. Sabía poco sobre Auban.

Pero como sospechaba de sus puntos de vista radicales, dijo confidencialmente que él también era cualquier cosa menos conservador, pero que Auban sin duda entendería hasta qué punto su posición lo obligaba a ejercer la mayor cautela. Pero Auban no tenía paciencia ni comprensión para los hombres de ese tipo. Se envolvió en su frígida superioridad, ignoró por completo la cuestión de su pariente después de su propia vida, no hizo preguntas y expresó sus opiniones con su dureza original. Cuando el visitante se alejó, sintió como si lo hubieran sorprendido escuchando en una puerta extraña, y se decidió a no repetir nunca más el intento de llegar a Auban, quien esta vez le había demostrado claramente lo poco que pensaba en él y todos sus parientes y amigos.

En Auban, esta llamada despertó recuerdos de años pasados, que siguió durante mucho tiempo.

¡Qué diferencia entre entonces y ahora!

Y, sin embargo, a veces le parecía que su yo actual se parecía más al muchacho que, solo y reservado, trabajaba para abrir las puertas de hierro de la verdad en las noches tranquilas cuando nadie lo veía, con sus dedos suaves e inexpertos, que como el joven que una vez se atrevió a atacarlos con fuego y espada.

La suya no era una naturaleza capaz de ocupar permanentemente una posición que lo expusiera por todos

lados a la mirada de mil ojos. No poseía suficiente ligereza, ambición, vanidad, autocomplacencia para eso.

Menos mal que su destino había dado un giro así...

Eran como las tres de la tarde.

Auban venía lentamente desde el norte de la ciudad.

Todas las calles por las que pasaba estaban casi desiertas. Solo Oxford Street mostraba señales de vida. No faltaba mucho para las cuatro cuando se acercó a Trafalgar Square. En St. Martin's Lane tuvo que detenerse: multitudes de hombres obstruían las entradas vecinas de las calles laterales. Había llegado en el mismo momento en que una de las cuatro manifestaciones que a esa hora intentaban acceder a la plaza por cuatro lados distintos, la que venía de Clerkenwell Green, chocó con la policía que allí la esperaba. Se abrió paso hasta el frente lo más que pudo, pero le fue imposible atravesar la última fila de la multitud. Tuvo que mirar entre las cabezas y por encima de ellas para ver qué pasaba más allá.

La manifestación estaba encabezada por una mujer. Llevaba una bandera roja. Auban la tomó a ella ya los hombres que la rodeaban, que empuñaban sus bastones con más firmeza, por miembros de la Liga Socialista. Directamente detrás de la abanderada estaba la música. Tocaban la *Marsellesa*. La manifestación era bastante larga.

Auban no podía verlo todo. Sólo las banderas ondeantes que se elevaban sobre la multitud.

En filas cerradas, la policía esperaba la manifestación. Preparando sus garrotes de roble, esperaban la señal de ataque del superintendente.

Cuando la procesión se acercó a ellos a la distancia de un caballo, las llamadas iban y venían, mientras que al mismo tiempo la policía realizaba un ataque tan salvaje que las filas cerradas de la procesión parecían desgarrarse. Siguió una feroz lucha cuerpo a cuerpo. Un policía alto saltó sobre la mujer y le arrancó la bandera de las manos, que ella sostenía en el aire con todas sus fuerzas. Ella se tambaleó y cayó desmayada, mientras un violento golpe de bastón golpeaba el cuello de su agresor. Los músicos lucharon por sus instrumentos, que les fueron arrebatados, pisoteados y demolidos. Algunos intentaron salvarlos corriendo. Con fuerza de hierro, la policía manejaba sus garrotes, sin preocuparse de dónde golpeaban. Los atacados hicieron una defensa desesperada. La mayoría de ellos llevaba bastones pesados y los golpeaba con furia. La confusión era indescriptible. El aire se llenó de maldiciones, gritos de dolor, palabras de injuria, el aullido estridente de la multitud que, donde podía, se lanzaba a la lucha. Golpes sordos, pisadas de pesados zapatos sobre el duro pavimento, rotura de faroles golpeados por piedras... La gente se golpeaba, se

pateaba, se arañaba, se buscaba hacer tropezar, se enredaba en un fuerte abrazo, se tiraba al suelo.

La policía avanzaba cada vez más, empujando a la multitud ante ella, rodeada por ella, pero, apresurándose mutuamente en ayuda de los demás, dispersándola a golpes de sus garrotes. Más y más lejos retrocedieron los atacados. Ya no había rastro de disciplina entre ellos. Algunos escaparon en una huida desordenada, otros pelearon en el lugar donde estaban hasta que fueron vencidos, apresados y llevados. Después de diez minutos se decidió la victoria de los uniformados: se capturaron las banderas, se demolieron los instrumentos musicales, se derrotó a toda la manifestación... Algunos de las últimas filas fueron perseguidos a lo largo de St. Martin's Lane; unos conducidos a las calles laterales, donde se mezclaron con la multitud que aullaba y fueron arrastrados por ella en una confusión desesperada.

Auban también. Vio cómo una pequeña división de la policía, con sus garrotes en el aire, se precipitaba hacia la entrada de la calle donde él se encontraba, sintió cómo la multitud que lo rodeaba se ponía en movimiento, e, irresistiblemente arrastrado por ella, se encontró al minuto siguiente en el otro extremo de la calle, donde los gritos de enfado, las risas y los aullidos aliviaron el terror de la multitud indignada.

Entonces todo volvió a fluir en dirección a Trafalgar Square. Auban también. Deseaba llegar a él sin volver a meterse en una multitud demasiado grande. Pero no podía ir por otro camino que el que pasaba por la iglesia de San Martín.

Después de lo que acababa de ver, estaba convencido de que ninguna de las manifestaciones podría acceder jamás a la Plaza...

Trafalgar Square se extendía ante él. Delimitada al norte por la severa estructura de la Galería Nacional, por grandes casas, clubs y hoteles al este y al oeste, se inclina gradualmente hacia el sur, donde se ensancha una vez más antes de terminar en una serie de calles anchas.

Su superficie inferior, formada por las terrazas de las calles y que tiene como elemento imponente la Columna de Nelson al sur, esa gran superficie fría, vacía, adornada solo por dos inmensas fuentes, estaba hoy completamente en posesión de las autoridades como Auban vio de un vistazo.

Se alarmó al pensar que no se podría intentar expulsar del lugar a una fuerza que, si no en número, era infinitamente superior en disciplina y habilidad militar. De hecho, era un ejército el que estaba estacionado allí: una estimación superficial fijó su fuerza en tres o cuatro mil hombres. ¿Quién podría ahuyentarlo? Ni cincuenta, ni cien mil.



Dejó su lugar y pasó lentamente por delante de la Galería Nacional. Aquí, la policía mantuvo en constante movimiento a las multitudes crecientes. Donde los alguaciles veían una multitud, allí dirigían sus ataques, metiendo la cuña de sus hombres en ella. A cada hombre que permanecía de pie se le ordenaba incesantemente: “¡Adelante! ¡Siga adelante!”

Caminando por el lado oeste, Auban ahora se convenció, a cada paso que daba, del plan bien considerado de todos estos preparativos. Los escalones que conducían al norte estaban fuertemente guarnecidos. Aquí, y a lo largo de los otros dos lados cerrados, una doble fila de policías hacía absolutamente imposible trepar el recinto y saltar a la Plaza.

Un reportero que conocía a Auban le dio algunas cifras que acababa de aprender y que ahora estaba anotando en su cuaderno, mientras Auban le proporcionaba algunos detalles sobre la procesión de Clerkenwell. La policía ocupaba la plaza desde las nueve de la mañana. Desde las doce en plena vigencia. Se había convocado a unos mil quinientos agentes y tres mil policías de todas partes de Londres, además de varios cientos de policías montados. El Life y el Grenadier Guards se mantenían en reserva.

El lado sur abierto de la plaza, en cuyo centro se eleva la Columna de Nelson sobre una base inmensa custodiada por cuatro leones gigantescos, estaba fuertemente guarnecido, ya que ningún muro obstruía la entrada allí. Los “protectores del orden” custodiaban el lugar aquí en filas de cuatro y

cinco hombres de fondo; y aquí estaba estacionada una larga fila de policías montados, que de vez en cuando flanqueaban las calles.

Aquí, en el amplio espacio frente a la columna que está formada por el encuentro de cuatro grandes calles, aquí, alrededor del monumento a Carlos I, la multitud parecía más densa. Las masas parecían crecer de minuto en minuto. Por todos lados, porciones de las procesiones dispersas se congregaron aquí en bandas más pequeñas o más grandes, ya no con banderas, música y espíritus valientes, sino cogidos del brazo, indignados por su derrota hasta el último grado, sin esperanzas de seguir capturando el lugar, pero decididos a vengarse en colisiones menores.

Auban estudió la fisonomía de la multitud. De cada cinco, ciertamente dos eran curiosos, que habían venido a disfrutar de un espectáculo raro, iban de buen grado a donde los llevara la policía. Pero seguramente muchos de ellos perdieron su ecuanimidad al presenciar las brutalidades que se cometieron contra él, y al tomar partido por los atacados, se convirtieron en participantes del evento del día en contra de su voluntad. Otra quinta parte la formaba ciertamente la “chusma”: pescadores de aguas turbulentas, carteristas profesionales, rufianes, holgazanes que viven mejor que el honrado trabajador, proxenetas, en fin, de todos los que están siempre a mano, ya que nada los ata. En su mayoría eran muy jóvenes. Como los enemigos

más personales de la policía, con la que están enzarzados en una lucha diaria, no dejaron pasar ninguna oportunidad para vengarse de ellos. Armados con piedras, palos y navajas, infligieron dolorosas heridas a los policías; tras lo cual escapaban tan rápido como un relámpago, desapareciendo entre la multitud sin dejar rastro y emergiendo en otro lugar al minuto siguiente con fuertes aullidos y chillidos, para descargar su despecho de nuevo. Estaban presentes, además, en todos los choques, agravando el tumulto, intensificando la confusión, exasperando la rabia al máximo con sus alaridos salvajes. Sólo quedaban dos quintas partes, que estaban formadas por los que estaban directamente interesados en la tarde de hoy: los que veían en la lucha una acción política importante, los militantes de los partidos radicales, los socialistas, los parados... Y los verdaderamente interesados, personas que no habían sido atraídas por la curiosidad, los espectadores observadores y reflexivos a los que él mismo pertenecía.

Había llegado al extremo sur del lugar, medio empujado. Aquí el hacinamiento era intenso y las masas estaban cada vez más excitadas. Acababan de dar las cuatro: Auban vio las manecillas del reloj de Dent. Al pie de la Columna Nelson se produjo un violento choque. Dos hombres, un líder socialista y un miembro radical del parlamento, se comprometieron a obtener la admisión por la fuerza.

Después de una breve pelea cuerpo a cuerpo, fueron dominados y arrestados.

Auban no podía ver nada más que garrotes y palos balanceándose en el aire, y brazos levantados...

Intentó continuar, pero se encontró con dificultades. La policía montada flanqueaba continuamente el camino entre la columna y el monumento a Carlos I, para mantenerlo despejado. Las masas, apretujadas como estaban, comenzaron a dispersarse en todas direcciones: reunidas en pequeños grupos, llenas de miedo, alrededor de los postes de las farolas; huyó por Whitehall; o fueron empujadas contra las líneas de la policía, que los ahuyentó brutalmente.

Auban esperó hasta que los jinetes hubieron pasado al galope y luego llegó a uno de los cruces donde se sintió seguro junto al poste de una farola. Pero un agente ahuyentó a la multitud reunida aquí. "¡Adelante, señor!" ordenó a Auban. Pero Auban miró con calma el rostro sonrojado del hombre enojado y señaló los caballos que de nuevo venían corriendo hacia él. "¿A dónde?" preguntó. "¿Debo dejar que esos caballos me pasen por encima o correr hacia los palos de tus hombres?" Su tranquilidad le impresionó. Cuando la calle volvió a estar despejada durante medio minuto, llegó sano y salvo a la acera frente al hotel Morley's en el lado este de la plaza.

Allí fue repentinamente agarrado por el brazo. Ante él estaba un conocido inglés. Su cuello estaba rasgado, su sombrero sucio. Estaba en un estado de la mayor excitación. Después de algunas preguntas apresuradas de ida y vuelta, dijo que la larga manifestación del sur también se había dispersado.

Mientras ellos, mantenidos en movimiento por la policía, se mantenían muy juntos para no ser separados, y vagaban de un lado a otro con la multitud en la que estaban aprisionados, el inglés dijo, con prisa sin aliento:

“Nos reunimos en Rotherhithe: las sociedades y clubes radicales y de otro tipo de Rotherhithe, Bermondsey, etc., nos encontramos en nuestro camino con el Peckham Radical Club, las asociaciones de Camberwell y Walworth, y en Westminster Bridge Road también las de St. Georges. Era una enorme manifestación, con numerosos estandartes, bandas de música, adornada con verde, acompañada por una masa interminable de personas a ambos lados, que en el mejor orden atravesó el puente completamente vacío de Westminster.

“Como se acordó, nos reuniríamos con la procesión de Lambeth y Battersea en Bridge Street en la Casa del Parlamento. Luego debíamos marchar en línea recta de sur a norte, Whitehall arriba, hasta este lugar. Imagínese: una sola gran manifestación de imponente longitud, que representa todo el sur de Londres, toda la sección de la

ciudad al otro lado del Támesis, ¡desde Woolwich y Greenwich hasta Battersea y Wandsworth!...

“Pero nuestras dos manifestaciones no se habían unido, no habíamos llegado a Parliament Street, cuando comenzó la batalla. Yo estaba bastante lejos de las primeras filas. ¡Ah, los brutos, galopando en sus caballos hacia nosotros, rompiendo y rasgando nuestras banderas, derribando todo lo que se interponía en su camino!

–Fue una suerte que no llegaras más lejos –lo interrumpió Auban–, porque he oído que los Salvavidas estaban en reserva en Whitehall. Me sorprende que todavía no estén aquí, porque la situación se está poniendo más grave”.

“Pero nos defendimos”, exclamó el otro, “con mi bastón cargado le di una...”

No terminó su frase. Pues una división de la policía empezó a despejar la acera, dispersó a la multitud allí congregada, y al minuto siguiente Auban estaba de nuevo solo. Estaba de nuevo cerca del Hotel Morley; los escalones acababan de ser despejados hasta el último hombre, pero estaban nuevamente ocupados con la rapidez del relámpago. Auban se aseguró una posición elevada...

Desde aquí, el lugar y sus alrededores podían pasarse por alto fácilmente y presentaban una gran vista. Durante cuatro horas, la multitud que se arremolinaba a su alrededor había

ido creciendo constantemente y ahora parecía haber llegado al límite de su tamaño, así como a la culminación de su excitación. Las ventanas y balcones de las casas vecinas estaban ocupadas hasta el último rincón por los espectadores de este espectáculo totalmente insólito y singular y seguían con apasionado interés cada choque entre la policía y el pueblo y aplaudían las brutalidades de los primeros. En los balcones de las casas club que se encontraban enfrente, la dorada juventud de Londres se entregaba al inocente placer, como Auban había observado antes, de escupir a la "multitud", contra cuya ira se sentían tan seguros en su alta posición como en una iglesia...

En el sur del lugar, allí donde las masas surgían por el amplio cauce de las calles como un torrente salvajemente crecido, la situación parecía volverse cada vez más grave. Sin embargo, el tráfico de ómnibus, a menudo interrumpido, continuaba. Rebosantes de gente, los pesados vehículos avanzaban paso a paso. Como barcos, flotaban a través de la negra inundación humana. Encima de ellos había hombres excitados que gesticulaban con las manos en el aire y aprovechaban la oportunidad de decir al menos unas palabras de simpatía a la multitud de abajo. Los caballos y las ruedas hacían paso a enjambres de personas, que seguían a cada vehículo como si fueran colas.

Allí Auban vio de repente una excitación extraordinaria, como una corriente eléctrica, pasando a través de las masas

y acercándose más y más. Más rápido que antes, se dispersaron en todas direcciones, y más fuertes y asustados crecieron los gritos y las llamadas. ¿Qué era?

Aparecieron jinetes.

Y:

“¡Los Guardias de la vida!” exclamaron cien voces. La policía parecía olvidada. Todos los ojos estaban fijos en las corazas relucientes y los cascos empenachados de los jinetes, quienes, en número de unos doscientos, se acercaron lentamente a la Columna de Nelson, luego giraron a la derecha, y en marcha tranquila continuaron camino de la Galería Nacional, pasando los escalones donde estaba Auban.

Un hombre vestido de civil cabalgaba a la cabeza, entre los oficiales al mando, con un rollo de papel en la mano. Y:

“¡La Ley de Disturbios!” exclamaron de nuevo las voces. El representante del corregidor de la ciudad fue recibido con fuertes gritos.

“Todos somos buenos ingleses y ciudadanos respetuosos de la ley; no necesitamos...”, exclamó uno.

“Maldito tonto, guarda tu periódico...” otro.



Justo cuando la tropa pasaba por la escalinata donde se encontraba Auban, escuchó cómo el pesado golpeteo de los cascos sobre el duro pavimento era ahogado por los gritos, los aplausos, los gritos de júbilo de la multitud circundante, y desconfió de sus orejas. ¿Eran realmente señales de aplausos? No era posible. Solo podía ser burla y desprecio. Pero el júbilo de la multitud ante el inesperado espectáculo de aquella lata reluciente, aquella pomposa procesión, fue tan espontáneo, y tan bien calculado el efecto de ésta, que ya no pudo dudar: la misma gente que un minuto antes había combatido a los policías, que los aporrearon y los pisotearon, con el silbido de su odio y el aullido de su rabia, ¡ahora saludaban con un placer insensato a los que habían sido enviados para derribarlos!...

Al principio, Auban había negado con la cabeza con incredulidad. Ahora se rió, y un pensamiento lo asaltó. Dio un silbido agudo. Y he aquí: alrededor de él se levantó el silbato y se llevó más y más lejos, de modo que por un minuto el aplauso fue ahogado por esa señal de desprecio. Y Auban vio que ahora silbaban las mismas personas que antes habían aplaudido.

Luego se rió. Pero su risa pronto dio paso al disgusto que lo embargaba ante la contemplación de aquella estupidez irresponsable.

¡Qué niños tontos! pensó. Recién ahora cruelmente castigados por manos brutales, se extasían –como el niño

sobre su muñeca– sobre los alegres harapos de ese ridículo espectáculo exterior, ¡sin siquiera sospechar el terrible significado del juego infantil!

Cuando resolvió escapar de aquella repugnante farsa abandonando la escalinata y el lugar, llegó a pie el refuerzo de la Guardia de Granaderos con las bayonetas cruzadas, esparciendo por todas partes miedo y salvaje consternación con sus relucientes aceros; los escalones los llenaba el doble de personas aterrorizadas, que por fin –al parecer– empezaban a comprender cuál era el problema, y que tal vez un accidente podría cambiar esta jugada por un giro de la mano en la más mortífera seriedad. Pero todo pareció pasar con una amenaza. Tranquilamente las tropas dieron varias vueltas por el exterior de la Plaza. Solo una vez, cuando Auban ya había llegado al extremo norte de St. Martin's, escuchó un terrible grito de miedo, ahogando el rugido sordo y el tumulto, que se alzaba en medio de la multitud, que estaba siendo empujada por la columna de bayonetas que avanzaba constantemente ocupando todo el ancho de la calle.

¿Qué ha pasado? ¿Alguien había sido apuñalado? ¿Había sido aplastada una mujer en la infinita multitud? La emoción fue tremenda. Ahora, al acercarse el crepúsculo, todos parecían ser presa del vértigo del miedo, aunque sólo unos pocos lograban decidirse a abandonar el lugar.

Auban caminó hacia el Strand. Durante mucho tiempo el ruido detrás de él lo persiguió. Caminó hasta que llegó al final de las multitudes que surgían en un amplio círculo por las calles que rodeaban la Plaza, y donde comenzaba el habitual bullicio. Anhelaba el descanso y la reclusión. Por lo tanto, fue al comedor de uno de los grandes restaurantes ingleses y se sentó allí durante mucho tiempo.

Aquí, sobre el lino níveo de las mesas, brillaba la plata, y las flores exhalaban su perfume, mientras el conjunto se reflejaba en los altos espejos de las paredes. Los invitados, la mayoría en traje de gala, entraron en silencio y ocuparon sus lugares con dignidad, conscientes de la importancia del momento que dedicaban al estudio de los menús. Con pasos inaudibles, los camareros pasaban por el suelo enmoquetado. No se oía nada en esta sala alta y aristocrática con sus colores apagados, sino el ruido sordo de platos y cuchillos, el susurro de colas de seda y, de vez en cuando, una risa suave y melodiosa que interrumpía la conversación que se desarrollaba en voz baja...

Auban cenó con la misma sencillez de siempre, sólo que mejor y a un precio diez veces mayor que el que pagaba por su presencia en estas salas. Y mientras observaba a los comensales, comparaba involuntariamente su aspecto confiado, fácil, elegante, pero monótono e inusitado, con las formas de cuyo seno había salido: las formas pesadas y toscas de la gente a la que el hambre y las privaciones

habían aplastado y muchas veces desfigurado hasta que ya no pudieron ser reconocidos...

Cuando después de una hora de descanso tomó de nuevo la dirección de Trafalgar Square, pasó por casualidad frente a las puertas del Charing Cross Hospital. La entrada, así como toda la calle en la que se encontraba el hospital, estaba densamente concurrida: aquí se recolocaban de nuevo los miembros rotos y se reparaban las cabezas golpeadas, que habían resultado del conflicto en el campo de batalla vecino...

El espectáculo era a la vez serio y cómico: aquí, sostenido por otros dos, venía tambaleándose un hombre, cuyo rostro estaba cubierto de sangre que brotaba de una herida abierta en su frente; allí salía un hombre por la puerta, sus heridas recién vendadas, su un brazo en cabestrillo, pero todavía sosteniendo en el otro su instrumento de viento roto. Aquí cojeaba un policía que se había caído con su caballo; y allí llevaron en una camilla a un hombre que se había desmayado.

Auban se acercó y miró a su alrededor en el vestíbulo del hospital. A lo largo de los muros los enemigos estaban pacíficamente sentados juntos, algunos con sus heridas ya vendadas, otros esperando que uno de los ayudantes, impulsado por el trabajo, se apiadara de ellos.

“Hasta ahora, no hemos tenido lesiones muy graves”, dijo uno de los transeúntes.

¡Qué comedia! pensó Auban. Primero se rompen el cráneo unos a otros, luego dejan que la misma mano los repare, un pasatiempo inocente. Pack schlägt sich, Pack verträgt sich<sup>10</sup>.

Y siguió andando, abriéndose paso con gran dificultad entre la curiosa muchedumbre de la entrada, atraída, por así decirlo, por la sangre fresca, y que sólo dejaba paso a los heridos.

Cuando llegó de nuevo al Strand, una multitud inusualmente numerosa y que gritaba corrió hacia él y lo obligó a detenerse. La policía ahora estaba conduciendo a la multitud hacia las calles laterales...

Sin embargo, no quería volver atrás ahora, cuando las alas de la tarde ya estaban extendidas sobre la tierra, sin haber echado otra mirada al espectáculo, que debía haber asumido un carácter completamente diferente en el crepúsculo.

Así que quería intentar llegar a la Plaza desde el sur; y frente a la estación de Charing Cross, giró a la izquierda por Villiers Street, que conducía al Támesis. Luego pasó por el túnel debajo de la estación de ferrocarril. Hace apenas cinco semanas –una tarde de sábado de octubre, húmeda y fría

---

10 El paquete se golpea solo, el paquete es compatible. [N. d. T.]

como la actual–, viniendo del otro lado del Támesis, lo había atravesado y, agitado por los tristes recuerdos de experiencias anteriores, huyó de él por última vez. Hoy no tenía tiempo para recuerdos.

Se apresuró. Cuando estuvo en Northumberland Avenue, esa calle de los palacios, vio que se enviaban nuevos refuerzos a la plaza desde Scotland Yard, el cuartel general de la policía. Tomó el mismo camino.

Todo en la Plaza presentaba un aspecto cambiado: la Columna de Nelson se elevaba como el dedo gigante de una mano gigante amenazadoramente en la oscuridad; a la derecha estaba la enorme rotonda del Gran Hotel con sus ventanas iluminadas, tras las cuales los curiosos aún no habían desaparecido; silenciosa estaba la superficie interior del lugar, aún ocupada por la policía; y en las calles de los alrededores todavía rugía la lucha, que con la caída de la oscuridad parecía volverse más intensa a medida que se acercaba a su fin...

Las innumerables luces de las linternas destellaron e iluminaron con sus rayos temblorosos las masas oscuras que pasaban salvajemente junto a ellos con prisa febril.

Los Guardias de la Vida todavía cabalgaba por las calles. Inundados por la luz, sus uniformes, sus armaduras, sus pantalones blancos y sus casacas rojas, brillaban en la oscuridad.

Los ataques de la policía, especialmente de la policía montada, se habían vuelto cada vez más insolentes, brutales e injustificables. Cabalgando a toda velocidad entre las multitudes más densas, pisotearon a todos los que no pudieron escapar lo suficientemente rápido, usando sus garrotes contra los que caían y los que yacían en el suelo, sin importar dónde golpearan, en los brazos, los hombros o la cabeza de los indefensos. En un instante los lugares donde no podía haber caído una piedra al suelo, quedaron sembrados de trapos y andrajos, sombreros aplastados, bastones rotos...

No obstante, el cansancio de ambas partes era inconfundible, todos parecían doblemente amargados. Ahora que nada se podía distinguir claramente, los gritos sonaban más bestiales que antes.

Hacia cualquier lado que mirara, Auban veía escenas que le hervían la sangre.

Permaneció de pie, incapaz de moverse, en medio de una multitud petrificada por el miedo, justo al frente. Un anciano buscó refugio con él. Su pelo blanco estaba manchado de sangre. Uno de los jinetes lo perseguía, golpeándolo una y otra vez con su garrote. Auban se abalanzó hacia adelante, pero no pudo evitarlo, porque los que lo seguían lo arrastraron con tanta violencia que él mismo sintió como si estuviera cayendo; la policía había

llegado cabalgando por el otro lado y puso todo en conmoción...

En la entrada de Charing Cross pudo por fin pisar firme una vez más. Los jinetes se dieron la vuelta y regresaron al galope como locos. Auban subió unos escalones.

"¡Londres no ha presenciado tales escenas desde los días de los cartistas!" exclamó un anciano a su lado.

"¡El Príncipe de Gales emborrachó a los sabuesos con brandy, para que nos mataran!" gritó una mujer.

Y realmente parecía ser así. Pero no solo la policía estaba borracha, sino también el pueblo, borracho de rabia y de odio.

A la entrada de la misma calle donde estaba Auban, no lejos del Grand Hotel, se reunía una nueva multitud, claramente decidida a ofrecer resistencia y manteniéndose unida obedeciendo al instinto de un interés común. Una nueva división de la policía, a pie, avanzaba rápidamente. Siguió una loca pelea cuerpo a cuerpo. Las piedras volaron por el aire, los vidrios de las ventanas se rompieron, se escuchó el forcejeo de los combatientes y el golpe sordo de los bastones, gritos y murmullos bajos.

La policía estaba a punto de retirarse. Pero ya las filas montadas llegaron a toda velocidad, y la lucha estaba



decidida. La multitud que huía fue conducida hasta Charing Cross. Una vez más, Auban se dejó llevar irresistiblemente.

Las chispas que los caballos al galope lanzaban sobre el pavimento brillaban en la oscuridad...

Así, el ruido y los conflictos continuarían rugiendo durante otra hora, a lo sumo dos, y luego amainarían; y entonces la batalla, librada a lo largo de toda la línea a favor de la autoridad, llegaría a su fin, y el derecho a la libertad de expresión en Trafalgar Square se perdería para el pueblo para siempre, durante mucho tiempo...

Antes de que Auban abandonara la plaza, una vez más, con una larga mirada, fijó en su mente la imagen de este espectáculo, que nunca olvidaría. Una vez más sus oídos y sus ojos, ambos cansados, bebieron en la extensión oscura del lugar, el mar negro de la humanidad, el correr y rugir de sus mareas, las luces deslumbrantes, los mil tonos de la pasión consolidada en uno; y ya no era ridículo, sino casi terrible, el aullido que parecía salir de una sola garganta.

Auban huyó. Anhelaba descansar. Ansiaba una lucha, diferente a ésta en la que había participado en sus primeros días con tanta pasión como cualquiera, una lucha de cuyo éxito no cabía duda, porque tendría que ser implacable, en la que debían intervenir otras fuerzas. Ser probados aquellos que hoy han luchado juntos en el juego, como si quisieran conocerse unos a otros.

Al entrar en el carruaje que lo llevaría a su tranquila habitación, escuchó las voces estridentes de los vendedores de periódicos que ofrecían a la venta los periódicos de la tarde, que contenían descripciones de lo que había visto en la mañana.

## X. ANARQUÍA

Pasaron las semanas.

El “domingo sangriento” en Trafalgar Square ya no animaba a la gente a discusiones apasionadas. El domingo siguiente, en efecto, una compañía de voluntarios patriotas había venido a ofrecer su apoyo a la policía, pero después de haber estado expuestas algunas horas en la Plaza al escarnio y la burla de la multitud curiosa, que no hizo ningún intento por reconquistar un derecho perdido, tuvieron que regresar a casa, empapados por la lluvia, y sin haber usado sus palos recién torneados.

Después del gran espectáculo, la comedia de la humillación voluntaria; ¡después del “domingo sangriento” el “hazmerreír”!...

La Plaza estuvo y permaneció vacía.

La cuestión de los “desempleados”, por supuesto, no estaba resuelta, pero había sido relegada a un segundo plano y ya no clamaba por una respuesta en los tonos estridentes del hambre.

En Chicago, los cadáveres de los hombres asesinados habían sido seguidos hasta sus tumbas por una efusión sin precedentes de población. Parecía un deseo de expiar un mal.

El tiempo de los grandes acontecimientos había pasado. Todo había vuelto a tomar su curso habitual.

Los días se habían vuelto más fríos y húmedos a medida que el mes se acercaba a su fin.

Auban no había vuelto a ver a Trupp ni a ninguno de sus otros amigos. Sólo el Dr. Hurt lo había visitado de vez en cuando, para “calentarse los pies” y fumar su pipa. Cada vez se acercaban más espiritualmente y se entendían cada vez mejor.

Las reuniones del domingo por la tarde parecían no sólo interrumpidas, sino también suspendidas por completo. Auban tampoco pensó en resucitarlas. Ahora estaba convencido de su inutilidad.

Tampoco había vuelto a asistir a los clubes desde la noche de su charla con Trupp. Y el mayor cambio en su vida:

también había renunciado a sus paseos por los distritos del hambre.

Tenía mucho que hacer. Comenzó ahora con el trabajo de su vida, comparado con el cual todo lo que había hecho anteriormente era solo una preparación.

Para sí mismo había ganado en este momento una pequeña victoria.

La dirección de la compilación francesa, para cuya asistencia había sido llamado a Londres tres años antes, había pasado gradualmente a sus manos. Gracias a su escrupulosidad, circunspección e independencia, la empresa, que ahora se acercaba a su finalización, había tenido un éxito brillante. Aunque se había vuelto indispensable para la editorial, una de las más grandes de Inglaterra, no habían recompensado adecuadamente sus servicios y apenas habían aumentado su salario.

Había esperado mucho tiempo el cumplimiento voluntario de ese deber. Esperó hasta que tuvo todos los triunfos en sus manos. Luego, un día, los entregó y entregó su renuncia, que entraría en vigencia a fines de año.

Siguió una larga entrevista con los dos miembros de la firma. Al estallar su indignación moral por el incumplimiento del contrato que no había sido celebrado por Auban, ni por escrito ni por ninguna palabra de él, sino por ellos, como

afirmaban, solo de "buena fe", Auban había suplicado de ellos para dejar de lado todo sentimentalismo en una transacción comercial. Luego les demostró mediante el uso de cifras que el único servicio que habían prestado en la publicación de la obra consistía en proporcionar el capital, pero que ese servicio había sido tan rentable como para darles las cuatro quintas partes del producto de su trabajo.

Luego, cuando se le pidió que se quedara un cuarto de año más, hasta la finalización preliminar del trabajo, hizo sus demandas: primero, que su salario mensual se triplicara.

“Nunca habían pagado a ninguno de sus empleados tal salario...”

“Nunca, seguramente, ninguno de sus empleados les había prestado tales servicios...”

Además, y ese fue el movimiento principal de Auban por el cual esperaba al menos en cierto grado asegurar su futuro, una parte de las ganancias de cada edición de la obra.

"¿Alguna vez se hizo tal demanda?"

“Eso era irrelevante para él. Estaba en su poder aceptarlo o rechazarlo”.

Hicieron lo primero.

Finalmente, la tercera demanda de Auban; una compensación, en proporción al éxito de su trabajo, por los servicios realizados hasta el momento, pagadera de una vez.

"Eso se parece condenadamente a un chantaje".

Podrían llamarlo como quisieran. ¿Se sorprendieron? ¿No obligaba también a bajar los salarios de sus trabajadores en la medida de lo posible? Se resistirían y, a su vez, los obligaría...

Cuando se fue, los socios rechinaron los dientes. Pero como astutos hombres de negocios, admitieron tácitamente que nunca habían respetado más a Auban que en ese momento...

Auban presentó el contrato, que habían redactado ambas partes, a uno de los mejores abogados, para su examen y aprobación, antes de que lo firmara y se comprometiera por tres meses.

Luego estuvo libre por algún tiempo; y nunca había sentido con tanta claridad cuán necesaria era la independencia pecuniaria para lo que ahora deseaba hacer...

Un cuarto de año y estaba en condiciones de regresar a París. ¡A París! Su corazón latía más rápido ante el pensamiento.

Amaba Londres y lo admiraba, ese maravilloso e inmenso Londres, y amaba París. Pero él lo amaba de otra manera...

Londres empezaba a pesarle mucho con su cielo eternamente gris, su niebla pálida, su oscuridad lúgubre.

Un sol salió. Y ese sol era París. ¡Pronto volvería a disfrutar de sus rayos, que eran tan cálidos, tan animados, tan hermosos!...

Los montones de papeles y folletos sobre Chicago habían desaparecido del escritorio de Auban, y ahora estaba cubierto por obras nuevas, que llenaban sus pocas horas libres.

Tenía claro lo que quería.

Estaba solo: ninguno de sus numerosos amigos había ido con él en los últimos años; ninguno había sido capaz de sacar las últimas conclusiones.

Así que tuvo que dejarlos atrás, él que había avanzado inquieto hacia la libertad.

Pero había establecido nuevas conexiones, y de vez en cuando dirigía sus miradas hacia América, donde una pequeña pero constante y seguramente creciente compañía de hombres excelentes ya se había comprometido durante años en la tarea que en el Viejo Mundo aún no había comenzado.



Se estaba volviendo urgente comenzar aquí también.

Dos circunstancias agravaron las dificultades en el camino de la difusión de la idea de la Anarquía en Europa:

Cualquiera de las dos consideraba a todo anarquista como un dinamitero; o, si hubieran echado un vistazo a la filosofía del nuevo partido, como comunista.

Mientras que en América ya habían comenzado a entrar algunos rayos de luz en los ojos opacos del prejuicio y la parcialidad, en Europa todo seguía velado.

Era necesario, sobre todo, volver a examinar, comprender y explicar el significado mal entendido de la palabra.

A los que aceptaban todo tal como se les ofrecía, y que veían en la Anarquía sólo el caos, y en el anarquista sólo el revolucionario violento, hubo que enseñarles que la Anarquía era, por el contrario, la meta del desarrollo humano, y designaron esa condición de sociedad en la que la libertad del individuo y su trabajo constituyen la garantía tanto de su bienestar como del de la humanidad.

Y a los que con razón no creían en el ideal de la libertad en el comunismo fraterno, se les tenía que demostrar que la anarquía, lejos de ver la libertad en el comunismo y el sacrificio, buscaba, por el contrario, realizarla mediante la eliminación de obstrucciones forzadas definidas y barreras

artificiales. Luego, una vez realizado este primer trabajo preliminar, tosco e ingrato, y después de haber ganado terreno, aunque al principio sólo entre unos pocos, que la Anarquía no es un cielo en la tierra y que los hombres sólo necesitan comprender su verdadera naturaleza y sus necesidades, y no “cambiarla en lo fundamental”, para hacer posible la libertad, la tarea siguiente consistiría en señalar a la institución del Estado como el mayor y único obstáculo en el camino de la civilización humana.

Era necesario mostrar: que el Estado es fuerza privilegiada, y que es la fuerza lo que lo sostiene; que es el Estado el que cambia la armonía de la naturaleza en la confusión de fuerzas; que son sus crímenes los que crean los crímenes; que aquí concede privilegios antinaturales, mientras que allí niega los derechos naturales; que paraliza la evolución competitiva de las fuerzas en todos los dominios, sofoca el comercio y, por lo tanto, socava el bienestar de todo el pueblo; que representa la mediocridad en todas las cosas, y que todo lo que se propone hacer podría hacerse mucho mejor, más satisfactoriamente y con más provecho sin él si se dejara a la libre competencia de los particulares; que una nación es tanto más rica y feliz cuanto menos gobernada; que lejos de constituir la expresión de la voluntad de todo el pueblo, el Estado es más bien sólo la voluntad de quienes están a la cabeza, y que los que están a la cabeza velan siempre por sí mismos y por “los suyos”, pero nunca para aquellos que son lo suficientemente tontos

como para confiarles sus cuidados; que el Estado sólo puede dar lo que primero ha tomado, porque es improductivo, y que siempre da menos de lo que ha recibido, en fin, era necesario demostrar que, tomado en su conjunto, no es más que una inmensa, continuada, desvergonzada artimaña, por medio de la cual los pocos viven a expensas de los muchos, se llame como se llame...

Luego, después de que la fe en el ídolo infalible del Estado había sido sacudida en algunos puntos, y el espíritu de confianza en sí mismo fortalecido correspondientemente, hubo que estudiar las leyes que dominaban la economía social. Había que establecer la verdad de que los intereses de los hombres no son hostiles entre sí, sino armoniosos, si se les diera rienda suelta para su desarrollo.

La libertad del trabajo, realizada por la caída del Estado, que ya no pudiera monopolizar el dinero, limitar el crédito, retener el capital, obstruir la circulación de valores, en una palabra, no controlar los asuntos del individuo, cuando esto se haya convertido en un hecho, el sol de la Anarquía habrá salido.

Sus bendiciones, se sentirían como calor después de la larga noche de frío y necesidad...

Pero no se debe prometer nada. Sólo aquellos que no sabían lo que querían hacían promesas. Era necesario convencer, no persuadir.

Eso requería talentos diferentes de los de la lengua fluida que persuade a las masas a actuar en contra de su voluntad en lugar de dejar la elección de sus decisiones al individuo y confiar en su razón.

Habría que recurrir a todos los conocimientos para demostrar la teoría del credo recién despertado: la historia, para evitar los errores del pasado en el futuro; la psicología, para comprender cómo el alma está sujeta a las condiciones prescritas por el cuerpo; la filosofía, para mostrar cómo todo pensamiento procede sólo del individuo, a quien debe volver...

Después de haberlo hecho todo así, para demostrar la libertad del individuo como culminación del desarrollo humano, quedaba una tarea.

No sólo había que mostrar los fines y propósitos: también había que señalar los mejores y más seguros caminos a través de los cuales se iban a lograr. Considerando la autoridad como el mayor enemigo, era necesario destruir la autoridad. ¿En qué manera?

Esto también fue encontrado. Superior como era el Estado en todos los aparatos del poder y armado hasta los dientes, no podía pensarse en desafiarlo a un combate. Habría sido decidido antes de que hubiera comenzado. No; ese monstruo que se alimenta y vive de nuestra sangre había que morir de hambre negándole el tributo que reclamaba

como algo natural. Tenía que morir de agotamiento, de hambre, lentamente, ciertamente, para estar seguros. Todavía tenía el poder y el prestigio para reclamar su botín, o para destruir a los que debían resistir. Pero algún día se encontraría con una serie de hombres, hombres serenos, tranquilos, intrépidos, que con los brazos cruzados rechazarían su ataque con la pregunta: ¿Qué quieres de nosotros? No queremos nada de ti. Os negamos toda obediencia. Deja que te apoyen quienes te necesitan. ¡Pero déjanos en paz!

Ese día la libertad obtendría su primera victoria, una victoria incruenta, cuya gloria daría la vuelta a la Tierra con la velocidad de la tormenta y gritaría por doquier la voz de la razón como respuesta.

¿Qué más eran las huelgas ante las que temblaban los explotadores que la resistencia pasiva? ¿No era posible que los trabajadores obtuvieran victorias por medio de ellas? ¡Victorias que en vano tendrían que esperar si siguieran confiando en el pérfido juego de los malabaristas políticos!

Hasta ahora, en la historia del siglo a la que se ha recurrido solo en casos individuales aquí y allá, y solo temporalmente con el propósito de asegurar ciertas demandas políticas, la resistencia pasiva, aplicada metódicamente contra el gobierno –principalmente en forma de resistencia a los impuestos– constituiría algún día la bayoneta presentada contra la cual el Estado se desangraría.

¿Pero hasta entonces?

Hasta entonces había que vigilar y esperar.

No había otro camino para llegar finalmente a la meta, sino el de la iluminación serena, incansable, segura, y el del ejemplo individual, que algún día obraría maravillas.

Así, en todo su esbozo, estaba ante Auban la obra a la que decidió dedicar su vida. No sobrestimó su fuerza. Pero confiaba en ello. Porque lo había guiado a través de los errores de su juventud. En consecuencia, no podría ser una fuerza común.

Todavía estaba solo. Pronto tendría amigos y camaradas. Ya se notaba un movimiento anarquista individualista entre los comunistas de París, que defendía la propiedad privada.

Le acababan de llegar los primeros números de un nuevo periódico –fundado evidentemente con escasos medios–, lo que daba brillante prueba de la inteligencia imperante en ciertos círculos laborales de su país natal. La “Autonomie individuelle” se había desprendido del comunismo y ahora era atacada tanto por él como antes por los socialdemócratas. Auban se absorbió en la lectura de los pocos periódicos que estaban imbuidos de un espíritu de libertad que le encantaba...

Un golpe en la puerta lo interrumpió.

Se le entregó una carta. Le pedía el favor de una cita esa misma noche y no llevaba firma. Al principio, Auban quiso dejarlo de lado. Pero después de leerlo por segunda vez, su rostro asumió una expresión más pensativa. Debió haber algo en el estilo de la carta que cambió su decisión, porque miró su reloj y estudió el gran mapa de Londres que colgaba de la pared.

En el ferrocarril subterráneo pasó por Blackfriars desde King's Cross hasta London Bridge. Tuvo que cambiar de coche y, en consecuencia, se retrasó. Sin embargo, llegó a la calle y a la casa indicada antes de la hora señalada. Cuando llamó a la puerta cerrada, se abrió de inmediato.

Auban no necesitó mencionar el nombre que le habían dicho. Murió en sus labios en una involuntaria exclamación de reconocimiento y espanto cuando vio al hombre que le abría la puerta. Ante él se encontraba un hombre que había sido una de las personalidades más temidas y célebres del movimiento revolucionario de Europa, pero cuyo nombre ahora la mayoría de la gente mencionaba con odio y desprecio. Auban hubiera esperado antes ver a alguien más que a este hombre que lo recibió en silencio y ahora lo condujo escaleras arriba en silencio a una habitación pequeña y baja.

Allí, junto a la única ventana, estaban uno frente al otro, y el reconocimiento de Auban se transformó en un sentimiento de profunda agitación cuando vio lo que los

pocos años durante los cuales no lo había visto habían hecho de su antiguo conocido. Entonces su figura había sido erguida y orgullosa; ahora estaba de pie ante él como tambaleándose bajo el peso de un terrible destino. Todavía no había cumplido los treinta y cinco años, su cabello era tan gris como el de un hombre de cincuenta años; una vez su sonrisa había sido tan confiada y convincente que nadie pudo resistirse a ella; hoy fue triste y doloroso ver lo poco que Auban podía ocultar su miedo y su agitación a consecuencia de su cambio de aspecto.

Entonces, como si temiera que las paredes pudieran oírlo, Auban lo llamó por su verdadero nombre, ese nombre que alguna vez fue tan popular, ahora casi olvidado.

“Sí, soy yo”, dijo el otro, y la sonrisa triste no desapareció de sus labios. –¿No me habías vuelto a conocer, Auban?

Auban se sacudió la emoción con un esfuerzo.

“¿De dónde vienes? No sabes”

"Sí, lo sé; están en todas partes pisándome los talones, incluso aquí en Inglaterra. En Francia me extraditarían, y en Alemania me enterrarían de por vida, si me detuvieran. Aquí tampoco estoy seguro. Pero tenía que venir aquí una vez más antes de desaparecer para siempre. Sabes por qué"



Ciertamente, Auban lo sabía. Sobre este hombre yacía la terrible sospecha de haber traicionado a un camarada. Auban no pudo determinar cuánto, qué poca verdad había en esa sospecha. Había sido pronunciado por primera vez por los socialdemócratas. Pero tantas mentiras deliberadas acerca de los comunistas se habían originado de esa fuente, que esta también podría haber sido hecha de tela. Luego había sido repetido por una facción hostil en su propio campo. El acusado no había respondido. Pero si no quería o no podía: en resumen, a pesar de muchas palabras, el asunto nunca se aclaró del todo. Pero era del todo imposible hacerlo en público; demasiadas cosas tendrían que ser suprimidas para que el enemigo no las escuchara, demasiados nombres tuvieron que permanecer sin mencionar, demasiadas relaciones intactas que deberían haber sido discutidas a fondo, para permitir al acusado la esperanza de rehabilitarse definitivamente a los ojos de todos.

Tal era la maldición de la esclavitud con que una falsa política ataba a unos y a otros, de modo que ninguno podía girar y moverse a su antojo.

Aunque fue atacado por todos lados, todavía podría haber continuado su trabajo entre el antiguo círculo de camaradas, si él mismo no se hubiera vuelto vacilante. Entonces, un día quemó todos los puentes detrás de él y desapareció. Su nombre fue olvidado; lo que había hecho quedó en el

olvido, después de que su gran influencia, que había sido fascinante donde se había hecho sentir, había desaparecido con su persona.

Auban lo sabía, y dijo, por lo tanto:

"¿Tu viaje fue inútil?"

"Sí", fue la respuesta, y su voz era tan sombría como sus ojos, "fue inútil".

Completamente abatido, bajó la cabeza y continuó en voz más baja, como si se avergonzara tanto de su regreso como de su cobardía:

"No podía soportarlo más. Estuve solo dos años. Entonces decidí regresar y hacer un último intento de justificarme. Ellos no me creen. Nadie me cree..."

"¡Entonces cree en ti mismo!" –dijo Auban con firmeza.

"Hoy pensé en ti. Me hablaron de ti. Te criticaron por seguir tu propio camino. Y, en verdad, eres el único que ha conservado su libertad en la confusión. Te agradezco que hayas venido.

Parecía exhausto, como si esas pocas palabras lo hubieran cansado. Tres años antes había sido un orador brillante, que podía hablar durante tres horas sin mostrar signos de fatiga.

Auban estaba profundamente agitado. Con mucho gusto le habría dicho que le creía. Pero, ¿cómo podría hacerlo sin volverse deshonesto? Todo el asunto había permanecido casi desconocido para él, por mucho que hubiera oído hablar de él. El otro pareció sentirlo.

Tendría que contarte toda la historia para que puedas emitir un juicio. Pero eso requeriría horas, y tal vez sería inútil de todos modos. Solo hasta cierto punto, y esto puedes creerlo: cometí un error, pero soy inocente del crimen del que se me acusa. Además, descuidé hacer muchas cosas en mi defensa que debería haber hecho inmediatamente. Ahora es demasiado tarde.

El miro su reloj.

“Sí, requeriría horas, y no tengo media hora libre. Me voy hoy.

"¿Dónde?" preguntó Auban.

“Primero, remontaré el Támesis con un bote. Y luego –sonriendo tristemente, hizo un movimiento con la mano en el espacio–, y luego más allá, a cualquier lugar... –Tomó una pequeña maleta que estaba empacada a su lado.

“No tengo nada que hacer aquí; vamos, Auban. Acompáñame al puente, si no está fuera de tu camino.

Salieron de la habitación y de la casa sin que nadie los cuidara. Caminaron en silencio hasta el Puente de Londres.

Pero mientras cruzaban el puente, estalló la ira reprimida del marginado.

“Di todo lo que tenía a la causa: toda mi juventud y la mitad de mi vida. Después de quitarme todo, no me dejó nada, ni siquiera la creencia en sí mismo”.

“Todavía te queda media vida para recuperar en su lugar la creencia en ti mismo, la única creencia que no tiene decepciones”.

Pero el otro negó con la cabeza.

"Mírame; ya no soy lo que era. He desafiado todas las persecuciones, el hambre, el odio, el encarcelamiento, la muerte; pero ser ahuyentado como un perro rabioso por aquellos a quienes amaba más que a mí mismo, es más de lo que puedo soportar. ¡Ah, estoy tan cansado! –¡Qué cansado! –¡Qué cansado!..."

Entró en uno de los lugares de descanso del puente y se dejó caer en un banco, mientras la corriente humana continuaba. Auban se sentó a su lado. El tono con que el desdichado repitió las últimas palabras lo agitó de nuevo hasta lo más profundo. Y mientras la vida grandiosa detrás de ellos se extendía sobre el puente, él le habló, para darle

tiempo de recobrase, de sus propias experiencias y lecciones tristes, y cómo su fuerza, sin embargo, se mantuvo inquebrantable y su coraje impávido desde que se encontró de nuevo y, parado sobre sus propios pies, haciendo y dejando lo que le placía, sin depender de ningún partido, de ninguna camarilla, de ninguna escuela, ya no permitía que nadie interfiriera en su propia vida.

Pero el otro se sentó indiferente. Sacudió la cabeza y miró al frente.

De repente se levantó de un salto, agarró su equipaje, señaló el caos de barcos y murmuró algunas palabras incomprensibles.

Entonces, antes de que Auban pudiera responderle, lo abrazó con vehemencia y se alejó rápidamente, haciendo una señal con la mano de que no deseaba que lo acompañara más...

Auban lo observó mucho tiempo.

Sacrificio tras sacrificio, y todo en vano, pensó. Durante mucho tiempo vio ante sí el rostro envejecido y los cabellos grises del hombre perseguido, que –vagabundo inquieto– se enfrentaba a un mundo extraño, sin fuerzas y sin coraje para continuar una vida que lo había engañado.

Empezó a atardecer.

El sol bajó.

Dos inmensas corrientes humanas cruzaron el Puente de Londres; rodaron de un lado a otro, traqueteando y resonando, dos filas ininterrumpidas de vehículos.

Las aguas negras del Támesis fluían perezosas.

Auban se puso de pie contra la barandilla del puente y, mirando hacia el este, contempló el gran cuadro que se le presentaba: Por todas partes, a ambos lados del arroyo, torres, pilares, chimeneas, campanarios de iglesias se alzaban sobre el mar de casas... Pero debajo de él un bosque de mástiles, postes, velas... A la izquierda Billingsgate, el gran y famoso mercado de pescado de Londres... Más allá, donde se elevan las cuatro torres, la estructura oscura y lúgubre de la Torre. Con un resplandor rojizo el sol poniente, el sol pálido y cansado de Londres, se posó en sus ventanas unos minutos; entonces también su luz se extinguió de repente, y un crepúsculo gris trazó sus rayos alrededor de las masas oscuras de los almacenes, los cuerpos gigantes de los barcos, los pilares del puente...

En el reloj de los edificios de Adelaide ya eran las siete, pero aún no se había completado la tarea de descargar el gran vapor oceánico a los pies de Auban. Largas filas de hombres fuertes transportaban cajas y fardos sobre puentes de madera oscilantes hasta la orilla. Sus frentes, cabezas y cuellos protegidos contra la presión aplastante de sus

pesadas cargas por cojines de formas extrañas, parecían bueyes en el yugo mientras se tambaleaban bajo su peso...

Una extraña sensación se apoderó de Auban. Así era Londres, el Londres inmenso, que cubre setecientas millas con sus cinco millones de seres humanos; así era Londres, donde nacía un hombre cada cinco minutos, donde moría uno cada ocho... Así era Londres, que crecía y crecía, y ya inconmensurable, parecía aspirar al infinito...

¡Ciudad inmensa! Como una esfinge, se extendía a ambos lados del río, y las nubes de humo, vapor, ruido que vomitaba, cubrían como velos su cuerpo jadeante...

Luces tras luces comenzaron a destellar y mezclaron la calidez de su resplandor con la humedad de la niebla. Sus reflejos rojizos temblaban a través del crepúsculo.

El Puente de Londres tronaba y resonaba bajo las cargas que soportaba.

Así, día tras día, semana tras semana, año tras año, rugía aquella poderosa vida que nunca se cansaba. Los latidos de su corazón se hicieron cada vez más febriles, las hazañas de sus brazos cada vez más poderosas, los planes de su cerebro cada vez más audaces.

¿Cuándo alcanzaría la cima de sus aspiraciones? ¿Cuándo descansaría?

¿Era inmortal?

¿O también estaba amenazado por la destrucción?

Y nuevamente Auban los vio acercarse, las nubes de ruina que enviarían el relámpago que encendería esta masa de material inflamable.

Londres, incluso tú no eres inmortal... Eres genial. Pero el tiempo es mayor...

Se hizo más y más oscuro.

Luego se volvió hacia el norte, y mientras caminaba con sus pasos largos y pesados, apoyado en su bastón, muchos transeúntes miraban la forma alta, delgada y orgullosa, en torno a la cual balanceaba su capa suelta.

Y a medida que Auban cruzaba calle tras calle, y se acercaba cada vez más a su morada, ya había superado la agitación de las últimas horas, y una vez más las alas de su pensamiento volaban inquietas en torno a la ansiada luz de la libertad.

Lo que aún descansaba en el útero del tiempo como un germen pero acaba de fructificar: ¿cómo se desarrollaría y qué forma tomaría?

De una cosa estaba seguro.



Sin dolor iba a tener lugar, este nacimiento de un mundo nuevo, si iba a vivir.

La cuestión social era una cuestión económica.

Así, y de ninguna otra forma, se podría solucionar:

Con el declive de la autoridad del Estado, el individuo se vuelve cada vez más autosuficiente. Escapando de los hilos conductores del paternalismo, adquiere la independencia de sus propios deseos y acciones. Al reclamar el derecho de autodeterminación sin restricciones, apunta primero a anular y dejar sin efecto todos los privilegios pasados. De ellos no quedó nada más que un enorme montón de papel mohoso. La tierra que queda vacante y que ya no se reconoce como propiedad de quienes no viven en ella, es utilizada por ocupantes posteriores. Hasta ahora sin cultivar, ahora da fruto y grano y nutre abundantemente a un pueblo libre. El capital, incapaz de seguir engordando con el sudor del trabajo ajeno, se ve obligado a consumirse a sí mismo: aunque aún mantiene al padre y al hijo sin obligarlos a dar la mano, el nieto ya se enfrenta a la alternativa de morir de hambre o deshonorar la “gloria de sus padres” trabajando. Pues la desaparición de todos los privilegios acarrea para el individuo el deber de la responsabilidad. ¿Será para él una carga más pesada que los mil deberes hacia los demás con los que hasta ahora el Estado cargaba a sus ciudadanos, la Iglesia a sus miembros, la moralidad a los justos?

No había más que una solución a la cuestión social: dejar de mantenerse en dependencia mutua, abrirse a uno mismo y, por tanto, a los demás, el camino de la independencia; ya no hacer el ridículo reclamo de los fuertes: "¡Hazte débil!", no para exhortar a los débiles por fin: "¡Hazte fuerte!" ya no confiar en la ayuda "de arriba", sino finalmente confiar en los propios esfuerzos.

El siglo XIX ha depuesto a "nuestro Padre que está en los cielos". Ya no cree en un poder divino al que está sujeto.

Pero sólo los hijos del siglo XX serían los verdaderos ateos: escépticos de la omnipotencia divina, tuvieron que empezar a poner a prueba la justificación de toda autoridad humana mediante la crítica implacable a su razón.

Estarían imbuidos de la conciencia de su propia dignidad. En lugar de buscar su orgullo como hasta ahora en la sujeción, la humildad, la devoción, considerarían el mando como presunción, la obediencia como sacrificio, y cada uno como una deshonra que el hombre libre desprecia...

La raza, mutilada, podría requerir mucho tiempo para recuperar su crecimiento natural y el porte erguido del orgullo.

Auban no era un soñador. Al plantear las exigencias de la libertad, no pedía del tiempo su realización inmediata. Los grandes cambios de los órganos sociales probablemente

requerirían siglos antes de que alcanzaran la condición normal de igualdad de oportunidades para todos.

El desarrollo hacia la libertad duraría más, más poderosa y triunfante se volvería la gran corriente de oposición de la autoridad.

La violencia retrasaría en todas partes la causa pacífica del desarrollo. Era inevitable. El odio, la ceguera, la falta de confianza, eran demasiado intensos en ambos lados para hacer colisiones imposibles que harían temblar la tierra de terror.

La naturaleza de las cosas debe seguir su curso.

La lógica de los acontecimientos neutralizó el deseo de lo imposible.

Siempre y para siempre, las locuras deben pagar su tributo a la experiencia antes de que salga a la superficie.

El socialismo fue la última estupidez general de la humanidad. Había que pasar esta última estación de sufrimiento en el camino a la libertad.

Hasta entonces no pudo ser clavado en la cruz el Dios de la ilusión.

No hasta que toda fe quedase estrangulada por tierra y ya no diese alas a ninguna esperanza a escalar los cielos. No

hasta entonces no llegaría el momento del verdadero “reino en la Tierra”: el reino de la felicidad, de la alegría y de la vida exuberante que era la libertad...

Pero la libertad tenía también un poderoso aliado: las disensiones en el campo de sus enemigos.

Por todas partes divisiones; disturbios por todas partes; en todas partes miedo; ¡y por doquier el clamor por más autoridad! ¡Autoridad, autoridad! era la panacea para curar todos los males. Y los ejércitos brotando de la Tierra, las naciones armadas hasta los dientes, y el pavor del futuro sangriento espantando el sueño de los ojos de los que veían.

Los gobernantes ya no sabían qué hacer. Como aquel general de la antigüedad, ordenaron azotar el mar que inundó la cubierta con sus olas y amenazó con ahogar a todos a bordo.

Eran inevitables guerras en cuyos torrentes de sangre los detentadores del poder intentarían extinguir las llamas de la revuelta popular, guerras como el mundo nunca había visto...

¡El crimen y la injusticia se habían acumulado demasiado, y terrible sería la venganza!

Entonces, después del caos de las revoluciones y la matanza de las batallas, cuando la Tierra desolada se

hubiera derrumbado por el agotamiento, cuando la experiencia más amarga hubiera destruido la última fe en la autoridad, entonces, tal vez, se comprendería quiénes eran y qué eran y que querían, ellos, los solitarios, que en la confusión que los rodeaba confiaban en la libertad, tranquila y serena, a la que llamaban por el nombre de Anarquía...

¡Cómo bramaba y rugía ese Londres! ¡Cómo latían sus pulsos cada vez más rápido con la llegada de la noche! ¿Qué significaban esas mil voces?

Más y más había oído Auban, hasta que llegó a su morada.

Ahora estaba de nuevo en la quietud apartada de su habitación, de la que había salido hacía sólo unas horas.

El fuego aún brillaba en la chimenea.

Pero antes de reanudar su trabajo, acercó una silla y se sentó un rato, con las manos estiradas hacia el calor e, inclinadas hacia delante, contemplando el resplandor.

Una gran alegría, casi abrumadora, como nunca antes había sentido, lo invadió.

Las paredes de su habitación, las nieblas de Londres, la oscuridad de la noche, todo desapareció ante la imagen que vio:

Ha pasado una larga noche.

Lentamente el sol se eleva sobre los techos de las casas dormidas y los campos en descanso.

Un vagabundo solitario pasa por la extensión.

El rocío de la noche todavía tiembla sobre la hierba al borde del camino. En los bosques de las laderas se escuchan los primeros cantos de los pájaros. Sobre la cima de las montañas vuela el primer águila.

El vagabundo camina solo. Pero no se siente solo. Se le comunica la casta frescura de la naturaleza.

Siente: es la mañana de un nuevo día.

Luego se encuentra con otro vagabundo. Y otro. Y se entienden por sus miradas cuando se cruzan.

La luz sube y sube.

Y el caminante madrugador abre los brazos y lo saluda con el grito liberador de la alegría...

Auban también.

El caminante de la madrugada al romper el nuevo día era él.

Después de una larga noche de error e ilusión, caminó por una mañana de luz.

El sol de la verdad había salido para él, y se elevaba más y más alto.

Tendrían que pasar siglos antes de que pudiera surgir la idea de la anarquía.

Había que pasar por todas las formas de esclavitud. Siempre buscando la libertad solo para encontrar el mismo despotismo en las formas cambiadas, así se tambaleó la gente.

Ahora se encontró la verdad para condenar todas las formas que eran fuerza. La autoridad comenzó a ceder.

La salvaje persecución se acercaba a su fin.

Pero todavía era necesario luchar, luchar, luchar, ¡no cansarse y nunca desesperarse!

No se trataba de una cuestión de objetivos transitorios. La felicidad de la libertad que había que conquistar era imperecedera.

Como el vagabundo era Auban.

Y como el caminante madrugador también abrió los brazos, saludó al futuro con el grito de alegría, y lo llamó con el nombre inmortal: ¡Anarquía!...

Luego retomó su trabajo.

Sobre sus rasgos delgados y duros yacía una sonrisa tranquila, magnánima y confiada.

Era la sonrisa de la invencibilidad.





## APÉNDICE

### JOHN HENRY MACKAY <sup>11</sup>

Entre los poetas modernos de marcada personalidad, John Henry Mackay ocupa sin duda un lugar destacado. Seguramente la tarea de rastrear el desarrollo de esta individualidad del poeta no está exenta de encanto. La vida

---

11 Estudio literario, de Gabriele Reuter. Traducido de “Die Gesellschaft”.

personal, que en todos los casos reacciona poderosamente sobre las obras de un hombre, aquí apenas puede tocarse y, en consecuencia, no puedo ofrecer un cuadro plástico, sino sólo un reflejo.

Con unas pocas excepciones, los poemas de Mackay hasta ahora han sido tan completamente líricos, tan enteramente la expresión de un estado de ánimo interno y tan poco dirigidos al público, que solo pueden entenderse y apreciarse en su conjunto. Para deleitarse con la rara belleza, sorprenderse con las ideas originales y salvadoras, uno debe dejar que su pensamiento y su vida anímica lo absorban con seriedad y sin prejuicios. Esto es especialmente cierto en el último y, para el público en general, el libro más incomprensible de Mackay, "Das starke Jahr" (El año fuerte). El siguiente estudio está destinado principalmente a servir como una introducción al espíritu de esta notable colección de poemas.

John Henry Mackay nació el 6 de febrero de 1864 en Greenock, Escocia. Tras la muerte de su padre, su madre, una señora de Hamburgo, volvió a Alemania con su hijo de tres años. Recibió una educación universitaria alemana, que inflamó su heredado espíritu de independencia británico y hamburgués hasta tal rebelión furiosa que dio lugar a la preciosa serie de canciones, "Moderne Jugend" (Juventud Moderna).

Los estudios en Leipzig, una estancia en Berlín, viajes por Escocia, Inglaterra, España y Francia, dieron al joven una idea general del estado contemporáneo de la civilización europea. Después Mackay vivió principalmente en Zúrich.

Es característico del poeta que el nacimiento y sus condiciones le hicieran cosmopolita mucho antes de que se declarara tal por principio. ¿A qué país, en efecto, debería dedicar sus sentimientos patrióticos? Pertenece a esa clase de hombres que son extranjeros en todas partes. A pesar de su extracción y de su nombre, no se le puede clasificar con los cantantes ingleses. A pesar de su perfecto dominio de nuestra lengua, en cierto sentido tampoco es un poeta alemán. Para explicar esta afirmación, basta señalar, en contraposición a él, a Bleibtreu y Wildenbruch. En sus excelencias y en sus defectos estos son auténticos alemanes; con todas sus diferencias son uno en su entusiasmo por el espíritu del nacionalismo. Este elemento es totalmente ajeno a Mackay; sí, él es directamente hostil a él. En un momento en que el espíritu de patriotismo domina la opinión pública, tendremos que mirar a esta circunstancia por una de las razones que, por mucho tiempo, impedirán el reconocimiento de Mackay entre la mejor clase de personas.

Que el poeta, sin embargo, no carece de una gran medida de cálido amor por su tierra natal, por el suelo en el que el niño disfrutó por primera vez del sol, el aire y la belleza

mundana, lo ha demostrado en su primera obra, "Die Kinder des Hochlands, eine Geschichte aus Schottlands Bergen" (Los hijos de las tierras altas. Una historia de las montañas de Escocia). Mackay también rindió un delicado tributo de juvenil gratitud a nuestros clásicos por la fructificación de su genio poético en un pequeño volumen de "Thüringer Lieder" (Canciones de Turingia).

En Ilmenau encuentra un eco melodioso de la cepa inmortal: "Ueber allen Gipfeln ist Ruh". Y con un sentido de poder innato también en él, deja los lugares dedicados a la memoria de la grandeza pasada con la exclamación:

*... Doch ich trage voll von Hoffen  
Eine Welt en el fuerte de mir mit.<sup>12</sup>*

Todo honor al entusiasmo por Goethe y Schiller; para los poetas ingleses –Byron, Shelley, Swinburne–, Mackay parece estar aún más en deuda con la forma de expresión.

Su propio mundo se nos abre por primera vez en los "Dichtungen" (Poemas), publicados en 1886.

¡Un mundo encantador y juvenil!

---

<sup>12</sup> ... Pero estoy lleno de esperanza / Un mundo en el futuro conmigo.

Aparte de una serie de imágenes de la vida tomadas con la intuición del poeta genuino ("Unschuldig verurteilt", Innocently Condemned, "Martha" y "Einsames Sterben", Lonely Dying), el libro describe los sentimientos naturales de un joven que acaba de pasar la niñez. Los cantos de amor llevan el sello inconfundible de las inclinaciones a la vez visionarias y transitorias del joven estudiante. El poema "Glückliche Fahrt" (Viaje feliz) describe el dolor de la madre por la partida de su hijo al mundo. Los sentimientos del corazón de una madre en esta hora pesada se expresan con una verdad tan tierna que uno se inclina a inferir la relación especialmente íntima que existe entre madre e hijo. ¿Es el inconsciente exhalado, la influencia inconscientemente inhalada de una mujer amada filialmente lo que luego le dio al hombre el poder de la forma noble, el sentimiento puro que Mackay siempre manifiesta cuando trata los temas más difíciles con libre inspiración?

En el "Dichtungen" ya se encuentran todas las cualidades de su individualidad: la inclinación a lo grosero, lo extraño, el odio apasionadamente fanático de todo poder tiránico, y junto con ello la profunda vida del alma, un amor por la naturaleza que rastrea sus bellezas más ocultas, un poder que sabe reflejar los matices más finos de ese algo indefinible que llamamos estado de ánimo. Sobre todo, Mackay posee un sentimiento y un lenguaje para el sufrimiento humano que le otorgan un lugar junto a los más grandes cantantes de la aflicción del mundo.

Pero todo esto hasta ahora sólo está indicado, tal como uno reconoce los rasgos del hombre adulto en una fotografía antigua de un niño.

Los “Dichtungen” aún no contienen nada que los buenos padres y madres, las tías cultas, los ciudadanos leales no puedan perdonar a un joven talento ardiente y aspirante. Las cosas ligeras juegan en él, pero la tormenta aún puede convertirse en una lluvia campestre suave y benéfica.

Los murmullos del trueno se vuelven más siniestros en el poema social “Arma parata fero”<sup>13</sup>, que apareció en 1887. Es muy probable que le costase a Mackay muchos amigos y mecenas. De hecho, llama una fuerza de encendido en los versos melodiosos que supera con creces todo lo que el poeta ha logrado hasta ahora; pero por eso mismo también son doblemente peligrosos.

Con este canto toma las armas, para no volver a dejarlas; se convierte en un campeón lúcido de los derechos de los oprimidos; se llama a sí mismo el portavoz de la libertad.

Entre las obras reseñadas, a las que hay que añadir un intento de tragedia, “Anna Hermsdorf”, y los estudios novelísticos “Schatten” (Sombras), y las obras posteriores de Mackay, hay un período importante. Evidentemente estamos aquí en presencia de uno de esos misteriosos puntos de inflexión que ocurren en el desarrollo de toda

---

13 Tendré mis armas listas.

mente superior, y en los cuales cambios tan abruptos parecen tener lugar dentro de ella como en el verdor de la tierra después de ciertas noches de primavera húmedas y cálidas. En efecto, si todo se pone verde de repente, es porque los capullos estaban a punto de reventar. En el año 1888 Mackay publicó, a través de Baumert y Ronge, en Grossenhain y Leipzig, una colección de novelas, "Moderne Stoffe" (Temas modernos), y un segundo volumen de poemas. Este último lo llamó "Fortgang". Al mismo tiempo aparecieron dos libros en Schabelitz's en Zürich, de forma anónima, "Helene" y "Sturm" (Tormenta) de los que John Henry Mackay muy pronto se confesó autor.

Aquí vemos una cosecha asombrosamente rica, que parece imposible haber madurado en un solo año. ¡Esas deben haber sido marcas de vida, de poder creativo!

Los cuatro libros van juntos, aunque cada uno forma un todo independiente.

La promesa, *¡Arma parata fero!* se mantiene.

Lo que confusamente amanece sobre otros desde reinos distantes, se encuentra ante el ojo clarividente del profeta en una realidad clara y próxima. Y mide el presente por el ideal de un futuro iluminado por la libertad. Se atreve a ver lo que los hombres deben vivir, y es más fuerte que el joven schilleriano ante el cuadro de Sais. La vista de la verdad no lo ha paralizado. Encuentra palabras poderosas para

proclamar a todo el mundo lo que la mitad de la humanidad debe sufrir para que el resto pueda disfrutar, a fin de despertar de la indulgencia perezosa y la resignación torpe, para aterrorizar y alentar.

Característico de esta época es el epílogo con el que se cierra "Fortgang":

"¡Luchar alegremente hasta la meta!"  
Amigo, esto son solo palabras.  
No juegues con notas vacías  
Debes seguir un rastro claro.  
Cuando alguna vez tengas una meta  
un esfuerzo,  
Si no hay límite para el mundo  
Su propia vida corta  
Audaz y vigorosamente será asumida  
¿Y por qué pelear en la tierra?  
Si no gana nadie:  
todos seremos mas felices  
¿Cuándo éramos, cuándo seremos?  
"Freudig" lucha contra los delirantes  
Y el sirviente en un camino ciego.  
Escuchó las voces de lástima  
Luchando en el dolor amargo solamente.  
Sobre los moribundos y los cadáveres  
tal vez su deseo se vaya



Y su objetivo, dará paso a él.  
Viendo más y más lejos.

La descripción de los destinos de las mujeres, tal como se ilustra en los personajes contenidos en "Moderne Stoffe" y "Helene", nace de una compasión infinita.

Estas chicas no tienen nada de la sensualidad demoníaca, nada del sentimentalismo de la "inocencia caída" con la que a la mayoría de los escritores les encanta investir a tales figuras. Son pobres, atribuladas, temblorosas, desesperadas esclavas del pecado de los demás. Me parece que a muchas jóvenes de la burguesía les haría mucho bien leer la historia de esta Hedi, de esta Maxl' y de la cantante de salón de baile Helene, para dejar de lado su altivo desprecio por tan pobres criaturas cubiertas de polvo.

Mackay tiene el don de dibujar a las chicas de la gente común de manera muy atractiva con los medios más simples. La historia de la valiente camarera Maxl' y su trágica derrota es una joya del arte narrativo moderno. El frío desdén con el que se describe al héroe de buena familia Hans Grützmeier nos lleva a esperar aún más del autor en el terreno de la sátira.

Más grande en concepción, más valioso por su forma y más abrumador por su ardiente pasión es el poema épico "Hélène", escrito en rima asonante.

Trata del amor de un joven de clase alta por una chica que desaparece tras un encuentro casual. Y luego la encuentra de nuevo en la triste vocación antes mencionada, que ella asumió no por elección, sino a la que la llevaron condiciones deplorables.

¡Amor, amor, nada más que amor! ¡El júbilo de la alegría joven, los suspiros del deseo lánguido, la lucha con la desesperación y el dolor que despierta de nuevo la esperanza al furor de la pasión más salvaje! Y luego la separación y su caída –peor que la muerte– y una maldición lanzada al aire por el hombre que la ve a la deriva río abajo –cada vez más y más lejos– y que permanece en la orilla y no puede ayudarla.

¿Qué diré de la belleza de sus líneas, de su resplandor de pasión, de sus estados de ánimo cambiantes, de su clímax? –Quien haya vivido las alturas y las profundidades de una gran pasión, sentirá por el renacimiento de todos los recuerdos dolorosos cuán verdadero es este libro; y quien no los conozca, que no lea "Helena", porque su contenido le parecerá una locura.

Se podría tomar la excepción de que el objeto de un sentimiento tan grandioso es poco digno de él, pero ¿cuándo pasó el amor por la regla de la respetabilidad de la clase media? Es de suponer que los levitas y otros personajes ilustres del pueblo de Israel en su tiempo tampoco consideraron digna de él a la pastora, a quien el

cantor real Salomón dedicó su cántico. Y, sin embargo, era el cantar de los cantares, y la sulamita se convirtió en el símbolo de la novia celestial. Cada época tiene su heroína típica. La Edad Media, cuando florecía el feudalismo, cantaba a las reinas; Beatrice y Laura eran al menos damas nobles. Cuando la burguesía recordó sus derechos, y las nubes de la revolución de 1789 asomaban en el horizonte, Lotte, la pura doncella de la clase media, inflamaba de emoción todos los corazones. Helene, la chica proletaria cubierta de inmundicia e inocentemente arruinada, ¿no será la heroína del futuro amenazante?

Que el corazón de un hijo de la casta dominante, la casta que contribuyó no poco a causar su ruina, se rompa por ella, da al poema el efecto de una profunda tragedia.

“¡He muerto, pero viviré!” Mackay deja decir a su héroe, después de haber renunciado a la juventud y la felicidad. Estas palabras están cargadas de un significado de largo alcance.

Algunos de los hombres que hoy socavan a la burguesía con su lápiz y su pluma, con su palabra y su pincel, que honran los derechos del cuarto estado, ya sea a través de la representación artística de su vida, sean a través de gritos de guerra inequívocos, son los hijos desafiante y enérgicos de la propia burguesía gorda y canosa. Tal es la Némesis de la historia universal. César murió a manos de Bruto –el absolutismo de la Iglesia Católica fue derrocado por un

monje- y Mirabeau era descendiente de la aristocracia francesa. Casi siempre los insurgentes se han nutrido y equipado para su obra de destrucción con las mejores fuerzas de las clases dominantes en decadencia.

Los artistas y escritores naturalistas y sociales de la actualidad también han heredado de la burguesía los resultados de la ciencia y el espíritu refinado que les permite, ahora que la época les ha abierto los ojos, sentir los sufrimientos de sus hermanos con tanta intensidad y representarlos tan poderosamente.

Un poeta que con una imaginación creadora y un corazón tan amante de la humanidad ha hecho los estudios que florecieron en "Moderne Stoife" y en "Hélène" debe ser llevado a una loca rebelión.

Después de que Mackay pudiera escribir "Helene", debe escribir "Sturm". Y los poemas de "Fortgang" son solo los intervalos más tranquilos entre el huracán y su extinción.

Mackay ha roto con su pasado y con el viejo mundo. Con ira titánica hace temblar los cimientos sobre los que la sociedad imagina que vive segura. Con valor sublime, lanza poderosos cánticos de guerra contra el odiado orden del mundo.

Por supuesto, el libro estuvo prohibido.

Es derecho de la sociedad civil defenderse por todos los medios contra un enemigo que predica el derrocamiento de todo lo existente en un lenguaje tan magnífico.

La tristeza melancólica que se cierne sobre las canciones de los "Fortgang", los lamentos sobre la gélida soledad en la que habitan los buscadores de la verdad, solo ahora son comprensibles. Entendemos que, con este poeta que es demasiado profundo, y con toda su piedad demasiado orgulloso para entregarse a los favores rápidamente cambiantes de las masas, y que ha roto para siempre con el aplauso de su propia casta, no son meras figuras poéticas, sino amarga realidad.

"Fortgang" es un libro serio, rico, un tesoro para gente poco común. El observador solitario adquiere una mirada aguda por los acontecimientos que le rodean, en los que ya no toma parte activa. Los resultados de tales observaciones se convierten en pequeños bocetos brillantes y psicológicamente interesantes del poeta del "Fortgang". De estos enumero los mejores: "Ehe" (Matrimonio), "Die Knechtin" (La chica contratada), "Der Wahre" (El hombre verdadero), "Frühlingswind" (Brisas primaverales), "Liebe" (Amor), "In der Gesellschaft" (En sociedad).

Hay en Mackay una combinación peculiar de una razón clara y escéptica con una imaginación que se eleva hacia los reinos de lo incognoscible. Sus fantasías a veces bordean el

morbo. Sin embargo, cuando trata de desterrarlos, el poeta se muestra quizás en su mejor momento.

Un año después de los cuatro libros que acabamos de reseñar, Mackay publicó un pequeño volumen de traducciones de poetas ingleses y estadounidenses. Contiene mucho que es hermoso y realizado con éxito; sin embargo, con la excepción de “Arizonian” de Joaquín Miller, no puedo calificarlos tan bien como las producciones poéticas del propio Mackay.

Mientras tanto, Mackay hizo un conocido que tuvo la mayor influencia en él. La nueva edición de “Sturm” de 1890, que no fue molestada por la policía, está dedicada a la memoria de Max Stirner.

El importantísimo y ya casi olvidado libro de este filósofo, “Der Einzige und sein Eigenthum” (El único y su propiedad), debe ejercer una influencia salvadora sobre las naturalezas enfermas de un exceso de amor a la humanidad y que, sin embargo, comprenden que el sacrificio de su propia personalidad no sólo no hace bien a nadie, sino que conduce al engaño y a la hipocresía. ¿Quién ha superado completamente su propio yo?

En el fondo, todo personaje ampliamente dotado de talento artístico es un individualista. Si desea ser excepcionalmente fiel a sí mismo y a los demás, lo dirá abiertamente; y si es al mismo tiempo un pensador,

intentará ponerlo en un sistema. Stirner, con su luminosa demostración del derecho del egoísmo, sólo pudo ofrecer a Mackay de manera conexa lo que éste había experimentado tiempo atrás e incluso ya expresado en sus escritos aquí y allá.

La entusiasta gratitud con la que reconoce al maestro sólo demuestra que el egoísmo del que tanto se ha abusado no hace necesariamente a sus discípulos incapaces de toda supuesta emoción noble.

Mackay dice en el prefacio de la segunda edición de “Sturm”:

Y poco a poco me encontré. Un año se derritió  
En batallas finales hasta que gané  
Estaba envuelto en un velo de niebla,  
Rugido salvajemente por las llamadas de las  
profundidades,  
Rodeado por las tentaciones de las alturas,  
He superado altibajos.

Es muy probable que al poeta de “Sturm” se le acercara la tentación de tomar parte activa en el movimiento social de nuestros días.

Pero Mackay ya no cree en las utopías. Mientras los hombres no se liberen interiormente de ilusiones y

prejuicios de toda especie, de poco les servirá la libertad exterior.

Cuando te hayas vuelto más fuerte  
Así que estés en tu derecho,

A la idea de que los socialistas y los comunistas puedan preparar un estado feliz para el pueblo, se opone en los términos más enérgicos en los siguientes versos:

Entonces, ¿dónde está la libertad y dónde está el desarrollo,  
¿Cuando nadie se mide con el otro?  
Lo que ahora se llama Estado se llamará entonces comunidad,  
El individuo está cada vez más cercado,  
Le está prohibido soltarse y liberarse,  
Está apretado, ¡cadenas de rosas!  
El “amor” despliega las alas de su compasión  
Durante los días batalla indecisa!  
Paraliza tu vida, la lucha de mi espíritu;  
Mi risa y tu llanto son guardados.  
Y plomo gris desolado, aburrido aburrimento  
Un sudario cae sobre el mundo,  
El cumplimiento obstaculiza la prisa del último deseo.  
Y cierra el mal entendido libro de la vida.



Estas palabras difícilmente serán perdonadas a Mackay por las personas a las que golpean.

Por lo tanto, está separado de todas las partes, y su destino será ser muy odiado y poco comprendido. Está solo, como es su voluntad, único y fuerte.

La última obra que nos ha presentado John Henry Mackay lleva por nombre "Das starke Jahr" (El año fuerte, Schabeitz, Zúrich, 1890.)

La dedicatoria del poema dice:

Su obra pertenece al compañero odiado.  
"Tormenta" nos da la respuesta a esto:  
Esta es la pelea cada noche  
Antes de que la oscuridad se derrita  
Luchó solo y afligido  
El niño perdido del siglo.

¿O es ese amigo sombrío a quien el poeta le habla:

Dame tu mano, camarada de mi juventud,  
¡tremendo dolor!

El libro consta de brillantes variaciones del tema, "El único y su propiedad". Stirner estaría satisfecho con los frutos de

sus enseñanzas. Pero la cosecha ya no es suya; se ha convertido en propia de Mackay.

Solo el único, un idealista del materialismo, podría escribir fantasías tan profundas sobre el derecho del individuo. Se requiere el coraje de la verdad de Mackay para sacar las últimas conclusiones de la propia filosofía con un humor tan extrañamente grandioso como el que se encuentra en el poema “Krähengekrächz” (El graznido de los cuervos), para ilustrar su lado oscuro con una imagen como “Der Trinker (El Bebedor).

Algunas canciones en las que la lucha con lo indecible aún no está coronada por el éxito, o que se refieren directamente a experiencias que el lector no conoce, y que por esta razón, a pesar de sus mejores esfuerzos, permanecen oscuras para él, mejor hubieran sido omitidas por el autor. La soledad fértil del poeta, los estados de ánimo cambiantes del espíritu creativo, se cantan con maravillosa melodía. Mackay encuentra una expresión conmovedora también para el placer salvaje y el anhelo eternamente despierto de la felicidad.

¡Qué hermosa es la canción, “Frühlingsnacht” (Noche de Primavera)! Pero se concede poco espacio al amor. Es el hombre maduro quien está hablando aquí, el hombre sabio, que nos introduce como su alumno Walther en el banquete opulento de la vida, y cuya "percepción final" del mundo es:

Una vez pensé que la despreciaba  
ya no la desprecio  
solo puedo mirar  
Miro a mi alrededor

Miro el ser como tener  
del cual no soy part  
Soy mío, puedo darme  
No más hacia los demás.  
¿Con qué propósito más citas?

Quien haya reconocido lo podridos que están los pilares que comúnmente llamamos “ideales” cuando las experiencias de la realidad se levantan brutalmente contra ellos, y quien al mismo tiempo lleva dentro de sí la sed insaciable de reflexionar sobre los enigmas del ser humano, –el gran destino del mundo– encontrará mucho en este libro para conmoverlo y conducirlo mediante una rara perfección de forma a un reino de verdadera y seria belleza. “Das starke Jahr” no cautivará a las masas, pero quien lo domine encontrará en él un verdadero amigo, y su influencia crecerá con el transcurso del tiempo.

En la última página de “Das starke Jahr”, el editor anuncia la aparición temprana de la novela “Die Anarchisten”, de John Henry Mackay.

Con ella el poeta aparece por primera vez ante el público con una obra en prosa de este tipo. Uno tiene curiosidad por

saber cómo un pensador tan independiente, valiente y concienzudo tratará la cuestión del movimiento anarquista. Y será interesante ver si el poeta lírico, el novelista, ha llegado a dominar el gran cuadro de la civilización.